

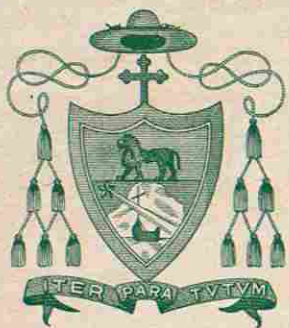
CCIÓN
INERA

EL GRAN

MISTERIO

BT111
P6
c. 1

000408



1080020873

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



U A N L

MODERNA
LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. de C.
SAN JOSE DE LOS RIOS
APARTADO POSTAL NUM. 446
LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Qui
1000

EE

GRAN MISTERIO

DE

LA SANTISIMA

TRINIDAD.

Por el R. P. Fr.
José María Portuñal.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Con las licencias necesarias por parte de las respectivas
autoridades eclesiásticas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

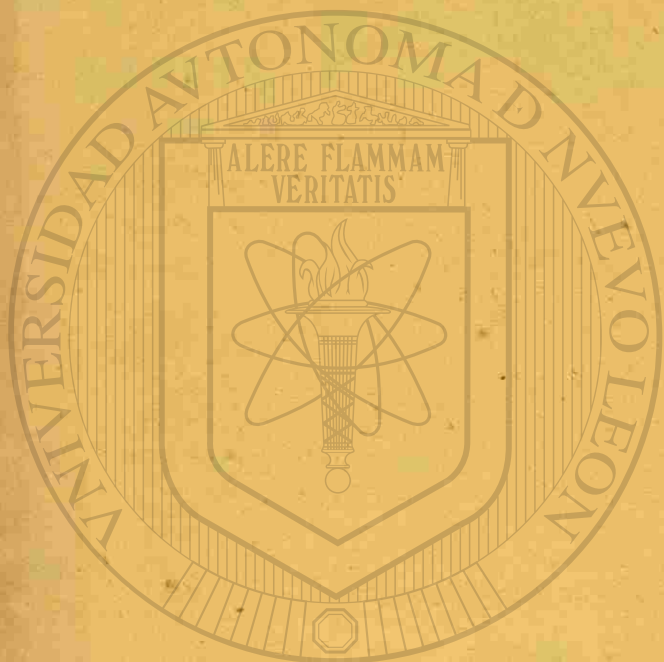
ASIENTOS.

IMPRENTA MARIANA, A CARGO DE MARIANO MACÍAS.

1882.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Viverde y Tellez



BT III

PG

21

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Licencia del Gobierno Eclesiástico de Guadalajara.

Guad. Enero 14 de 1881.—Supuesto que el libro titulado: "El Gran Misterio de la Sma. Trinidad," nada tiene contrario á la fe ó buenas costumbres, segun la censura del Sr. Cura del Sagrario Metropolitano, Don Luis R. Barbosa, podrá imprimirse, cotejándose se cuidadosamente las pruebas por el mismo autor, y remitiéndose dos ejemplares para el archivo de nuestra Secretaria, é insertándose al principio de dicho libro el presente decreto.—Los Sres. Gobernadores de la Sagrada Mitra, lo decretaron y firmaron—Arias y Cárdenas.—Vargas.—Miguel de la Peña.—P. Srio'

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO ALFONSO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

008403

PROLOGO.

¡Oh Trinidad Santísima! ¡Qué sublime y hermosa expresión para quien ama tiernamente á Dios! Al escucharla ¿qué fibra del corazón no se estremece de contento, movida con el soplo del Espíritu Divino? Mi corazón y mi carne trasportanse de gozo en el Dios vivo. Llenos de júbilo mis huesos, se regocijarán en el Señor, y de todos ellos saldrán voces que digan: Oh Señor ¿quién hay á Ti semejante? (1)

Los resplandores de la eterna grandeza nos deslumbran, y sin decir una palabra nos postramos para bendecirla y tributarle adoración profunda. La fe nos dice entonces: Hé aquí al Sér de los seres, el Eterno, el Inmenso, el Omnipotente, el Grande, el Criador; Aquel cuya majestad es infinita, cuya luz inaccesible: (2) á quien adora sobrecogida de temor sagrado, la innumerable multitud de celestiales espíritus... (3) y volvemos á hundirnos en el polvo; adoramos, y reconocemos nuestra miseria y pequeñez.

La fe añade: Dios es rico en misericordia; (4) es un abismo insondable de bondad, es indulgente y compasivo: sus misericordias son sobre todas sus obras: (5) Dios es amor. (6) La fe nos alumbró y anima; y llevándola en el alma, nos acercamos al trono del Señor, (7) para alcanzar la gracia en tiempo conveniente. ¿Qué siente el corazón cuando se halla á los pies de su buen Dios? Transportes de júbilo divino, indefinibles

(1) Ps. LXXXIII, 3. - L. 10, - XXXIV, 10. Le Blanc. (2) I. Tim. VI, 16. (3) Apoc. VII, 11. (4) Ephes. II, 4. (5) Ps. CXLIV, 9. (6) I. Joann, IV, 16. (7) Heb. IV, 16.

Hac est beata vita, pie perfecteque cognoscere a quo inducaris in veritatem, qua veritate perfruaris, per quid connectaris summo modo. Quae tria unum Deum intelligentibus, unamque substantiam exclusis vanitatibus variae superstitionis, ostendunt. D. Aug. De Beata Vita. n. 35.

Numquid Domine Deus veritatis, quisquis novit ista (quae á sapientia docentur, saeculari) jam placet tibi? Infelix homo qui scit illa omnia, te autem nescit. Beatus autem qui te scit etiam si illa nesciat. Qui vero et te et illa novit, non propter illa beatior, sed propter te solum beatus est, si cognoscens te sicut Deum glorificet, et gratias agat, et non evanescat in cogitationibus suis. Id. Confessionum. L. V. C. IV. n. 7.

Quæritur (Deus) ut inveniatur dulcius, et invenitur ut quaeratur avidius. Id. De Trinit. L. XV. c. II. n. 2.

emociones: la luz lo inunda, rebosa en delicias, la gracia lo conforta: todo lo que puede contemplar arrebatada su admiración; y lo suspende en éxtasis de amor; todo es hermoso, grande, sublime; ménos el hombre mismo cuya nada está palpando, si pudiera decirse, en toda su extensión.

Esta nada es la que hoy dirígese al Señor para glorificarlo y bendecirlo: El polvo y la ceniza hablan al Eterno. (1) En el presente libro tenemos por objeto dar gloria á la Santa y Adorable Trinidad, el bien de nuestros hermanos, y rendir un testimonio á la faz del mundo entero, de nuestra fe y del amor que profesamos á ese inefable misterio. Ofrecemos al Señor nuestro humilde trabajo por las manos de la Inmaculada Madre, la hermosa Virgen de nuestro amor, inviolable santuario de la misma Divina Trinidad.

(1) Gen. XVIII. 27.

CAPÍTULO I.

DIOS, SU SANTO NOMBRE.

El Sér por esencia, que tiene en Sí mismo la fuente de la vida, el Invisible, el Inmenso; Aquél á quien nadie puede comprender; incircunscripto, inmutable, incorpóreo, inmortal; presente en todas partes; mas siempre oculto á las miradas de los hombres, y al que ninguno de éstos ha llegado á ver, ni tampoco puede conseguirlo; cuyo es el honor y el imperio sempiterno. [1] Dios que llena los cielos y la tierra, está sobre todas las criaturas, rigiéndolas con glorioso y soberano mando; y está debajo de ellas sosteniéndolas con infatigable y gran virtud. Dios que se halla fuera de todas las cosas; pero no excluido; dentro de éstas, mas no encerrado en sus estrechos límites; en quien vivimos, nos movemos y existimos; [2] Dios que dice de Sí mismo: Yo soy el Señor, y soy inmutable. [3] Por debajo de su trono, despliega el tiempo sus alas, y va arrollando los siglos; atrás deja lo pasado, apenas toca el presente, y sin pasarse un momento, avanza á lo porvenir; y hácia el fin de su carrera sintiéndose fatigado, vuelve sus ojos á Dios, y conoce que ni un solo punto, se pudo alejar de sus piés; y escucha una voz que dice: El fin del tiempo ha llegado. [4] Y sólo Dios reinará para siempre.

Él sólo es inmortal por su esencia, y habita una luz inaccesible; [5] y es vida perpétua; que vive en Sí mismo; que todo lo vivifica y lo entiende todo; que ha cria-

Padre Felipe Castañón

(1) I Tim. VI, 16. (2) Act. XVII, 28. (3) Malac. III, 6. (4) Apoc. X, 6. (5) De Essentia Divinitat. Int. Oper. D. Augut. t. 8.

emociones: la luz lo inunda, rebosa en delicias, la gracia lo conforta: todo lo que puede contemplar arrebatada su admiración; y lo suspende en éxtasis de amor; todo es hermoso, grande, sublime; ménos el hombre mismo cuya nada está palpando, si pudiera decirse, en toda su extensión.

Esta nada es la que hoy dirígese al Señor para glorificarlo y bendecirlo: El polvo y la ceniza hablan al Eterno. (1) En el presente libro tenemos por objeto dar gloria á la Santa y Adorable Trinidad, el bien de nuestros hermanos, y rendir un testimonio á la faz del mundo entero, de nuestra fe y del amor que profesamos á ese inefable misterio. Ofrecemos al Señor nuestro humilde trabajo por las manos de la Inmaculada Madre, la hermosa Virgen de nuestro amor, inviolable santuario de la misma Divina Trinidad.

(1) Gen. XVIII. 27.

CAPÍTULO I.

DIOS, SU SANTO NOMBRE.

El Sér por esencia, que tiene en Sí mismo la fuente de la vida, el Invisible, el Inmenso; Aquél á quien nadie puede comprender; incircunscripto, inmutable, incorpóreo, inmortal; presente en todas partes; mas siempre oculto á las miradas de los hombres, y al que ninguno de éstos ha llegado á ver, ni tampoco puede conseguirlo; cuyo es el honor y el imperio sempiterno. [1] Dios que llena los cielos y la tierra, está sobre todas las criaturas, rigiéndolas con glorioso y soberano mando; y está debajo de ellas sosteniéndolas con infatigable y gran virtud. Dios que se halla fuera de todas las cosas; pero no excluido; dentro de éstas, mas no encerrado en sus estrechos límites; en quien vivimos, nos movemos y existimos; [2] Dios que dice de Sí mismo: Yo soy el Señor, y soy inmutable. [3] Por debajo de su trono, despliega el tiempo sus alas, y va arrollando los siglos; atrás deja lo pasado, apenas toca el presente, y sin pasarse un momento, avanza á lo porvenir; y hácia el fin de su carrera sintiéndose fatigado, vuelve sus ojos á Dios, y conoce que ni un solo punto, se pudo alejar de sus piés; y escucha una voz que dice: El fin del tiempo ha llegado. [4] Y sólo Dios reinará para siempre.

Él sólo es inmortal por su esencia, y habita una luz inaccesible; [5] y es vida perpétua; que vive en Sí mismo; que todo lo vivifica y lo entiende todo; que ha cria-

Padre Felipe Castañón

(1) I Tim. VI, 16. (2) Act. XVII, 28. (3) Malac. III. 6. (4) Apoc. X. 6. (5) De Essentia Divinitat. Int. Oper. D. Augut. t. 8.

do toda inteligencia; sábio, y la misma sabiduría; verdad que no se muda, justicia indeclinable, suma virtud, perfecta bondad, cuya divina y eterna grandeza bendecimos: inmenso, y para quien todo existe. Dios, puro, íntegro y perfecto; sin forma visible, sin apariencia corporal, sin composicion de partes; bueno por su misma esencia, grande sin dimension; que todo lo dispone como sabiduría, lo ejecuta como virtud, ama como caridad, revela como luz, tiene compasion como piedad, sabe como verdad, juzga como equidad, preside como eterna y gloriosa majestad: cuya grandeza ni siquiera vislumbramos, sino humillándonos á nuestros propios ojos. [1]

¡Oh, cuánta gloria y majestad descubrimos en el adorable é infinito Sér en cuya contemplacion nos ocupamos! ¡Cómo ántes de levantar los ojos á su trono glorioso y deslumbrante, no habríamos de doblar la rodilla delante de su inmensa grandeza, y pegando nuestra frente con el polvo no exclamar: Amen. Bendicion, y gloria, sabiduría, y accion de gracias, honra, y poder, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos, de los siglos, Amen. (2) Al Rey de los siglos, inmortal é invisible, al sólo Dios sea dada la honra y la gloria por siempre jamas, Amen! (3)

El corazon se ha desahogado al bendecir á nuestro Dios. La grandeza, el poder, la majestad, la virtud, la justicia y la infinita santidad de la divina esencia nos tenia oprimidos: y ¿quién es el hombre para sostener todo el peso de la inmensa gloria del Altísimo? Mas lo bendecimos, lo amamos, lo adoramos, y así ya no se sien-

(1) D. Bernard De amore. Dei. L. 3. c. 10. (2) Apoc. VII, 12.
(3) I. Tim. I. 17.

te aquel terrible peso que creíamos ántes que oprimia nuestra alma.

¿Cuál es el nombre de ese Sér divino que adoramos? Elohim, Dios, hé aquí el primer nombre del Señor que hallamos en los libros santos, y que nos revela su grandeza y majestad. (1)

Encontramos este nombre unido al relato de la creacion: En el principio crió Dios, decia Moises, el cielo y la tierra. Hé allí las dos brillantes páginas del libro de Dios, donde de día y de noche está leyendo el corazon, la magnificencia y la grandeza de su autor divino ¡Oh Señor, exclamaba el Rey David, Tú eres el que al principio criaste la tierra: los cielos obras son de tus manos. Te has engrandecido poderosamente. Revestido estás de gloria y majestad; cubierto de luz, que te rodea cual magnífico ropaje. Extendiste los cielos como un pabellon, y los cubriste de aguas en su parte superior. Haces de las nubes tu carroza: vuelas sobre las alas de los vientos. Haces que tus ángeles sean veloces como los vientos, y tus ministros activos como fuego abrasador. Cimentaste la tierra sobre sus propias bases: no se ladeará jamas. Hallábase cubierta como de una capa, de inmensas aguas; sobrepujaban éstas los montes. Á tu amenaza echaron á huir amedrentadas con el estampido de tu trueno. Alzanse los montes y descenden los va-

(1) Nomen plurale Elohim cum verbo singulari conjunctum non multitudinem, sed excellentiam significat. Veith. Singularis casus est Elhoa. Calmet, Diccionar.

les, (1) al lugar que les estableciste. Fijaste á las aguas un término, que no traspasarán: y no volverán á cubrir la tierra. Tú haces brotar las fuentes en los valles y que filtren las aguas por en medio de los montes. Beberán todas las bestias del campo, á esas aguas correrán acosados de la sed los asnos monteses. Junto á ellas habitarán las aves del cielo, que rompiendo el aire con su dulce canto, alegran la atmósfera desde las peñas y árboles en que tienen su alvergue. Vos, Dios mio, regais los montes con las lluvias que enviáis del cielo fertilizando con ellas la tierra, para que produzca sus frutos en toda sazon y abundancia. De ellas haceis crecer el heno para alimento de las bestias, y las legumbres y verdura para el uso de los hombres. De la misma sacais tambien, el trigo que mantiene y da fuerza al hombre; y el vino que recrea y alegra su corazon. El aceite con que húngiéndose, pone brillante y alegre su rostro, y da vigor á sus cansados miembros; y todo género de alimentos con que repara sus enflaquecidas fuerzas. Concedéis, asimismo, copiosísimo riego á los árboles del campo, y los elevados cedros del Líbano que plantaste con tu misma mano. En ellos las aves fabrican sus nidos: la cigüeña les sirve de guia, formando su nido sobre altos lugares: á los ciervos, de guarida les sirven los montes, y los erizos y conejos se refugian en las rocas. Son obras de vuestra mano el sol y la luna; ésta distingue los tiempos con su menguante y creciente, y aquél alumbrá la tierra de Oriente al Ocaso.

(1) Ascendunt montes et descendunt campi. Parece indicada en estas palabras una de las más recientes teorías de los geólogos modernos.

Las tinieblas siguen á la luz, y entre los pliegues del manto de la noche, las fieras salen de los bosques á buscar con que vivir: corren hambrientos los cachorritos de los leones, y con sus rugidos claman á Vos, por alimento. Despunta el sol en el Oriente y todas las bestias se retiran á sus cuevas. Y el hombre sale á sus trabajos hasta que las sombras descienden de los altos montes.

¿Quién, despues de esto, oh Dios mio! no queda absorto, contemplando la grandeza de tus obras? ¿Quién no admira la sabiduría con que las criaste? Todas las obras de tus manos publican tu grandeza: ese profundo y dilatado mar, lleno de peces, grandes y pequeños, y cercado de escuadras numerosas de navíos; y donde criaste la ballena y los monstruos marinos para que se burlasen del furor de las olas..... Todas las criaturas, de Vos están pendientes, y vuelven los ojos para miraros, pidiendo que les deis sustento; y al dárselo acuden luégo á recogerlo, y quedan satisfechas; mas si apartais vuestro divino rostro, si cerrais la mano, quedarán turbadas: sin aliento, y volverán al polvo de donde han salido: y si mandais vuestro Espíritu la creacion se alegrará, vendrán á luz nuevas criaturas y la faz de la tierra quedará renovada.

Sed, pues, glorificado Señor omnipotente, por todos los siglos, y complaceos en vuestras obras. Entre tanto, yo cantaré vuestra gloria durante mi vida, y os alabaré mientras tenga sér. Recibe con agrado mis palabras, Tú Señor, que formas mi encanto y mis de-

licias. (1)

No sólo, pues, los cielos, también la tierra canta dulcemente la gloria del Señor. Y ¿por qué nosotros, en medio de ese general concierto, habríamos de estarnos como mudos para no decir una palabra en alabanza de tan gran Señor? ¿cómo permanecer firmes é insensibles sin dejarnos arrastrar entre las ondas de los impetuosos ríos de bendición y gloria, que saliendo del seno de todas las criaturas, y cruzando el mundo en todas direcciones, entran confundidas en el piélago insondable de la eterna grandza del Señor? ¡Oh Señor! de todas las coyunturas de mis huesos saldrán voces que digan: ¿Quién hay semejante á Ti? (2) ¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse con Vos? ¿quién entre los hijos de Dios es semejante al Eterno, á quien ensalza y glorifica toda la corte de los santos; grande y terrible sobre todos los que asisten en su rededor? ¿Quién como Tú, oh Señor, Dios de los ejércitos? Poderoso eres Señor, y está siempre en torno de Ti, tu verdad. Mandas al mar, y el mar te obedece, y amansa ó encrespa sus olas según tu querer. Tuyos son los cielos y tuya la tierra; Tú fundaste el mundo y cuanto él contiene: Tú criaste el Aquilon y el Austro; El Tabor y el Hermon saltarán de gozo en tu nombre. Lleno de fortaleza está tu brazo. (3)

Ahora bien, en ese brillante y magnífico palacio cuya hermosura hemos contemplado, ¿acaso no escuchamos una voz que nos habla á la inteligencia y al corazón? ¿qué nos enseña acerca de su divino Autor? Oiga-

(1) Ps. C. 1, 36. - C. III, Per tot. Paraf. (2) Id XXXIV, 10.
(3) Id LXXXVIII, 7 et seq.

mos lo que nos dice el libro de la Sabiduría: Vanidad y no más, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios; y que por los bienes visibles no llegaron á entender el Sér supremo; ni considerando las obras, reconocieron su divino Artífice; sino que se figuraron ser el fuego, ó el viento, ó el aire ligero, ó las constelaciones de los astros, ó la gran mole de las aguas, ó el sol y la luna los dioses gobernadores del mundo. Que si encantados de la belleza de esas cosas las imaginaron dioses, debieron conocer cuanto más hermoso es el dueño de ellas; pues quien las crió es el autor de la hermosura. Ó si se maravillaron de la virtud é influencia de estas criaturas, entender debían por ellas, que Aquél que las crió las excede en poder. Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se puede venir con claridad, en conocimiento de su Criador. [1]

La hermosura de Dios. Su vista arrebatada y suspende en éxtasis de encanto á los ángeles del cielo; son dichosísimos con ver á su Criador: abísmanse en el piélago insondable de la sabiduría divina donde encuentran el principio y la razón de la hermosura; y atónitos contemplan de hito en hito en Dios mismo, la inefable y santísima belleza de este Gran Señor. Si después quieren ver la propia suya, la luz que los alumbraba es semejante á la pálida luz de la tarde, y por eso vuelven luego sus miradas al foco de la más espléndida y hermosa, que es Dios mismo.

El hombre no puede contemplar, acá en la tierra, la hermosura del Señor, pues ahora no lo vemos sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras..... y no lo

(1) XIII, 1, - 5.

conocemos sino imperfectamente; (1) por esto suspiramos con tristeza, acá en el mundo, llorando nuestra suerte. ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro.....! Largo tiempo ha estado mi alma peregrinando. (2) También por esto exclamamos con abrasadas y amorosas ansias: Como brama el sediento ciervo por las fuentes de las aguas: así, oh Dios, clama por Ti el alma mía. Sedienta está mi alma de Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue, y me presente ante la cara de Dios! Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, desde que me están diciendo continuamente: ¡Y tu Dios dónde está? Tales eran los recuerdos que venían á mi memoria: y ensanché dentro de mí mi espíritu porque yo he de llegar, dije, al sitio del admirable tabernáculo, hasta la casa de mi Dios en donde sólo se oyen voces de alegría, y de alabanza, y de festivos coros, que celebran las fiestas del Eterno. (3)

Entre tanto es para nosotros este mundo, un desierto sin agua y sin camino, (4) desierto en que á proporción que vamos avanzando siéntese oprimida más y más el alma.

¡Hermosura de Dios, en pos de Ti va anhelando el alma mía; arrebatáanos con tus dulces y amorosos atractivos!

El espléndido palacio de que ya hemos hablado, révelanos también, las relaciones que tenemos con nuestro adorable Dios, como Criador: ¡cuáles son éstas? La gratitud y la ternura, y la entera consagración á su

(1) I. III Cor, 12. (2) Ps. 119, 5, 6. (3) Id XLII, 2, - 5. (4) Id XLII, 3.

servicio. Nos ha sacado de la nada, por el consejo de su amorosa y divina voluntad: nos eligió ántes de la constitución del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo, á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que sea celebrada la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo. [1] La gracia, la buena voluntad de Dios, los adorables designios de su amor, hé allí por qué motivos hemos salido de la nada; ¿Dónde están nuestros méritos para que Dios nos diera la existencia; ó pudiéramos tener algunos, ántes de vivir?

Y no ha querido nuestro amable y generoso Dios, darnos la presente vida como el término de nuestra dicha; mas se ha extendido, aquél amoroso designio de que hablamos, á un fin más noble y duradero; en este mundo la santidad, y allá en el otro la inmortal corona, una eterna dicha, que el hombre no puede comprender. Para su gloria, el Eterno bastábase así mismo; por esto llámase también en los sagrados libros: Sadai; [2] mas con todo, quiso derramar en nosotros, las riquezas de su gracia, y hacernos muy dichosos señalándonos elevado y santísimo destino. ¿Cómo pudiera el hombre no alabar la mano del Señor que le ha sacado del seno de la nada? ¿cómo no detenerse á contemplar el abrasado y generoso amor que Dios le tiene? ¡Y pudiera ahogar ó comprimir dentro del pecho, los nobles sentimientos que la ternura y gratitud le inspiran?

Es, pues, indispensable derramar el alma entera, en

(1) Ephes. I. 4.-6. (2) Calment. Diccinar. V. Deus.

la presencia de nuestro dulce y amoroso Dios; es indispensable descubrirle el vivo reconocimiento y el cariño inmenso de nuestro pobre y humilde corazón.

No son la gratitud y la ternura, las únicas fibras del corazón que se han estremecido de consuelo y gozo al pensar en nuestro Criador Divino. La humildad, la humildad también, pegando su frente con el polvo, queda santamente confundida al ver que Dios ha puesto en el hombre sus miradas y su amoroso y tierno corazón. Las naciones todas, son delante del Señor, como una gota de agua de un cántaro, y como un pequeño grano en la balanza. Asimismo las islas son como un granito de polvo. Cuantos árboles hay en el Líbano no bastarían para encender el fuego de su altar; ni todos sus animales, para ser un holocausto digno de Él. Todas las naciones son en su presencia como si no fueran; y como una cosa que no existe. (1) Y si la humildad, otra vez contempla su tristísima pobreza, exclama llenándose de asombro. ¡Tú, Señor, te dignas volver los ojos hacia el hombre, que no es sino podredumbre, y un gusano que se arrastra por el suelo? (2)

¡Cuán grande es el Señor! Sin embargo, su grandeza está llena de benignidad y de clemencia; nos trata siempre cual amoroso y tierno padre. Sentid bien del Señor. [3] Nuestros pensamientos deben ser, al dirigirse á Dios, muy elevados, llenos de piedad y de pureza: tenemos que bajar la frente delante de ese Altísimo Señor; mas también debemos dilatar el corazón, viendo su inefable y dulcísima piedad; y humillándonos de nuevo, tenemos que adorar y bendecir, su santidad inmensa. [4]

(1) Isa. XL, 15-17. (2) Job. XIV, 3.-XXV, 6. (3) Sap. I, 1.
(4) D. Bonav. Serm. Dom. infr oct. Epiph.

El corazón más abatido se alienta y consuela recordando estas palabras de los libros santos: Compasivo es el Señor y benigno, tardo en airarse y de muchísima clemencia..... Cuanta es la elevación del cielo sobre la tierra, tanto ha engrandecido Él su misericordia, para con aquellos que le temen..... Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen: porque conoce bien la fragilidad de nuestro ser. Tiene muy presente que somos polvo; y que los días del hombre son como el heno: cual flor del campo así florece, y se marchita. [1]

Bendita, pues, mil veces, la humildad que nos rinde ante el trono del Eterno, y que llena el alma de paz y de consuelo.

Adonai: [2] Mi Señor. Este adorable nombre que la Escritura da tantas veces al Eterno, nos revela su augusta Majestad y el soberano imperio que tiene sobre nosotros; y cuando á la luz de esta verdad, dirigimos á Dios, nuestras plegarias, olvidar no podemos estas palabras de Abraham: Hablaré á mi Señor, aunque sea yo polvo y ceniza. (3)

¿Con quién hablamos? Con Aquel gran Dios cuyo reino, es reino sempiterno, y á quien sirven y obedecen los reyes todos de la tierra; Rey de los siglos, inmortal é invisible. Mas con todo, esa grandeza y poder del Dios que nos ha criado, y nos tiene por sus hijos, en vez de llenarnos de terror, nos hace descansar confiada y dulcemente bajo la sombra de su amparo. Tememos, ciertamente, el ofenderlo; mas no por esto sentimos oprimi-

(1) Ps. cii, 8, et seq. (2) Unum é Dei nominibus. Dominos meos plurali numero significans; ut Adoni, Dominum meum, singulari numero. Calmet. Dictionar. (3) Gen. XVIII, 27.

do el corazón, pues el temor de Dios es gloria, y justo motivo de gloriarse; y es alegría y corona de triunfo, recrea el corazón, y da contento y gozo, y larga vida. (1)

Dios es el apoyo de los que le temen, y su salud estará muy cerca de ellos; y engrandece su misericordia en favor suyo; ellos esperan en Dios, y nada temen de cuanto pueda el hombre hacer en contra suya. Y en cuanto á Dios, su Majestad hará la voluntad de los que le temen: oirá benigno sus peticiones, y los salvará. (2)

El dominio de Dios sobre nosotros; ¿qué fuéramos sin él? Pobres huérfanos que correríamos extraviados sin tener apoyo, sin hallar consuelo; internándonos cada vez más, triste y dolorosamente, en horribles desiertos donde la muerte caería sobre nosotros, después de haber sufrido los más grandes y terribles dolores de la vida: á cada paso hallaríamos un tropiezo; en todas nuestras sendas la desgracia; el sol nos quemaría con sus ardientes rayos, y la luna sería para nosotros, en la noche, cual fatídica visión del otro mundo. ¿Qué consuelo pudiéramos hallar entonces, en nuestro propio corazón, á donde vendríamos por último, á buscar refugio? ¡Con cuánta verdad sollozando podríamos exclamar: Mi corazón está conturbado y palpita tristemente: faltanme las fuerzas y aun la misma luz de mis ojos se ha oscurecido: de tanto llorar estoy cansado. (3) Me tiembla el corazón: el pavor de la muerte me ha sobrecogido; el temor y el temblor se han apoderado de mí, y me halló cubierto de tinieblas. (4)

(1) Ecci. I, 11, -12. (2) Id XXIV, 14. -LXXXIV, 10. -CII, 11. -LV, 11. -CXLIV, 19. (3) Id. XXXVII, 11. (4) Id LIV, 5, -6.

Fuera del dominio del Señor, el hombre queda en terrible abandono; Dios lo deja ir siguiendo los deseos de su corazón, y permite que goce sus funestos placeres. ¡Ah, si mi pueblo hubiese escuchado, exclamaba el Señor, si hubieran seguido los hijos de Israel mis caminos! Como quien no hace nada, hubiera yo seguramente, humillado á sus enemigos, y descargado mi mano sobre sus perseguidores. (1)

El hombre que huye del dominio de Dios, es un monstruo de quien tienen que huir los demás: si ese monstruo llegara á reinar, habría por todas partes, efusión de sangre, homicidios, hurtos y engaños, corrupción, infidelidad, alborotos, perjuros, vejación de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las almas, inconstancia en los matrimonios, desórdenes de adulterio y de lascivia. Da de mano á la sabiduría, y no solamente ignora la virtud; mas también deja eternizada la memoria de su necedad; por manera que no puede encubrir sus pecados. [2] Al contrario la sabiduría libró de los dolores á los que la respetan: ella condujo por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos, lo enriqueció con la paciencia en las fatigas, y recompensó abundantemente sus trabajos. [3]

El poder de Dios no esclaviza al hombre, pues que le ha dejado en manos de su consejo: le dió sus mandamientos y preceptos. Si los cumple, éstos serán su salvación: delante de él ha puesto el agua y el fuego: que extienda su mano á lo que más le agrade. También delante de él están la vida y la muerte, el bien y

[1] Id LXXX, 13. -15. [2] Sap. XIV, 24, -26-X, 8. [3] Id, 9, 10. Menoch.

el mal: le será dado lo que escogiere. [1] ¿Por qué, pues, no humillarnos bajo la poderosa mano del Señor que nos exaltará en el tiempo conveniente? ¿por qué no descargar en su amoroso seno, las congojas é inquietudes de la vida, pues Él tiene cuidado de los que viven bajo la sombra de su paternal y soberano imperio? [2] Él es el supremo Señor, juzga sin pasión, y nos gobierna con mucha equidad y moderación, pues su Espíritu es benigno y suave, en todas las cosas, y tiene siempre en su mano el usar del poder cuando quiere. (3)

Yo soy el que soy; Yo soy el Sér; Yo soy Jehovah; Hé aquí el gran nombre de Dios, revelado á Moises por Dios mismo: Yo soy el Señor que me aparecí á Abraham á Isaac, y á Jacob, como Dios Omnipotente; mas no les revelé mi nombre Jehovah. (4) Ese augusto nombre nos revela la plenitud de la vida, la necesidad del Sér divino, su independencia y soberana Majestad, el principio, la vida y el amor que reina siempre en Dios. (5)

Cuando el alma piensa en la inefable grandeza del Señor, en su gloria y su vida, si bien es cierto que su inteligencia queda deslumbrada por la abundancia de la luz divina, y que ántes que otra cosa, tiene que rendir á Dios, sobrecogida de temor sagrado, humilde adoración, va despues, sintiendo inmenso regocijo; queda inundada en un torrente de santo y dulcísimo consuelo; y el júbilo más puro la rodea por todas partes. ¡Qué pensamiento tan tierno y amoroso! Dios, el gran Jehovah que nos ha dado la existencia, el Supremo

[1] Ecci. XV, 14-18. [2] I. Petr. V. 6, 7. [3] Sap. XII, 1.-18.
 (4) Ita legit Hebraeus. Exod VI, 3. (5) Cartagena. Homil. III, L. 1.

Rey del cielo y de la tierra, existe por Sí mismo; de nadie necesita para ser feliz; tiene en Sí mismo infinita é indeficiente gloria: nadie jamás podrá escalar las gradas de su trono, ni turbará tampoco, la serenidad de su divina frente. Nuestro amadísimo y Supremo Dios, reinará para siempre..... ¡Oh, cuánta es la dicha de nuestra alma! ¿No le amamos, por ventura, sobre todas las cosas? ¿no le amamos sobre nuestro mismo corazón? Entónces dichosos, si muy dichosos somos, siendo nuestro Dios, feliz y soberano eternamente. ¡Cuánta es la dulzura que gusta el alma en este pensamiento! Él es el Padre más santo y amoroso que tenemos; que nos corona de gracia y de clemencia; que sin embargo de ser tan miserables vuelve hácia nosotros su divino rostro, y lleno de ternura y de bondad, nos conserva y defiende, nos protege y da las pruebas más sensibles de su amor y su cariño. ¡Cómo, pues, el júbilo más puro dejaría de llenar el corazón de los mortales, pensando en la dicha de su tierno Padre! Casi olvida el hombre sus propios intereses, y sumergiéndose en el Océano inmenso del gozo del Señor, de buen grado, ya quisiera no pensar sino solamente en Él; y que sólo Dios, reinase en su corazón y en sus entrañas. Entónces son más dulces que la miel para sus labios, estas palabras de David: Traspórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo. Mi corazón se inflamó..... Y yo quedé aniquilado sin saber por qué: y estuve delante de Ti como jumento, y siempre contigo..... ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios mio? Mi carne y mi

corazon desfallecen: oh Dios de mi corazon, Dios, que eres mi herencia por toda la eternidad. (1)

Aun atendiendo más particularmente nuestro propio bien, ¿dónde hallaremos mayor felicidad que bajo la sombra del poder divino? Quien se acoge al asilo del Altísimo descansará seguro bajo la santa protección de Dios. Él será su amparo y su refugio; le librárá del lazo de los cazadores y de adversidades grandes y terribles. Le hará sombra con sus alas; y bajo de éstas vivirá confiado. Su verdad lo rodeará por todas partes, como escudo: no lo espantarán los temores de la noche, ni temerá la saeta disparada durante el día; ni al enemigo que anda en las tinieblas, ni los asaltos del demonio que venga á combatirlo. Mil dardos caerán á su izquierda, y diez mil á su derecha; mas ninguno llegará á tocarlo. Á sus ángeles mandará el Señor, que guarden á ese hombre afortunado, en todas las sendas de la vida, llevándolo en las palmas de sus manos, para que no tropiece, ni reciba ningun daño. Yo le libraré, dice el Señor, y le habré de proteger, pues ha conocido mi sagrado nombre. Clamará pidiéndome socorro, y Yo lo escucharé benignamente. Con él estoy en la tribulacion para librarlo, sacándolo con gloria de todas sus angustias. Le daré muy larga vida; y le haré gozar la eterna salvacion. [2]

¿Quién puede darnos los bienes que el Señor nos da? Él es el manantial indeficiente de bondad; sus bienes son eternos, y llenan cumplidamente los deseos del corazon. Nada puede haber tan grande y lleno de her-

(1) Ps. LXXXIII, 3.—LXXII, 21.—26. D. Bonav. in Luc. c. 9. v. 33. (2) Ps. 90.

mosura y de riqueza, como Dios; y hé aquí que Dios mismo será en el cielo nuestro galardón sobre manera grande. [1] El Señor es la parte que nos ha tocado en herencia, y la porción, que para nosotros, Él mismo ha destinado. ¿Quién no exclamará: En sitio delicioso me tocó la suerte: hermosa es á la verdad la herencia que tengo designada? (2)

Semejante galardón, tan rico premio, vuelve muy ligero el peso del trabajo. Mas ved aquí lo que admira y encanta dulcemente el corazon; oid lo que el Señor nos dice: ¿Estais cansados? pues venid á Mí y Yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis el reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo y ligero mi peso. [3] ¿Cómo descubriremos la suavidad y ligereza del yugo del Señor? El yugo se lleva entre dos; uno de éstos es el hombre; ¿quién será el que debe acompañarle? Cierto es que Dios será quien le dé la fuerza de su gracia para cumplir gloriosamente sus trabajos; mas ¿por ventura podrá el Señor dividir con el hombre la fatiga? Que siendo así, ya tenemos vista la suavidad y ligereza de aquel yugo; pero está escrito del Señor: Ante Mí se doblará toda rodilla, y toda lengua ha de confesar que soy Dios. [4] Mas el Hijo de Dios descenderá del cielo, y haciéndose hombre nos dirá: No vine á destruir la ley ni los profetas; sino á cumplirla. Y en verdad os digo, que ántes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una jota, ó ápice de ella. (5) Hé allí quien toma el yugo con

(1) Gen. XV, 1. (2) Ps. XV. 5—6. (3) Matth. XI, 23—30. (4) Isa. XLV, 23.—Rom. XIV, 11. (5) Matth. V, 17, 18.

nosotros, Jesús, fortaleza de los débiles, consuelo de los tristes, alivio del que sufre. ¿Era nuestro, el yugo que arrastrábamos llorando? Lo ha tomado el Salvador sobre Sí mismo, y le llama suyo; y por esto, ya no es duro ni pesado: derrama en nuestras almas al llevarlo con nosotros, la suavidad de su divino amor, la resignación de la paciencia, la dulzura y encanto de su compañía. Si fuésemos solos, con razón podríamos lamentarnos sollozando: ¡Ay del hombre que está solo! pues si cae no tiene quien lo levante. Mejor es por esto, vivir dos juntos que no uno solo; porque es ventajoso el estar en compañía. Si uno va á caer el otro lo sostiene. (1)

Es mejor estar en compañía..... y ¿qué diremos si esta compañía es la de Jesús, el amoroso, el santo, el incomparable y dulcísimo Jesús; el indulgente y compasivo Padre; el Dios que se hizo hombre para llevar por nosotros el peso de nuestros trabajos, y endulzar las amarguras de la vida; que se llama nuestro hermano para que nos veamos obligados á descargar en su amoroso seno todas nuestras aficciones?

Vivamos, pues, eternamente bajo el imperio del Señor, y descansaremos en la más bella mansión de la paz, en tabernáculos de seguridad perfecta, y en el descanso de la opulencia. (2) Que reine el gran Jehovah sobre nosotros, y bendigamos siempre su sagrado nombre.

¡El nombre del Señor! santo, admirable, lleno de gloria y majestad, lleno de dulzura y de consuelo; esperanza de los hombres, torre de fortaleza inexpugnable, á la cual nos acogemos para ser prote-

(1) Ecles. IV, 9, 10. (2) Isa. XXXII, 18.

gidos y ensalzados del Señor. (1) ¿Quién pudiera numerar las maravillas y grandezas de ese augusto y sacrosanto nombre? ¡Ah, cómo no hacer nuestras las palabras de Isaías: Todo el deseo de nuestra alma se cifra en traer á la memoria tu nombre! Mi alma te deseó en medio de la noche; y mientras halla aliento en mis entrañas me dirigiré á Ti desde que amanezca. (2) Ese nombre de que hablamos es el nombre del Criador Supremo, cuyo recuerdo estremece de cariño y gratitud el alma; es el nombre del eterno y soberano Dios, á cuyo imperio gustosos y humildes nos rendimos; es, en fin, el nombre del dulcísimo Padre á quien amamos sobre todo amor. ¡Padre, Padre, y al pronunciar este querido nombre, sentimos que se sale el corazón de nuestro pecho; que nos ahoga el llanto del amor, y queremos arrojarnos á los piés de nuestro tierno Padre; y ese Padre dulcísimo nos toma en brazos; y derramamos en su seno nuestro llanto, y casi espiramos de amor y de ternura; y la lengua puede apenas pronunciar estas palabras: ¡Cuán bueno sois mi amado Dios, cuán bueno sois! Bendita para siempre la gloria de tu nombre!

(1) Prov. XVIII, 10. (2) Isa. XXVI, 8, 9.

CAPÍTULO II.

LOS DIVINOS ATRIBUTOS.

§ I.

Dios es inmenso, inmutable y eterno; es bueno, misericordioso y providente. Hé aquí los atributos de nuestro adorable Señor, en cuya contemplacion nos ocupamos al presente.

La inmensidad de Dios. El Señor es el excelso é inmenso; [1] llena el cielo y la tierra, [2] nos dicen los libros santos. David al contemplar la inmensidad de Dios exclamaba: ¿Adónde podré ir que me aleje de tu Espíritu? ¿Adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo allí estás Tú; si bajo al abismo allí te encuentro: si al rayar el alba me pusiere alas y volase al último extremo del mar; allá tambien me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. (3)

Dios existe en todas partes; y en todas partes brilla su admirable y divino poder, al cual está sujeto cuanto existe; obra todas las cosas en todos. (4) Y no está léjos de cada uno de nosotros pues en Él vivimos, nos movemos y existimos. (5) Y en todas partes todas las cosas están desnudas y patentes á sus ojos. (6) Por esto si caminamos nos ve; si estamos rodeados de tinieblas, estas no son oscuras para Dios; y delante de Él es clara la noche como el día: oscuridad y luz son lo mismo para Dios. (7)

(1) Baruch. III, 25. (2) Hierem. XXIII, 24. (3) Ps. CXXXVIII, 7—10. (4) I. Cor. XII, 6. (5) Act, XVII, 23. [6] Heb. IV, 13. (7) Ps. CXXXVIII, 12.

Dios existe en todas partes, no como cualidad, sino cual sustancia criadora del mundo que rige sin trabajo, y contiene sin esfuerzo. No se extiende como los cuerpos; mas está todo Él en toda la tierra; no limitado por ningun lugar, sino todo en Sí mismo, en todas partes. (1)

Dios, pues, existe en todas partes por su presencia su poder y sustancia.

Dios es inmutable: No es como el hombre para mentir, ni como el hijo del hombre para mudarse. (2) No cabe en Él mudanza, ni sombra de variacion. (3) Él es el Señor y no se muda. (4)

Dios es un acto purísimo é infinitamente perfecto, y por esto excluye toda potencia; ¿cómo, pues, pudiera mudarse? Su esencia es absolutamente simple, y no admite ningun cambio. (5) En las demas esencias entran algunos accidentes, sujetos á mudanza: en la divina ni acontece ni puede acontecer nada de esto; y por lo mismo sólo ella es incommutable; es Dios á quien con la mayor verdad y exactitud conviene el sér, de donde es nombrada la esencia.

Dios es infinito, comprende en Sí mismo toda la plenitud de la perfeccion del sér; nada puede adquirir que no tenga; ni extenderse hácia algun objeto que ántes no tocara. (6)

No hay en Dios mutacion de sustancia, porque siempre es el mismo, y sus años no pasan ni acaban; [7] ni el tiempo lo puede mudar porque Él es eterno. Ni lo

(1) D. August. Epist. 187. al. 54—D. Th. 1. p. q. 8. a. 3. (2) Num. XXIII, 19. (3) Jacob. I, 17. (4) Malach. III, 6. (5) August. L. V. c. 2. de Trinit. (6) D. Th. 1. p. q. 9. a. 1. in corp. (7) Ps. CI, 28.

puede extender, ni aumentar su perfeccion: El Perfecto no tiene progreso ninguno, ni jamas desfallece el Eterno. (1) Ni en sus obras, por último, cambia el Señor; todo lo que Él quiere y conoce, lo conoce y lo quiere ab aeterno. (2)

Hé aquí lo que la teología nos dice; veamos luego lo que al corazón inspira la piedad.

Dios es inmenso, Dios está con nosotros; semejante pensamiento hace brotar de nuestras almas dos purísimas fuentes que llevan en sus ondas la gloria del Eterno, y la más santa y humilde adoracion.

Cuando alzamos los ojos á los cielos, en las numerosas falanges de los ángeles, en los millones y millones de astros que brillan como polvo de oro en el inmenso espacio, vemos esa gloria soberana; si luego los bajamos á los humildes y tendidos valles; ó bien contemplamos las cumbres de altísimas montañas, ó entrando en la espesura de los bosques, casi nos deja suspendidos, el canto melodioso de las aves; si queremos hundirnos en las aguas ó salir á los limpios manantiales de los rios; en todas partes descubrimos la presencia del Eterno, sentimos la virtud de su diestra omnipotente; y del seno de todas las criaturas que hemos dicho; y de cuantas más contiene el universo, sale una voz que dice así: Est Deus in nobis. Dios está en nosotros. Y al testimonio que han rendido, añaden luego la bendicion y la alabanza: Oí, decia san Juan, la voz de muchos ángeles al rededor del solio, y de los animales, y de los ancianos; y su número era de millares de millares, los cuales decian en alta voz: Digno es el Corde-

(1) Aug. in Ps. XXX. (2) Charnes, hic.

nuestros delitos en el instante que queremos ofenderlo; que su sentencia no tiene apelacion; que no pueden escapar los reos de su terrible y poderosa mano; y que por último, son eternos y espantosos sus castigos. Por esto con razon exclamaba el gran Apóstol: Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo. [1] Y entonces brillando á nuestros ojos con majestad gloriosa y deslumbrante, precedido del fuego, destruyendo á sus enemigos, rodeado de tremenda tempestad, alumbrando la tierra con la lívida luz de cien relámpagos, y haciéndola temblar delante de Él, sobrecogidos de temor sagrado le decimos: ¡Quién no te temerá oh Rey de las naciones? (2)

Dios está en nosotros cual tierno y amoroso Padre que nos ampara y defiende en todas ocasiones: ¿queréis mayor ternura? Pues oid lo que Él mismo nos ha dicho: Como una madre acaricia á su hijito así yo os consolaré á vosotros..... Vosotros lo veréis y se regocijará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecen como la yerba: y será visible la mano del Señor á favor de sus siervos. (3)

Pensemos un instante en el Señor. ¿Hay por ventura, otro pensamiento que así alegre y consuele nuestras almas? y con todo, ¿hemos dicho que pensemos un momento? Ciertamente debia el hombre pensar en Dios con más frecuencia que respirar. (4) ¿Ó hay algun momento en que no recibamos el auxilio del Señor, para no tenerle presente en la memoria? Él está dando á todos la vida, y el aliento, y todas las cosas. (5) ¿Por qué, pues, tan divino y amado pensa-

(1) Heb. X, 31-Rodríg. Trat. 6. c. 1. p. 1. (2) Ps. XCVI, 2, 4.-Hierem. X, 7. [3] Isa. LXVI, 13, 14. (4) D. Nazian. Orat. 1. Theolog. (5) Act. XVII, 27.

miento, no nos acompaña á todas partes? ¿por qué no forma nuestras más caras y santas delicias? ¡Oh miseria humana! El cuerpo corruptible agobia el alma, y la habitacion terrestre oprime la mente que piensa muchas cosas. (1)

¿Cómo explicar tan funesto y delincuente olvido? ¿podrá una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una esposa de la faja que adorna su pecho? Pues, ello es que mi pueblo se ha olvidado de Mí innumerables días.

[2] Es, en efecto, el pensamiento del Señor la más rica y deslumbrante joya que debe brillar continuamente en medio de nuestra alma; el cingulo precioso de fidelidad y justicia con que siempre tenemos que ceñirnos. [3]

Cuanto más pensamos en la adorable inmensidad de Dios, descubrimos nuevos y más bellos horizontes que no puede medir la inteligencia; y nuestra pequeñez entónces, sigue disminuyendo á cada instante, llegando casi hasta perderse en la grandeza adorable del Señor; mas en medio de ésta no desfallecemos, cual hombre fatigado y sin aliento, que no consigue lo que busca haciendo los últimos esfuerzos; no desfallecemos, porque sin embargo de ser incomprensible nuestro inmenso Dios, y de no existir quien lo contenga entre sus brazos, Él, en toda su grandeza, existe siempre en el pequeño corazón del hombre; y su santa y divina inmensidad, es para nosotros aquí y en todas partes; grata y fresca sombra bajo la cual gustamos los frutos de su santo amor, [4] ó bien, divino y blando lecho de olorosas flores donde al reclinar la frente gozamos apacible sueño.

(1) Sap. IX, 15. (2) Hierem. II, 32, Menoch, Tirin. (3) Isa. XI, 5. (4) Cant. II.

ro que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendicion. Y todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar; á cuantas hay en todos estos lugares, á todas las oí decir: Al que está en el trono y al Cordero, bendicion, y honra, y gloria, y potestad, por los siglos de los siglos. Á lo que, los cuatro animales respondian: Amen. Y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos. (1)

En virtud de la órden del Señor continúa el curso de los días, pues todas las cosas le sirven y obedecen. [2] Lo hemos visto: todas las criaturas alaban y bendicen la gloria de su nombre, y elevan á su trono un canto universal y melodioso que Dios escucha benigno y compasivo. ¿En dónde no hemos escuchado los dulces acentos de ese canto, ó cuál es el lugar que no brilla con la divina presencia del Eterno?

Queda un sitio que no hemos registrado: nuestro propio corazón. Ah! De él sale asimismo, aquella hermosa voz: Dios está en nosotros. ¿Cómo negarlo cuando en cada instante nos sostiene su diestra poderosa, y tenemos pruebas innegables de su paternal cariño? Dios está en nosotros y ¿no quisiéramos juntar nuestras humildes y pobres alabanzas, al bello y armonioso canto con que á Dios bendice el mundo entero? ¿guardaríamos triste y criminal silencio, mientras todas las criaturas glorifican al Eterno? Jamas, jamas sucederá desgracia semejante; que más bien quisiéramos reunir

(1) Apoc. V, 11, -14. (2) Ps. CXVIII.

en torno nuestro á todas ellas, para cantar á coros la gloria del Señor: Venid, les diríamos, regocijémonos en el Señor: cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador. Corramos á presentarnos ante su acatamiento. Él es el Señor por excelencia: el Rey, el Dios grande y soberano sobre todos los dioses. Porque en su mano tiene toda la extension de la tierra y suyos son los más encumbrados montes. Suyo es el mar, y obra de sus manos; y hechura de sus manos es la tierra. Venid, adorémosle; postrémonos derramando ardientes lágrimas en la presencia del Señor que nos ha criado; pues Él es el Señor Dios nuestro, y nosotros el pueblo á quien apacienta, y ovejas de su grey. (1)

Dios es inmenso, Dios está en nosotros.

La meditacion de esta hermosa verdad santifica el alma, llenándola de consuelo y alegría. Cuando yo, Señor, considero atentamente que me estás mirando siempre, decia San Agustin, y que velas sobre mí de día y de noche, con tan gran cuidado y amoroso empeño, cual si no hubiese otra criatura en todo el universo sino yo, que pueda atraer vuestras miradas; cuando pienso y reflexiono que todas mis obras, pensamientos y deseos, están patentes á vuestras miradas, todo me lleno de temor profundo, y se cubre mi rostro de vergüenza. (2)

Somos los siervos del Señor; ¿pudiéramos ante sus ojos descuidarnos de servirlo, ó quebrantar en su presencia misma, sus órdenes supremas?

Es nuestro Juez, y bien sabemos que puede castigar

(1) Ps. XCIV, 1, - 7. [2] D. August. Solil. c. 14.

¡Bendito, pues, mil veces sea Dios en su inmutable esencial

No hay mutabilidad ninguna, ni puede haberla, en la esencia de Dios, ni en la eternidad, ni en la verdad, ni en la voluntad; porque en ella, la verdad es eterna, y asimismo, eterna es la caridad; y ésta es en Dios, verdadera, y verdadera es la eternidad; y en Él tambien es amada la eternidad y es amada la verdad. (1)

Dios es inmutable; sin embargo, contemplad el amor que nos tiene; oid lo que nos dice San Pablo: Cuando estabais muertos por vuestros pecados y por el desorden de vuestra carne, entónces Dios os hizo revivir con Jesucristo perdonandoos todos los pecados; y cancelando la cédula del decreto firmado contra nosotros, que nos era contrario, la quitó de en medio enclavándola en la cruz. (2) Hé allí cómo Dios sabe mudar su sentencia por la sangre de su Hijo Divino. No puede ya pedirse más al corazon de un padre. Su ternura y bondad infinitas, cual si pudiesen mover su trono inmutable y eterno, nos dicen: Al impío no dañará su impiedad en cualquiera ocasion que se convierta..... Si yo dijere al impío: tú morirás de muerte desgraciada, y él hiciere penitencia de sus pecados, y practicare obras buenas, si volviere la prenda, y restituyese lo que ha robado; si siguiere los mandamientos que dan vida, y no hiciere cosa injusta; él tendrá verdadera vida y no morirá. (3)

Estas palabras sin embargo, todavía no expresan, si lícito es decirlo, toda la bondad y compasion que hácia nosotros tiene nuestro tierno y amoroso Padre. Hé

(1) D. August. L. IV. De Trinit. in Proem. (2) Coloss. II, 13, 14. (3) Ezech. XXXIII. 12, -15.

aquí lo que hallamos en otro de los libros santos, en que reprende el Señor las maldades de Efraim, y asegura que lo castigará según la medida de su deseo; mas después añade: ¿Qué haré Yo de ti oh Efraim? ¿Seré Yo tu protector ó Israel? ¿Pues qué podré Yo tratarte como á Adama, ni ponerte como puse á Se-boim! ¡Ah! mis entrañas se conmueven dentro de Mí: Yo me siento como arrepentido, no dejaré obrar el furor de mi indignacion: no me resolveré á destruir á Efraim, porque soy Dios y no un hombre. (1)

¡Oh buen Dios, ¿quién dejará de amarte, con todo el corazón, si un momento siquiera, piensa en tu bondad! Sentirse como arrepentido el inmutable Dios, no resolverse á castigar al hombre, y añadir, que de ternura están conmovidas sus entrañas! Ciertamente que tales expresiones, son como abrasadas saetas, que traspasando el alma, la dejan ardiendo en las vivas llamas del amor divino. Vale más llorar, pues no alcanzan las palabras á decirnos cuánta es la grandeza del amor que Dios nos tiene. San Pablo preguntaba en otro tiempo: ¿Quién podrá separarnos del amor de Jesucristo? (2) hoy á nuestra vez, nosotros preguntamos: ¿quién podrá separar á Dios de nuestro amor? ¿el pecado? Ciertamente, el pecado nos vuelve abominables á los divinos ojos; y sin embargo, Dios no puede olvidar su corazón de Padre; entonces mismo, aún cuando estamos muy lejos de su Majestad, nos llama con blandas y sentidas voces, y nos dice así: ¿Por qué desprecias las riquezas de mi bondad, de mi paciencia, y de mi largo sufrimiento? ¿acaso ignoras,

(1) Oseae. X. 9, 10. — XI. 8, 9. (2) Rom. VIII. 35.

Yo, Dios mio, decia David, dormiré tranquilo, en medio de la paz, y tendré reposo en vuestro mismo seno. [1]

Estar bajo la sombra de tan dulce amparo, y descansando entre los brazos del Señor, es para el hombre que con ternura lo ama, una delicia de inefable encanto y suavidad divina. Y si dormimos, sus bellos ángeles cubrirán nuestro cuerpo con sus alas, y Él mismo velará sobre nosotros; y al despertar sabremos que ni un momento siquiera nos dejó; y aquella voz que ántes dijimos, tan dulce y melodiosa, la oiremos otra vez, con nueva dulzura y melodía. Dios está en nosotros; lanzamos un suspiro, la gratitud nos obliga á bendecirlo, y sentimos en seguida, que el corazón rebosa dulcísimo consuelo, y decimos llenos de profundo regocijo: Somos muy dichosos en la santa y adorable compañía de nuestro Dios.

Dios es inmutable; ¿Y qué tenemos para nuestro bien, que así lo sea? Tal pregunta fuera una blasfemia, ó acaso dejara traslucir una ingrata negacion, sino la hiciésemos para luego darle esta respuesta: La inmutabilidad del Señor, obra la consumacion de nuestra dicha. En efecto, oigamos lo que su Majestad dijo en otro tiempo á los hijos de Israel: En el Desierto, el resto del pueblo que quedó libre del castigo, halló gracia delante de Mí: tambien Israel llegará á la tierra de su descanso. Es verdad que me visitó el Señor, responde Israel, mas hace ya mucho tiempo. Te engañas, dice Dios, porque Yo te he amado con perpétuo y no interrumpido amor: por eso misericordioso te atraje á Mí. Y otra vez te renovaré y te daré nuevo sér oh

(1) Ps. IV. 9.

Virgen de Israel..... porque Padre soy yo de Israel, y Efraim es mi primogénito..... ¿No es Efraim para Mí el hijo querido, el niño que Yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado le traigo siempre en mi memoria: por esto se han conmovido por amor suyo mis entrañas. Y tendré para con él, entrañas de misericordia. [1]

¿Qué sería del hombre si no fuese inmutable el Señor? ¿Dónde hallaríamos ese tierno y generoso amor, esas entrañas de padre compasivo, esos desvelos, en fin, con que nos cuida nuestro amado y cariñoso Dios? Tendríamos, con razon, entónces que ir llorando por el mundo en busca de un padre que jamas encontraríamos. Ni una voz amiga habría que acallara nuestro llanto, ni una mano que llegase á conducirnos por las penosas sendas de la vida: en realidad ignoraríamos lo que era el consuelo en los dolores, y la ternura y compasion por los agenos males.

Á los que Dios tiene especialmente previstos, los predestinó para que se hiciesen conformes á la imágen de su Hijo, por manera que sea el mismo Hijo; el Primogénito entre muchos hermanos. Y á estos que ha predestinado tambien los ha llamado; y á quienes ha llamado, tambien los ha justificado; y á los que ha justificado tambien los ha glorificado. Despues de esto ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? (2) Si llegase á cambiar el Señor ¿qué pudiéramos hacer para que ningun anillo de esa preciosísima cadena que hemos mencionado, llegase á faltar? Sería para esto necesario que Dios estuviera por nosotros; mas si cambia no tendríamos ya ningun remedio.

(1) Hierem. XXXI, 2-4, -9, -20. (2) Rom. VIII. 29, 31.

que mi benignidad te está llamando á penitencia? Con tu dureza y tu corazon impenitente, vas atesorando contra ti mismo, ira y más ira para el dia de la venganza y de la manifestacion de mi terrible juicio. (1) ¡Oh buen Dios, cuán amable sois! Para llevarnos hácia Vos, nos descubres y ofreces las riquezas de tu gracia, nos muestras tu tierno corazon, y para que, por fin, aceptemos tu amoroso llamamiento nos anuncias los terribles castigos de tu tremenda y espantosa ira; pero no, no será para nosotros, del todo necesaria tu amenaza; que el amor nos lleva á Ti, y nos rinde á tus sagrados piés, y quedamos por tu gracia soberana, convertidos, mudados, de pecadores que ántes éramos, en hijos muy amados del Señor.

Dios es eterno. La inmutabilidad de nuestro Dios nos hizo descansar, llenos de contento, bajo la sombra de su amor. Él nos ama con caridad perpétua; no cambia, y tan dulce y amado consuelo, vivirá siempre con nosotros, llenando el alma de encantadora y celestial dulzura. La eternidad de Dios levanta el pensamiento y el corazon del hombre, hasta los cielos. Pensamos en la hermosa y amada eternidad de Dios, y cuando volvemos los ojos hácia el mundo, sentimos un vacío que nadie jamas podrá llenar. Y al vacío se añade la inquietud y la amargura: y entónces conocemos que no somos para el mundo, que Dios y sólo Dios puede llenarnos.

La eternidad de Dios es un dique, por decirlo así, que Dios mismo ha levantado en nuestras almas para impedir su ruina. Quitad la eternidad, y no hallaréis aquel temor sagrado, que tantas veces nos contiene en

[1] Rom. II. 4.

el camino de los crímenes; el hombre se dará con desfreno á gozar los placeres de la tierra; muy bien sabe cuán breves son sus días, y que tiene que pasar de prisa sobre el mundo; y por esto, no marcha, que sin cesar corriendo va, por todos los caminos de los vicios, y al bajar al polvo de la tumba, no lleva ni temores, ni esperanza alguna. ¿En qué se distingue entónces, de los brutos? En ese débil rayo de triste y pervertida inteligencia, que le ha servido solamente para registrar á la luz de su funesta llama, las más tenebrosas y degradantes maldades, que se encuentran en el fondo de la corrupcion y el crimen. Entónces ¿hallaríamos, por ventura, un sér más vil y despreciable, y tan abyecto como el hombre?

Si no queremos descender á tan gran miseria, contemplémosle tan sólo, sin la eternidad de Dios, entretenido en sus ruines y tristes pensamientos. Estos no traspasan el horizonte de la vida; y la vida está llena de miserias y aflicciones; la fortuna es voluble y caprichosa; y los hombres tantas veces enemigos unos de otros; ¿qué haríamos en tan funesta y afflictiva situacion? Serían nuestros males sin remedio, si la amable eternidad de Dios no viniese á consolarnos.

La eternidad de Dios. Al pensar en ella respira luego el corazón, y el pensamiento se dilata casi sin medida, en esa bella y deliciosa estancia, por llamarla así, que no tiene término ninguno; cuyos horizontes espléndidos y hermosos, nadie jamás ha limitado: el hombre entónces á semejanza del Profeta Rey, puede decir: Se había negado mi alma á todo consuelo: me acordé de Dios, y me sentí bañado de profundo gozo: me ocupaba en la meditacion de tan dulce pensamiento, y caí en amoroso deliquio..... púseme á considerar

los días antiguos, y á meditar en los años eternos. (1)

Á la luz de tan grandes pensamientos conocemos la miseria y vanidad del mundo, que pasa de carrera, y consigo lleva, para hundirlo en el polvo del sepulcro, su encanto y sus grandezas, que no son sino triste y miserable vanidad. (2) De aquí viene el saludable desengaño, que nos hace poner el corazón tan sólo en el Señor; y exclamamos como Francisco de Borja en otro tiempo: "Ya no serviré jamás, mientras viviere, á Señor que se pueda morir;" y levantamos nuestros ojos al que solo tiene la inmortalidad, y cuyos años ni van ni vienen; mas juntamente permanecen todos, porque siempre están presentes; ni son excluidos por los que llegan pues no pasan..... son un mismo y solo día: no el que va pasando, mas hoy, que no cede su lugar al de mañana, ni ha seguido al día de ayer: ese día, hoy, es la eternidad de Dios; (3) que era siempre, es y será; más bien dicho, siempre es; porque era y será son secciones variantes de nuestro tiempo y Dios siempre es el mismo. (4)

Tan grandes pensamientos elevan nuestras almas á los cielos, y nos hacen prorrumpir en estas voces: ¡Oh dichosa mansion de la ciudad celeste! Día resplandeciente de la eternidad, que la noche no oscurece jamás, y la verdad soberana ilumina perpétuamente con sus rayos; día inmutable de paz y de reposo que no turba ninguna vicisitud! ¡Oh, cómo no ha brillado ya ese día sobre las ruinas del tiempo y de lo que pasa con el tiempo! Él brilla para los escogidos de Dios en su eterno esplendor; mas nosotros, viajeros sobre la tierra,

(1) Ps. LXXVI. 3, 4, 6. (2) I. Joann II. 17. (3) D. August. L. 2. Confes. c. 19. (4) Nazian. Orat. 38. Ap. Carboni. hic.

no lo vemos sino de léjos como al traves de un velo. Los ciudadanos del cielo conocen sus delicias; pero los hijos de Eva, todavía desterrados, gimen en la amargura y el fastidio de la vida presente: aquí nuestros días son cortos y malos, llenos de dolores y de angustias. El hombre está manchado en ellos de muchos pecados, enredado en muchas pasiones, agitado por mil temores, embarazado de mil superfluos cuidados, llevado de aquí para allí, por la curiosidad, seducido por una multitud de quimeras, rodeado de errores, quebrantado con trabajos, agobiado con tentaciones, enervado de delicias, y atormentado por la pobreza. (1)

La eternidad de Dios. Tan santo y elevado pensamiento ha producido en todas partes el desprecio del mundo y el amor de la pobreza voluntaria; llenando los claustros de monjes, y de anacoretas los desiertos: despoja al Egipto arrebatándole sus más preciosos vasos. Pensamiento vivo y penetrante que convierte las almas, y las inflama en el abrasado y dulce fuego del divino amor, haciéndolas marchar con pasos de gi-

(1) Imitacion. L. 3. c. 48.

gante, por el camino que conduce al cielo. (1)

§ II.

La bondad, la misericordia, la providencia del Señor. Contemplemos un momento la belleza de tan santos y divinos atributos, por si acaso consigamos endulzar nuestros labios con la miel que destilan en las almas que llevan en sí mismas el fuego del sagrado amor.

¿Dónde está el hombre que al pasar por el camino de la vida, lleno de miserias, y abrumado con grandes aflicciones y dolores, no respira dulcemente, al pensar que Dios es bueno, misericordioso y providente? ¿quién no ha puesto en sus labios, una y mil veces, estas hermosas palabras de David: ¡Cuán bueno es Dios para nosotros! (2) Yo cantaré siempre las misericordias del Señor. (3) Y estas otras del Rey sabio: Tu providencia, oh Padre, lleva el timon en el bajel de la existencia humana: por cuanto aún en medio del mar abriste camino á tu pueblo que huía del Egipto, y le diste segurísimo paso por entre las olas, demostrando que eres poderoso para salvar de todo riesgo, aún cuando alguno se meta en el mar sin uso del arte? (4)

Dios es bueno, y sumamente bueno, y es la misma

(1) D. Bernard. De Contemptu. mundi. c. 1. (2) Ps. LXXII. 1. (3) Id. LXXXVIII. 1. (4) Sap. III. 4.

bondad. Él es la primera causa efectiva de todas las cosas, y por lo mismo, dice el Ángel de la Escuela, le conviene la razón de bueno y apetecible para sus criaturas; (1) por esto, todas lo desean, pues la perfección á que pueden aspirar, consiste en la semejanza con el sér divino. Él es su fin supremo, y hé aquí por qué lo van buscando en todas partes, pues de Él reciben, cual de hermoso é inagotable manantial, todos sus bienes; y Él es quien corona santamente sus deseos. Su esencia es su mismo Sér, al que no se agregan ningunos accidentes; mas lo que se dice accidentalmente de otras cosas, le conviene á Dios por su misma esencia, como sabio y poderoso. El mismo Dios, por último, no se ordena á nadie como fin; mas lo es Él mismo, el último de todas las cosas que existen en los cielos y la tierra. Tiene por lo tanto, la más acabada perfección, según su esencia, y por ésta misma es bueno, sumamente bueno; y todas las cosas que llamamos buenas, lo son por la bondad divina, primer principio, ejemplar efectivo y final de toda bondad; así como también aquel nombre les conviene, por la semejanza con la misma divina bondad, con la que tan dulce y santamente están unidas. (2)

Vivir unidos con el mismo Dios, tener alguna parte y semejanza con su bondad divina; ¡oh colmo de ventura para el corazón de los mortales!

¿Qué buscamos fuera de Él, nos dice el gran Bernardo, ó que deseamos sino es á Él mismo, ó qué puede agradarnos sin su Majestad? Él hizo todas las cosas, las tiene bajo su imperio, y está en todas ellas. Si de-

[1] I. p. q. 6. a. 1. [2] Id. a. 1.-3, 4.

seamos el bien, si buscamos la hermosura, si anhelamos por delicias, todo esto se halla en Él. Si queremos gozar, en Dios se encuentra el verdadero gozo; si nos agradan los combates, Él es la palma; si queremos ser coronados, Él es nuestra corona; y Él nuestra victoria si llegamos á vencer. Él es la omnipotencia, la fortaleza, la sabiduría, la justicia y el amor que sabe llenar de caridad, y hace sabios y justos, y llenos de fortaleza y de poder á los que lo aman. ¿Queremos ser ricos, ó nos encanta la belleza, la gloria y el honor, la plenitud del bien, la verdadera paz; Él es rico para todos los que lo invocan, el Criador de la belleza, gloria y honor sumo, la plenitud del bien, la eterna y dulce paz del alma. Todo el bien que buscamos, el sumo bien, Él es, siempre y todo amable, dulcísimo, lleno de suavidad y de delicias; se encuentra en todas partes.... mas sin Él somos desgraciados donde quiera que nos encontremos: si con Él estamos seremos muy dichosos; pues Él es quien nos ama en gran manera, aún más que el hombre á sí mismo puede amarse: siempre amigo, dulce y fiel, y piadoso consejero, que sabe dar su poderoso auxilio á quien lo invoca, en todas ocasiones. [1]

La bondad de Dios, hé aquí algo de lo mucho que sobre ella nos dicen los sagrados libros: El Señor se ha complacido en su pueblo. (2) ¿Con qué pagaremos al Señor tan gran bondad? Que el Padre diga, hablando á su Divino Hijo: Tú eres mi Hijo muy amado, en Ti tengo todas mis complacencias; (3) bien está; pues Él es su imagen sustancial, permanente y perfecti-

[1] Serm. De Miseria humana. [2] Ps. CXLIX. 4. (3) Luc. III. 22.

sima. (1) Él cumple la voluntad, y los designios de su Padre; (2) pero que Dios extienda hasta nosotros su dulce y amorosa complacencia, es una maravilla de su divina bondad que entenece y confunde nuestras almas, y las llena del más santo y vivo reconocimiento. ¡Qué es el hombre para que el Señor lo engrandezca, ó ponga sobre él su corazón? [3] Y sin embargo de nuestra gran miseria, Dios se digna volver hácia nosotros sus ojos compasivos. (4)

No es estéril para el hombre la bondad de Dios; esa soberana complacencia de que hablamos, derrama cual fecunda nube, sobre nuestra frente, una lluvia de gracias y favores celestiales: ha hecho con nosotros una alianza eterna, y nos dice: No cesaré jamás de haceros bien; é infundiré mi temor en vuestro corazón para que no se aparte de mí: y será mi gozo haceros beneficios. (5) Tales expresiones nos revelan que Dios es para el hombre, inagotable fuente de bondad; y en ésta misma, hay una dignación cuyo precio el hombre no puede comprender. ¡Hacernos beneficios es el gozo del Señor! ¡dónde están las lenguas de todas las criaturas para con todas ellas bendecirle y alabarle sin descanso? ¡dónde el corazón de los más ardientes y elevados serafines para abrasarnos y quedar consumidos en las llamas del amor divino! ¡Qué pobres serían con todo esto, aquellas alabanzas, cuán pequeño el fuego que ardería dentro del alma, comparados unas y otra con la grandeza de los beneficios que el Señor nos hace, y su amorosa y dulce complacencia!

Confesemos, pues, humildemente, cuán indignos é

[1] Heb. I. 3. [2] Isa. XLIV. 28. [3] Job. VII. 17. [4] Id. XIV. 3. [5] Hierem. XXXII. 40, 41.

incapaces somos de darle gracias y de amarle cual merece su adorable y santísima bondad.

El Señor es Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Esta verdad que tantas veces nos reanima y consuela en los mayores desalientos y aficciones de la vida, la habia experimentado en sí mismo el Rey David, y cuando se hallaba en el día de la tribulación, lleno de esperanza, levantaba sus manos al Eterno y le decia: ¡Es posible que para siempre nos has de abandonar, ó no has de volver á sernos propicio; ó privarás á todas las generaciones venideras de tu gran misericordia; ú olvidarás de usar de clemencia, ó detendrás, con tu ira el curso de tus misericordias? (1) ¡Ah! no por cierto, se decia á sí mismo el santo Rey, porque compasivo es el Señor y benigno, tardo en airarse, y de gran clemencia. No durará su enojo para siempre, ni estará amenazando perpétuamente. No nos ha tratado segun merecian nuestros pecados, ni dado el castigo debido á nuestras iniquidades. Antes bien, cuanta es la elevacion del cielo sobre la tierra, otro tanto ha engrandecido Él su misericordia, para con aquellos que le temen. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan léjos así ha echado de nosotros nuestras maldades. Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen: porque conoce bien la fragilidad de nuestro sér; tiene muy presente que somos polvo. [2]

Nuestra nada, la gran miseria y todos los dolores y desgracias que tanto nos afligen en la tierra, son los objetos en que se ocupa la dulce misericordia de Dios.

(1) Ps. LXXVI. 8,-10. (2) Id. CII. 8,-14.

Dios es misericordioso, y es propio de su gran bondad tener compasion de nosotros, y darnos la gracia y el perdon. Es misericordioso, dice el Ángel de la Escuela, no según el afecto, ya que no siente la tristeza por los ajenos males; pero sí lo es según el efecto, pues repele de nosotros, por la santa y adorable perfeccion de su bondad, las miserias que sufrimos. La comunicacion de las perfecciones considerada absolutamente, pertenece á la bondad; relativamente á la proporcion de los seres que la reciben, pertenece á la justicia; y atendida según la utilidad de éstos mismos, corresponde á la liberalidad; y en cuanto esa perfeccion escluye todo defecto pertenece á la misericordia.

Quando el Señor obra misericordiosamente, nada hace contra su justicia, sino sobre esta misma, la cual no queda excluida; mas elevada por decirlo así, por la misericordia que es cierta plenitud de la justicia. La misericordia ensalza el juicio. [1]

¿Cuál es el abismo de miserias y dolores dónde no haya una y mil veces, resonado la voz de la divina misericordia del Señor? ¿dónde hallaríamos acá en la tierra el sitio consagrado á la triste y amarga desesperacion? Felizmente no existe en el mundo, aquella desgraciada estancia en cuyo fróntis está escrito: Aquí muere la esperanza.

Todos necesitamos la misericordia del Señor, pues somos pecadores; si lo negamos nos engañamos á nosotros mismos y no hay verdad en nosotros; pero si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos y lavarnos de toda iniquidad. (2) Todos

(1) Jac. II. 13.- I. p. q. 21. a. 3. (2) I. Joann. 1. 8, 9.

pecamos, y tenemos necesidad de ser justificados para gloria del Señor. [1] Cuando, pues, en medio de las aflicciones y congojas, y de las terribles necesidades que causa en nosotros el pecado, recordamos la clemencia del Altísimo, el corazon se llena de consuelo al exclamar: ¡Oh cuán amable es la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulacion! Parece á las nubes que se deshacen en agua en tiempo de sequía. (2) Y viéndonos aún, en la hermosa region de la esperanza, conocemos que es una misericordia del Señor el que no hayamos sido consumidos; porque jamas para nosotros han faltado sus piedades. (3) Y asimismo sentimos la benignidad y dulzura del Señor, que á los que andan perdidos los castiga poco á poco, y los amonesta y les reprende las faltas que cometen para que dejada la malicia crean en Él y se conviertan. (4)

La misericordia del Señor sostiene la esperanza, alienta nuestros pasos por las sendas penosas de la vida, despierta y mueve el corazon del hombre, enciende la piedad, hace salir de nuestros labios los más bellos y sentidos cantos de amor y de alabanza; contemplamos una hermosa y pura luz, que nos descubre nuevos y más dulces atractivos de la bondad divina: el corazon siéntese cada dia más obligado; los lazos que lo unen al Señor se estrechan con mayor fuerza, y llega aquel feliz momento en que oimos en lo íntimo del alma, la voz dulcísima de nuestro amado que nos dice: Quien se une al Señor es con Él un mismo espíritu. (5) Y al oirla decimos con la Esposa: Mi alma se derritió de amor al oír su voz. (6) ¡Ay del hombre si para él no

(1) Rom. III. 32. D. Th. hic. (2) Eccl. XXXV. 26. (3) Thren. III. 22. (4) Sap. XII. 1, 2. (5) I. Cor. VII. 17. (6) Cant. V. 6.

brillara la misericordia amorosa del Señor! Los temores, angustias, la desesperacion y el abatimiento, como terribles furias salidas del averno, vendrian á destrozarlo. Mas ¿qué decimos? No era necesario que el infierno arrojase los monstruos de que hablamos: ellos saldrian cual de su propia cuna, del corazon del hombre mismo, donde habrian nacido al ausentarse de éste, la santa y adorable misericordia del Señor.

Dios es nuestro Padre, y por esto jamas nos abandona. Como el barro está en manos del alfarero para disponer de él, y pende de su arbitrio el emplearlo en lo que quiera; así el hombre está en las manos de su Hacedor. (1) Y este amor de padre que el Señor nos tiene, y el cuidado con que sin cesar nos ampara, quita toda la razon á la inquietud y á la zozobra, que tantas veces aumentan más y más la carga de la vida. No os acongojeis, decia el Divino Maestro, por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué ¿no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta; pues ¿no valeis vosotros mucho más sin comparacion que ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos puede añadir un codo á su estatura? y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo, cómo crecen; ellos no labran, ni tampoco hilan; y sin embargo, Yo os digo que ni Salomon en medio de toda su gloria, se vistió como uno de ellos: pues si una yerva

[1] Ecci. XXXIII. 13, 14.

del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste ¿cuánto más á vosotros hombres de poca fe? ¿no es cierto que dos pájaros se venden por un cuarto; y sin embargo, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temeis, pues, que temer; valeis vosotros más que muchos pájaros. (1)

Dios es providente, abarca con fortaleza todas las cosas, del uno al otro extremo, y las ordena todas con suavidad. (2) Ellas existen, y su existencia nos demuestra la de Dios; en ellas descubrimos un orden admirable y sorprendente, y éste nos revela la accion de Dios que las conserva y las dirige. (3)

Todos los bienes que hay en las criaturas les vienen del Señor; y en ellas encontramos, no sólo la existencia; mas tambien aquella razon de un orden divino y profundamente sabio que las lleva á su fin; y la razon de ese orden preexiste en la divina mente. (4)

La accion de Dios sobre sus obras se extiende hasta donde llega el sér de éstas mismas; su causalidad, segun el lenguaje de la escuela, las comprende todas. Y ved aquí al mundo entero y á todos y cada uno de los seres que le componen, bajo el amparo de la divina y amorosa providencia del Señor. ¿Cómo pudiera Dios, abandonar el cuidado de sus obras? ¿quién deja en el olvido y entrega á inevitable ruina lo que ha sacado de la nada con tan grande y soberano amor? [5] Y el cuidado amoroso del Señor se extiende hasta las cosas más pequeñas; pues conserva las grandes de tal suerte,

[1] Matth. VI. 25, -30. X. 29, -31. (2) Sap. VIII. 1. (3) Gotti. Theolog. hie. (4) D. Th. cit. (5) D. Ambros. L. 1. De Offic. c. 13.

que no le pueden impedir el cuidar de aquellas. Siempre, en todas partes se halla Dios; es igual en donde quiera; aún en las cosas que ménos se parecen, Él es el mismo siempre. [1]

Es, pues, indispensable segun el consejo de David, arrojar en el seno del Señor todos los cuidados de la vida; y el Señor no dejará al justo en agitacion perpétua. [2]

Cuando contemplamos los amorosos cuidados de la providencia de Dios sobre nosotros, sentimos en el alma, el más puro y santo reconocimiento: ni la miseria y pequeñez de nuestro sér, ni las faltas con que sin cesar quebrantamos su ley santa, hacen que nos olvide y abandone: y cuando le decimos: Arrojado me hallo de tu vista; el Señor oye nuestra oracion, (3) y conocemos que no se adormece ni dormita el que guarda á Israel: que el Señor es su custodio y está á su lado para defenderlo; que su providencia impedirá que durante el dia lo queme el sol, ó de noche lo dañe la luna; mas lo guardará de todo mal y guiará todos los pasos de su vida desde ahora y para siempre. [4]

Esa providencia de que hablamos nos revela el grande y tierno amor que Dios nos tiene, no sólo por los cuidados con que nos atiende; mas tambien por el fin á que todos se encaminan; la vida eterna; ellos, pues, nos descubren sin cesar el eterno y amoroso pensamiento de Dios hácia nosotros: El Señor quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. (5)

Bajo este punto de vista los sucesos de la vida, y

(1) D. Gregor. Moral. L. 27. n. 35.—Cerberon. Theol. hic. . . . (2) Ps. LIV. 23. [3] Ps. XXX. 23 [4] Id. CXX. 4.-8. [5] I. Tim. II. 4.

todos los objetos que tienen con nosotros alguna relacion, nos anuncian con grandes y sentidas voces cuánto es lo que el Señor nos ama: forman esas voces un divino y celestial concierto cuya melodía encanta nuestras almas y las llena de ternura. ¡Cómo no sentirnos llenos de amor y santa gratitud para con Dios Nuestro Señor! ¡Serémos semejantes al aspid que, segun el lenguaje de David, se hace sordo, y se tapa las orejas, y no quiere escuchar la voz de los encantadores, ni del mago más hábil? De ninguna suerte; que ántes bien rendidos á sus piés le pedirémos que nos hable: Hablad Señor que vuestros siervos, pendientes están de vuestros labios. Oiré lo que el Señor Dios me hable, pues Él anunciará la paz á su pueblo. Él infundirá en mi oido palabras de gozo y de alegría; y se recrearán mis huesos humillados. [1]

CAPÍTULO III.

§ I.

LA DIVINA PROVIDENCIA, LA SANTIDAD Y LA UNIDAD DE NUESTRO DIOS.

Muy poco, á la verdad, hemos dicho acerca de la divina providencia del Eterno: nuestro amor no ha quedado satisfecho; digamos, pues, una palabra más ya que tanto amamos ese atributo adorable y soberano. Rendidos nos hallamos á los piés de Dios, sin embargo de haberle resistido, en otro tiempo, y apesar de las pasiones, segun dijimos en el capítulo anterior; y de la profunda y triste indiferencia que por nada llama la a-

[1] I. Reg. III. 10.—Ps. LXXXIV. 9. I. 10.

que no le pueden impedir el cuidar de aquellas. Siempre, en todas partes se halla Dios; es igual en donde quiera; aún en las cosas que ménos se parecen, Él es el mismo siempre. [1]

Es, pues, indispensable segun el consejo de David, arrojar en el seno del Señor todos los cuidados de la vida; y el Señor no dejará al justo en agitacion perpétua. [2]

Cuando contemplamos los amorosos cuidados de la providencia de Dios sobre nosotros, sentimos en el alma, el más puro y santo reconocimiento: ni la miseria y pequeñez de nuestro sér, ni las faltas con que sin cesar quebrantamos su ley santa, hacen que nos olvide y abandone: y cuando le decimos: Arrojado me hallo de tu vista; el Señor oye nuestra oracion, (3) y conocemos que no se adormece ni dormita el que guarda á Israel: que el Señor es su custodio y está á su lado para defenderlo; que su providencia impedirá que durante el dia lo queme el sol, ó de noche lo dañe la luna; mas lo guardará de todo mal y guiará todos los pasos de su vida desde ahora y para siempre. [4]

Esa providencia de que hablamos nos revela el grande y tierno amor que Dios nos tiene, no sólo por los cuidados con que nos atiende; mas tambien por el fin á que todos se encaminan; la vida eterna; ellos, pues, nos descubren sin cesar el eterno y amoroso pensamiento de Dios hácia nosotros: El Señor quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. (5)

Bajo este punto de vista los sucesos de la vida, y

(1) D. Gregor. Moral. L. 27. n. 35.—Cerberon. Theol. hic. . . . (2) Ps. LIV. 23. [3] Ps. XXX. 23 [4] Id. CXX. 4.-8. [5] I. Tim. II. 4.

todos los objetos que tienen con nosotros alguna relacion, nos anuncian con grandes y sentidas voces cuánto es lo que el Señor nos ama: forman esas voces un divino y celestial concierto cuya melodía encanta nuestras almas y las llena de ternura. ¡Cómo no sentirnos llenos de amor y santa gratitud para con Dios Nuestro Señor! ¡Seremos semejantes al aspid que, segun el lenguaje de David, se hace sordo, y se tapa las orejas, y no quiere escuchar la voz de los encantadores, ni del mago más hábil? De ninguna suerte; que ántes bien rendidos á sus piés le pedirémos que nos hable: Hablad Señor que vuestros siervos, pendientes están de vuestros labios. Oiré lo que el Señor Dios me hable, pues Él anunciará la paz á su pueblo. Él infundirá en mi oido palabras de gozo y de alegría; y se recrearán mis huesos humillados. [1]

CAPÍTULO III.

§ I.

LA DIVINA PROVIDENCIA, LA SANTIDAD Y LA UNIDAD DE NUESTRO DIOS.

Muy poco, á la verdad, hemos dicho acerca de la divina providencia del Eterno: nuestro amor no ha quedado satisfecho; digamos, pues, una palabra más ya que tanto amamos ese atributo adorable y soberano. Rendidos nos hallamos á los piés de Dios, sin embargo de haberle resistido, en otro tiempo, y apesar de las pasiones, segun dijimos en el capítulo anterior; y de la profunda y triste indiferencia que por nada llama la a-

[1] I. Reg. III. 10.—Ps. LXXXIV. 9. I. 10.

tencion; y sin embargo tambien, de los altivos pensamientos que nos levantan como el cedro del Líbano y llenan de soberbia nuestras almas; porque la voz de Dios está henchida de grandeza y poderío; hace estremecer y llena de temor los desiertos; quebranta los cedros magníficos del Líbano; entretanto que el mismo Dios está sentado en deslumbrante y firme trono, como Rey, por toda la eternidad, y colmando á su pueblo de dulces bendiciones de paz y de consuelo. (1)

Oigamos, pues, siquiera un instante, la muy amada voz del Eterno: Yo os amé, dice el Señor, por su profeta. (2) — Y nosotros preguntamos, no como los ingratos Israelitas que desconocian los divinos beneficios; sino para encender y avivar más y más en el alma, la pura llama del sagrado amor, y los más bellos y dulces sentimientos de la gratitud: ¿En qué nos amaste? Oigamos la respuesta: ¿No era Esau hermano de Jacob, y Yo amé á Jacob y aborrecí á Esau, y reduje á soledad sus montañas, abandonando su heredad á los dragones del desierto? La soledad, el abandono, es la triste y desgraciada suerte de aquellos á quienes Dios no ama; cuando, al contrario, los desvelos de su tierna providencia, son la prueba más brillante de su dulce y paternal amor. Yo os amé; ¡qué expresion tan llena de consuelo! Yo os amé; y esta dulcísima palabra se halla escrita en todos y cada uno de los beneficios del Señor, y el corazon la escucha sin cesar, enternecido y humillado en gran manera; ¿por qué decimos esto último? Porque el profeta cuyas palabras hemos referido, continuaba en nombre del Señor, en estos términos:

[1] Ps. XXVIII. 4. et. seq. (2) Malach. I. 2.

El hijo honra á su padre, y el siervo á su Señor: pues si Yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me corresponde? Y si soy vuestro Señor ¿dónde la reverencia que se me debe? Sí, verdaderamente, Dios es nuestro adorable Señor, el tierno y amoroso Padre que nos cuida y ampará, cuya divina providencia nos colma sin cesar de bendiciones; debemos, por lo mismo, amarlo de continuo, y bendecirlo, y estar para con Él, eternamente penetrados de los sentimientos de la más afectuosa y tierna gratitud. Cada uno de sus santos beneficios al descender sobre nosotros cual lluvia saludable, debe arrancarnos un suspiro, y poner en nuestros labios cánticos bellísimos de amor, que expresen cuánto es el cariño y la inmensa gratitud que llena el alma; y la humilde confesion, en fin, que publica y reconoce su gracia y los favores de su diestra. Glorificado sea el Señor más allá de los confines de Israel. (1)

No nos dejá el Señor en triste y fatídico abandono sin embargo de las muchas faltas con que tantas veces quebrantamos su adorable ley. En efecto, en todas partes nos conserva y protege su divina y amorosa providencia: El Señor tiene misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puede, y disimula los pecados de los hombres, á fin de que hagan penitencia: porque ama todo cuanto tiene sér, y nada aborrece de todo lo que ha hecho; que si alguna cosa aborreciese, nunca la hubiera ordenado ni hecho. ¿Y cómo pudiera durar alguna cosa, si Él no quisiera, ni conservarse nada sin su orden? Mas Él es indulgente para con todos; por-

(1) Id. V. 5.

que tuyas son todas las cosas, del Señor amador de las almas. (1)

La providencia del Señor nos conserva y defiende, hemos dicho, sin embargo de nuestros pecados. Ved aquí una imagen, ciertamente débil é imperfecta; pero con todo, la más hermosa y sentimental que puede presentarnos el corazón de un padre terreno. El ejército de David tenía que pelear contra el ingrato Absalon; mas David encarga y manda á los generales de sus tropas que no den muerte al hijo rebelde: Guardadme á mi hijo Absalon. (2) Y sin embargo Absalon lo perseguía de muerte. Ahora bien; ¿podemos contar las veces que nosotros, asimismo, peleamos, insensatos, por medio de nuestros pecados contra el más amoroso y tierno de los padres? Y sin embargo su Majestad ordena, no á infieles generales que puedan quebrantar su mandamiento, sino á sus santos ángeles, que nos lleven en las palmas de sus manos, y nos guarden en todos los caminos de la vida: Guardadme á mis hijos: esta es la voz que continuamente están oyendo aquellos espíritus que Dios ha mandado para nuestro amparo, á fin de que consigamos la herencia de la salud eterna. (3) Esta maravillosa conducta de la divina providencia del Señor, nos revela profunda y admirablemente cuánta es su caridad hacia nosotros. Que Dios proteja á sus fieles servidores en los grandes peligros que los rodean, es un efecto de su adorable bondad, por el que merece la gloria y bendición de sus criaturas; efecto que ha podido arrancar de los labios de los mismos infieles, los más brillantes

(1) Sap. XI. 24.-27. (2) II. Reg. XVIII. 12. (3) Heb. I. 14.

testimonios á su grandeza y soberano poder: Bendito sea el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, exclamaba Nabucodonosor, que envió su Ángel y libró á sus siervos que creyeron en Él: y mudaron la palabra del rey, y entregaron sus cuerpos por no servir ni adorar á otro ningún Dios, sino sólo á su Dios..... Todo pueblo, tribu y lengua, cualquiera que blasfemase contra el Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, perezca, y su casa sea destruida: porque no hay otro Dios que pueda así salvar. Y Darío decía también: Yo he establecido un decreto, para que en todo mi imperio y reino respeten y teman al Dios de Daniel. Porque Él mismo es el Dios viviente y eterno por los siglos: y su reino no será destruido, y su poder hasta la eternidad. [1] Pero que Dios guarde una conducta semejante respecto de los mismos que le ofenden, es ésta una obra estupenda y adorable de su infinita y amorosa dignación. Asombrados de ella preguntamos, casi sin saber lo que nos pasa: ¿en dónde está el odio infinito de Dios contra el pecado? ¿en dónde el cumplimiento de sus terribles amenazas? Tales preguntas en vez de pedir contestación, llenan de lágrimas los ojos, y enternecido el corazón, exclama: ¡Cuán bueno es el Señor, cuán bueno es! Y sin embargo de la gran confianza que tales sentimientos nos inspiran, no podemos dar un paso en la senda de la presunción, porque al punto tendremos que escuchar en el confín del horizonte, el roncó trueno de la tempestad que se levanta, y cubrirá muy pronto, el bello cielo donde ántes no vagaba ni un celaje que amortiguase la hermosa luz que por todas

(1) Dan. III. 95.-96.-VI. 26.

008403

partes contemplaba nuestra vista:—Tan pronto como Él ejerce su misericordia, ejercita su indignacion; y su ira está sobre el pecador. No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un dia para otro, porque derrepente sobreviene su ira, y en el dia de la venganza acabará contigo. [1]

Los cuidados, pues, y el desvelo con que nos protege la santa y amorosa providencia del Eterno, no son sino lazos de amor con que nos lleva á su seno tan dulcemente, que al reflexionar sobre esto, nosotros mismos le pedimos que jamas permita que lleguemos á romperlos por la culpa; mas ántes bien, nos lleven siempre por el camino de la salud y vida eterna; por que esos lazos son ataduras saludables. [2]

Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos, toda la tierra llena está de su gloria. [3] ¿Habeis oido? Es el himno más hermoso del amor; por esto los serafines lo cantan sin cesar; y tambien por esto, cuando los hombres, con él bendicen al Señor, sienten arrebatos de divino júbilo; y la llama de la santa caridad abrasa dulcemente nuestras almas. No hay santo como el Señor, porque no hay otro fuera de Él, y no hay fuerte como el Dios nuestro. [4] Él es justo en todos sus caminos: y santo en todas sus obras. [5]

Dios es perfectísimo, el Sér necesario por su esencia: tiene la plenitud del sér, y por lo mismo es infinito en su adorable santidad: ¿quién pudiera limitarlo en esa perfeccion y santidad que le es tan propia? En verdad que Él mismo no sería, pues que no es la causa de su propio Sér: necesariamente es lo que es: y ningun otro

[1] Ecci. V. 7,-9. (2) Osee. XI. 4.-Ecci. VI. 31. (3) Isa. VI. 3. (4) I. Reg. II, 2. [5] Ps. CXLIV. 17.

podría poner aquellos límites, porque fuera de Él ¿quién hay semejante al Dios omnipotente, y de eterna y soberana majestad?

La noción misma que Dios tenemos nos revela su adorable é infinita santidad; pues Él es el Sér respecto de quien nada mejor ó mayor puede pensarse ni existir. [1]

La justicia, la verdad, y el amor; tres elementos por decirlo así, de la perfecta santidad: ¿ésta, puede por ventura, existir sin la justicia, ó la justicia sin la verdad? ¿ó podemos concebir la perfeccion de entrámbas sin que estén unidas por el santo é indisoluble lazo del sagrado amor? Ahora bien, el Señor es justo y ama la justicia: Está siempre su rostro mirando la rectitud. [2] Y este mismo Dios es el Señor de la verdad, [3] de quien se halla escrito: Tú amaste la verdad. [4] Mas ¿qué cosa es la verdad? Es, nos dice el Ángel de la Escuela, la conformidad del entendimiento y del objeto conocido. El entendimiento que es causa del objeto, se compara á éste, como regla y medida; sucediendo lo contrario respecto del entendimiento que recibe la ciencia del objeto. En este último caso la verdad consiste en la conformidad del entendimiento con el objeto; y en la de éste con el entendimiento en el caso anterior. Añadamos que la justicia de Dios que constituye el orden en las cosas conforme á la razon de su sabiduría, que es su ley, con exactitud se llama verdad. (5)

Tenemos ya la verdad y la justicia estrechamente unidas con amorosa lazada; ahora levantando nuestras

[1] Perrone de Infinitate. Dei. Prop. 1. (2) Ps. X. 8. (3) Id. XXX. 6. (4) Id. L. 8. (5) I. p. q. 21. a. 2.

débiles miradas hasta el trono del Señor, ¿qué diremos al contemplar su justicia infinita, su santísima verdad, y su eterno y soberano amor? Dios se conoce á Sí mismo con infinita y acabada perfeccion; pero ese conocimiento no puede dilatarse más allá del mismo Dios; ¿qué objeto se puede iluminar con la espléndida llama de su ciencia, que no se encuentre en su mismo seno? ¿hacia dónde se podrá extender, hablando nuestro pobre y humilde lenguaje, que allí no esté su Majestad? Mas si su conocimiento no lo excede, el mismo Dios no es superior al conocimiento de que hablamos y es el propio suyo. Hé aquí, pues, la verdad perfecta y consumada; hé aquí, asimismo, la justicia, pues aquel conocimiento ni discrepa, ni puede discrepar un ápice del mismo Dios. Nos resta solamente, preguntar: ¿podrá Dios dejar de amarse, ó no amar el conocimiento que tiene de Sí mismo? Dios es caridad, nos dice San Juan, (1) y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él. Y el conocimiento de que hablamos está en el mismo Dios. Ved, pues, la justicia, la verdad y el amor, que siempre brillan en el trono del Eterno, y nos revelan su infinita y adorable santidad.

La santidad de Dios. Ella humilla nuestras frentes hasta el polvo; ¡oh cuán profunda y humilde es la adoracion que le rendimos! Sólo Dios es Santo, y la misma santidad, origen y principio de toda la virtud y santidad que se encuentra en las criaturas. Mas ésta ¿qué viene á ser si queremos ponerla delante de la infinita santidad de Dios? No hay hombre justo si se compara con Dios. Si Dios quiere entrar en juicio con él, no

(1) I. IV. 16.

podrá responderle de mil cargos uno solo... Si yo quisiere justificarme, decia tambien el Santo Job, me condenará mi propia boca: si me quisiere manifestar inocente, Él me convencerá de reo..... Por más que me lave con aguas de nieve y reluzcan mis manos de puro limpias; sin embargo, me tendrá como sumergido en inmundicias, y hasta mis vestidos harán asco de mí. (1) Y en realidad, todos nosotros venimos á ser delante del Señor, como un inmundo leproso, y cual trapo sucio y hediondo todas nuestras obras de justificasion. (2)

Al pensar en la infinita santidad de nuestro Dios, la humildad, tal vez tocada de triste desaliento pregunta sollozando: ¿quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? Y ella misma contesta volviendo los ojos al que es origen de toda santidad, ¿quién sino Tú solo que eres puro y santo por tu misma esencia? (3) Estas palabras le hacen sacudir el desaliento, y llena de confianza pide al Señor que la purifique más de su iniquidad y la limpie del pecado, que la rocié con el hisopo, y la lave para quedar más blanca que la nieve; y añade: Cread en mí, oh Dios! un corazon puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud. No me arrojes de tu presencia, y no retires de mí tu santo Espíritu; restituidme la alegría de tu Salvador; y confirmadme con el espíritu de fortaleza, de tu santa gracia. (4)

La santidad de Dios causa dulcísimo y profundo gozo en nuestras almas. Hemos recibido el espíritu de adopcion de hijos en virtud del cual clamamos con toda confianza: ¡Oh Padre mío! Y el mismo Espíritu

(1) IX. 2, 3, -20, -30, 31. (2) Isa. LXIV. 6. (3) Job. XIV. 4.

(4) Ps. L. 3, -4, . . . 9, -12, -14. D. Hieron. hic.

de Dios está dando testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y siendo hijos somos tambien herederos: herederos de Dios. (1) Ahora bien, la gloria de los hijos son sus padres; (2) y por lo mismo, si nuestro Padre es santo, infinita y adorablemente santo, si los cielos y la tierra están llenos de los testimonios de su gloriosa y divina santidad; ¿cómo pudiéramos no entrar en el gozo de nuestro adorable Dios, á quien todas las criaturas una y otra vez alaban y bendicen con esta tiernísima canción: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos?

Ese Padre divino á quien amamos, parece cubrirnos con su propia santidad, y quiere vestirnos con precioso y espléndido ropaje, cuando nos dice: Sed santos por que Yo soy santo. [3]

Cierto es que el Divino Salvador dijo á los judíos: Si sois hijos de Abraham, obrad como Abraham; y que nos dice á todos: Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto; [4] y tambien es cierto que al pensar en nuestras propias obras nos llenamos de vergüenza y confusion; mas sin embargo, sabemos que el Señor es indulgente y compasivo, y lleno de muchísima clemencia; y por esto ponemos en Él nuestra confianza; y aunque llenos de miserias y pecados, clamamos á su gran misericordia pidiendo que nos dé la santidad y la justicia, para ser puros y sin mancha en su presencia, pues para esto fuimos escogidos por Él mismo, ántes de la creacion del universo. (5)

Somos hijos adoptivos del Señor; si lo somos, somos tambien herederos; ¿cuál es la herencia que recibimos

(1) Rom. VIII, 15, 16, 17. (2) Prov. XVII. 6. (3) Levit. XIX. 2. (4) Joann. VIII. 39.—Matth. V. 48. (5) Ephes. I. 4.

del Señor en este mundo? Dios nos ha dado las grandes y preciosas gracias que habia prometido; para hacernos partícipes por medio de estas mismas gracias, de la naturaleza divina, huyendo la corrupcion de la concupiscencia que hay en el mundo, poniendo todo nuestro cuidado en juntar con la fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraternal, y con el amor fraternal la caridad..... y esforzándonos más y más para asegurar nuestra vocacion y eleccion por medio de las buenas obras. Y de este modo se nos abrirá de par en par, la entrada en el eterno reino del Señor. (1) ¿No es ésta la más elevada perfeccion, la más sublime y pura santidad? y tanta grandeza, y tan preciosos dones, y esa inefable é incomprendible participacion de la naturaleza divina, ¿no inundaria en torrentes de dulcísima ventura nuestras almas?

La santidad de Dios es por lo mismo, para nosotros, no sólo un objeto de la más profunda y humilde adoracion; tambien lo es del más cumplido y soberano gozo, una gloria anticipada, una herencia inestimable y preciosísima que recibimos en la vida de manos de nuestro divino y amoroso Padre. Acá en el mundo suelen los hijos recibir la herencia cuando sus padres mueren, y por lo mismo es precedida, sin poderlo remediar, de funesta y amarga desventura; mas en la que el Señor nos da, no pasa esto: vive y para siempre vivirá nuestro querido Padre; riquísimo de bienes, que con liberal y generosa mano reparte á sus amados hi-

(1) I. Petr. I. 4,—7. 10, 11.

Padre Felipe Castañon

jos.

Debemos imitar á nuestro Padre en su elevada y admirable santidad. Este pensamiento es un motivo de nuevo y santo gozo; en efecto, puesto que es nuestro modelo, tenemos que traerlo siempre delante de los ojos, que pensar en Él continuamente; que escuchar su amorosa y dulce voz, é ir buscando en todas partes su adorable voluntad para cumplirla, procurar, en fin, en todos nuestros actos, darle gusto: y ¿puede haber, acá en el mundo, mayor felicidad? ¿dónde están, al lado de ésta, los placeres y delicias de la tierra? ¿dónde aquella serenidad y amable sencillez que constituyen la paz del corazón? Andar con Dios, pensar en Él, cumplir su voluntad son las verdaderas fuentes de la vida, del consuelo, y de la gloria de los hombres; fuentes abiertas en el alma bajo la influencia de la infinita santidad de Dios. Bebamos en ésta misma, la pureza, la inocencia, y todas las virtudes que formando una bellísima guirnalda, se cambie allá en la eternidad, en inmortal corona que ciña nuestra frente, corona de oro, donde esté grabado el sello de la santidad, ornamento de gloria, obra primorosa, que con su belleza lleva tras sí las miradas. (1)

§ II.

Dios es uno: así nos lo enseña la fe, la razón y el sentimiento.

Oye Israel, decía Moises, el Señor Dios nuestro, el Señor es uno. Ved, decía el Señor, que Yo soy solo y no hay otro Dios fuera de Mí. [2] No hay otro, en e-

(1) *Ecci.* XLV. 14. (2) *Deut.* VI. 4.-XXXII. 39.

fecto, fuera de Él. Ni quien ántes que Él haya sido formado; ni despues de Él lo será ninguno. (1) Dios es singular por su esencia, y por lo mismo es uno, pues lo realmente singular, es tambien incomunicable. Él es el Sér que existe por su propia esencia; está es el mismo sér; y por tanto, la singularidad corresponde á la divina esencia. (2) Mas el sér que es singular por su esencia, no puede multiplicarse. (3)

Dios es infinitamente perfecto; y por lo mismo, no puede ser sino uno, pues dos séres no pueden existir en esa plenitud de perfeccion, porque alguna diferencia tendrian entre sí mismos, la cual necesariamente debia de ser alguna perfeccion; puesto que en Dios no cabe sino ésta; y por tanto, el que de ella careciese, no sería Dios. (4)

Dios es el Sér necesario, eterno, infinito, sumamente bueno, y por esto uno solo. Si hubiese dos ó más dioses, serían ó iguales, ó superiores unos, y otros inferiores; y todo esto destruye por completo la nocion de Dios. ¿Son iguales? Entónces ¿dónde está el supremo Sér? ¿son entre ellos mismos diferentes? En éste caso sólo será Dios el que en todo exceda á los demas.

Si Dios no es uno, Dios no existe, porque Él es infinitamente grande, lo cual no fuera si existiese otro igual en la grandeza. (5)

Dios es perfecto y carece de principio y fin, y ya contemplemos su bondad ó su poder, es sempiterno, incircunscripto; y no siendo uno ¿en dónde existiría la

(1) *I. Reg.* II, 2.-*Isa.* XLIII. 10. (2) *Gotti. hic. a. I.* (3) *Billuart, hic.* (4) *Id.* (5) *Tertull. L. I. cont. Marc. c. 3. ap. Perrone.*

perfeccion de que tratamos? La diferencia entre unos y otros dioses sería también la negacion de la bondad, el poder ó la sabiduría, relativamente en cada uno, y entre ellos no estaría el supremo Dios. Si se niega toda distincion vendrá la identidad, y tendríamos sólo un Dios. (1)

Dios es el sumo bien, y el fin último, y por lo mismo, es uno; pues repugna que existan dos bienes sumos, y dos últimos fines: ese bien sumo y fin último deben llenar todos nuestros deseos de tal manera que, nada fuera de ellos tengamos que apetecer. Todo se refiere al último fin; mas él no puede referirse á nada: todos los bienes se contienen en el sumo bien; y él no es contenido dentro de alguno. Por esto si Dios es el último fin, el bien supremo, ni es ni puede ser, sino uno solo. (2)

Dios es uno: así nos lo enseña el corazón: todos aspiramos á una dicha consumada y perfecta: esta se cifra en la contemplacion de la infinita belleza, y en el gozo del amor eterno; mas sin la unidad de Dios es imposible semejante dicha, pues entonces no sería infinita la belleza del Señor, ni dejaría su amor satisfechas nuestras almas. Dios es uno, y aparece luego incomparable é infinita su belleza: es Dios uno, y el corazón del hombre se sumerge en un piélago también infinito, de amor y eterna dicha.

La paz huiría por siempre del corazón de los mortales si hubiera dos seres que fuesen nuestros dioses: queremos suponerlos en todo iguales, perfectos y llenos de bondad hácia nosotros; tendríamos entonces que dividir nues-

(1) D. Damasc. L. 1. De. Fide. Orth. c. 5. (2) Gotti, hic.

tro cariño, dando la mitad á cada uno; ¿podríamos tener paz? ¿seríamos siempre fieles, dando á cada cual la medida exacta del amor que les debíamos? Y no haciendo esto, ¿dejarían de venir sobre nosotros la indignacion de aquél que hubiera sido ménos estimado? Y aún prescindiendo de esto, intereses tan vitales como son los del amor del Sér supremo, divididos entre sí no siendo Dios tan solo uno, ¿podrían estar de acuerdo? El amor todo lo quiere para el amado, lo sacrifica todo por darle gusto; y cuando por fuerza extraña es detenido, sufre un horrible martirio, el cual aumenta cuando nace aquella fuerza en nuestro mismo pecho; y esta es precisamente la triste situacion de nuestras almas si estuviera su cariño dividido porque Dios no fuese uno: seríamos semejantes á Rebeca que llevaba en su seno dos niños que luchaban entre sí causándole grandísimos dolores. Esos niños son dos naciones, le dijo Dios, á quien ella consultó, y dos pueblos que saldrán divididos desde tu seno. (1) El anuncio se cumplió perfectamente, y los idumeos y los judíos fueron siempre naciones enemigas, sin embargo de tener un mismo origen. Ved allí, pues, lo que pasaría en el hombre: incesante y desastrosa guerra; pero nunca su alma tendría la paz y la concordia.

Desgraciadamente pasa en nosotros algo parecido á lo que vamos contemplanado, cuando dividimos nuestro amor entre Dios y las criaturas; y esto nos indica cual fuera la triste desventura que tendríamos que llorar, si Dios no fuese uno. Cuando negamos al Señor todo el amor que nos exige queriendo dar al mundo alguna

(1) Gen. XXV. 22, 23.

parte, ni tenemos el gozo y los consuelos que Él derrama en las almas de sus fieles servidores; ni el amor del mundo nos produce sino inquietud y amargo desazon.

En tan penosas circunstancias nos arrojaríamos por fin, en brazos de uno de los seres cuya existencia venimos suponiendo, tomándole por nuestro Dios, y rindiendo á su grandeza, la más santa y humilde adoración: esto, sin embargo, no haría felices jamás, nuestras almas; ¿cómo acallar la voz de la conciencia que tendría que reprendernos conducta semejante? pues siempre es amable la bondad, y nosotros habríamos quebrantado este precepto, al consagrarnos á sólo uno de los seres que exigían nuestro amor y sacrificio.

Tampoco nuestro afecto podría derramar sus efusiones sin medida, y sin tener en ellas motivo alguno que pudiese contristarnos: si tendíamos á lo léjos nuestra vista, podíamos descubrir los confines del imperio de aquél Dios que habíamos escogido; y más allá de los confines dichos, ni podría mandar, ni ménos recibir alabanzas de hijos que allí no encontraría: porque era aquella una region extraña, sujeta al dominio de otro Dios, que no era el que nosotros habíamos escogido. Y ¡por ventura, no es la dicha del puro y santo amor, la gloria, la grandeza y el absoluto y soberano imperio de aquél á quien amamos sobre todo? Veríamos, penetrados de grandísimo dolor, los estrechos límites del territorio, por decirlo así, donde mandaba nuestro Dios. ¡Cuántas veces volaríamos con el pensamiento á registrar las ciudades y los reinos del Dios cuyo imperio terminaba las fronteras de nuestras regiones, creyendo descubrir maravillas y grandezas de que carecíamos, imaginando una ventura que nunca habia existido entre nosotros! acaso intentaríamos pasarnos al servi-

cio del Dios abandonado; y de todas maneras, aunque así no lo intentásemos, no tendríamos paz, sino perpétua y triste agitacion, deseos continuos, nunca satisfechos, que nos harían llevar con pena y amargura, las cadenas que nosotros mismos habíamos echado á nuestro cuello. ¿Se pagaría nuestro Dios, de un servicio semejante? De ninguna suerte; y entónces, sin su amor, y llenos de inquietudes llevaríamos á todas partes con nosotros, la desgracia.

Si despues de esto contemplamos la unidad santísima de Dios, ésta se nos presenta resplandeciente de belleza, y arrebatando con dulcísimo atractivo, el corazón. Desaparecen al pensar en ella, las tristezas y amarguras, el remordimiento, y las penas que hemos mencionado, al suponer la existencia de un principio doble y soberano. Dios es uno, y su santísima unidad es perfecta y eterna; fuera de Él no existe nadie, ni jamás podrá existir sér alguno que con Él divida, el imperio de todas las cosas, ni á quien debamos dar la mitad de nuestro amor; todo éste habrá de emplearse en el inmenso y adorable Dios que es uno por su esencia: á Él volveremos nuestros ojos; por Él suspiraremos de continuo, y en su divino seno el alma tendrá que derramar todo su afecto; y gozaremos profunda y santa paz, dulcísimo consuelo, inefable y consumada dicha: todas nuestras potencias descansarán en el Señor; entre ellas no hallaremos division alguna, pues se ocupan en el solo Dios eterno y verdadero. Todos los deseos del corazón serán enteramente satisfechos, al beber sin tasa, la dulzura y el contento, en la fuente misma de las eternas delicias del Señor, en quien está, dícenos David, la fuente de la vida, y en cuya luz, veremos la luz

del rostro divino del Eterno. (1)

CAPÍTULO IV.

LAS DIVINAS PERSONAS.

§ I.

Dios es uno por su esencia; pero no es una sola persona, sino tres; el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Hé aquí algunos testimonios de la sagrada Escritura que nos prueban esta verdad. (2)

Aparecióse el Señor á Abraham en el valle de Mambré estando sentado á la puerta de su tienda en el mayor calor del día. Y habiendo alzado los ojos, se le aparecieron tres varones puestos en pié junto á él; y cuando los vió corrió desde la puerta de la tienda, á recibirlos; é inclinóse á la tierra. Y dijo: Señor, si he hallado gracia

(1) Ps. XXXV. 10. (2) San Agustín ha dicho: In illa summa Trinitate tanta est inseparabilitas, ut cum trinitas hominum non possit dici unus homo; in illa unus Deus et dicatur et sit; nec in uno Deo sit illa Trinitas, sed unus Deus. De Trinit. L. 15. c. 23. Y tambien: Nefas est dicere ut (Deus) subsistat et subsit bonitati suae, adque illa bonitas non substantia sit vel potius essentia. . . . Unde manifestum est Deum abusive substantiam vocari, ut nomine usitatore intelligatur essentia, quod verè ac propie dicitur. id. L. 7. c. 5. Mas San Bernardo nos enseña en que sentido podemos usar ese lenguaje: Crendus est Deus. . . . summa et aeterna substantia, non subjecta praedicamentis vocum aut cogitabilium, sed omnium rerum causale efficiens et super essentialia principium. L. 3. c. 10. De Amore Dei. Respecto de esto dice Billaart: Adverte substantiam dici vel á sustentando, vel á subsistendo, seu per se existendo. Si sumatur primo sensu, recte dixit Augustinus, Deum abusive vocari substantiam quia scilicet nullis accidentibus substat. Si sumatur secundo modo, maxime Deo convenit, quia est ens a se. De person, in com. a. 1. Y Cerboni: Quando ad tres personas divinas designandas utimur nomine substantiae, ab illius est notione secermendum id omne imperfectionis, quod in rebus creatis ipsa substantia habet. De nomin quibus Patres latini vocarunt Personas.

en tus ojos, no pases de tu siervo. Mas traeré un poco de agua, y lavad vuestros piés, y reposad debajo del árbol. (1)

Tres varones se presentaron delante de Abraham, y de ninguno de ellos nos dice la Escritura que fuese mayor que los demas, en la forma, en la edad, ó en el poder; hé aquí, pues, insinuada, visiblemente por medio de la criatura visible, la igualdad de la Trinidad, y la unidad de la divina esencia en las tres personas. (2)

Por el Verbo del Señor se fundaron los cielos, nos dice el Rey Profeta, y por el Espíritu de su boca toda la virtud de ellos. (3) El Señor, su Verbo, su Espíritu, la santa y adorable Trinidad. (4) El Señor, esto es, el Padre, que por medio de su Verbo crió todas las cosas, afirmó los cielos; y con el Espíritu de su boca, el Espíritu Santo, á quien se atribuye la perfeccion de las obras de Dios, los adornó tambien con su virtud suprema. (5)

El mismo Rey Profeta pide al Señor que tenga misericordia y haga resplandecer la luz de su semblante sobre nosotros, y nos mire compasivo; para que conozcamos en la tierra su camino; y concluye: Bendíganos Dios, el Dios nuestro, bendíganos Dios y témanle todos los términos de la tierra. (6) Hé allí al Padre de quien descende toda dádiva excelente y todo don perfecto; (7) al Hijo que se ha hecho especialmente nuestro Dios, por el misterio de su encarnacion; y al Espíritu Santo, un solo Dios con el Padre y el Hijo.

(1) Gen. XVIII. 1.-4. (2) D. August. L. 2. de Trinit. c. 11. (3) Ps. XXXII. 6. (4) Le Blanc. cit: Ita pene omnes interpretes. (5) Gotti. hic. De Trinit. persona. (6) Ps. LXVI. 2, 3, -7, 8. (7) Jac. I. 17.

Abramos ahora, el Nuevo Testamento, y veremos que si allá en los tiempos de las sombras y figuras, al contemplar Isaías la gloria del Señor, y al escuchar el divino canto de los serafines, nos dice que la casa, esto es, la Sinagoga, se había llenado de humo; (1) en los tiempos de la gracia, San Juan vió unos misteriosos animales, llenos de ojos delante y detras, que cantaban sin descanso: Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios omnipotente; (2) indicándonos lo dicho que en el Nuevo Testamento se nos dan los testimonios más brillantes de la Trinidad de las divinas personas. (3) Pásemos, pues, á orillas del Jordan. Jesus es bautizado, y al instante que sale de las aguas, los cielos se abren, el Espíritu de Dios baja á manera de paloma, y posa sobre Él; y oyesse la voz del Padre que dice: Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo puesta toda mi complacencia. (4)

Antes de subir á los cielos el Divino Salvador, y al mandar á sus apóstoles que fuesen por el mundo á enseñar su celestial doctrina, les dijo: Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. (5) Y de este mismo Espíritu Divino, había dicho también su Majestad: Cuando viniere el Consolador, El Espíritu de verdad que procede del Padre, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. (6)

Tres son los que dan testimonio en el cielo, nos dice, finalmente, San Juan, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. (7)

(1) VI. 4. (2) Apoc. IV. 6.-8. (3) Sylveira. Trac. IX. 9. 9. In. Evang. (4) Matth. III. 16, 17. (5) Id. XXVIII. 19. (6) Joann. XV. 26. (7) I. V. 7.

Las tres personas de la divina Trinidad son iguales: ninguna de ellas precede á las demas en la eternidad, ni las excede en la grandeza, ni las aventaja en el poder. (1) ¿Será mayor el Padre, que su Hijo? Si así fuera, ciertamente lo sería por razón de su grandeza; mas la grandeza del Padre es el Hijo; luégo el Padre no lo excede; así como el Hijo no excede, ni puede exceder su divino y eterno principio: ¿quién excede su misma grandeza? Es, además, infinita la grandeza de que hablamos; ¿cómo, pues, el Padre ó su Verbo Divino pudieran pasar más allá? Añadamos que ni existe ni puede existir ese punto: uno y otro por tanto, llevarán sin poderla dejar donde quiera que fueren, su adorable y suprema grandeza. Y hablamos nuestro pobre y humano lenguaje, pues Dios es inmenso, y sin tránsito alguno está en todas partes. (2)

El Padre, pues, y el Hijo son iguales, igualdad que consiste en que ámbos tienen una misma esencia, en la cual no es uno el Sér y otra la grandeza; sino que el Sér es la grandeza misma.

¿Será mayor el Padre porque es eterno? Mas la eternidad es también de su Divino Hijo. ¿Ó podemos concebir sin este Hijo, un solo instante, al divino y adorable Padre? ¿Será igual en la sabiduría y podrá dejar de serlo en el poder? mas ¿cómo, la sabiduría pudiera ser igual no siendo omnipotente?

(1) Fulgent. De Fide. ad. Petr. c. 1. (2) Unde ergo major Pater? Si enim major, magnitudine major; cum autem magnitudo Filius ejus sit, nec ille utique major est eo qui se genuit. nec ille major est ea magnitudine qua magnus est: ergo aequalis. D. August. L. VI. c. 3. n. 5. De Trinit.

Por lo mismo, si en alguna cosa el Hijo no es igual al Padre, en nada podrá serlo.

Podemos considerar nuestras virtudes separadamente; pero ellas entre sí no se dividen: por lo cual los hombres que sean iguales en la fortaleza, verbi gracia, lo serán en la prudencia, en la templanza y la justicia; de otra suerte, si alguno aventajase en la prudencia, la fortaleza de los otros sería ménos prudente, y así ya no serían iguales ni en la misma fortaleza, pues ésta, en uno de ellos era más prudente: así podemos discorrir en las demas virtudes. Esto pasa en nuestras almas; ¿con cuánta más razon, y de un modo muy perfecto, tiene lugar en aquella incommutable y eterna sustancia que es una, y simplísima, y que no podemos comparar con nuestras almas! Porque en el hombre no es lo mismo la existencia, que el ser fuerte, prudente, ó justo, pues muchas veces no tiene consigo estas virtudes; mas Dios por su propio Sér, es fuerte, justo y sabio.

El Señor es espíritu; mas sólo el espíritu, en el hombre, es espíritu; sin embargo, si se une al Señor es un espíritu con Él; ¿cuánto más sucede esto, en la divina esencia, donde es absolutamente inseparable y eterna la conexión?

No hay, pues, grandeza alguna en el Padre, que no se encuentre en su muy amado Hijo, con quien tiene un mismo Sér.

Respecto del Espíritu Divino, Esta sagrada persona, ya sea la unidad del Padre y del Hijo, ya la santidad, ó la caridad, ó por tanto unidad, porque es caridad, y esta porque es santidad; es manifesto que el vínculo que une al Padre y al Hijo, no es ninguno de ámbos,

vos, vínculo santo del amor de los dos, del Padre á su Hijo y de Éste á su Padre; los cuales guardan la unidad del espíritu en el vínculo de la paz; (1) no por participacion, sino por su esencia, ni por el don de algun superior, mas por el propio suyo. Es por lo mismo, el Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, comun á uno y otro; pero esta comunión es consustancial y coeterna, la cual si puede llamarse amistad, llámese así en horabuena; pero más rectamente se llama caridad, de la que se halla escrito: Dios es caridad. (2) Esta caridad es igual á la sabiduría; que si no lo fuese, la sabiduría tendría que ser ménos amada y no segun la extension de su grandeza. Son por tanto, iguales una y otra, enteramente. Y entónces la sabiduría divina, es tan amada, como debe serlo; mas ésta es igual al Padre; y por lo mismo, el Espíritu Santo es tambien igual; y si es igual lo es en todo, con igualdad perfecta, por la suma unidad y simplicidad de la divina esencia. (3)

En la esencia de la verdad nada puede ser mayor, sino lo que sea más verdadero; ahora bien, en la inte-

[1] Para la mas exacta inteligencia de estas palabras, de San Agustín, oigamos al Dr. Angelico: *Diligere in divinis dupliciter sumitur, essentialiter et notionaliter; secundum quod essentialiter sumitur, sic Pater et Filius non diligunt se Spiritu Sancto, sed essentia sua. Unde Aug. De Trinit. 15. c. 7. Quis audeat dicere Patrem nec se, nec Filium, nec Spiritum Sanctum diligere nisi per Spiritum Sanctum? Secundum quod notionaliter sumitur, sic diligere nihil est aliud quam spirare amorem; sicut dicere est producere verbum, et florere est producere flores. Sicut ergo dicitur arbor florens floribus, ita dicitur Pater dicens Verbo vel Filio se et creaturam. Et Pater et Filius dicuntur diligentes Spiritu Sancto, vel amore procedente, se, et nos. 1. p. q. 37. a. 2. in corp. (2) Joann. IV. 16. (3) D. Aug. De Trinit. cit. c. 1V. et. V.*

ligencia inmutable no hay gradacion de verdad, porque en ella todo es eterno, inmutable y perfecto; ni lo que en ella misma se llama grande, lo es por otra causa que en razon de la verdad; que aumente la verdad, y la grandeza aumentará tambien: será más verdadero lo que tenga más verdad; así como será mayor tambien lo que más grandeza tenga; y así la verdad y la grandeza guardarán en todo, la más perfecta relacion. Ahora bien, el Padre ni es más veraz juntamente con el Hijo, que el solo Padre, ó el Hijo solo: y en cuanto al Espíritu Divino, que existe con igual verdad, no es el Padre, junto con el Hijo, mayor que el mismo Espíritu, porque ninguno de ellos tiene más verdad, que el que procede de ámbos: Así tambien, el Padre y el Espíritu Sagrado, no aventajando en verdad al Verbo Eterno, tampoco lo aventajan en grandeza; y es tan grande el Hijo y el Espíritu Santo, como el Padre solo, porque todos igualmente tienen la misma plenitud de la verdad. La Trinidad, en fin, es tan grande, como cada una persona, pues no es allí mayor, la que no es más verdadera, allí donde la misma verdad es la grandeza. En la esencia de esa divina verdad, lo verdadero y lo grande es el mismo Sér; la grandeza es por tanto, la misma verdad, la cual teniendo perfecta igualdad, tiene asimismo, igual y perfecta grandeza. [1]

La perfecta igualdad exige el mútuo y perfecto conocimiento de las personas que son iguales entre sí; pues de otra suerte habría diferencia en el conocimiento, y por

(1) Id. L. VIII. c. 1.

lo mismo, relativamente inferioridad ó grandeza en la inteligencia. Pide, además, esa igualdad, la comunicacion entera y recíproca de todos los bienes de las mismas personas. Y por último, la más admirable concordia fundada, por decirlo así, en la unidad del sér y en la identidad de la misma vida. Todo esto lo hallamos en las personas de la adorable Trinidad. Respecto del conocimiento, hé aquí lo que nos dice el Hijo de Dios: Así como el Padre me conoce á Mí, así Yo conozco al Padre. [1]

En cuanto al Espíritu Divino nos dice San Pablo: El Espíritu de Dios todas las cosas penetra; aun las más íntimas de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del hombre que está dentro de él? así es que las cosas de Dios, nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios. (2)

Todas mis cosas, decia tambien el Divino Salvador, oh Padre, son tuyas y las tuyas son mias. (3) En cuanto á la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, sabemos que procede del Padre y del Hijo, y que es el Espíritu de los Dos. Él me glorificará, decia Nuestro Señor, porque recibirá de lo mio. (4)

Finalmente, en cuanto á la santa y adorable concordia de que hablamos, bien sabemos que el Padre todo lo hace por medio de su Verbo. [5] Y no sólo esto, mas tambien, nos dice en el Evangelio el Salvador: El Padre que está en Mí, Él mismo hace conmigo, las

(1) Joann. X. 15. (2) I. Cor. 2. 10. 11. (3) Joann. XVII. 10.
(4) Id. XVI. 14. (5) Id. I. 3.

obras que Yo hago. [1] Y asimismo: En verdad, en verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por Sí cosa alguna, fuera de las que viere hacer al Padre; porque todo lo que Éste hace, lo hace igualmente el Hijo: y es que como el Padre ama al Hijo le comunica todas las cosas que hace. [2] Yo sólo hablo en el mundo, decía en otra ocasión el mismo Salvador, las cosas que oí á mi Padre. [3]

Del Espíritu Consolador hallamos escrito lo siguiente: Cuando venga el Espíritu de verdad Él os enseñará todas las verdades; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído. [4]

La union divina: respecto de ella Jesus nos tiene dicho: Yo y el Padre somos una misma cosa. [5] Y tambien: Yo vivo por el Padre. [6]

Lo mismo sucede en cuanto al Espíritu Santo, el cual recibe del Padre y del Hijo; y ¿qué puede recibir esta adorable Persona de las otras Dos, sino la sagrada esencia, con todos sus atributos y divinas perfecciones?

Brilla, pues, en las adorables personas de la Trinidad, la más santa y perfecta igualdad; y sin embargo,

[1] Id. XIV. 10. [2] Id. V. 19, 20. Al oír estas palabras la imaginación nos representa al Padre obrando, y al Hijo viendo sus obras, casi como un discípulo que se instruye viendo el trabajo de su maestro. Mas es necesario destruir ideas tan mesquinas. Si el Padre obrase primero, y después de haberlo visto, el Hijo obrase imitándole, seguiríase necesariamente que sus obras estaban separadas; mas la Escritura nos dice que todo lo que hace el Padre, lo hace por su Hijo, sin el cual nada se ha hecho. Y tambien, que todo lo que hace el Padre lo hace juntamente con el Hijo. No se contenta con decirnos que hace todo lo que su Padre; añade que lo hace juntamente, con el mismo poder, la misma sabiduría, y por la misma operación. Bossuet. Serm. de Trinidad. [3] Joann. VIII. 26. [4] Id. XVI. 13. [5] Id. X. 30. [6] Id. VI. 5.

son Ellas realmente distintas. El ser distintas es para nosotros un objeto de arrobadora y dulce admiración, pues nos indica la fecundidad de la naturaleza divina. El Padre es infinitamente rico por su divina esencia; ¿quereis la prueba? Contemplad, si os es dado, su divino seno, pues en Él están atesoradas todas las riquezas de que hablamos: ¿qué veis en ese seno? Allí se encuentra y está desde la misma eternidad, su Hijo Unigénito, [1] en quien se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia del Padre. [2] Ese Hijo Divino, de quien está escrito: El Verbo de Dios en las alturas es la fuente de la sabiduría; el cual rebosa en ella, como en agua el Fison y el Tigris, en la estación de los nuevos frutos; y lo inunda todo de inteligencia, como el Eufrates, y crece más y más como el Jordan, en el tiempo de la siega. Y va derramando la ciencia como la luz, é inunda como el Jehon en la estación de la vendimia. Y nos dice: Yo la Sabiduría, derramé ríos de agua viva y celestial. Yo como canal de agua inmensa, derivada del río, y como asequia sacada del río, y como un acueducto salí del paraíso. Yo dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y llenaré de agua los frutos de mi prado; y ved que mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar: porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los tiempos remotos. (3)

Es, pues, infinita y admirable la riqueza que atesora en Sí mismo el Verbo de Dios, al recibir la plenitud del

(1) Id. I. 18. (2) Coloss. II. 3. (3) Eccl. I. 5, -XXIV. 5, -44.

Sér, en su generacion eterna. Mas Él mismo, ¿podrá detener y no comunicar á otra persona esos tesoros infinitos de que hablamos? Al recibirlos de su Eterno Padre, lo ama con infinito y soberano amor, y así es tambien amado del mismo Padre; y uno y otro, como un mismo principio, comunican la divina esencia al Espíritu que procede de los Dos; y en el cual termina la fecundidad de la divina y soberana esencia, en cuanto á que no podrá comunicarse á ninguna otra persona. (1) Hé allí cómo los rios de la ciencia, la grandeza, el poder, la eternidad, y por decirlo de una vez, la divina esencia, entran en el mar; y el mar no rebosa; no porque éste sea más dilatado y espacioso que aquellos rios de inmensas y profundas aguas, ó los preceda en la existencia: sino porque el Espíritu de Dios penetra todas sus profundidades, y se extiende por decirlo así, hasta el punto donde todas ellas se dilatan sin rebosar, esto es, no comunicándose á otro alguno. (2)

Es por lo mismo, indispensable volver de nuevo á la admiracion y alabanza viendo cómo las riquezas del Padre y del Hijo, son tambien del Espíritu Santo.

La admiracion que nos ha sobrecogido al contemplar la maravillosa fecundidad del Sér divino, tórnase luego en amoroso y dulce reconocimiento, cuando recordamos que Dios abre para nosotros sus riquísimos tesoros, y nos dice que es rico para todos aquéllos que le invocan; [3] y nos advierte que toda dádiva preciosa y todo don perfecto viene de arriba, y descende del Padre de las luces. (4) el cual envió á su Hijo, hecho

(1) P. Th. 1, p. q. 27. a. 3. ad. primum. (2) Ecles. I. 7. [3] Rom. I. 10, 12. (4) Jac. I. 17.

de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibamos la adopcion de hijos. Y por cuanto somos hijos envió Dios á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Padre mio, Padre mio. (1) Y no sólo tendremos con nosotros al Hijo y al Espíritu Divino; mas tambien al Padre: Cualquiera que me ama, nos dice el Divino Salvador, observará mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos á Él y harémos mansion dentro de Él. (2) ¡Dios con nosotros! Dios de quien está escrito: Estarán con Él los que son fieles á su amor. (3) Y tambien: Dios es caridad. (4) Y vednos ya separados del bullicio exterior y llamados por Dios mismo á inefable y misteriosa dicha; á gozar las íntimas delicias del Señor. Dios es caridad; ¿para qué, pues, subir volando á lo más elevado de los cielos, ó descender en busca suya, á los profundos abismos de la tierra, cuando está con nosotros, si nosotros queremos estar en su adorable y dichosa compañía? (5) Objeto de amorosas y castísimas delicias, espléndida y serena luz, que ilumina la inteligencia del mortal, indeficiente y plácida ventura, piélago insondable de divinas y eternas maravillas; suprema dicha y gloria de los hombres. Hé allí al Eterno Dios, y las divinas é inefables gracias que derrama en el seno de sus hijos que le aman con perfecto y soberano amor.

La igualdad de las divinas personas es para nosotros un objeto de arrobador y santo gozo. (R)

(1) Galat. IV. 4.-6. (2) Joann. XIV. 23. (3) Sap. III. 9. (4) I. Joann. IV. 3. [5] D. August. De Trinit. L. 9. c. 7. in fin.

De alegría se llena el corazón, pensando en la eternidad, y en la grandeza, y el poder y la sabiduría, y la infinita y adorable santidad del Divino Padre. Esa grandeza es infinita; su eternidad sin principio, su poder omnipotente, su sabiduría elevada y admirable sobre los cielos y la tierra; su santidad indeficiente y perfecta. Gocémonos en Dios, una y otra vez gocémonos en Dios; en ese Padre santo y admirable, origen de toda santidad, y virtud, y excelencia, y grandeza, y ciencia y poder.

¡Qué dulce y amoroso encanto, es el encanto que sienten nuestras almas al pensar en las infinitas perfecciones del divino y adorable Padre! Mas nuestro gozo no se estrecha, si estrechase pudiera en el seno del Eterno, que antes bien por decirlo así, se extiende sin medida, al hallar en ese mismo seno, á su amado Hijo, su Verbo, igual al mismo Padre en todas sus divinas perfecciones; lo ha engendrado como diciéndose á Sí mismo, íntegra y perfectamente; por lo cual, no hay más ni menos perfección en Él, que en su Divino Verbo, (1) Y otra vez nuestros ojos quedan deslumbrados al contemplar las admirables y divinas perfecciones que brillan en el Verbo del Señor: la majestad de la grandeza, el esplendor de la sabiduría, la extensión infinita del poder, la eternidad de la existencia, y todas las restantes.

Mas el Espíritu Santo es igual al Padre y al Hijo; y al pensar en su infinita y adorable grandeza, en su eterna y divina hermosura, conocemos con cuánta ver-

(1) D. August. D. Trinit. L. 15. c. 14.

dad está escrito: Los ángeles desean mirarse en el Espíritu Santo y jamás se sacian de contemplarlo. (1) Él es el río de agua vivificante, espléndida como el cristal, que procede del solio de Dios y del Cordero, y en cuyas márgenes se encuentra el árbol de la vida: (2) sus purísimas aguas llegan á nosotros como azuladas ondas, de santidad y gracia, porque Dios derrama su caridad en nuestros corazones por Este mismo Divino Espíritu que se nos ha dado; (3) y ardiendo en tan dulces y abrasadas llamas, tendemos hácia Él, las alas del amor: sí, amamos, suspiramos, y ansiosamente queremos contemplarlo; y Él es quien forma en nuestras almas, tan hermosos y dulces sentimientos. [4] Y ¡por qué tan tiernos suspiros, y deseos tan ardientes? ¡Ah! Su grandeza, su santidad y hermosura; y el piélago infinito de sus divinas perfecciones, nos arrebatan y nos llenan de abrasado amor. Él es igual al Padre, Él es igual al Hijo; y un solo Dios con Ellos.

Esa admirable y perfecta igualdad de las divinas personas, nos revela cuanto es posible, atendida la miseria de la inteligencia humana, aquella dichosa y serena paz, y la admirable y santísima concordia que existe eternamente, en el seno del Señor: igualdad que se funda en la unidad de esencia, y que por lo mismo, jamás podrá perderse. Unidad é igualdad que presta á nuestros cantos su más dulce armonía, y al corazón inspira los más tiernos sentimientos, y le hace palpitar de santo gozo; y elevándonos, casi hasta los cielos, confunde nuestras voces, si así puede decirse, con las voces

(1) I. Petr. I. 12. (2) Apoc. XXII. 1, 2. S. Ambros. L. 3. de Spiritu. Sancto. c. 21. (3) Rom. V. 5. (4) Id. VIII. 26.

de los ángeles: Santo, le decimos, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Y añadimos, sin podernos casi detener: Bendecimos, amamos, adoramos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas, sin dividir la sustancia: porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; más la divinidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo es una; igual la gloria, coeterna la majestad. Cual es el Padre, es el Hijo, y es el Espíritu Santo. Incriado el Padre, incriado el Hijo, incriado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y con todo, no son tres eternos, sino un Eterno; ni tres incriados, ni tres inmensos; sino un incriado y un inmenso. Así también, es omnipotente el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un Omnipotente. Dios es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; mas no son tres Dioses, sino un solo Dios verdadero. Señor es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero no son tres señores, sino un solo Señor. En esta Trinidad nada hay antes ni después, nada mayor ó menor: las tres personas son coeternas, y entre Sí perfectamente iguales. (1)

Los divinos atributos del Señor han pasado delante de nosotros despidiendo ráfagas de apacible y hermosa claridad; brillando igualmente y con la misma luz en las tres divinas personas. Por lo mismo, ¿cómo no postrarnos á semejanza de Moisés, ó por qué no cubrir

(1) Símbolo de S. Atanasio.

como Elías, la frente de respeto, para adorar en cada una de esas divinas personas á un mismo y solo Dios? (1)

Es, pues, admirable y digna de nuestra más humilde adoración, la igualdad de las divinas personas; y un motivo de la más santa y dulce alegría para nosotros, el ver cómo la divina Esencia, una é indivisible, y simplísima se comunica por el Padre á su Divino Hijo, y por el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo; teniendo así esas tres Personas, la misma grandeza, el mismo poder, y una misma gloria; por lo cual, á ese Rey de los siglos inmortal é invisible, al solo y único Dios, uno en la esencia, trino en las personas, es debida y se ha de dar toda la honra y la gloria por siempre jamás. Amen. (2)

CAPÍTULO V.

§ I.

LA SANTA Y ADORABLE TRINIDAD.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Hemos hablado del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; mas ¿cuál es el origen de estas divinas Personas? El Padre siendo como es, la fuente, el principio, de la divinidad, tesoro de vida y de inteligencia, [3] no procede de nadie; mas el Hijo procede del Padre; y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. Este origen es lo que la teología llama procesión. (4)

Sabemos que en Dios hay procesiones; y por esto

(1) Exod. XXXIX. 8-III. Reg. XIX. 13. (2) I. Tim. 17. (3) D. Athan. Epist. De Synod. n. 41, 42. (4) Billuart, Cerboni.

de los ángeles: Santo, le decimos, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Y añadimos, sin podernos casi detener: Bendecimos, amamos, adoramos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas, sin dividir la sustancia: porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; más la divinidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo es una; igual la gloria, coeterna la majestad. Cual es el Padre, es el Hijo, y es el Espíritu Santo. Incriado el Padre, incriado el Hijo, incriado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y con todo, no son tres eternos, sino un Eterno; ni tres incriados, ni tres inmensos; sino un incriado y un inmenso. Así también, es omnipotente el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un Omnipotente. Dios es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; mas no son tres Dioses, sino un solo Dios verdadero. Señor es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero no son tres señores, sino un solo Señor. En esta Trinidad nada hay antes ni después, nada mayor ó menor: las tres personas son coeternas, y entre Sí perfectamente iguales. (1)

Los divinos atributos del Señor han pasado delante de nosotros despidiendo ráfagas de apacible y hermosa claridad; brillando igualmente y con la misma luz en las tres divinas personas. Por lo mismo, ¿cómo no postrarnos á semejanza de Moisés, ó por qué no cubrir

(1) Símbolo de S. Atanasio.

como Elías, la frente de respeto, para adorar en cada una de esas divinas personas á un mismo y solo Dios? (1)

Es, pues, admirable y digna de nuestra más humilde adoración, la igualdad de las divinas personas; y un motivo de la más santa y dulce alegría para nosotros, el ver cómo la divina Esencia, una é indivisible, y simplísima se comunica por el Padre á su Divino Hijo, y por el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo; teniendo así esas tres Personas, la misma grandeza, el mismo poder, y una misma gloria; por lo cual, á ese Rey de los siglos inmortal é invisible, al solo y único Dios, uno en la esencia, trino en las personas, es debida y se ha de dar toda la honra y la gloria por siempre jamás. Amen. (2)

CAPÍTULO V.

§ I.

LA SANTA Y ADORABLE TRINIDAD.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Hemos hablado del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; mas ¿cuál es el origen de estas divinas Personas? El Padre siendo como es, la fuente, el principio, de la divinidad, tesoro de vida y de inteligencia, [3] no procede de nadie; mas el Hijo procede del Padre; y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. Este origen es lo que la teología llama procesión. (4)

Sabemos que en Dios hay procesiones; y por esto

(1) Exod. XXXIX. 8-III. Reg. XIX. 13. (2) I. Tim. 17. (3) D. Athan. Epist. De Synod. n. 41, 42. (4) Billuart, Cerboni.

nos dice el Divino Salvador en el Evangelio: Yo salí de Dios. Yo conozco al Padre, porque de Él tengo el Sér. Así como el Padre tiene en Sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en Sí mismo. Y con ésta la doctrina, y el poder: Mi doctrina, dijo Jesús, no es mía, es de Aquél que me ha enviado. Todas las cosas las ha puesto mi Padre, en mis manos. (1)

También hallamos respecto del Espíritu Santo, lo siguiente: Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. [2]

Esta es la fe que profesamos en el Símbolo Niceno, donde decimos: Creo en Jesucristo, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero..... Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre y del Hijo.

No podríamos negar á la naturaleza divina, la fecundidad, pues esta es una perfección que le corresponde. ¿Por ventura, Yo que doy á los otros la fecundidad, dice el Señor, no seré fecundo? (3)

Las Divinas Personas son realmente distintas; mas esta distinción no se funda sino en el origen y procesion de una de la otra, ó de dos; y en la oposición relativa fundada asimismo en el origen de que hablamos; siendo todo en Dios una misma cosa donde no existe aquella oposición. (4) Explicamos esto mismo con más claridad: Dos cosas podemos distinguir con la mente, en las divinas personas: la sustancia y la rela-

(1) Joann. VIII. 42. - VII. 29. - V. 26. - VII. 16. - Matth. XI. 27.
(2) Joann. XV. 26. [3] Isa. LXVI. 9. [4] Gotti.

ción de origen: v. g: en el Padre la naturaleza divina y la paternidad; por la naturaleza no se distinguen las personas, pues las tres tienen la misma; deben, pues, distinguirse por la relación de origen, esto es, la Paternidad, la Filiación y la procesion ó espiración pasiva. [1]

Mas esas procesiones entre las personas divinas, no son de una á la otra, como de causa, sino como de un puro principio de origen; pues cada una procede en el mismo sér con la persona de quien tiene origen; y así el sér que el Hijo recibe de su Padre es enteramente el mismo del Padre; y el que recibe de uno y otro, el Espíritu Santo, es el mismo de los dos: sér comunicado al Hijo por generación, y al Espíritu Santo por procesion; resultando de aquí que la persona que procede ve á aquella de la cual procede, no como su causa, la cual por sí misma no comunica al efecto su propio sér; mas lo produce diverso y dependiente; en tanto que la razón de puro principio sólo dice origen, con el cual puede subsistir la identidad de sér en el que da y en quien recibe. (2)

Quien entiende alguna cosa, concibe lo entendido, en su propia inteligencia, lo cual proviene de la misma fuerza intelectual y de su conocimiento; mas siendo Dios sobre todas las cosas, lo que hemos dicho, no pasa en su eterna y soberana perfección, de la misma manera que en las ínfimas criaturas, que son las corporales; sino según la semejanza de las que son supremas entre todas, las inteligentes, en las cuales, sin embargo, no en-

(1) Cerboni. (2) Id. Gotti.

contramos la exacta representacion de las cosas divinas; y por esto en Dios, la procesion no se verifica como en los cuerpos, por movimiento local, ó por medio de acciones que tengan un resultado exterior; sino en cuanto es una emanacion inteligente y perfectísima, de una palabra, tambien inteligente, que permanece en el mismo que la profiere; y con quien es una misma cosa. (1)

Dos, nada más, son las procesiones en Dios; lo cual se manifiesta atendido que no son sino dos las personas procedentes, el Hijo y el Espíritu Santo.

Consideramos las procesiones segun las acciones inmanentes y eternas que tienen en Dios; más en la naturaleza inteligente y divina, tales acciones, son entender y querer; y por esto, en Dios no puede haber sino la procesion del Verbo y del Amor; más como el mismo Dios todo lo entiende y todo lo quiere con un solo acto, síguese de aquí que uno sólo es el Verbo perfecto, y uno nada más tambien en Dios, el perfecto Amor: y ámbas procesiones por el mismo hecho dé no multiplicarse atendida su entera perfeccion, nos revelan la fecundidad tambien perfecta, de la naturaleza divina. [2]

Las divinas y adorables procesiones del Verbo de Dios y del Espíritu Santo, no tienen un mismo nombre, la primera se llama generacion; la segunda puede llamarse espiracion, [3] ó simplemente procesion. [4]

(1) D. Thom. I. p. q. 27. a. 1. in corp. et. ad. Secundum. (2) Id. a. 5. in Corp. ad. tertium. (3) Id. I. p. q. 27. a. 4. Tertium. (4) Processio amoris non habet, nomen proprium. Sed vocatur relatio principii hujus processionis spiratio; relatio autem procedentis processio. I. p. q. 28. a. 4. in corp. Gotti. hic.

Ocupémonos primeramente en la procesion del Divino Verbo. Ésta, en los libros santos, es llamada generacion: Tú eres mi Hijo, le dijo el Padre, Yo te engendré hoy. De mis entrañas te engendré. [1] El Padre ama al Hijo, se nos dice en el Evangelio. [2] Tenemos Padre é Hijo, y por lo mismo generacion.

Mas sólo á la procesion del Divino Verbo puede darse ese nombre, pues Él es llamado en las sagradas letras, el Hijo Unigénito que existe en el seno del Padre; (3) por lo cual ni el Espíritu Santo, ni otro alguno, fuera del mismo Hijo, puede llamarse engendrado. Por esto jamas el nombre de Hijo, ó de engendrado, se da sino al Verbo del Señor, (4) de quien confesamos, que es de solo el Padre, no hecho, ni criado, sino engendrado.

Llámase generacion, nos dice el Ángel de la Escuela, la procesion del Verbo, en cuanto á que procede por el entendimiento, el que, por su misma fuerza, produce semejanza, lo cual no sucede en la procesion del Espíritu Santo, que es por la voluntad, la cual por sí misma no exige esa semejanza con su principio. La voluntad, añade el mismo Doctor, se pone en acto, no porque se encuentre en ella alguna semejanza del objeto amado, sino por la inclinacion que le tiene. Y por lo mismo, lo que procede por modo de amor, no procede como engendrado, ó como hijo, sino más bien, como espíritu, con cuyo nombre se designa cierta mocion é impulso vital, pues el amor es el que mueve y nos impulsa para ejecutar alguna cosa.

(1) Ps. II. 7. CIX. 3. (2) Joann. V. 20. (3) Id. I. 18. (4) Billuart, Carboni.

Las personas no se distinguen realmente, de la naturaleza divina; por lo que no tenemos que buscar en esta misma, la razón propia de cada procesion, razón que distinga la una de la otra; y es, por tanto, indispensable recurrir al orden de ellas mismas, esto es á la razón de entendimiento y voluntad; y segun ese orden, tiene el nombre que les corresponde, generacion la del Verbo Divino, espiracion la del Espíritu Santo.

La semejanza de que hemos hablado, pertenece de un modo al Verbo, y de otro, al amor; al primero segun que Él mismo es la semejanza de lo entendido, como lo engendrado, de quien lo engendra. Y pertenece al segundo no porque el mismo amor sea semejanza, sino porque ella es el principio del Amor. Este, por lo mismo, no es engendrado; mas lo engendrado es su principio. (1)

La generacion del Hijo de Dios; ¿quién la podrá explicar? [2] Antes, pues, de intentarlo, adoramos al Señor, confesando que no somos suficientes por nosotros mismos, no sólo para explicar tan profundo y divino misterio, que sobrepuja toda inteligencia criada; mas tambien para pensar dignamente acerca de esa inefable generacion; (3) y por esto no harémos otra cosa, sino referir las palabras de los libros santos, que pueden darnos alguna idea sobre el gran asunto en que nos ocupamos.

Un profeta saludaba en otro tiempo, á la pequeña Belen, anunciándole su más preciada gloria: Tú, Belen, decíale, ciertamente eres pequeña respecto de las prin-

(1) D. Thom. cit. a. 4. in Corp. et. Ad. prim. et. secundum. (2) Isa. LIII. 8. (3) II. Cor. III. 5.

cipales ciudades de Judá; mas puedes gloriarte sobre todas ellas, porque de ti vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad. (1)

La eternidad, hé allí lo que admiramos desde luego en la divina generacion del Hijo de Dios: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. (2) ¿Dónde estaban los siglos y el mundo, los nacientes astros que alababan á Dios; ó en fin, los ángeles, que con voces de júbilo cantaban su gloria? [3] Más allá de los tiempos, más allá de los siglos tambien, el Verbo de Dios, está con su Padre. ¿Cómo podemos concebir al Padre sin el Hijo? ¿no es el mismo Hijo el resplandor de su gloria? Y el Padre nunca estuvo sin gloria; y esa gloria no ha dejado jamas de brillar. [4]

La misma eternidad de la generacion divina, la vuelve para nosotros inefable; en efecto, ¿cuál es la idea que tenemos de la eternidad? La interminable posesion de la vida, cabal y perfecta, y que se goza al mismo tiempo, en toda su grandeza, sin estar dividida ni antes ni despues, sin sucesion alguna, sin haber para ella pasado, ni futuro; mas sólo el presente, que jamas se desvanece: Tú eres mi Hijo hoy te engendré. Esta admirable eternidad en la generacion del Verbo, nos revela toda su grandeza y esplendor; y asimismo, el poder y la sabiduría del Padre, porque Él ha dicho una palabra llena de vida, sustancial, hermosísima y á la que, ha revelado todos los tesoros de su ciencia; tan

(1) Mich. V. 2. (2) Joann. I. 1, 2. (3) Jo. XXXVIII. 7. (4) Heb. I. 3.

grande y llena de virtud y poderío, que es la única que el mismo Padre habló. Su inteligencia es infinita, y sin embargo, no podrá decir otra palabra que nos revele alguna cosa, que no haya dicho en su Divino Verbo; pues en Él, todo está dicho íntegra y perfectamente.

El mismo Verbo del Eterno es llamado la virtud de Dios, la sabiduría de Dios; y Dios jamás ha estado sin sabiduría ni sin poder.

Al reflexionar que el Verbo del Señor ha tenido la vida eterna, vida que su Padre le ha comunicado sin reserva, y en toda la plenitud de su grandeza, el corazón que le ama, lo bendice sin cesar, y palpita de contento pensando en la dicha que ha tenido siempre en el seno de su Padre; y adelantándose á todos los siglos, con el amor y el pensamiento, viénele á buscar en ese mismo seno.

Descansa el Padre en un reposo eterno que nadie jamás podrá turbar; ni el cielo, ni la tierra existen todavía, ni la luz ha recorrido por la vez primera, los inmensos espacios que tendrá que iluminar; mas otra luz existe que nunca ha sido criada, y de la cual está escrito: Dios es luz, y en Él no hay tinieblas ningunas.

[1] Y escrito está: El Verbo era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. [2] Contemplemos, pues, un instante, esta purísima luz que sale de Dios eternamente, como una exhalación de su virtud, como una pura emanación de la gloria del Dios omnipotente, purísima y sin mancha; pues ella es el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su

(1) I. Joann. 1. (2) Joann. 1. 9.

bondad. Y con ser una sola lo puede todo; y siendo inmutable todo lo renueva y se derrama por todas las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios y profetas. Porque Dios ama solamente al que mora con ella, sabiduría eterna de Dios; la cual es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas; y si se compara con la luz, le hace muchas ventajas. (1)

¡Oh Padre santo! en Ti ciertamente, está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz: (2) y no sólo esto, si que también amarémos esta luz, esta admirable sabiduría, engendrada desde la eternidad en tu divino seno; y la buscaremos procurando tomarla por nuestra muy amada esposa; y su hermosura nos tendrá cautivos.

Esa luz, esa sabiduría de que hablamos, realza su nobleza con la estrecha unión que tiene con Dios; y el mismo Señor de todas las cosas la ama: siendo como es, la maestra de la ciencia de Dios y la directora de sus obras. Y si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, criadora de todas? Y si la industria es la que produce las obras, ¿quién mejor que la sabiduría mostró el arte en estas cosas existentes? y si alguno ama la justicia debe saber que son fruto de los trabajos de la sabiduría, las grandes virtudes; por ser ella la que enseña la templanza, la prudencia, y la justicia, y la fortaleza, que son las cosas más útiles al hombre en esta vida. Y si alguno desea el mucho saber, ella es la que sabe todo

(1) Sap. VII. 25.-29. (2) Ps. XXXV. 10.

lo pasado, y forma juicio de lo futuro: conoce los artificios de los discursos, y las soluciones de los argumentos: adivina los prodigios y maravillas ántes que sucedan, y los acontecimientos de los tiempos y de los siglos. Sea, pues, esta divina sabiduría, nuestra muy amada y eterna compañera. Ella nos dará sus bienes y será nuestro consuelo en los cuidados y penas de la vida..... Entrando en casa, tendrémos en ella, blando y amorosísimo reposo: porque ni su conversacion tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino ántes bien consuelo y alegría. Y en la union con ella se halla la inmortalidad y un santo placer en su amistad, é inagotables tesoros en las obras de sus manos, y la prudencia en su trato, grande gloria en participar de sus razonamientos. (1)

A más de la eternidad que admiramos en la generacion del Verbo del Señor, tenemos que contemplar otras maravillas no ménos santas y adorables; y son las siguientes.

El Padre engendra á su Verbo en Sí mismo, lo cual no sucede en la generacion humana, en la que necesariamente el hijo es engendrado fuera de su padre. Mas el Unigénito de Dios está en el seno del Padre, nos dice San Juan. (2) Y el mismo Verbo dícenos tambien: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí. (3) Y ved una fuente de gloria infinita para el Hijo de Dios: no es posible que el Padre lo engendre fuera de Sí mismo; el Padre es inmenso, infinito, y eterno; mas si fuera posible que Dios no lo engendrara

(1) Sap. VIII, 2,-9,-16,-18. (2) I. 13. (3) Id. X. 38.

en su propio seno, tendríamos una contradiccion inexplicable: como Hijo de Dios sería dichosísimo; mas ¿qué gloria ó ventura, pudiera consigo llevar, si al ser engendrado tenia que apartarse de su eterno y divino principio? ¿ó acaso existe la gloria y la dicha, sino en Dios que es la única fuente de toda ventura?

El hijo en la generacion humana recibe una parte de la sustancia de su padre; esto no sucede en la divina, en la cual recibe el Verbo toda la sustancia de su Padre, pues la esencia de Dios es indivisible, y por lo mismo, ó ninguna parte, ó toda entera le tiene que ser comunicada por su mismo Padre.

La divina generacion es un acto eterno y perfecto que jamas tuvo principio ni ha pasado nunca. Hoy te engendré; esta es la divina palabra que pronuncia el Padre, llena de verdad y de virtud, y que nunca pasa. La palabra del Señor, decía Isaías, dura eternamente. (1)

Nada de esto puede hallarse en las generaciones humanas, de las cuales está escrito: Pasa una generacion, y llega otra. [2] Á la rapidez con que pasan por la tierra las generaciones de que hablamos, semejantes á las aguas que se deslizan y no vuelven atras, (3) tenemos que añadir su innumerable multitud; lo cual nos manifiesta que ni han agotado la fecundidad de su origen, ni llevan en sí mismas sino una parte de ella: todo esto nos revela imperfeccion y miseria. En Dios sólo hay un Hijo, perfecto, infinito, y consustancial á su Divino Padre: esa generacion no puede comunicarse á ningun otro, pues el mismo Verbo es el Unigénito del Pa-

(1) XL. 8. (2) Ecles. I. 4. (3) II. Reg. XIV. 14.

dre. ¡Oh grandeza admirable de tan divina y elevada generacion! Se confunde y anonada al quererla contemplar, nuestra débil y pobre inteligencia; mas en medio de su confusion y abatimiento, palabras no le faltan para bendecir y glorificar al Hijo del Eterno. ¡Oh Señor, Hijo Unigénito, Jesueristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, á cuya diestra estás sentado. Tú sólo eres Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo Jesucristo. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, y te damos gracias por tu inmensa gloria! ¡Oh divina grandeza del Verbo del Eterno, adorable unidad de su generacion! En virtud de ésta misma excelente y única generacion, está sentado á la diestra de la majestad, en lo más alto de los cielos: siendo tanto más excelente que los ángeles cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia: porque ¿á cual de los ángeles dijo jamas el Padre: Tú eres mi Hijo, Yo te engendré hoy? ¿y asimismo: Yo seré su Padre, y Él será mi Hijo? Y otra vez al introducir su primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Asimismo, en orden á los ángeles dice la Escritura: El que á sus ángeles los hace espíritus y á sus ministros como ardiente llama, mientras que al Hijo dice: Tu trono oh Dios! subsistirá por los siglos de los siglos: cetro de rectitud el cetro de tu reino, amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso oh Dios! el Dios tuyo te ungió con óleo de júbilo mucho más que á tus compañeros..... Tú eres oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas Tú permanecerás siempre el mismo, y todos como un vestido se han de envejecer, y como un manto los

mudarás, y quedarán mudados; pero Tú eres siempre el mismo, y tus años jamas acabarán. Siéntate á mi diestra, mientras tanto que pongo á tus enemigos por tarima de tus piés. (1)

Tanta grandeza nos tiene deslumbrados, y como no es de persona que puede ser extraña, el corazon ha palpitado de contento, el gozo nos inunda, y lágrimas ardientes del más tierno y santo amor, ruedan silenciosas por nuestras mejillas: ¡Oh Hijo de Dios, enagendados exclamamos, bendito por los siglos; Tú eres sobre todas las cosas, (2) por siempre jamas. Amen. Gozaos en el seno del Divino Padre, donde desde la eternidad y siempre, habeis sido engendrado; gozaos tambien, en ser el único á quien engendra el Padre, y á quien ha dado todo su poder y su grandeza, su virtud y su divina gloria; Hijo muy amado en quien tiene su amorosa y eterna complacencia.

Ahora ¿qué podremos decir de la inefable y divina procesion del Espíritu Santo? Hé aquí sin embargo; algunos de los divinos y brillantes caracteres, si así pueden llamarse, de esa divina procesion, que nos descubrirán en parte, las divinas excelencias y grandezas de la tercera persona de la adorable Trinidad.

La procesion del Espíritu Santo es eterna: el Padre conoce á su Divino Hijo desde la eternidad, y este Hijo asimismo, conoce al Padre eternamente; y ¿pudiera un sólo instante no haber amado el Padre á su Divino Verbo, ó Éste al que es su eterno y divino principio! Desde la misma eternidad brillan en el Hijo las admirables y santas perfecciones de su Padre, y desde en-

(1) Heb. I. 3, -13. (2) Rom. IX. 5.

tónces es el dulce objeto de sus divinas y amorosas complacencias. Asimismo, contempla el Hijo la inefable é infinita belleza de su Padre; y en uno y otro, tan divina y admirable vista no puede hallarse sin infinito y soberano amor.

Es tambien la procesion del Espíritu Divino, única en su línea, si así puede decirse, pues Dios con un solo acto lo quiere todo, nos dice el Ángel de la Escuela. Y San Pablo habia dicho ántes: El Espíritu es uno mismo, é indivisible. (1)

La procesion de que tratamos lleva en sí misma el poder y la grandeza, y todas las riquezas y tesoros de la divina esencia: la misma majestad, la misma gloria, el mismo poderío. Tan maravillosa y santa comunicacion de la naturaleza divina, produce en nuestras almas nuevo asombro, despertando los sentimientos del más puro y tierno amor. Si acaso nos sentiamos fatigados al contemplar tantas maravillas y grandezas en el Padre y en el Hijo, al hallarlas otra vez, en el Divino Espíritu, tenemos que pedirle nueva gracia, por no ser oprimidos bajo el inmenso é insostenible peso de su gloria. En efecto, sin esa gracia, ¿cómo detener un solo instante nuestros ojos en esa claridad tan viva y tan brillante, cuando sabemos que ni áun puede mentarse el nombre de Jesus sino con la gracia del mismo Espíritu Divino? Pero este Espíritu alienta nuestra flaqueza y pide por nosotros con inexplicables gemidos. (2)

La Escritura nos ha revelado la divina y eterna pro-

1) I. Cor. XII. 4.-11. (2) Rom. VIII. 26.

cesion del Espíritu Santo; y entre sus demas caracteres, el de su inefable y misteriosa profundidad: Dios nos ha revelado, dice el gran Apóstol, por medio de su Espíritu, pues el Espíritu de Dios todas las cosas penetra áun las más íntimas de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino solamente el espíritu del hombre que está en él? así es que las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios. Nosotros, pues, no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios; á fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha comunicado: las cuales tratamos no con palabras estudiadas de humana ciencia, sino conforme nos enseña el Espíritu de Dios, acomodando lo espiritual á lo espiritual. Porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para él todas son una necesidad, y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con una luz espiritual que él no tiene ciertamente. (1) En efecto, esto se patentisa en lo que acabamos de decir: ¿qué podemos entender por esa investigacion de las profundidades del Señor, las que penetra el Espíritu Santo, si Éste mismo Espíritu no alumbra nuestros ojos con su espléndida y hermosa luz? Ciertamente que Dios no escudriña como el hombre, ni es capaz su inteligencia de progreso, porque es la plenitud de la verdad; y por otra parte, todo igualmente se descubre á sus divinos ojos, con la misma claridad y perfeccion. Es, pues, para nosotros, un misterio esa investigacion de las pro-

(1) I. Cor. II. 10.-14.

fundidades invisibles del Señor; mas recordemos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que tiene su misma esencia, y es un solo Dios con Ellos; que en los tres, una es la majestad y la grandeza, y uno mismo el poder; y desde luego tendremos, que aquella investigacion, no es sino el conocimiento perfecto, la íntima y cabal penetracion de la divina ciencia, á la que no se ocultan los secretísimos consejos del Eterno. (1)

Mas no sólo esto, si que tambien, ese Espíritu Divino es de Dios, está en Dios, es Dios El mismo; porque procede del Padre y del Hijo, de quienes recibe la divina esencia: y hé aquí brillando con pura y espléndida luz, aquellas misteriosas palabras de San Pablo en que nos hemos ocupado.

Mas ¿como el amor es tan íntimo y profundo en Dios, cuando sabemos que el amante sale en cierta manera de sí mismo siguiendo al que ama? Esto, en efecto, tiene lugar cuando vamos en busca del amado que no tenemos con nosotros mismos; mas no sucede en Dios, cuyo Divino Espíritu está siempre en el Padre y en el Hijo: procede de ámbos sin separarse de ninguno, pues es su eterno abrazo, el amor y ósculo santo de uno y otro, su eterno vínculo, su lazo indisoluble. (2) El abrazo, el ósculo santo, el vínculo sagrado del Padre y el Hijo..... maravillas son estas que nos llenan de asombro, expresiones cuyo profundo sentido no alcanza el hombre á penetrar. El abrazo del Padre y del Hijo, ¿no es esto un bellissimo símbolo del amor más perfecto

(1) Tirinus, hic. (2) Bossuet. Serm. de la Santísima Trinidad.

y sagrado de entrámbos; de la union más estrecha y eterna? ¿No nos dice tambien ese abrazo que, son infinitas y santas, é inviolables las delicias del Padre y del Hijo?

Ese ósculo santo de amor, es tambien el emblema de la eterna y dulcísima paz en que viven y reinan el Padre y el Hijo; paz divina que nunca tendrá que turbarse, donde todo es socio y descanso, y gloria, y divina ventura.

Ese vínculo, en fin, nos revela que el Padre jamas estará sin el Hijo; y con ámbos reinará por siempre el Espíritu que procede de los dos con infinita y eterna grandeza.

El Espíritu Santo procede no como engendrado, ó como hijo, sino más bien, como espíritu, con cuyo nombre designamos cierta mocion vital y divina, y un soberano y amoroso impulso; pues se dice que el amor nos mueve ó impele á ejecutar alguna cosa. [1] El impulso y la mocion de que nos habla el Ángel de la Escuela, y que corresponde á la voluntad, distinguen la procesion del Espíritu Santo, de la del Verbo Divino. Impulso uniforme, mocion simultánea, como que es de un principio solo, y de una misma espiracion. Ese impulso es un vivo aliento, una ardiente y abrasada llama, una hoguera, por llamarlo así, de inextinguible amor. Esa mocion que no lleva al Padre ó al Hijo fuera de Sí mismos, ni los llega á conmover, los tiene unidos con amorosa y dulcísima lazada.

La mocion y el impulso de que hablamos, es en sí

(1) D. Th. p. 1. q. 27. a. 4.

mismo, un manantial indeficiente de dulzura; es la infinita y soberana delicia del Padre y del Hijo. Es el Hijo la perfecta y bellísima imágen de su Padre; ¡podrá no ser el objeto de las tiernas y amorosas complacencias del mismo Padre, Aquel Hijo que le es igual en grandeza y perfeccion? ¡Ó el Hijo podrá no amar con infinita y santísima dulzura, al Divino Padre de quien todo lo tiene recibido? Y vedlos amándose con infinito y abrasado amor, eterno, perfectísimo, y que tiene un mismo sér, la misma vida que el Padre y el Hijo, y que es también, amado de uno y otro, con amor infinito y soberano, y que también recibe y goza, las delicias y la gloria de la divina y adorable esencia.

Tantas maravillas y grandezas, y tan elevada perfeccion como vislumbramos en el Espíritu Santo, á pesar de las profundas tinieblas que nos envuelven mientras estamos en el mundo, nos inspiran un tierno y gran cariño, hácia esta adorable Persona de la Santísima Trinidad. Y no sin razon, pues la vemos brillar con toda la grandeza, y la majestad, y el poder, y las riquezas, y la gloria del Sér divino. Y vemos asimismo, que Ella es quien nos eleva, y santifica, é ilumina nuestras almas, y las adorna y engalana con sus más preciosos dones; porque el Espíritu Santo es el Consolador, el Don del Dios altísimo, la fuente viva, el fuego, la dulce caridad, la unción espiritual, la septiforme (1) dádiva, el dedo de la diestra del Divino Padre, el que ilumina nuestros ojos con apacible y bello resplandor,

(1) Nuestros lectores disimulen el empleo de esta palabra si quiera en gracia de su origen y de la precision con que explica nuestro pensamiento.

y enciende nuestros pechos con una dulce llama, y alienta y regocija los cansados miembros. Él es también, el que retira al enemigo, y nos da la paz de Dios, y va delante de nosotros por todas las sendas de la vida, haciéndonos huir de todos los peligros. ¡Oh, y cómo no amar al Espíritu Divino con tierno y generoso amor! ¡Ó deseamos tener el corazón para otra cosa? Que arda, pues, en las más vivas y abrasadas llamas del amor de ese Sagrado Espíritu y entonces tendremos con nosotros la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios Padre, y la participacion del mismo Espíritu Santo. (1)

CAPÍTULO VI.

§ I.

RELACIONES DE ORIGEN DE LAS DIVINAS

PERSONAS.

El orden ó referencia de una divina persona á otra ó á otras dos se llama relacion. (2) En Dios existe realmente ese orden de que hablamos, puesto que son realmente distintos el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y no lo son por lo que en Dios es absoluto, como el poder y la sabiduría, que igualmente tienen; sino por lo relativo y propio á cada uno. El Padre en cuanto Padre, no se dice á Sí mismo, sino al Hijo. Así también el Hijo en cuanto Hijo, se refiere al Padre; y de la misma manera, el Espíritu Santo se refiere también al Padre y al Hijo de quienes procede eternamente. (3)

(1) II. Cor. XIII. 13. (2) Bouvier, hic. (3) Carboni.

mismo, un manantial indeficiente de dulzura; es la infinita y soberana delicia del Padre y del Hijo. Es el Hijo la perfecta y bellísima imágen de su Padre; ¡podrá no ser el objeto de las tiernas y amorosas complacencias del mismo Padre, Aquel Hijo que le es igual en grandeza y perfeccion? ¡Ó el Hijo podrá no amar con infinita y santísima dulzura, al Divino Padre de quien todo lo tiene recibido? Y vedlos amándose con infinito y abrasado amor, eterno, perfectísimo, y que tiene un mismo sér, la misma vida que el Padre y el Hijo, y que es también, amado de uno y otro, con amor infinito y soberano, y que también recibe y goza, las delicias y la gloria de la divina y adorable esencia.

Tantas maravillas y grandezas, y tan elevada perfeccion como vislumbramos en el Espíritu Santo, á pesar de las profundas tinieblas que nos envuelven mientras estamos en el mundo, nos inspiran un tierno y gran cariño, hácia esta adorable Persona de la Santísima Trinidad. Y no sin razon, pues la vemos brillar con toda la grandeza, y la majestad, y el poder, y las riquezas, y la gloria del Sér divino. Y vemos asimismo, que Ella es quien nos eleva, y santifica, é ilumina nuestras almas, y las adorna y engalana con sus más preciosos dones; porque el Espíritu Santo es el Consolador, el Don del Dios altísimo, la fuente viva, el fuego, la dulce caridad, la unción espiritual, la septiforme (1) dádiva, el dedo de la diestra del Divino Padre, el que ilumina nuestros ojos con apacible y bello resplandor,

(1) Nuestros lectores disimulen el empleo de esta palabra si quiera en gracia de su origen y de la precision con que explica nuestro pensamiento.

y enciende nuestros pechos con una dulce llama, y alienta y regocija los cansados miembros. Él es también, el que retira al enemigo, y nos da la paz de Dios, y va delante de nosotros por todas las sendas de la vida, haciéndonos huir de todos los peligros. ¡Oh, y cómo no amar al Espíritu Divino con tierno y generoso amor! ¡Ó deseamos tener el corazón para otra cosa? Que arda, pues, en las más vivas y abrasadas llamas del amor de ese Sagrado Espíritu y entonces tendremos con nosotros la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios Padre, y la participacion del mismo Espíritu Santo. (1)

CAPÍTULO VI.

§ I.

RELACIONES DE ORIGEN DE LAS DIVINAS

PERSONAS.

El orden ó referencia de una divina persona á otra ó á otras dos se llama relacion. (2) En Dios existe realmente ese orden de que hablamos, puesto que son realmente distintos el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y no lo son por lo que en Dios es absoluto, como el poder y la sabiduría, que igualmente tienen; sino por lo relativo y propio á cada uno. El Padre en cuanto Padre, no se dice á Sí mismo, sino al Hijo. Así también el Hijo en cuanto Hijo, se refiere al Padre; y de la misma manera, el Espíritu Santo se refiere también al Padre y al Hijo de quienes procede eternamente. (3)

(1) II. Cor. XIII. 13. (2) Bouvier, hic. (3) Cerboni.

El Padre, según nos enseña el Ángel de la Escuela, no se dice sino en razón de la paternidad, así como el Hijo se dice también, por la filiación; por lo cual, si ésta y la paternidad no existieran realmente en Dios, seguiríase que Dios realmente no era Padre ni Hijo; y por lo mismo en Dios existen las relaciones de origen. (1)

En lo que procede de un principio que tiene la misma naturaleza, es necesario que éste y lo procedente convengan en el mismo orden, y por tanto, que tengan mutuas relaciones; ahora bien, las procesiones en Dios no dividen la naturaleza, que es siempre la misma, y realmente existe en Dios; y por lo mismo, también las relaciones de que hablamos, pues donde hay origen de una persona que viene de otra, es necesario que halla también realmente referencia de la una á la otra; lo cual sucede en Dios.

Las divinas relaciones son cuatro, la paternidad, la filiación, la espiración activa y la pasiva; relaciones verdaderas, reales, sempiternas é inmutables; mas la espiración activa, no se distingue realmente de la paternidad y filiación; ni constituye persona distinta del Padre y del Hijo; habiendo, por lo mismo, en el Sér Divino, solamente tres personas y no cuatro. (2)

El cargo de las divinas relaciones es constituir las personas de la adorable Trinidad, y distinguirlas mutuamente. Y en efecto, si estas personas son realmente distintas entre sí como nadie lo duda, deben serlo por algo que les sea propio, y esto es lo que llamamos propiedad, que constituye á cada persona; pro-

(1) 1. p. q. 18. a. 1. (2) Billuart. et. alii.

iedad que no es una cosa absoluta, sino relativa, y por esto en las sagradas letras la distinción de las personas se expresa con los nombres relativos de Padre, Hijo ó Verbo, y Espíritu Santo. Todas las cosas que son del Padre, el Padre las dió á su Unigénito Hijo, fuera del ser Padre. (1) Por esto vemos que el Padre no se distingue del Hijo por alguna propiedad absoluta, sino por la relativa que no comunica el Hijo.

Cierto es que, en algún modo, podemos decir que las divinas personas se constituyen y distinguen por su origen; pues éste es intrínseco y enteramente propio de cada una; y así vemos que la generación activa corresponde tan sólo al Padre, y le es enteramente propia; así como la pasiva pertenece al Hijo, y la espiración también pasiva, al Espíritu Santo. Sin embargo, nos dice el Ángel de la Escuela, más bien se dice que las divinas personas se distinguen por las relaciones, que por el origen; pues si bien es cierto que se distinguen de uno y otro modo, esto sucede, según nuestro modo de entender, primero y principalmente por las relaciones, [2] pues el origen significa por modo de acto, como la generación, mas la relación por modo de forma, como la paternidad; sin embargo, la relación y el origen, si bien se distinguen en la inteligencia, no se diferencian realmente una de otro; y hé aquí por qué nos ha dicho el gran Doctor que acabamos de citar, que las personas divinas se distinguen por relación y por el origen. [3]

El cargo de las divinas relaciones nos descubre su

(1) Concil. Florent. (2) 1. p. q. 40. a. 2. (3) Bessarion. in. Concil. Florent.

especial perfeccion y grandeza, y su igualdad absoluta.

Constituir las divinas personas, distingirlas entre sí mismas, sin duda alguna es perfectísimo y singularmente lleno de grandeza y hermosura; ¿no veis cómo brillan mutuamente esas adorables relaciones, con tan ardiente y vivo resplandor que deslumbran los ojos de todos los mortales? Mas ¡qué decimos! Los mismos ángeles, los más elevados serafines, cubren el rostro con sus blancas alas, penetrados de grandísimo respeto, y hundiéndose en su propia nada, veneran aquella majestad y grandeza inefables del Padre, y la hermosura de su Verbo, y la ardiente y pura llama del Amor eterno que los une; y que procede de uno y otro.

Las divinas personas son perfectísimas y dignas de toda bendicion, y de las más tiernas alabanzas de las criaturas; ¿cómo, pues, las relaciones por las que se constituyen y distinguen, no arrebatarián nuestras miradas, haciendo prorrumpir al alma, en bellísimos cánticos de amor? ¿sería sin ellas, perfecta la Deidad, ó hallariamos en ésta, la hermosa plenitud que nos descubren las personas, y sus arrobadoras y santas relaciones? ¿dónde tendríamos el gran misterio de la divina y adorable Trinidad que se constituye por las relaciones, que pertenece á la suprema perfeccion de Dios, que se levanta sin medida sobre todas las criaturas? (1) Por esto el Ángel de la Escuela nos dice que en la divina sustancia se encuentran las relaciones, porque ella es sobre todo género, y comprende en sí las perfecciones de todos los géneros. (2) Y añade que

(1) Gotti. (2) q. 8. de Pot. a. 2. ad. 1.

pertenece á la perfeccion de la divinidad, que halla en ella, una persona de quien venga otra, y la primera de ninguno; y aún otra de las dos primeras; pues no sería enteramente perfecta sino hubiese procesion del Verbo y del Amor. (1) El Padre no sería perfecto sino tuviera Hijo, pues Padre no sería sin Éste; ni Dios sería perfecto sino tuviese Verbo. (2)

Si despues de la perfeccion de las divinas relaciones, contemplamos su encantadora y celestial belleza, nos parece descubrir aquellos cristalinos y purísimos raudales de la fuente de vida inagotable que está en Dios; aquella cándida y hermosa luz, en la que se contempla la verdad. (3) Nada hay más bello que la luz del cielo; los purísimos raudales de esa fuente de la eterna vida, que sin cesar están corriendo del fecundo manantial de toda vida, y virtud, y belleza, y esplendor, y admirable poder, son para el hombre un misterio de adoracion y de divino encanto. Al contemplarlos caemos rendidos, y humildes adoramos la unidad en la divina esencia, y en la majestad suprema, la igualdad, y la propiedad en fin, en las santas y adorables personas de la Trinidad.

Esas personas son tan subsistentes, que la una no es la otra, y se distinguen con absoluta y acabada perfeccion; y sin embargo, tan unidas viven que ni aún esta palabra que hemos dicho, expresa exactamente, su divina y eterna concordia, su perfecta y completa armo-

(1) Id. q. 9. a. 5. ad. 3. (2) Op. 1. cont. error. Graec. c. 7. No seguimos en este punto la opinion del respetable Billuart, sino que pasando más allá del sentir de Charmes y Cerboni, adoptamos la de Gotti y otros teólogos de la Escuela de Santo Tomás. (3) Ps. XXXV. 10.

nía, pues tienen una misma vida, y una misma y sola esencia. ¡Oh admirable y santa belleza de las divinas relaciones! ¡No proceder de nadie el Divino Padre, y contemplar eternamente en su paternidad sagrada, al Hijo de su seno; y este Hijo referirse al Padre, y uno y otro juntamente, ver al Divino Espíritu; y éste Espíritu Divino, referirse á los dos eternamente con indisoluble y tierno amor! Maravillas son estas que al alma encantan, y la llevan fuera de sí misma, que le piden suspiros, lágrimas, sollozos, y la encienden en vivas llamas de la más abrasada y dulce caridad.

Acá en el mundo es la verdadera amistad un tesoro de riquísima valía, inagotable manantial de júbilo y consuelo; ¡qué alegrías tan puras, qué inefables y sagrados gozos proporciona al corazón del hombre! Y sin embargo, la amistad más pura y santa, tiene siempre sus defectos, momentos de grandeza y entusiasmo, y tal vez, largas horas de triste desaliento y de cansancio; y con todo, ella es un tesoro de riqueza, una fuente de alegría, que si no consuman la dicha de nuestra alma, es porque nada hay perfecto ni acabado aquí en la tierra; ni las más duraderas relaciones son eternas, pues la muerte rompe los más sagrados lazos; y si bien es cierto que después de la muerte nos amamos, cierto también es, que no vivimos bajo el mismo techo, ni disfrutamos de la misma vida; y por lo mismo, no tenemos ya, los atractivos y el amable encanto, las hermosas y santas relaciones que teníamos en la vida.

Ahora levantemos los ojos al Señor: ¿podremos dar el nombre de amistad á las divinas relaciones? [1] Si así lo hacemos es indispensable añadir, que esa amis-

(1) Á éste modo decía S. Agustín hablando del Espíritu Santo: Si amicitia convenienter dici potest, dicatur; sed aptius dicitur charitas. De Trinit. L. VI. c. 5.

tad es eterna, indisoluble, serena, inperturbable y perfectísima; que subsiste en la unidad de un mismo sér, sin que haya habido un solo instante, sin la unidad divina de que hablamos; y sin embargo, conserva eternamente, las divinas subsistencias de las personas; amistad que es el amor consumado y perfecto que todo lo ilumina y hermosea.

Otra riquísima fuente de belleza en las divinas relaciones, es la igualdad absoluta de las personas; en ellas es perfectísima y simplísima la unidad de la divina esencia; y la perfección de las relaciones no se distingue de la esencia de Dios; de lo cual resulta que, aunque las relaciones sean distintas, sin embargo, no puede decirse que una persona es más perfecta que las otras dos, porque, nos dice el Angélico Doctor, la igualdad y la semejanza se considera según lo esencial, ni puede haber desigualdad alguna, según la distinción de las relaciones..... por lo que, la paternidad es dignidad del Padre, así como también, su esencia. La dignidad es absoluta y pertenece á la esencia; y ésta, que en el Padre es paternidad, es en el Hijo filiación. Por esto decimos rectamente que la dignidad del Padre está en el Hijo. Ni de aquí se sigue que el Hijo tenga la paternidad, pues si bien es cierto que ámbos tienen la misma esencia y la misma dignidad; sin embargo, está en el Padre según la relación de quien la da, y en el Hijo, según la relación de quien recibe. (1)

En las divinas personas no tenemos que considerar sino la esencia en que comunican, y las relaciones que

(1) 1. p. q. 42. a. 4. ad. 2. Cerboni.

nía, pues tienen una misma vida, y una misma y sola esencia. ¡Oh admirable y santa belleza de las divinas relaciones! ¡No proceder de nadie el Divino Padre, y contemplar eternamente en su paternidad sagrada, al Hijo de su seno; y este Hijo referirse al Padre, y uno y otro juntamente, ver al Divino Espíritu; y éste Espíritu Divino, referirse á los dos eternamente con indisoluble y tierno amor! Maravillas son estas que al alma encantan, y la llevan fuera de sí misma, que le piden suspiros, lágrimas, sollozos, y la encienden en vivas llamas de la más abrasada y dulce caridad.

Áca en el mundo es la verdadera amistad un tesoro de riquísima valía, inagotable manantial de júbilo y consuelo; ¡qué alegrías tan puras, qué inefables y sagrados gozos proporciona al corazón del hombre! Y sin embargo, la amistad más pura y santa, tiene siempre sus defectos, momentos de grandeza y entusiasmo, y tal vez, largas horas de triste desaliento y de cansancio; y con todo, ella es un tesoro de riqueza, una fuente de alegría, que si no consuman la dicha de nuestra alma, es porque nada hay perfecto ni acabado aquí en la tierra; ni las más duraderas relaciones son eternas, pues la muerte rompe los más sagrados lazos; y si bien es cierto que despues de la muerte nos amamos, cierto también es, que no vivimos bajo el mismo techo, ni disfrutamos de la misma vida; y por lo mismo, no tenemos ya, los atractivos y el amable encanto, las hermosas y santas relaciones que teníamos en la vida.

Ahora levantemos los ojos al Señor: ¿podremos dar el nombre de amistad á las divinas relaciones? [1] Si así lo hacemos es indispensable añadir, que esa amis-

(1) Á éste modo decía S. Agustín hablando del Espíritu Santo: Si amicitia convenienter dici potest, dicatur; sed aptius dicitur charitas. De Trinit. L. VI. c. 5.

tad es eterna, indisoluble, serena, inperturbable y perfectísima; que subsiste en la unidad de un mismo sér, sin que haya habido un solo instante, sin la unidad divina de que hablamos; y sin embargo, conserva eternamente, las divinas subsistencias de las personas; amistad que es el amor consumado y perfecto que todo lo ilumina y hermosea.

Otra riquísima fuente de belleza en las divinas relaciones, es la igualdad absoluta de las personas; en ellas es perfectísima y simplísima la unidad de la divina esencia; y la perfeccion de las relaciones no se distingue de la esencia de Dios; de lo cual resulta que, aunque las relaciones sean distintas, sin embargo, no puede decirse que una persona es más perfecta que las otras dos, porque, nos dice el Angélico Doctor, la igualdad y la semejanza se considera segun lo esencial, ni puede haber desigualdad alguna, segun la distincion de las relaciones..... por lo qué, la paternidad es dignidad del Padre, así como también, su esencia. La dignidad es absoluta y pertenece á la esencia; y ésta, que en el Padre es paternidad, es en el Hijo filiacion. Por esto decimos rectamente que la dignidad del Padre está en el Hijo. Ni de aquí se sigue que el Hijo tenga la paternidad, pues si bien es cierto que ámbos tienen la misma esencia y la misma dignidad; sin embargo, está en el Padre segun la relacion de quien la da, y en el Hijo, segun la relacion de quien recibe. (1)

En las divinas personas no tenemos que considerar sino la esencia en que comunican, y las relaciones que

(1) 1. p. q. 42. a. 4. ad. 2. Cerboni.

las distinguen. Y la igualdad perfecta y absoluta requiere dos cosas: la distincion de las personas, porque nadie se dice igual á sí mismo, y la unidad de esencia, porque entónces las personas serán perfectamente iguales cuando tengan la misma grandeza y esencia. (1) Y esto es lo que admiramos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no es mayor el Padre, no es menor el Hijo, no es menor el Espíritu Santo; pues Éste y el Hijo, tienen lo mismo que el Divino Padre: el Padre tiene la vida; mas de ninguno; el Hijo la tiene de su Padre; pero tal vida cual es aquella, tan grande como es grande la del mismo Padre, y enteramente igual; porque Él es su verdadero Hijo, Hijo eterno y perfecto, que no desdice del único Dios Padre, Dios el Hijo Unigénito; porque el Padre engendrándolo le dió todas las cosas, y lo engendró perfectamente igual á Sí mismo; pues no le dió ménos que lo que tiene, y al dárselo no ha perdido nada, y el Hijo al recibirlo, siempre fué, y tuvo siempre, los bienes de su Padre. (2) Así tambien decimos respecto del Divino Espíritu, que tiene la misma vida del Padre y del Hijo, tan grande y perfecta cual la tienen el Hijo y el Padre, porque Él es el amor eterno y perfecto de entrámbos.

Esa perfecta y eterna igualdad de las tres adorables personas, es segun decimos, una nueva y rica fuente de luz y encanto, y celestial belleza, cuyos purísimos y espléndidos raudales iluminan nuestras almas; no nos cansamos jamas de contemplarla. Su inagotable belleza nos va descubriendo á cada instante, nuevos y más

(1) D. Th. cit. ad. 1. (2) D. August. 1. 2. Cont. Maximin. n. 7.

profundos manantiales, rebosando eternamente de luz, de gracias y atractivos, que aumentan casi sin medida nuestra admiracion, y nos ligan más y más con las cadenas del amor divino. ¡Cuántas maravillas y grandezas contemplamos en el Padre, en ese Padre, que es y siempre ha sido el eterno principio de su Verbo á quien todo lo ha comunicado! ¡cuántas maravillas y grandezas hallamos en el Hijo del Señor, imágen perfecta de su Padre! ¡quién podrá exceder al Padre, en poder, dignidad y grandeza? Nadie, pero su Hijo le es enteramente igual.

¡Cuántas maravillas y grandezas vemos tambien, en el Espíritu Santo, vínculo eterno y sagrado del Padre y del Hijo! ¡Quién podrá sobrepasar la dignidad, el poder, y la grandeza del Hijo y del Padre? Nadie, mas con todo, el Espíritu Santo es igual á los dos de quienes eternamente procede como de un mismo principio.

Siendo esto así, toda la fuerza y el amor de nuestras almas tiende igualmente hácia el Padre, el Hijo y el Espíritu Divino, en quienes hallan toda ventura: no dividimos nuestro amor, porque esas tres adorables personas son un solo Dios; ni da más diferente medida al cariño que les profesamos, porque ellas son enteramente iguales; mas las amamos con todo el corazón, con toda el alma, con todas nuestras fuerzas.

Hé aquí la dicha y el dulcísimo reposo, que nos proporciona la igualdad santa y adorable de las divinas personas. El mismo amor, las mismas alabanzas, y todos los pobres y humildes servicios del corazón, rendidos igualmente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Esa unidad de sentimientos que les debemos, aumen-

las distinguen. Y la igualdad perfecta y absoluta requiere dos cosas: la distincion de las personas, porque nadie se dice igual á sí mismo, y la unidad de esencia, porque entónces las personas serán perfectamente iguales cuando tengan la misma grandeza y esencia. (1) Y esto es lo que admiramos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no es mayor el Padre, no es menor el Hijo, no es menor el Espíritu Santo; pues Éste y el Hijo, tienen lo mismo que el Divino Padre: el Padre tiene la vida; mas de ninguno; el Hijo la tiene de su Padre; pero tal vida cual es aquella, tan grande como es grande la del mismo Padre, y enteramente igual; porque Él es su verdadero Hijo, Hijo eterno y perfecto, que no desdice del único Dios Padre, Dios el Hijo Unigénito; porque el Padre engendrándolo le dió todas las cosas, y lo engendró perfectamente igual á Sí mismo; pues no le dió ménos que lo que tiene, y al dárselo no ha perdido nada, y el Hijo al recibirlo, siempre fué, y tuvo siempre, los bienes de su Padre. (2) Así tambien decimos respecto del Divino Espíritu, que tiene la misma vida del Padre y del Hijo, tan grande y perfecta cual la tienen el Hijo y el Padre, porque Él es el amor eterno y perfecto de entrámbos.

Esa perfecta y eterna igualdad de las tres adorables personas, es segun decimos, una nueva y rica fuente de luz y encanto, y celestial belleza, cuyos purísimos y espléndidos raudales iluminan nuestras almas; no nos cansamos jamas de contemplarla. Su inagotable belleza nos va descubriendo á cada instante, nuevos y más

(1) D. Th. cit. ad. 1. (2) D. August. 1. 2. Cont. Maximin. n. 7.

profundos manantiales, rebosando eternamente de luz, de gracias y atractivos, que aumentan casi sin medida nuestra admiracion, y nos ligan más y más con las cadenas del amor divino. ¡Cuántas maravillas y grandezas contemplamos en el Padre, en ese Padre, que es y siempre ha sido el eterno principio de su Verbo á quien todo lo ha comunicado! ¡cuántas maravillas y grandezas hallamos en el Hijo del Señor, imágen perfecta de su Padre! ¡quién podrá exceder al Padre, en poder, dignidad y grandeza? Nadie, pero su Hijo le es enteramente igual.

¡Cuántas maravillas y grandezas vemos tambien, en el Espíritu Santo, vínculo eterno y sagrado del Padre y del Hijo! ¡Quién podrá sobrepasar la dignidad, el poder, y la grandeza del Hijo y del Padre? Nadie, mas con todo, el Espíritu Santo es igual á los dos de quienes eternamente procede como de un mismo principio.

Siendo esto así, toda la fuerza y el amor de nuestras almas tiende igualmente hácia el Padre, el Hijo y el Espíritu Divino, en quienes hallan toda ventura: no dividimos nuestro amor, porque esas tres adorables personas son un solo Dios; ni da más diferente medida al cariño que les profesamos, porque ellas son enteramente iguales; mas las amamos con todo el corazón, con toda el alma, con todas nuestras fuerzas.

Hé aquí la dicha y el dulcísimo reposo, que nos proporciona la igualdad santa y adorable de las divinas personas. El mismo amor, las mismas alabanzas, y todos los pobres y humildes servicios del corazón, rendidos igualmente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Esa unidad de sentimientos que les debemos, aumen-

ta su belleza y energía, porque sin cesar estamos contemplando maravillas, grandezas, y encantos infinitos; y todos ellos sin embargo, no los hallamos divididos, sino siempre los mismos, resplandeciendo con la misma luz y atrayendo el corazón del hombre con el mismo amor.

¡Ah! reunamos todas nuestras fuerzas, avivemos los más puros sentimientos, y con unos y otras, igualmente amemos sin descanso y sin medida, al Padre al Hijo y al Espíritu Divino.

§ II.

Digamos, por fin, una palabra, acerca de la dulzura y eternas delicias de las divinas relaciones. ¿Quién es capaz de decirla, ó quién, sino Dios, ha gustado esas delicias? Mas con todo, ignorantes y llenos de miserias y pecados, entremos en el gozo de nuestro amado y bondadoso Dios..... Que no pretendemos sino amarle más y más, ni buscamos otra cosa en este mundo, que el aumento de su santa gloria.

Dichoso es el hombre cuando tiene un hijo que en el mundo, conserve sin mancha su memoria, y en quien el mismo hombre se siente renacer; hijo que herede sus virtudes y caudales, y sea en todo, digno de su padre. Dichoso es el hombre cuando tiene un hijo, porque de Dios desciende toda paternidad en el cielo y en la tierra; (1) mas ¿qué viene á ser esta sombra de pasajera dicha, si se compara con la infinita y eterna complacencia del Divino Padre? Toda su belleza y perfec-

(1) Ephes. III. 15. Calmet.

ción se encuentran en el Hijo de su seno; y su poder, y su gloria, y su adorable y eterna majestad. Él es dignísimo del que lo ha engendrado entre los resplandores de la santidad, ántes que el lucero de la mañana, brillase allá en el cielo; Él es el heredero de un grande y adorable nombre, que jamas se comunicó á los ángeles. (1) Él es tambien, el Hijo cuyo trono subsistirá por los siglos de los siglos, y á quién el Padre ungió con óleo de júbilo, mucho más que á sus compañeros; y á quién dijo, en fin: Siéntate á mi diestra, mientras tanto que pongo á tus enemigos por tarima de tus piés. [2]

¿No sentís, por ventura, la exquisita fragancia que trasciende el nombre divino del Hijo de Dios? ¿No han quedado vuestras almas unguadas, tambien, con óleo de inefable júbilo, al contemplar la divina complacencia que el Padre tiene en su Hijo muy amado?

Cuando Jacob se acercó á Isaac, al sentir éste, la fragancia de los vestidos de su hijo, bendiciéndolo le dijo así: El olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido, al cual bendijo el Señor. [3] ¿No nos parece escuchar en esta voz, la del Padre, que dice siempre al Divino Verbo: Tú eres mi Hijo muy amado, en Ti tengo puestas todas mis delicias? [4] Aquella fragancia sale por decirlo así, de la infinita riqueza que el Padre ha comunicado á su Hijo, de la absoluta perfección del mismo Hijo, de la igualdad, en fin, que tiene con su Padre, ese Hijo que recibiendo la naturaleza de Dios, no por usurpacion sino por herencia, es igual

(1) Heb. I. 4, 5. (2) Id. v. 8, 9, 13. (3) Gen. XXVII. 27.
(4) Luc. III. 22.

á Dios. [1] Mas aquella fragancia transitoria que sintió el anciano Isaac, provenia de los vestidos, que ciertamente no eran del segundo de sus hijos; mas en el seno del Padre, sólo existe un Hijo de quien son propias por su nacimiento, las riquezas todas de Aquel Padre; y la voz de ese Hijo muy amado, no puede hacerlo vacilar temiendo que no sea la voz de otro, pues que ese mismo Hijo es su incomunicable y eterna Voz. Ni los ojos del Anciano de dias, pudieran nunca llegar á oscurecerse, pues Dios es luz y en Él no hay tinieblas ningunas. [2]

El hijo sabio es la alegría del padre; [3] ¡cuál, pues, no será el eterno gozo, el júbilo divino, la alegría inefable, la complacencia, en fin, por llamarla con su propio nombre, que el Padre tiene en su Hijo muy amado? No sólo es sabio, infinitamente sabio; mas tambien, la fuente de la misma sabiduría en las alturas, que lo inunda todo de inteligencia; Sabiduría que dice de Sí misma. Yo la Sabiduría, derramé rios de agua viva y celestial. La luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré derramándola hasta los remotos tiempos. (4)

Escrito está de esta Sabiduría Divina y celestial: ¡Oh cuán grande es el que adquiere la sabiduría, y el que posee la ciencia. (5) Y tambien: Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría y es rico en prudencia..... Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas. Es el árbol de la vida para los que echaren mano de ella; y bienaventu-

(1) Philip. II. 6. (2) I. Joann. I. 5. (3) Prov. X. 1.—XV. 20. (4) Eccl. I. 5.—XXIV. 36, 4, 44. (5) Eccl. XXV. 13.

rado el que la estrecha en su seno. (1) Mas ¡qué diremos de la infinita complacencia del Divino Padre que no ha tenido de otro la sabiduría; sino que Él mismo, eternamente la engendró en su seno; sabiduría perfecta que en vez de dar su luz al Padre, ella misma la recibe de aquel principio eterno, de quien es como una exhalacion de su virtud suprema, y una pura emanacion de la gloria del Dios Omnipotente, resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad amable y soberana! (2)

El gozo del Padre en su Divino Hijo; ¡pudiera por ventura, contemplar al mismo Hijo, y no exclamar: Tú eres mi Hijo, Yo te engendré hoy? (3) Esa voz divina que nos revela la infinita perfeccion del Verbo, su misma sustancia con el Padre, dícenos tambien, el infinito agrado que siempre tiene el Padre en ese mismo Hijo; le comunica sin medida y sin reserva, toda su sustancia, y lo ve, enteramente igual á Sí mismo, hermosísimo, y lleno de bondad y de grandeza; y ese Verbo, es su Hijo: ¡Oh cuán hermosa es tan divina y virginal generacion! (4)

Hé aquí, pues, cómo al contemplar el Padre al Hijo, su complacencia en Él, es infinita; y cómo esa relacion divina y sacrosanta, la paternidad, es para la primera persona, de la Trinidad, inagotable fuente de gozo y complacencia.

Las aguas se elevan á la altura de sus manantiales, veamos por lo mismo, cuál es el infinito y adorable

(1) Prov. III. 13, 17, 18. (2) Sap. VII. 25, 26. (3) Ps. II. 7. (4) Sap. IV. 1. Calmet.

gozo que el Hijo tiene en el seno del Divino Padre.

La gloria de los hijos son sus padres. (1) El Hijo recibe de su Padre toda la divina esencia; lo conoce perfectamente, y es amado sin medida del mismo Padre. Engendrándolo le dió todo lo que tiene: lo engendró enteramente igual, consigo mismo, pues no le dió algo ménos de lo que Él posee. (2) En cuanto á lo segundo, nos dice en el Evangelio el Salvador: Yo conozco al Padre, y observo sus palabras. (3) Así como el Padre me conoce á Mí, así Yo conozco al Padre. (4) Y en cuanto á lo tercero, en el mismo Evangelio hallamos lo siguiente: El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en sus manos. (5)

Recibirlo todo del Divino Padre, conocerlo con infinita y acabada perfeccion, ser, en fin, el Hijo de su amor, (6) no porque este amor sea principio de la generacion del mismo Hijo; mas sí porque su Padre lo ama con abrasada y generosa caridad. (7) Ahora bien, ¿no son éstos los principios del más puro y santo gozo, inagotables y sagradas fuentes de alegría y júbilo inefables? El Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. (8) Mas ¿de quién ha recibido las espléndidas riquezas que atesora en su divino seno? En Él estaba la vida, dicenos también San Juan, y la vida era la luz de los hombres; y el Verbo era la luz verdadera. (9) Él era la sabiduría, la cual es más hermosa que el sol, y sobrepaja todo el orden de las estrellas; y si se compara con la luz le hace muchas ventajas. (10) Y ¿de dónde

(1) Prov. XVII. 6. (2) August. l. 2. Cont. Maximin. n. 7.
 (3) Joann. VIII. 55. (4) Id. X. 15. (5) Id. III. 35.—V. 20.
 (6) Coloss. I. 13. (7) 1. p. q. 41. a. 2. Ad secundum. (8) Joann.
 1. 1, 2. (9) v. 4. 9. (10) Sap. VI. 29.

al Verbo de Dios esa vida, y la inextinguible luz con que ilumina á los hombres; esa sabiduría tan hermosa y pura, cien y cien veces más bella que la luz del cielo? El Unigénito de Dios todo lo ha recibido de su Padre, quien lo ha engendrado en toda la perfeccion y hermosura de la naturaleza divina.

El Hijo conoce perfectamente al Padre, tesoro infinito de toda grandeza y perfeccion increadas; y conoce asimismo, que no es menor que el Padre; y que suyas son como del Padre, la omnipotencia, la eternidad y la grandeza; y que con el Padre es un sólo Dios á quien es debido todo honor y gloria; y que la vida eterna consiste en conocer al Padre y al Hijo, sólo Dios verdadero. (1) Esa vista perfecta del Divino Padre formará las delicias y la gloria de todas las criaturas; porque en Él está la plenitud del bien, la perfeccion del sér; y porque al contemplarlo descubriremos asimismo, las inefables y santas relaciones que tiene con nosotros, á quienes adoptó por hijos en el Hijo único de sus entrañas. Mas ¿acaso se pudiera comparar el conocimiento que el Divino Verbo tiene de su Padre, ó las relaciones que hay entre los dos, al que nosotros podrémos alcanzar, allá en la patria, ó nuestras relaciones con las suyas, necesarias, perfectas y eternas? Carísimos, nos decia San Juan, nosotros somos ya ahora hijos de Dios; mas lo que serémos algun día no aparece aún. Sabemos sí, que cuando se manifestare claramente, serémos semejantes á Él, porque lo verémos como Él es. (2) Está por nuestra parte la seme-

(1) Joann. XVII. 3. Orsiv. De Trinit. et. Unit. Dei. [2] I. Joann. III. 2.

janza y adopcion; mas por la del Verbo, la generacion natural y la identidad del Sér Divino. El Verbo del Señor imágen perfecta de su eterno Padre, y su Hijo natural, lleva en Sí mismo, la fuente de la gloria; es su Hijo verdadero; y si á nosotros nos da la vida el Padre, esta vida está en su Hijo y quien tiene al Hijo tiene la vida: quien no tiene al Hijo no tiene la vida. (1) Tendremos, pues, nosotros la adopcion de hijos, mientras El posee la naturaleza de su eterno Padre, no por un sacramento de dispensacion, sino por la unidad de esencia; y siendo uno mismo con el Padre; por lo cual si no somos arrebatados de la mano del Hijo, no lo seremos de la del Padre, á quien conoceremos conociendo al Hijo, cuya hermosa vista nos dará tambien la de su Padre, el cual nos habla por medio de su Verbo, por quien hace todas sus obras; Verbo que está en el Padre, y el Padre en Él. En la creacion no se verifican las grandes maravillas que descubrimos en la generacion eterna; ni las hace la voluntad, sino el poder, no habla la concordia, sino la naturaleza; pues no es lo mismo ser criado y nacer, ni el querer lo mismo que el poder, ni guardar la unidad que permanecer eternamente. (2)

Al contemplar la inefable dicha y el dulcísimo y sereno gozo del Divino Hijo que se refiere al Padre, y lo contempla como su divino y eternal principio, tenemos que decir: Ni el ojo vió, ni escuchó el oido, ni el pensamiento de los hombres alcanzó las delicias del Unigénito de Dios en el seno de su mismo Padre. (3)

[1] Id. V. 11, 12. [2] Hilarius. De Trinit. l. 8. n. 18. [3] 1. Cor. 2. 9.

Y ¡cuáles serán asimismo, las delicias del Verbo de Dios, al contemplarse tan amado de su Padre? Ese Padre Divino lo ama, y se complace en Él, y Él es el Hijo de su tierno amor, nos ha dicho San Pablo. Expresiones son estas que jamas comprende la humana inteligencia; mas confesamos la infinita perfeccion del Verbo, su arrobadora y celestial belleza, su igualdad perfecta con el Padre. Es el Verbo su imágen sustancial, espejo sin mancilla de la majestad de Dios, en quien brilla su divina y eterna bondad. [1] El Padre lo contempla en toda la extension de su hermosura y su grandeza; ¡dirémos que absorto, y como fuera de Sí mismo lo está mirando con inmenso gozo? No, que Dios es inmenso y ese Hijo está en su mismo seno; decimos solamente, que al contemplarlo exclama: Tú eres mi Hijo muy amado. Y ese Hijo dicele tambien; Tú eres mi Padre. (2) ¡Contemplar el Hijo, el rostro de su Padre, verse amado con infinito y sempiterno amor de ese mismo Padre.....! Es amabilísimo, eterno y perfecto ese Padre adorable; principio de toda virtud y santidad, de toda grandeza y poder, y tiene siempre consigo en su propio seno, á su Hijo Divino. ¡No es el seno de que hablamos, el inagotable manantial de las divinas y castísimas delicias del Hijo del Señor? Y si no hay delicia y gozo inmenso, y júbilo inefable, en ese seno, ¡podrá existir el gozo?

Adoremos, pues, pegando nuestro rostro contra el suelo, las amorosas y santísimas delicias que goza el Verbo al referirse á su Divino Padre.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, con

(1) Sap. VII. 26. (2) Ps. LXXXVIII. 27.

quienes juntamente es bendito y adorado por los siglos. ¿Cuáles son las delicias de Éste mismo Espíritu al referirse al Padre y al Hijo? De ellos recibe la divina esencia, penetra las profundidades de Dios mismo, y es, en fin, el vínculo eterno del amor de los dos, á quienes tiene que glorificar porque de ámbos recibe. (1) Glorificar al Padre y al Hijo es para nosotros en el mundo, la mayor ventura, la más delicada y perfecta delicia. El amor nos hace muy dichosos al ocuparnos en tan divino y celestial objeto. La honra de tan amado Padre, la gloria de su Verbo Divino, hé allí el origen de esos trasportes de inmenso y ardiente regocijo que conmueven todo nuestro sér, como los vientos impetuosos que sacuden los árboles de un bosque, vientos capaces de arrancarlos de raíz llevándolos consigo entre sus alas, como ligeras pajas.

Tiene lugar lo que hemos dicho, respecto de nosotros; en cuanto al Espíritu Divino, Él abarca fuertemente de uno al otro extremo todas las cosas, y todas las ordena con suavidad; (2) promueve los divinos intereses con aquella gloriosa majestad é inalterable calma que le es tan propia: no hay en sus obras ni turbación, ni desorden, sino la más elevada sabiduría que les presta su mayor belleza, y aquel encanto irresistible al corazón que, atento y silencioso, está escuchando la dulce armonía que producen todas ellas en su cadencioso y ordenado movimiento. Mandó el Señor á Elías, en otro tiempo, que saliese fuera de la cueva donde se encontraba allá en Oreb, y le dijo: Permanece sobre el monte en presencia del Señor, y delan-

(1) Joann. XVI. 14. (2) Sap. VIII. 1.

te de Él correrá un viento impetuoso, capaz de trastornar los montes y quebrantar las peñas: no está el Señor en el viento. Después del viento vendrá un temblor de tierra: tampoco está el Señor en el terremoto. Tras el terremoto un fuego: no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego el soplo de un aura suave y apacible. [1] Hé allí el encanto y la dulzura, derramadas en las obras del Divino Espíritu, y las delicias inefables con que en todas ellas glorifica al Padre y al Hijo, con quienes juntamente es glorificado. Él es el Espíritu de uno y otro, y como su adorable y sempiterno aliento. El Padre y el Hijo se aman por su esencia; y se aman asimismo, en el Espíritu Santo de quien son un mismo y eternal principio. ¡Ah, cuántas delicias y encantos proceden de tan divino principio! Y ese Espíritu que procede, ¿no es acaso, como un río de paz y como un torrente de gloria que todo lo inunda? Un río caudaloso, nos dice David, alegra la ciudad de Dios. [2]

Mas ¿cómo decir otra palabra acerca del asunto en que nos ocupamos, cuando al acordarnos de ese río de Dios, abrasada del divino amor, el alma exclama: Oh Dios mío! á Ti aspiro, y me dirijo desde que apunta la aurora. Sedienta está de Ti, oh Señor! el alma mía: ¡y de cuántas maneras lo está también mi cuerpo! En esta tierra desierta, sin camino, y sin agua, me pongo en tu presencia, cual si me hallase en tu santuario, pa-

[1] III. Reg. XIX. 11, 12. [2] Isa. LXVI. 12. - Ps. XLV. 5. S. Ambros. l. l. De Spiritu. Sanct. D. Aug. De Trinit. L. VI. c. 10.

ra contemplar tu gloria y tu poder. [1] ¡Quién apagará en las aguas de este río de vida eterna, la sed abrasadora que consume el alma! Dios, enviará el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones. (2) Dios dará su buen Espíritu á los que se lo piden; esa prenda de su amor divino, ese Espíritu que en medio de inefables consuelos y delicias, derrama en el corazón, la caridad de Dios, (3) uno y trino, á quien sea dado eternamente, todo honor y gloria en los cielos y en la tierra.

CAPÍTULO VII.

PROPIEDADES DE LAS DIVINAS PERSONAS.

Hé aquí otras fuentes de salud y vida, donde hoy venimos á refrigerar nuestra sed muy grande de divino amor.

Las preciosas y abundantes fuentes de que hablamos son la apropiación, la circuminsesión, las nociones y la misión. [4]

Consiste la apropiación en atribuir singularmente, á alguna de las personas, para su mayor manifestación, un atributo común á las tres. (5)

Cuando levantamos nuestros ojos al Señor y queremos ocuparnos en su conocimiento, es necesario guardar el orden mismo que observamos en el conocimiento de las criaturas, nos dice el Ángel de la Escuela. (6)

(1) Ps. LXII. 2, 3. [2] Galat. IV. 6. [3] Luc. XI. 13.-II. Cor. I. 22.-Rom. V. 5. [4] En los capítulos anteriores tratamos ya, de la igualdad de las divinas personas; por esto la omitimos en el presente. [5] Gotti, Carboni. [6] I. p. q. 39. a. 8.

Ahora bien, lo primero que consideramos en las criaturas es el ser, luego la unidad, en seguida su virtud y finalmente, las relaciones que tienen con sus propios efectos. En cuanto á la primera consideración, hablando ya respecto del Señor, podemos decir que al Padre se apropia la eternidad, en cuanto que Esta divina persona no tiene principio; mas Ella misma lo es del Hijo y del Espíritu Santo.

Asimismo apropiamos al Hijo, la hermosura, para la cual se requieren la integridad, la proporción y la claridad; todo lo que hallamos en el Verbo de Dios que tiene en Sí mismo, verdadera y perfectamente, la naturaleza del Padre. El también es su expresa imagen que perfectamente representa al Padre. Y por último, el mismo Hijo es el Verbo del Señor, Verbo perfecto al que nada falta, y que es como el arte del Dios omnipotente; (1) luz y esplendor del entendimiento.

Al Espíritu Santo apropiamos el uso, en cuanto que este comprende el gozo, pues las delicias con que el Padre y el Hijo mutuamente se aman, convienen con lo que es propio del Espíritu Divino, en cuanto que es amor.

Mas el gozo con que Dios inunda nuestro corazón, tiene alguna semejanza con lo que es propio del mismo Espíritu según que Él es el don de Dios. En la Trinidad el Espíritu Santo, es la suavidad del Padre y del Hijo que se derrama con inmensa bondad y largueza en nosotros y en las demás criaturas, (2) para que guarden el orden y cada una descansa en su propio si-

[1] D. August. D. Trinit. 1. 6. c. 10. [2] D. August. cit. En la edición parisiense de las obras del Santo Dr. en 1694 de los benedictinos de S. Mauro, no hayamos, nos et. creaturas, como en la Sama, sino solamente: perfundens omnes creaturas pro capta earum ut ordinem suum teneant, et locis suis adquiescant.

ra contemplar tu gloria y tu poder. [1] ¡Quién apagará en las aguas de este río de vida eterna, la sed abrasadora que consume el alma! Dios, enviará el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones. (2) Dios dará su buen Espíritu á los que se lo piden; esa prenda de su amor divino, ese Espíritu que en medio de inefables consuelos y delicias, derrama en el corazón, la caridad de Dios, (3) uno y trino, á quien sea dado eternamente, todo honor y gloria en los cielos y en la tierra.

CAPÍTULO VII.

PROPIEDADES DE LAS DIVINAS PERSONAS.

Hé aquí otras fuentes de salud y vida, donde hoy venimos á refrigerar nuestra sed muy grande de divino amor.

Las preciosas y abundantes fuentes de que hablamos son la apropiación, la circuminsesión, las nociones y la misión. [4]

Consiste la apropiación en atribuir singularmente, á alguna de las personas, para su mayor manifestación, un atributo común á las tres. (5)

Cuando levantamos nuestros ojos al Señor y queremos ocuparnos en su conocimiento, es necesario guardar el orden mismo que observamos en el conocimiento de las criaturas, nos dice el Ángel de la Escuela. (6)

(1) Ps. LXII. 2, 3. [2] Galat. IV. 6. [3] Luc. XI. 13.-II. Cor. I. 22.-Rom. V. 5. [4] En los capítulos anteriores tratamos ya, de la igualdad de las divinas personas; por esto la omitimos en el presente. [5] Gotti, Carboni. [6] I. p. q. 39. a. 8.

Ahora bien, lo primero que consideramos en las criaturas es el ser, luego la unidad, en seguida su virtud y finalmente, las relaciones que tienen con sus propios efectos. En cuanto á la primera consideración, hablando ya respecto del Señor, podemos decir que al Padre se apropia la eternidad, en cuanto que Esta divina persona no tiene principio; mas Ella misma lo es del Hijo y del Espíritu Santo.

Asimismo apropiamos al Hijo, la hermosura, para la cual se requieren la integridad, la proporción y la claridad; todo lo que hallamos en el Verbo de Dios que tiene en Sí mismo, verdadera y perfectamente, la naturaleza del Padre. El también es su expresa imagen que perfectamente representa al Padre. Y por último, el mismo Hijo es el Verbo del Señor, Verbo perfecto al que nada falta, y que es como el arte del Dios omnipotente; (1) luz y esplendor del entendimiento.

Al Espíritu Santo apropiamos el uso, en cuanto que este comprende el gozo, pues las delicias con que el Padre y el Hijo mutuamente se aman, convienen con lo que es propio del Espíritu Divino, en cuanto que es amor.

Mas el gozo con que Dios inunda nuestro corazón, tiene alguna semejanza con lo que es propio del mismo Espíritu según que Él es el don de Dios. En la Trinidad el Espíritu Santo, es la suavidad del Padre y del Hijo que se derrama con inmensa bondad y largueza en nosotros y en las demás criaturas, (2) para que guarden el orden y cada una descanse en su propio si-

[1] D. August. D. Trinit. 1. 6. c. 10. [2] D. August. cit. En la edición parisiense de las obras del Santo Dr. en 1694 de los benedictinos de S. Mauro, no hayamos, nos et. creaturas, como en la Soma, sino solamente: perfundens omnes creaturas pro capta earum ut ordinem suum teneant, et locis suis adquiescant.

tio.

La segunda consideracion es la unidad de Dios, segun la cual apropiamos al Padre la misma unidad, al Hijo la igualdad, y al Espíritu Santo la concordia y adorable conexion que espléndidas brillan en el grande y altísimo Dios eterno y soberano que reinará por todos los siglos.

La unidad considerada absolutamente, nada supone que le preceda; hé aquí por qué se apropia al Padre, que no presupone ninguna persona, pues Él mismo es el principio que no viene de ninguno.

La igualdad entraña la unidad respecto de otro, pues igual es lo que tiene con otro la misma cantidad; y por esto la apropiamos al Hijo que es principio eterno de divino y eterno principio.

La conexion trae consigo, continúa diciendo el Ángel de la Escuela, la unidad de dos, y hé aquí por qué se apropia al Espíritu Santo segun que procede del Padre y del Hijo. Los tres, dice San Agustín, son uno, por el Padre, iguales por el Hijo, conexos por el Espíritu Santo. [1] Y en efecto, en la divina persona del Padre, hallamos desde luego la unidad; aunque no consideremos las otras personas que tienen la unidad de la primera. Mas si las quitamos, considerando solamente al Padre, no hallamos en Éste la igualdad, que brilla y nos deslumbra, volviendo nuestros ojos hacia el Hijo; no porque Él sea principio de igualdad á su Divino Padre; mas sí porque si no le fuese igual, el Padre no podría decirse igual, pues la igualdad se consi-

(1) L. 1. De Doctrin. Chr. c. 5.

dera refiriéndonos al Hijo. Y áun respecto del Espíritu Divino, la igualdad que tiene con el Padre la tiene por el Hijo.

Así tambien si quitamos al Espíritu Santo ¿cómo entenderíamos la unidad de conexion entre el Padre y el Hijo? Por esto, todas las cosas se dicen unidas por el Espíritu Santo en quien hallamos la razon hermosa y pura de toda conexion.

Si consideramos á Dios Nuestro Señor, segun su admirable virtud con relacion á las criaturas, brillan desde luego á nuestros ojos, el poder, la sabiduría y la bondad. El poder tiene razon de principio, y por esto lo apropiamos al Padre que es eterno, y principio de toda la divinidad. La sabiduría la apropiamos al Hijo, pues Él es el Verbo, esto es, concepcion intelectual, la misma sabiduría. La bondad siendo como es, la razon y el objeto del amor, tiene semejanza con el Espíritu Santo que es amor.

Considerando finalmente, á Dios con relacion á sus efectos, tienen lugar estas palabras: Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; (1) en donde descubrimos otra vez, el poder, la sabiduría y la bondad del Eterno, que apropiamos, respectivamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo á quienes sea la gloria por siempre jamas, amen.

El hermoso artículo del Doctor angélico que acabamos de presentar, abre un campo dilatado á nuestras piadosas reflexiones.

La eternidad, la belleza y el gozo de las divinas per-

(1) Rom. XI. 36.

sonas. La eternidad nos humilla, y así rendimos á Dios Padre la adoracion de nuestras almas. Temblamos de respeto en su presencia y exclamamos: Oh Señor! ¿quién hay semejante á Ti? Grande eres Tú, y grande es el poder de tu nombre. ¿Quién no te temerá oh Rey de las naciones? porque tuya es la gloria: entre todos los sabios de las naciones, y en todos los reinos no hay uno semejante á Ti... El Señor es el Dios verdadero; Él es el Dios vivo y el Rey sempiterno. Á su indignacion se estremecerá la tierra, y no podrán las naciones suportar su seño... Con su poder hizo la tierra; con su sabiduría ordenó el mundo; y extendió los cielos con su inteligencia. Con una sola voz reúne en el cielo las aguas, y levanta de la extremidad de la tierra las nubes; deshace en lluvia los relámpagos, y saca de sus tesoros el viento. [1]

Dios es eterno, eternidad que atribuimos al Divino Padre. ¿Qué son delante del Señor los años y los siglos que fugaces se deslizan al pié del grandioso trono del Señor, y se hunden y se pierden, en seguida en el piélaggo insondable de la inmensa eternidad? Mil años son ante los ojos del Señor, como el dia de ayer que ya pasó, y como una de las vigiliass de la noche... Mas Dios existe ántes que fuesen hechos los montes, ó se formara la tierra y todo el universo. Es desde ab aeterno y vivirá tambien por una eternidad. [2]

Si los montes y todo el universo áun no existian cuando era el Padre, no estaba sin embargo, solo, allá en su inmensa eternidad; con Él estaba el Hijo, y con

(1) Hierem. X. 6. 7. 10. 12. 13. (2) Ps. LXXXIX. 2. 4.

ámbos el Espíritu Divino. El Hijo de Dios; en Él resplandece la hermosura: imágen perfecta de su Padre, su vivo y eterno resplandor. Bellísimo es el Hijo del Divino Padre; ¿no veis cómo lleva en Sí mismo todas las eternas perfeccions del Señor? Sabio, grande, omnipotente, virtud del Padre, su Verbo, su inextinguible y pura luz, su Hijo, en fin, santo, adorable y perfecto.

El gozo del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, indeficiente y vivo manantial de las más santas delicias del Padre y del Hijo. (1) ¡Ah, Dios es un fuego consumidor, Dios es caridad. (2) ¿Qué inteligencia humana será capaz de comprender aquel amorosísimo y divino incendio en que abrasados viven el Padre y el Hijo; aquellas castísimas delicias que gozan al contemplarse mutuamente?

El fuego enciende y abrasa cuanto toca, y lo transforma en su propia sustancia; en esto emplea su actividad; mas puede suceder que la materia resista, y el fuego consumiéndose á sí propio, venga por último á extinguirse. Nada de esto pasa con el divino fuego de que hablamos: su fuerza es infinita, y no abrasa en sus ardores un sér extraño, ni encuentra resistencia, que ántes bien, su pura llama vive de aquel principio de donde procede eternamente. ¿Quién, pues, podrá decirnos cuál es la fuerza con que arde en el Padre y el Hijo, aquel amor; ó el dulcísimo deleite, la felicidad suprema, la dicha consumada, el gozo eterno con que se aman el Padre y el Hijo? [3]

(1) Augt. De Trinit. L. VI. c. 10. (2) Deut. IV. 24. D. Bonav. Eccles. hierar. p. 4. c. 2, et. 6. (3) S. August. cit.

El poder, la sabiduría, la bondad. Al Divino Padre atribuimos el poder. El Padre es omnipotente; ¡cuán grato es para el alma pensar en el poder de Dios! Su Majestad nos ha hecho en Jesucristo, sus hijos adoptivos; ahora bien, ¿de qué manera, un padre emplea su poder respecto de sus hijos? Con toda la ternura y el cariño que reclaman sus entrañas: recordemos estas hermosas palabras de los libros santos: Escuchadme, decía en otro tiempo el Señor por boca de Isaías, escuchadme, oh casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas. Yo mismo os llevaré en brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis: Yo os hice, y Yo os llevaré, Yo os sostendré siempre. Yo os salvaré de todo peligro. [1]

Acaso sentiremos sobre nosotros, muy pesada, la mano del Señor que nos castiga: y con todo, ni aún entonces deja de amarnos como tierno padre: son sus castigos para nuestro bien. Ha sido para mí una dicha, oh Señor! que me hayas humillado, decía David, para que así aprenda tus justísimos preceptos. [2] Y en cuanto al mismo Dios, su Majestad no se deleita en nuestras pérdidas: y despues de la tempestad nos da bonanza; y despues de las lágrimas y el llanto infunde el júbilo. Todo aquel que adora al Señor tiene por cierto que si su vida fuese aprobada será coronado: y si estuviere en tribulacion será librado; y si el azote del castigo descargare sobre él, podrá acogerse á la misericordia del Eterno. (3)

(1) XLVI. 3, 4. (2) Ps. CXVIII. 71. (3) Job. III. 21, 22.

La justicia de Dios nos llena de temor cuando pensamos en nuestros grandes crímenes. Heme llenado de tristeza, en mi afán, decía David, y la turbacion se apoderó de mí, á la gritería de mi enemigo, y por la persecucion de los malvados. Porque me han achacado la iniquidad, y me acosan con sus furores. Tiémblame el corazon en el pecho: y el pavor de la muerte me ha sobrecogido. El temor y temblor se han apoderado de mí, y me hallo cubierto de tinieblas. (1)

Ese pensamiento de nuestros pecados obliganos tambien á exclamar en medio del más triste abatimiento: Si yo tal hice, Señor y Dios mio, si hay iniquidad en mis acciones, si he vuelto mal por mal, caiga yo justamente en manos de mis enemigos, sin recurso. Que me persiga el enemigo, y se apodere de mí, y estréllame contra el suelo, y apolvo reduzca mi gloria. (2) Y ¿quién dejará de decir con el santo Job: Sé verdaderamente que no hay hombre justo si se compara con Dios? Si Dios quisiese entrar en juicio con él, no podrá responderle de mil cargos, uno solo. Él es el sabio de corazón y el fuerte y poderoso. ¿Quién le resistió que quedara en paz? Él traslada los montes de una á otra parte, y sin que lo perciban son abatidos y allanados por su furor. Él commueve la tierra de su sitio, y hace bambolear sus columnas..... Si súbitamente pregunta, ¿quién podrá responderle ó quién podrá decirle: Por qué lo haces? Él es el Dios verdadero, cuyo enojo nadie puede resistir, y ante cuyo acatamiento se postran los ángeles que mueven el or-

(1) LIV. 3, 6. (2) Id. VII. 4, 6.

be. ¿Quién soy yo para poder contestarle, y hablar con Él? Aún cuando tuviera alguna cosa que alegar por mi parte, no la alegaré, sino que imploraré la clemencia de mi juez; y aunque prestare oídos á mis súplicas, no acabaré de creer que haya hecho mérito de mis voces, sino de sola su infinita bondad y clemencia..... Si se trata de poder es omnipotente, si de la equidad en juzgar nadie osa dar testimonio en favor mio. Si yo quisiera justificarme, me condenará mi propia boca. Si yo quisiera manifestarme inocente, El me convencerá de reo. [1]

Sentimos oprimida el alma al pensar en la justicia del Señor y la gravedad y muchedumbre de nuestros delitos, y llenos de congoja y triste desaliento exclamamos: ¿Quién podrá salvarse? Mas hé aquí lo que el Divino Salvador, en otro tiempo contestó á los que decían esas palabras: Lo que es imposible á los hombres es posible á Dios, [2] á quien todas las cosas son posibles. (3) Hé aquí la omnipotencia del Señor llenando el alma de consuelo y dulcísima esperanza, haciéndonos confiar en la fuerza de su brazo, calmando la inquietud y las congojas; y haciendo, en fin, que descansemos bajo la sombra de su santa y amorosa protección. ¡Bendita sea mil veces la omnipotencia del Divino Padre!

Al Hijo atribuimos la sabiduría. Ésta nos humilla delante del Señor; mas con aquella humillación que rinde á su grandeza santa ofrenda de alabanza y gloria. ¿Quién es el que ha comprendido la sabiduría de Dios

(1) Job. IX. 2. et. seq. (2) Luc. XVIII. 27. (3) Matth. XIX. 25, 26.

que precede á todas las cosas?..... Su origen ¿á quién ha sido revelado? ¿ni quién conoce sus arcanos? El arte con que obra ¿á quién le fué jamas descubierto, ni quien pudo entender la multiplicidad de sus designios? [1] En medio sin embargo, de esa oscuridad, y adorando siempre con temor, los pensamientos y designios del Altísimo, vivimos llenos de consuelo; y ¿por qué? Porque Yo sé, nos dice el Señor, los designios que tengo sobre vosotros, designios de paz, y no de aflicción; para daros el objeto de vuestra esperanza. (2) Los pensamientos del Señor no son los de los hombres, ni los caminos de éstos son los del Eterno; sino que cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan los caminos de Dios sobre los nuestros, y los pensamientos del Altísimo sobre los pensamientos de los hombres. Y al modo que la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, y la penetran, y la fecundan para que dé simiente que sembrar y pan que comer: así dice el Señor, la palabra salida de mi boca no volverá á Mí, vacía, sino que obrará todo lo que quiera, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envié. [3]

La razón y el objeto del amor es la bondad; ¿pudiéramos, pues, no apropiarla al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo? Y en cuanto á nosotros ¿no es acaso, también, del mismo Espíritu de quien recibimos todos los bienes? Cuando los hijos de Israel despues del cautiverio, confesaban llorando, sus delitos, despues de recordarlos en presencia del Señor, exclamaron: (3)

(1) Ecci. I. 3, 6, 7. (2) Hierem. XXIX. 11. (3) Isa. LV. 8, 11.

maban: Tú, oh Dios! propicio, clemente, misericordioso, de larga espera, y de mucha benignidad, no los abandonaste, ni aún cuando se forjaron un becerro de fundición, y dijeron: Éste, oh Israel, es tu Dios, el que te ha sacado del Egipto, y profirieron horribles blasfemias. Mas Tú, por tu gran misericordia, no los abandonaste en el desierto; no se apartó de ellos, entre día, la columna de nube que les mostraba el camino, ni de noche la columna de fuego para enseñarles la senda que habían de seguir. Les diste tu Espíritu bueno que los instruyese....., los sufriste por muchos años, y los amonestaste por medio de tu Espíritu..... y por tu infinita misericordia no acabaste con ellos: porque Tú eres un Dios de benignidad y de clemencia. (1)

Esa divina bondad que atribuimos al Espíritu Santo, descúbrenos también, cuán contrario es al espíritu terreno del que, está escrito: El espíritu de los poderosos, es como un torbellino que hace bambolear una pared. (2) En cuanto al Espíritu de Dios, es Éste más dulce que la miel, y su herencia más suave que el panal de miel. (3) Dulzura y suavidad que gustamos aún en sus castigos. En efecto, recordando un profeta los que el Señor había ejecutado contra los Israelitas, se expresó en estos términos: El templo en que se invocaba tu santo nombre, oh Señor, lo redujiste al estado en que se halla el día de hoy, por causa de las maldades de la casa de Israel y de la casa de Judá; y te has portado con nosotros, oh Señor Dios nuestro, con toda tu bondad, y con toda aquella tu gran mise-

(1) II. Esdr. II. 17-20, 30, 31. (2) Isa. XXV. 4. (3) Eccl. XXIV. 27.

ricordia. (1)

La benignidad del Señor para con nosotros se descubre en los castigos con que nos aflige: A los enemigos de tus siervos, ya reos de muerte, los castigaste con miramiento, dándoles tiempo y comodidad para que se arrepintieran de su malicia; ¿con cuánto cuidado juzgarás á tus hijos, á cuyos padres hiciste, con juramentos y pactos, grandes promesas? Así es que cuando á nosotros nos das alguna corrección, á nuestros enemigos los castigas de mil maneras; para que reflexionando consideremos tu bondad, y cuando nos haces experimentar tu justicia, esperemos en tu misericordia. (2) Ciertamente Nuestro Dios es benigno, y misericordioso, y paciente, y de mucha clemencia, é inclinado á suspender el castigo..... Y mira, con ardiente amor á su tierra, y perdona á su pueblo..... Y derrama su Espíritu Divino sobre los hombres; (3) Espíritu que es todo bondad y clemencia para con nosotros, y á quien sea dado todo honor y gloria por siempre jamás, amen.

La bondad del Espíritu Santo, ¿quién ha pensado nunca en ella sin sentir el alma llena de alegría, y de paz, y dulcísimo consuelo? Él nos ama, y su amor divino es para nosotros un tesoro, una prenda de inefable y eterna ventura; Él nos ama, y al decirlo sentimos el alma conmovida: es un padre tierno y bondadoso, que nos asiste, y vela sin descanso por nosotros; ¿quién podrá medir su cariño inmenso, su exquisita y delicadísima ternura, que excede incomparablemente, la de la

(1) Baruch. II. 26, 27. (2) Sap. XII. 20, 22. (3) Joel. II. 13, 28.

más dulce y afectuosa madre? Él nos ama, y jamas se olvida de nosotros; nos consuela y acaricia blandamente, como una madre á su pequeño hijito. (1) Mas ¿qué decimos? ¿acaso no está escrito: ¿Puede la mujer olvidarse de su niño sin que tenga compasion del hijo de sus entrañas? pero aún cuando ella pudiera olvidarle, Yo nunca podré olvidarme de ti. (2) El Espíritu Santo nos ama, y por esto nos espera con tanta paciencia, para convertirnos, ayuda nuestra flaqueza, disipa nuestra ignorancia, y Él mismo pide por nosotros con inexplicables gemidos, haciéndonos llorar penetrados de sincero y vivísimo dolor. (3) ¡Ah! cuán dulces son sus consuelos, aún en medio del amargo llanto; cuán serena y hermosa la paz que derrama en el alma! Sin duda alguna que su inspiracion nos humilla hasta el fondo de la nada y la miseria en que yacemos; mas aquí mismo alienta la esperanza, sostiene el corazon, alivia sus dolores, lo inunda de consuelo. Él es un Padre tierno y bondadoso; esta palabra nos hace derramar el llanto del amor: se aviva el sentimiento del cariño; y la gratitud nos recuerda conmoviendo toda el alma, sus inefables y continuas misericordias; y no hallamos con qué podrá explicarse su incansable y tiernísima bondad, y levantando los ojos hácia la altura, y volviéndolos luégo en rededor, casi enagenados, exclamamos: ¡Oh cielos, entonad himnos, y tú, oh tierra, regocíjate; resonad vosotros, oh montes, en alabanzas: porque el Señor ha consolado á su pueblo, y se apiadará de sus pobres! Yo me acordaré siempre de las

(1) Isa. LXVI. 13. (2) Id. XLIX. 15. (3) Rom. VIII. 26.

misericordias del Señor; y le alabaré por todas las cosas que ha hecho á favor nuestro, y por la muchedumbre de los beneficios que nos ha concedido segun su benignidad, y la dilatada série de sus piedades. El Señor ha dicho: Este es mi pueblo, estos son mis hijos..... en todas nuestras tribulaciones jamas se cansó de librarnos el Señor; antes bien el ángel que está en su presencia, nos ponía en salvo; y Él mismo á impulsos de su amor y su clemencia, nos redimió, y sobrellevó, y ensalzó en todo tiempo; provocamos su ira, y lo contristamos; y el Señor se nos convirtió en enemigo, obligado de nuestras continuas rebeldías. Pero luégo se acordó de los tiempos antiguos; de Moises y de su pueblo. ¿Dónde está, dijo, ahora aquel que lo sacó del mar rojo; el que puso en medio de ellos su divino Espíritu, el que puesto á la derecha de Moises lo condujo con el brazo de su Majestad; el que los guió por medio de los abismos, como se hace con un caballo por la desierta llanura, sin ningun tropiezo? Como se lleva á un jumento por la ladera, al campo, con el mayor sociago; así nos condujo el Espíritu del Señor: así, oh Dios, fuiste nuestro conductor en todas las sendas de la vida. (1)

Al espirar en nuestros labios este himno de gloria y bendicion, vuelve el alma á sentir las vivas y abrasadas llamas de su amor; porque ese Espíritu Divino, es un fuego inextinguible, y jamas nos fastidian sus consuelos; que ántes bien, á cada instante que tenemos la dicha de gustarlos, aumentan su inefable y castísima

(1) Isa. XLIX. 13.-LXIII. 7,-14. Calmet.

dulzura: ellos son el agua misteriosa de la que dijo el Salvador á la samaritana: Quien bebiere del agua que Yo he de dar, nunca jamas tendrá sed: ántes esa agua será para quien la tome, un manantial que irá corriendo hasta la vida eterna. [1]

Todos hemos pecado y necesitamos de la gloria de Dios; [2] de la riqueza de su gracia, de la dulzura de su misericordia; y por esto recordando la clemencia infinita del Espíritu Santo, publicamos, á voz en cuello, la abundancia de su inefable suavidad, y saltamos llenos de contento, alabando su justicia. Benigno es el Señor y misericordioso, sufrido y de muchísima clemencia. Para con todos es benéfico el Señor, y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras. [3]

Necesitamos de una gran misericordia segun la grandeza y muchedumbre de nuestros pecados; mas donde abundó el delito sobreabunda la divina gracia. Tarda el Señor en castigarnos, y está dispuesto á darnos el perdón; nos inspira y da la penitencia, y por último, quita de los hombros el yugo del pecado; el cual se pudre y cae, haciéndose pedazos, por la abundancia del sagrado bálsamo de la misericordia del Altísimo. (4) La divina paloma trae consigo el ramo de la oliva para ungirnos con ese bálsamo que es la medicina de todos nuestros males. Esa misericordia, nos ha dicho el profeta, es sobre todas las obras de Dios, el que, si bien es admirable en todas estas; más admirable, sin embargo, nos parece en sus hermosas obras de piedad y gracia. [5] En efecto, si contemplamos la elevacion de las o-

(1) Joann. IV. 13, 14. (2) Rom. III. 23. (3) Ps. CXLIV. 7, -9. (4) Isa. X. 27. Hieron. Bernard. De Tripli. Misericor. (5) S. August. De medit. c. 2.

bras del Señor, la justicia se deja ver como encumbrado monte, y hasta las nubes se levanta la verdad; mas la misericordia está en el cielo. (1) Y llena de ella está la tierra; (2) y se extiende de una en otra generacion. El Señor se ha compadecido de nosotros, decia Isaias, con eterna misericordia..... Y aun cuando sean conmovidas las montañas, y se estremezcan los collados, la misericordia no se apartará de nosotros, y será firme la alianza de paz que el compasivo y generoso Dios ha hecho con el hombre. (3)

Si luégo contemplamos la profundidad que tiene la misericordia del Señor, ella se nos presenta cual piélagos infinito é inmenso abismo de bondad y gracia. Si levantamos los ojos al Eterno, parécenos que la justicia y las demas virtudes están á un lado y otro del divino trono; mas su adorable y gran misericordia como el iris, lo rodea por todas partes. (4)

¿Quién no siente que la divina misericordia del Señor, cual saludable y perfumada brisa, refresca su abatida frente, haciendo brillar ante sus ojos un rayo de esperanza? El corazon más oprimido se dilata, y alegre y lleno de contento, dice con David: Mi alma se negó al consuelo, pero me acordé de Dios y luégo al punto, me llené de gozo. (5) Ni nuestros mismos crímenes por más que sean muy grandes nos privan de la dulcísima esperanza del perdón, ni tampoco agotan las fuentes del consuelo que para los grandes pecadores tiene abiertas la misericordia, si llorando y compungidos, la vienen á implorar: vemos á Zaqueo, recordamos

(1) Ps. XXXV. 6, 7. (2) Id. XXII. 5. (3) Isa. LIV. 8, 10. (4) Apoc. IV. 3. Le Blanc. in Ps. CXLIV. (5) Ps. LXXVI. 3, 4.

á María, pensamos en San Pedro, y traemos delante de los ojos al buen ladrón; todos ellos fueron perdonados y brilla en su perdón, hermosa y pura, la misericordia del Eterno que nos alumbrá con la luz de la esperanza.

Hé aquí las inestimables riquezas de la hermosa misericordia del Señor, la cual es incomprensible por su inmensidad, é inefable en razón de su grandeza; la lengua calla, y la inteligencia del mortal queda sin aliento. (1) En silencio, pues, y en la más profunda humillación, amamos, adoramos, alabamos al Espíritu Santo, á quien apropiamos la divina bondad, esa fuente inagotable de gracias y consuelos, cuyas azuladas y sonantes aguas saltan á la vida eterna.

CAPÍTULO VIII.

§ I.

CONTINUACION DEL ANTERIOR

Cuando pensamos en la belleza del Divino Padre, su majestad y su poder, la elevación de su trono, y su inefable y santísima clemencia, sentimos en el alma vivísimo deseo de contemplarlo; y ¿quién no lo tuviera? Él es la fuente primitiva de toda belleza, y gracia, y dulzura, y poder, y majestad infinita. ¡Ah! sus hijos lo aman y suspiran por su vista; y con todo, se ven obligados á exclamar llorando de tristeza: Al presente no vemos á Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras. (2) Pero sí sabemos que si esta casa

(1) D. Gregor. in Ps. CXIX. 7. (2) I. Cor. XIII. 12.

terrestre en que habitamos, viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra, no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente. Por esto suspiramos aquí en la tierra, deseando ser revestidos del ropaje de gloria..... y el que nos formó para ese estado de celestial ventura, es Dios, el cual nos ha dado su Espíritu por prenda. Por esto estamos llenos de confianza; y sabiendo que mientras estemos en el cuerpo nos hallamos lejos del Señor y fuera de nuestra patria; porque caminamos hácia Él por la fe y no lo vemos todavía claramente, en esa confianza, preferimos más ser apartados del cuerpo, á fin de gozar la vista del Señor. (1)

Recordamos, entre tanto, volviendo nuestros ojos al Verbo del Señor, estas palabras que salieron de sus labios sacrosantos: Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquél á quien el Hijo habrá querido revelarlo; (2) y entonces exclamamos: Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta. Y Jesús nos da la respuesta que en otro tiempo dió al discípulo que le hizo aquella petición: Tanto tiempo há que estoy con vosotros ¿y aún no me habeis conocido? quien me ve á Mí, ve también á mi Padre. ¿Pues cómo dices: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de Mí mismo. El Padre que está en Mí, Él mismo hace conmigo las obras que Yo hago. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí?

(1) II. Cor. V. 1, 8. (2) Matth. XI. 27.

á María, pensamos en San Pedro, y traemos delante de los ojos al buen ladrón; todos ellos fueron perdonados y brilla en su perdón, hermosa y pura, la misericordia del Eterno que nos alumbrá con la luz de la esperanza.

Hé aquí las inestimables riquezas de la hermosa misericordia del Señor, la cual es incomprensible por su inmensidad, é inefable en razón de su grandeza; la lengua calla, y la inteligencia del mortal queda sin aliento. (1) En silencio, pues, y en la más profunda humillación, amamos, adoramos, alabamos al Espíritu Santo, á quien apropiamos la divina bondad, esa fuente inagotable de gracias y consuelos, cuyas azuladas y sonantes aguas saltan á la vida eterna.

CAPÍTULO VIII.

§ I.

CONTINUACION DEL ANTERIOR

Cuando pensamos en la belleza del Divino Padre, su majestad y su poder, la elevación de su trono, y su inefable y santísima clemencia, sentimos en el alma vivísimo deseo de contemplarlo; y ¿quién no lo tuviera? Él es la fuente primitiva de toda belleza, y gracia, y dulzura, y poder, y majestad infinita. ¡Ah! sus hijos lo aman y suspiran por su vista; y con todo, se ven obligados á exclamar llorando de tristeza: Al presente no vemos á Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras. (2) Pero sí sabemos que si esta casa

(1) D. Gregor. in Ps. CXIX. 7. (2) I. Cor. XIII. 12.

terrestre en que habitamos, viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra, no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente. Por esto suspiramos aquí en la tierra, deseando ser revestidos del ropaje de gloria..... y el que nos formó para ese estado de celestial ventura, es Dios, el cual nos ha dado su Espíritu por prenda. Por esto estamos llenos de confianza; y sabiendo que mientras estemos en el cuerpo nos hallamos lejos del Señor y fuera de nuestra patria; porque caminamos hácia Él por la fe y no lo vemos todavía claramente, en esa confianza, preferimos más ser apartados del cuerpo, á fin de gozar la vista del Señor. (1)

Recordamos, entre tanto, volviendo nuestros ojos al Verbo del Señor, estas palabras que salieron de sus labios sacrosantos: Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre, sino el Hijo, y aquél á quien el Hijo habrá querido revelarlo; (2) y entonces exclamamos: Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta. Y Jesús nos da la respuesta que en otro tiempo dió al discípulo que le hizo aquella petición: Tanto tiempo há que estoy con vosotros ¿y aún no me habeis conocido? quien me ve á Mí, ve también á mi Padre. ¿Pues cómo dices: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí? Las palabras que Yo os hablo, no las hablo de Mí mismo. El Padre que está en Mí, Él mismo hace conmigo las obras que Yo hago. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y que el Padre está en Mí?

(1) II. Cor. V. 1, 8. (2) Matth. XI. 27.

Creedlo á lo ménos por las obras que Yo hago. (1)

Estamos, pues, en la encantadora y amorosa estancia de la circuminsesion de las divinas personas. Esta propiedad consiste en la mútua coexistencia de las divinas personas entre sí, de tal suerte que el Padre esté en Hijo, y el Hijo en el Padre, ámbos en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo en el Padre y el Hijo: (2) coexistencia tan íntima y profunda que una persona no existe ménos en otra que en Sí misma. Esa coexistencia nos da la mútua sesion, la recíproca habitacion, por llamarla así, de las divinas personas, tan perfecta que la una no está fuera de la otra; mas se penetran y comunican enteramente. (3)

La circuminsesion destruye los errores de Arrio y de Sabelio.

Si el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, uno y otro son consustanciales; uno y otro inmenso, incriado y eterno; pues si no lo fueran no estarían en todos los lugares donde Dios existe, ni penetrarían tampoco, la divina esencia; (4) por lo cual dicenos San Agustín: En aquella suma y adorable Trinidad, tanto es una persona, cuanto son las tres; ni tienen alguna cosa más, dos de ellas, que una; y en sí son infinitas. Cada una está en las otras, y todas ellas en cada una; y cada una y todas juntas en todas las cosas; y en todas éstas un solo Dios verdadero, santo y adorable. [5] Y por esta unidad natural, todo el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo; todo el Hijo en el Padre y en el Espíritu Santo; todo el Espíritu Santo en el

(1) Joann. XIV. 8, 12. (2) Billuart. (3) Cerboni. (4) Gotti.
(5) De Trinit, l. VI. c. 12.

Padre y en el Hijo. Ninguna de estas divinas personas está fuera de las otras dos, pues todas tienen una misma esencia. (1)

Si el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, no son una sino dos personas; pues quien está en otro es distinto del mismo en quien está. Quien ve al Hijo ve al Padre: hé aquí la identidad de esencia, la unidad de la divina sustancia; mas el Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo; luego son distintas personas. [2]

Las palabras del Evangelio de San Juan que tenemos entre manos, no manifiestan la unidad de persona, como queria Sabelio, nos dice el Ángel de la Escuela, sino la unidad de esencia que Arrio negaba; puesto que si fuese una solamente la persona del Padre y del Hijo, no estaria bien dicho que el Padre estaba en el Hijo y el Hijo en el Padre, pues no decimos con propiedad que una persona está en sí misma. Por lo cual si hallamos que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, tendríamos desde luego que son distintas personas..... Y siendo el Padre su esencia, porque en Dios no es una cosa el Sér, y otra el que tiene la esencia, se sigue que, en quien quiera que esté la esencia del Padre, está el Padre; y por la misma razon; en todo el que se halle la esencia del Hijo, está el Hijo. Sucede lo mismo respecto del Espíritu Santo. Estando, pues, la esencia del Padre en el Hijo, y la esencia del Hijo en el Padre, infiérese que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre: y así una misma

(1) D. Fulgent. De Fide ad Petr. c. 1. (2) D. Cyrill. 12. Thesaur.

verdad destruye los errores de Arrio y Sabelio. [1]

Tenemos que considerar tres cosas en el Padre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo: la esencia, la relacion, y el origen; y todas ellas nos descubren los encantos, y la arrobadora y celestial belleza de la circuminsesion. El Padre comunica su esencia al Hijo y al Espíritu Santo, sin ninguna mudanza; y estando en el Hijo y en el Espíritu Santo la esencia del Padre, el Padre está en los dos. Así tambien, el Hijo es su esencia, y el Espíritu Santo es su esencia; y por lo mismo están en el Padre.

Segun las relaciones. Es manifiesto que en la relacion de oposicion, uno de los opuestos, relativamente está, segun el entendimiento, en el otro. Y finalmente, en cuanto al origen sabemos que la procesion del verbo inteligible y del amor, no es alguna cosa exteriormente, sino que permanece en el que habla, y en el amante. Lo que se dice en el Verbo, en el Verbo se contiene, y el amante permanece en el amado. Proce- diendo, pues, el Hijo como Verbo, y el Espíritu Santo, como amor, ó como término de amor, no sólo las dos personas están en el Padre; sino que el Padre permanece en ellas eterna é inseparablemente; así como el Hijo en el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo en el Hijo. (2)

Hé aquí por último, otra razon que tambien nos manifiesta la hermosa verdad en que nos ocupamos:

Cuando algunas personas se distinguen entre sí realmente; pero de tal manera que tengan la misma esen-

[1] L. 4. Contr. Gent. c. 9. [2] P. 1. q. 42. a. 6. -Gotti.

cia, indivisible y perfecta, es necesario, no tan sólo, que existan en sí mismas; sí que tambien mutuamente, una en la otra; y esto es lo que hallamos en la divina y adorable Trinidad cuyas personas son distintas, y cuya esencia es la misma. (1)

El Padre está en el Hijo como el principio de su vida, de su grandeza y su gloria. Principio de su vida: Yo vivo por el Padre, nos ha dicho el Verbo del Señor. (2) Y en el mismo Evangelio de San Juan, hallamos estas palabras: En el Verbo estaba la vida. (3)

La vida de Dios es un acto purísimo; (4) contemplémosla en acción, pues nunca ha estado el Padre en potencia. Se conoce á Sí mismo con un acto fecundo, perfecto y eterno: engendra á su Verbo, y le comunica su divina esencia, y ese acto no tuvo principio, ni jamás dejará de existir; no es un acto que pasa, ó que pueda admitir sucesion, sino siempre es perfecto y eterno. ¡Cuánta grandeza y majestad no descubrimos en ese principio de vida adorable, é incomprendible á nuestra débil y pobre inteligencia! ¡Quién podrá medir esa fecunda y prodigiosa fuerza de la suprema inteligencia del Padre, que al conocerse ha engendrado á su Verbo; y la espléndida y lujosa profusion, permitid la palabra, en derramar en el seno de ese mismo Verbo todas sus riquezas!

Si hablásemos del hombre, descubriríamos luego, que la comunicacion de que tratamos, disminuía el tesoro, que en ese acto quedaba dividido; mas tratase de

(1) Gotti. [2] Joann. VI 58. [3] Id. I. 4. [4] D. Th. 1. p. q. 18. a. 4.

Dios, y por lo mismo, no hay que temer que se dividan, ó acaso disminuyan sus tesoros, porque es infinita, é indivisible la divina esencia.

La vida que da el Padre á su Hijo es íntima, pues llega á comunicarle sin reserva ni medida, el Sér divino: es dulcísima como que el Padre ama al Verbo con infinito y soberano amor, y también el Verbo ama á su Divino Padre con la misma grandeza y perfección. Es también santísima esa vida, puesto que el Verbo ha sido engendrado entre los adorables resplandores de la misma santidad. (1) Vida, en fin, llena de grandeza, de gloria, y soberana majestad; porque es la misma vida del Divino Padre. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, é impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor, ó quién fué su consejero? [2] ¡Cómo entender, en efecto, esa divina é inefable comunicación de la vida del Padre á su Hijo soberano, sin dividirse, ni mudarse, y hecha en la plenitud de su grandeza! Mas bendecimos, amamos, adoramos ese divino y altísimo misterio que el alma no puede comprender. Y cuanto más sentimos nuestra miseria y pequeñez, otro tanto reconocemos la infinita grandeza del Señor. Y es inefable y profundo nuestro regocijo al contemplar las misteriosas sombras que á nuestros ojos velan esa grandeza del Eterno. Grande es el Señor, cantamos con David, y dignísimo de alabanza, y su grandeza no tiene límites. [3] Y nosotros entre tanto, como pe-

(1) Ps. CIX. 3. (2) Rom. XI. 33, 34. (3) CXLIV. 3.

queños gusanillos, nos venimos arrastrando hácia el trono de nuestro inmenso y soberano Dios. Bendito sea el Señor bendita sea también, su inefable y santísima grandeza!

El Padre está en el Hijo como el principio y la razón de su grandeza. Todo lo que me diste, oh Padre! decía el Verbo Divino, viene de Ti. [1]

El Hijo es en todo igual á su Divino Padre: veamos solamente su sabiduría, su poder y su magnificencia. En el Verbo están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. (2) Él mismo nos dice: Yo la sabiduría, derramé los ríos de agua viva y celestial. (3) Como canal de agua inmensa, derivada del río, y como asequia sacada del río, y como un acueducto salí del paraíso..... Mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar.

El Verbo de Dios sabe cuanto hay que saber, y distingue las señales de los tiempos. Declara las cosas pasadas y las futuras, y descubre los rastros de las que están escondidas. No se le escapa pensamiento alguno, ni se le oculta una sola palabra. Hermoseó con orden bellissimo, las maravillas de su sabiduría. Él existe ántes de los siglos, y nada se le puede aumentar, ni disminuir, ni ha menester consejo de nadie. (4) Pasemos, pues, como el sabio, á contemplar la sabiduría; (5) que vale más que la fuerza y que las armas militares; [6] es luminosa é inmarcescible, [7] reparte la ciencia, y la prudente inteligencia, y acrecienta la gloria de aquellos que la poseen..... En sus tesoros se

(1) Joann. XVII. 7. (2) Coloss. H. 3. (3) Eccl. XXIV. 40.-43. (4) Id. XLII. 19, 22. (5) Eccl. II. 3. (6) Id. IX. 16, 18. (7) Sap. VI. 3.

halla la inteligencia y la ciencia religiosa..... y bienaventurado el hombre que es constante en la sabiduría, y ejerce la misericordia, y considera en su mente á Dios, que ve todas las cosas: y va estudiando en su corazón los caminos de la sabiduría y entiende sus arcanos, yendo en pos de ella como quien sigue su rastro, pisando siempre sus huellas: y anhelando verla y oirla, se pone á mirar por sus ventanas, y está escuchando en su puerta: y reposa junto á su casa..... y asienta cerca de ella su pequeño pavellon, dentro del cual tendrán perpétua morada todos los bienes; bajo su protección colocará á sus hijos, y morará debajo de sus ramas: á su sombra estará defendiendo del calor, y en su gloria reposará tranquilo. Saldrá á su encuentro la sabiduría cual madre respetable, y cual virgen desposada le recibirá consigo. Lo alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará á beber el agua de ciencia saludable, y fijará en él su morada, y él será constante. Y la sabiduría será su sosten, y no se verá confundido, sino que será ensalzado entre sus hermanos..... le colmará de consuelo y de alegría, y le dará en herencia un eterno renombre. [1]

¿Quién, después de lo dicho, no quisiera poder exclamar: Yo desé la inteligencia, y la preferí á los reinos y tronos; y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas? porque todo el oro, respecto de ella, no es más que mentada arena, y á su vista la plata será tenida por lo do. La amé más que la salud, y la hermosura; y pro-

(1) Ecci. I. 24, 26-XIV. 22, 27.-XV. 1, 6.

puse tenerla por la luz de mi alma, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio he recibido innumerables riquezas..... Es un tesoro infinito para los hombres, los hace partícipes de la amistad de Dios, y recomendables por los dones de su celestial doctrina... En ella tiene su morada el Espíritu de inteligencia, santo, único, multiforme, sutil, elocuente, ágil, inmaculado, infalible, suave, amante del bien, prespicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, estable, constante, seguro, el cual lo puede todo, todo lo prevé, y abarca en sí todos los espíritus; inteligente, puro y sutil. Porque la sabiduría es más ágil que todas las cosas que se mueven, y alcanza á todas partes, á causa de su pureza. [1]

Si contemplamos el poder del Verbo del Señor, después de luégo descubrimos en sus manos la divina omnipotencia: Á Mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. (2) Mas ¿qué decimos? ¿Será extraño que el Hijo de Dios, tenga todo poder en los cielos y la tierra, cuando el Padre le ha dado todas sus cosas; y cuando el cielo y la tierra han sido hechos por el mismo Verbo, sin el cual no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas? (3)

Hé aquí la magnificencia de ese Verbo Divino. El Padre le habla en estos términos: Tu trono, oh Dios! subsistirá por los siglos de los siglos..... Tú eres, oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos..... Tú eres

(1) Sap. VII. 7, 11, 22, 24. (2) Matth. XXVIII. 18. (3) Joann. XVII. 10.-1, 3.

para siempre el mismo, y tus años nunca se acabarán. (1) ¿Quién oyó jamás lenguaje semejante? ¡El Padre, el Dios de toda grandeza, y majestad suprema, puede hablar en tales términos! Sí, porque no habla á los ángeles, sino á su propio Hijo, que engendró igual á Sí mismo, y que se halla sentado en lo más alto de los cielos, á la diestra de la majestad, (2)

¡Cuánta es, por lo mismo, la magnificencia y la grandeza del Hijo de Dios! Los cielos, la tierra, los ángeles y todas las criaturas, han salido de sus manos porque es el Criador omnipotente; y predicán sin cesar su sabiduría divina y admirable, en la que han sido hechas todas las criaturas. Sabiduría, poder, magnificencia que el Hijo ha recibido del Divino Padre, de quien ha dicho estas hermosas palabras: El Padre que está en Mí, Él mismo hace las obras que Yo hago. [3]

Esa grandeza, en fin, que el Hijo de Dios recibe de su Padre que está en Él, resplandece admirablemente en el derecho que tiene á la profunda y humilde adoración de todas las criaturas. El Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace..... y así como el Padre resucita á los muertos, y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga á nadie; sino que todo el poder de juzgar lo dió al Hijo, con el fin de que todos honren al Hijo, de la manera que honran al Padre: que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. (4)

Grande es, por lo mismo, infinitamente grande, el

(1) Heb. I. 8, 10, 12. (2) Id. I. 3. (3) Joann. XIV. 10. (4) Id. V. 20, 23.

Hijo de Dios, á quien su Padre ha comunicado toda su grandeza y poder, su majestad y su divina gloria. Su gloria divina. En efecto, el Padre se la ha comunicado enteramente, y Él es la gloria del Hijo soberano. Volved vuestros ojos al Tabor, y contemplad lo que allí pasa. Subió el Salvador á un elevado monte, y se trasfiguró en presencia de algunos de sus discípulos, y su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo aparecieron Moises y Elías en ropaje de gloria, conversando con Jesus..... Y una nube resplandeciente vino á cubrirlos. [1] ¿Creemos en esto ver la gloria verdadera del Divino Verbo? No, pues también Moises bajó de la cumbre del Sinai despidiendo su rostro rayos de luz; y Elías también, fué arrebatado al cielo en un carro de fuego. [2] ¿Cuál, pues, será esa gloria? Aquel hermoso testimonio que el Padre dió desde la nube de que hemos hablado: Éste es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias. (3) Hé aquí su verdadera gloria: Glorificame Tú, oh Padre! en Ti mismo, con aquella gloria que tuve Yo en Ti, ántes que el mundo fuese. (4) Hé aquí la gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad. (5) El Unigénito de Dios, por esto mismo, jamás dividirá con otro alguno su filiación divina. Por la gracia los hombres seremos sus hermanos, y seremos también, hijos de Dios; mas hermanos é hijos adoptivos, que nunca naturales.

En otro tiempo dijeron los impíos contra el Hijo del

(1) Matth. XVII. 1, 5. Luc. IX. 31. (2) Exod. XXXIV. 29. - IV. Reg. II. 11. (3) Matth. XVII. 5. (4) Joann. XVII. 5. (5) Id. I. 14.

Señor: Él protesta que tiene la ciencia de Dios, y se nombra Hijo de Dios..... y se gloria de que tiene por Padre á Dios. (1) Y efectivamente, el Hijo de Dios se gloria de su Divino Padre. Yo conozco al Padre, porque de Él tengo el Sér, y Él es el que me ha enviado..... Mi Padre es el que me glorifica, decia el Salvador á los judíos, Aquél que decis vosotros que es vuestro Dios: vosotros empero, no le habeis conocido: Yo sí le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero lo conozco bien, y observo sus palabras. (2) Y ¿cómo pudiera el Unigénito de Dios, no gloriarse de tenerle por su Padre, de ser el Hijo de Aquel Padre tan santo y adorable, piélagó infinito de perfeccion y grandeza; eterno, omnipotente, sapientísimo, Sér de los seres, y criador de cuanto existe? ¿cómo no gloriarse el Verbo del Eterno, de su inefable y santísima generacion, de venir de Aquél supremo y soberano Dios que le ha dado cuanto tiene, y que siempre está en el Hijo, siendo un verdadero y solo Dios con el Hijo que ha engendrado?

¡Oh Hijo del Eterno, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Principe de la paz, (3) gloriaos en vuestro Padre, porque sois su viva imágen, permanente, sustancial y perfectísima; y porque en Vos está, ese mismo Padre origen y principio de la vida, la grandeza y la gloria eterna y soberana que habeis tenido en Él antes que el mundo fuese. ¡Ah! Vuestra vida nos encanta; vuestra grandeza nos humilla; y vuestra santa gloria nos llena de alegría, y nos

[1] Sap. II. 13, 16. [2] Joann. VII. 29.-VIII. 54, 55. [3] Isa. IX. 6.

hace bendeciros y alabaros sin descanso. ¡Bendito seais mil veces, Hijo muy amado del Divino Padre! Que los cielos y la tierra os alaben y rindan las más hermosas bendiciones: que vuestra gloria aumente á cada instante; y las obras todas de vuestras divinas manos canten sin cesar vuestro adorable nombre; y ensalcen con ardiente amor, al Padre Santo, que os ha dado su vida, su grandeza y su divina gloria.

CAPÍTULO IX.

§ I.

EL UNIGÉNITO DE DIOS EN EL SENO DE SU PADRE.

Duran todavía los bellos resplandores que han iluminado el alma, cuando hemos meditado en el Divino Padre que está en el Hijo; y hé aquí que nuevas y brillantes luces nos rodean por todas partes, y quedamos sumergidos en un océano de inmensa claridad. En el órden natural cuando el sol declina hácia el Ocaso, y aparecen luégo, teñidas de carmin y grana, las nubes de Occidente, sabemos que se acercan las tinieblas, que por cierto no tardan en llegar: reina en seguida, tristísimo silencio; y aquel reposo en que se halla el mundo seméjase al reposo de la tumba: descúbrense fantasmas de terror, y se escuchan fatídicos rumores: ¿dónde está la vida, dónde los armoniosos y sentidos cantos, y el festivo y continuo movimiento en que creniase el mundo cuando la luz reinaba?

Lo que hemos dicho no pasa en el mundo de la gracia, apénas la claridad de Dios se va alejando de no-

Padre Felipe Castañón

Señor: Él protesta que tiene la ciencia de Dios, y se nombra Hijo de Dios..... y se gloria de que tiene por Padre á Dios. (1) Y efectivamente, el Hijo de Dios se gloria de su Divino Padre. Yo conozco al Padre, porque de Él tengo el Sér, y Él es el que me ha enviado..... Mi Padre es el que me glorifica, decia el Salvador á los judíos, Aquél que decis vosotros que es vuestro Dios: vosotros empero, no le habeis conocido: Yo sí le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero lo conozco bien, y observo sus palabras. (2) Y ¿cómo pudiera el Unigénito de Dios, no gloriarse de tenerle por su Padre, de ser el Hijo de Aquel Padre tan santo y adorable, piélagó infinito de perfeccion y grandeza; eterno, omnipotente, sapientísimo, Sér de los seres, y criador de cuanto existe? ¿cómo no gloriarse el Verbo del Eterno, de su inefable y santísima generacion, de venir de Aquél supremo y soberano Dios que le ha dado cuanto tiene, y que siempre está en el Hijo, siendo un verdadero y solo Dios con el Hijo que ha engendrado?

¡Oh Hijo del Eterno, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Principe de la paz, (3) gloriaos en vuestro Padre, porque sois su viva imágen, permanente, sustancial y perfectísima; y porque en Vos está, ese mismo Padre origen y principio de la vida, la grandeza y la gloria eterna y soberana que habeis tenido en Él antes que el mundo fuese. ¡Ah! Vuestra vida nos encanta; vuestra grandeza nos humilla; y vuestra santa gloria nos llena de alegría, y nos

[1] Sap. II. 13, 16. [2] Joann. VII. 29.-VIII. 54, 55. [3] Isa. IX. 6.

hace bendeciros y alabaros sin descanso. ¡Bendito seais mil veces, Hijo muy amado del Divino Padre! Que los cielos y la tierra os alaben y rindan las más hermosas bendiciones: que vuestra gloria aumente á cada instante; y las obras todas de vuestras divinas manos canten sin cesar vuestro adorable nombre; y ensalcen con ardiente amor, al Padre Santo, que os ha dado su vida, su grandeza y su divina gloria.

CAPÍTULO IX.

§ I.

EL UNIGÉNITO DE DIOS EN EL SENO DE SU PADRE.

Duran todavía los bellos resplandores que han iluminado el alma, cuando hemos meditado en el Divino Padre que está en el Hijo; y hé aquí que nuevas y brillantes luces nos rodean por todas partes, y quedamos sumergidos en un océano de inmensa claridad. En el órden natural cuando el sol declina hácia el Ocaso, y aparecen luégo, teñidas de carmin y grana, las nubes de Occidente, sabemos que se acercan las tinieblas, que por cierto no tardan en llegar: reina en seguida, tristísimo silencio; y aquel reposo en que se halla el mundo seméjase al reposo de la tumba: descúbrense fantasmas de terror, y se escuchan fatídicos rumores: ¿dónde está la vida, dónde los armoniosos y sentidos cantos, y el festivo y continuo movimiento en que creniase el mundo cuando la luz reinaba?

Lo que hemos dicho no pasa en el mundo de la gracia, apénas la claridad de Dios se va alejando de no-

Padre Felipe Castañón

sotros, cuando ya vemos la tibia luz de la naciente aurora, y luégo viene el sol, derramando por doquiera, el fuego ardiente de su viva llama; y aquellas transiciones que notamos con trabajo, no eran sino para dar descanso á nuestra vista y aumentar el vigor de nuestras fuerzas; y tambien, acaso, para que al vislumbrar las sombras que proyectaban en el alma la tristeza, anunciando á lo léjos, inmensa desventura, sepamos todos, que sin Dios no hay vida, ni bella claridad, ni puro y santo gozo, ni bien alguno. Mas ¡ay del hombre si las ligeras sombras se condensan, y las tinieblas lo llegan á cubrir por todas partes! ¿no se acordará que Dios esconde la luz entre sus manos; (1) y sollozando, y penetrado de dolor inmenso, no querrá exclamar diciendo estas palabras: ¿Qué alegría puedo yo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo? (2)

Quédanos, pues, si nos hallamos en esas circunstancias, decir con el Profeta Rey: Derramad sobre tus siervos la luz de tu semblante: salvadnos por tu misericordia. [3]

¿Cuál es la hermosa y nueva claridad con que Dios ilumina nuestros ojos, el resplandor de su divino rostro? Es el Unigénito del Padre que está en su seno: insondable misterio, palabras son estas que descubren un abismo que no alumbraba la luz de los mortales: por esto, llenos de temor, y con tarda y balbuciente lengua, exponemos nuestros humildes conceptos. (4)

¿Cómo está el Hijo de Dios en el seno de su Padre?

[1] Job. XXXVI. 32. [2] Tobiae. V. 12. [3] XXX. 17.
 (4) Secretum Patris sinus Patris vocatur. Aug. In Joann. T. III. n. 17.

Como el manantial (1) en la fuente, la luz en su foco, la palabra en la inteligencia.

El seno del Padre; hé allí la region, si así llamarse puede, de inefable y eternal ventura, donde brillan el poder y la grandeza, y la ciencia, y la más elevada y bella santidad; region divina que es el amoroso y blando lecho en que descansa el Hijo del Señor, del que, cantó David: En el sol puso su tabernáculo: y Él como esposo que sale de su tálamo. (2)

En esa region de que tratamos, resplandece la luz más hermosa, y se encuentra la razon de toda vida: allí el Hijo del Eterno, recibe esa vida de su Padre, y con ella, toda su virtud, y su poder, y la grandeza, y la terrible y soberana majestad del mismo Padre; y todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia, con tan prodigiosa é inefable comunicacion, que el Padre no es más grande, ni más rico, ni más santo, ni dichoso que su Divino Verbo.

En ese adorable seno reina la más alegre y dulce paz; la dicha vive, y están siempre rebosando las inefables delicias de la gloria. ¿Quién podrá turbar aquel reposo eterno en que descansa el Hijo? ¿llegarán, acaso, alguna vez, á disminuir esas delicias que goza en el divino y adorable seno del Eterno?

Es el Verbo, el Hijo Unigénito de Dios, su imagen viva y sustancial, que cumplidamente expresa todas las perfecciones de su Padre. Ahora bien, acá en la

[1] Fuente, manantial. Adoptamos relativamente á nuestro objeto en el presente capítulo, la significacion que entre otras hallamos en el Diccionario de la lengua: Fuente, Principio, fundamento y origen de alguna cosa. Manantial, el agua que mana.—Tertul, contr. Prax. Basilius, Homil. princ. Joann. D. Th. I. p. q. 36. a. in 2. corp. [2] XVIII. 6.

vida, decimos que los padres renacen en sus hijos; mas hablando del Excelso Dios, tenemos que decir, que el Padre vive siempre en el Divino Hijo, en quien está, como el principio de toda su grandeza. ¿No veis brotar de alguna fuente un hermoso y rico manantial? Éste no reconoce otro principio que la fuente dicha, ni recibe de otra parte el caudal de sus copiosas aguas, las que no son diversas, sino las mismas que la fuente tiene; así tambien en Dios; el Hijo todo lo recibe de su Padre con quien tiene una misma sacrosanta y dulce vida.

Pero notemos algunas diferencias. El manantial no recibe de una vez, toda la riqueza de la fuente, y á proporcion que sus aguas van corriendo, se van retirando de su origen; aguas que, absorben los terrenos por donde pasan, y que al evaporarse disminuyen; que pueden dividirse en mil corrientes, y llegar por fin, á consumirse. Todos morimos, decia en otro tiempo á David, una mujer, todos morimos y nos deslizamos como el agua sobre la tierra, que no vuelve atras. (1) Nada de esto pasa en Dios Nuestro Señor. De aquella fuente divina que es el Padre, eternamente brota el manantial inagotable de la vida, el Hijo de Dios mismo: en un solo acto recibe toda la riqueza de su Padre; nunca disminuye el caudal de sus ondas, ni su bella y purísima corriente llega jamas á enturbiarse: ese manantial no se aparta de su origen, ni puede dividirse, pues á todas partes viene, trayendo consigo, la plenitud de su grandeza.

En las aguas de un hermoso y sereno manantial, acaso podemos ver nuestro semblanté; mas esa imágen

[1] II. Reg. XIV. 14.

de nosotros mismos, pasa y se borra á cada instante, así como, en realidad, tambien pasamos por el mundo cual una imágen que aparece un solo instante. [1] Mas ¿cómo registrar en esas aguas, la elevacion de su origen, ó la fuerza y la belleza con que brotan al salir, ó el iris que les sirve de corona cuando heridas del sol, descenden al profundo valle? En cuanto á Dios; el Padre se contempla eternamente en su Divino Hijo, su viva imágen, imágen que no pasa; mas siempre la tiene delante de Sí mismo; y quien llegare á ver este hermoso y rico manantial, verá tambien al Padre que es la fuente de donde nace. Quien me ve á Mí ve tambien á mi Padre, nos dijo el Divino Salvador.

Dios hace nacer los manantiales de las aguas al pié de las montañas, decia David, y por medio de los montes pasarán las aguas. (2) Mas ¿qué manantial es este de que hablamos que ha nacido eternamente, allá en la altura, (3) y que en vez de ser dominado por los montes, los domina todos, derramando en ellos el agua y el rocío que los fertiliza y engalana? ¿Qué fuente es aquella de que salen esas aguas divinas, que no disminuyen su abundancia, ni pueden apartarse de su origen? ¿queréis saberlo? El Padre es origen de su Verbo. El Padre es esa fuente, el principio de donde viene el Hijo; y hé aquí la razon de tantas maravillas y grandezas. Dios es eterno, infinito y perfecto. El Hijo está en el seno del Divino Padre como la luz en su foco. Dios es luz nos dice San Juan, y en Él no hay tinieblas ningunas. [4] Y el Verbo de Dios era la luz

[1] Ps. XXXVIII. 7. [2] CHIL. 10. [3] Ecci. I. 5. (4) I. 1. 5.

verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. (1) Ese Verbo es Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios.

La luz recibe de su foco su virtud, su resplandor y hermosura: y todo esto recibe del Padre su Divino Verbo, el cual es como una exhalacion de la virtud de Dios, y cual pura emanacion de la gloria de Dios omnipotente: por lo que, no tiene lugar en Él ninguna cosa manchada como que es el resplandor de la luz eterna, un espejo sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad. Exhalacion más hermosa que el sol, y que sobrepuja á todo el orden de las estrellas; y si se compara con la luz, le hace muchas ventajas: visto que á la luz alcanza la noche. (2) Por esto amamos ese resplandor de la luz eterna más que la salud y la belleza, porque su viva llama es inextinguible, é incomparable su celestial y cándida hermosura: y por esto al contemplar la belleza que se halla derramada en las criaturas, levantamos los ojos á los cielos, y conocemos cuánto más hermoso que ellas, es el autor de la hermosura; así como tambien, el poder y la virtud de las criaturas, nos descubren que es más poderoso y grande su Criador. (3)

¿Qué cosa más resplandeciente que el sol? pues tambien se eclipsará. (4) Esto no sucede con aquella luz eterna, origen y principio de cuanta luz existe; y el vivo y puro resplandor que siempre sale de aquél divino foco, no disminuye, ni amortigua nunca su belleza. ¿No veis que esa luz si sale procediendo de su foco

(1) 1. 9. (2) Sap. VII. 25, 26.-30. (3) Id. XIII. 3, 4. (4) Ecci. XVII. 30.

jamás se le llega á separar? Una misma es la fuerza con que arde y brilla el foco y la luz que engendra: una misma la belleza de uno y otra.

La luz al propagarse alumbra sucesivamente los objetos, que van apareciendo iluminados con más vivo resplandor, segun tambien que los inundan más copiosamente sus bellos manantiales. En cuanto á la eterna y soberana luz, de que tratamos, ella recibe en solo un acto, toda su pura y espléndida belleza, y en este mismo, la luz despide todo su esplendor; y expresa con admirable y acabada perfeccion, todo lo que en Dios existe, las personas y todas las criaturas.

En otro tiempo, Dios preguntaba al Santo Job: Dime, si todo lo sabes, en qué parte recide la luz? [1] Nosotros sabemos que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios..... Cierto es que á Dios nadie lo ha visto jamás; pero es cierto tambien, que el Hijo Unigénito existe desde la eternidad en el seno del Padre. (2)

La luz material alumbra nuestros ojos, y nos descubre la belleza de todo el universo; y al ocultarse, vienen las tinieblas, y ya no damos un paso en las sendas de este mundo, sin peligro; y sin embargo, en medio de las sombras, y envuelto el corazon en la tristeza, podemos todavía existir; mas la luz que brilla en el seno del Eterno, descubre la belleza de un mundo superior; las sendas que iluminan van al cielo; y si llega por desgracia, á ocultarse á nuestras almas, no sólo nos en-

(1) XXXVIII. 18, 19. (2) Joann. I. I. 2, 18.

vuelven las tinieblas, y queda, lleno de tristeza el corazón del hombre, sí que también, camina á grandes pasos á la muerte; y entre sollozos, afligido exclama: ¡Qué alegría puedo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo? (1)

Y aún esta misma luz que alumbra sus ojos corporales, no lleva ya el contento al fondo de su alma, que ántes bien, al descubrirle sus miserias, lo deja hundido en triste abatimiento. ¿Por qué razón, dice entonces, con el Santo Job, por qué razón fué concedida la luz á un desdichado, y la existencia á los que tienen que llevarla entre amargas y terribles penas? (2)

Es, pues, indispensable, buscar la luz del alma, en el seno del Eterno, porque en Él está, esa luz divina que alumbra y da vida á los hombres que vienen al mundo. Allí, en ese seno la hemos de encontrar; foco inextinguible de luz; fuente de vida y de divina gloria. En Ti, oh Dios! decía David, está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz hermosa que de Ti procede. (3)

El Hijo está en el Padre como la palabra en la inteligencia.

En el entendimiento humano hallamos la potencia, la imagen de lo entendido, y la operación del mismo entendimiento; siguiéndose de lo dicho, que la palabra procede del entendimiento que se pone en acto; y que ella es la razón, y la semejanza de lo entendido. (4)

En cualquier naturaleza inteligente debe ponerse la palabra; pues cuando entendemos algo, formamos lo que se llama palabra. Mas ahora dejando la del hombre,

(1) Tobias. V. 12. (2) III. 20. (3) Ps. XXXV. 10. Calmet. (4) D. Th. in Joann. C. 1.

hablamos de la palabra de Dios; y preguntamos: ¿en qué se diferencia de la nuestra? Hé aquí lo que nos dice San Agustín, seguido por el Ángel de la Escuela.

Nuestra palabra primero que en acto, está en potencia; es ántes formable que formada; por lo que, cuando queremos concebir la razón de alguna cosa, la obtenemos racionando, si exceptuamos, acaso, solamente los primeros principios que siendo conocidos por sí mismos, se saben sin discurrir; y entre tanto el entendimiento no conoce con perfección, sino cuando ha concebido perfectamente toda la razón del objeto: y sólo entonces, el conocimiento se llama palabra.

Lo dicho no tiene lugar en el Verbo de Dios, que siempre está en acto, y que por lo mismo, no puede llamarse pensamiento. [1]

Nuestra palabra es imperfecta, la palabra de Dios es perfectísima. El hombre no puede con una sola, expresar todos sus conceptos; por esto reunimos muchas, que van explicando sucesivamente, nuestros pensamientos. Dios se entiende á Sí mismo, y cuanto entiende, por su esencia, con un solo acto, y por esto su palabra es una sola, y expresa todo cuanto en Dios existe, las personas y las criaturas. Si en esta palabra, dice San Agustín, hubiese menos ciencia de la que hay en Aquél que la profiere, sería imperfecta; mas nos consta que la palabra de Dios es perfectísima; y por lo mismo es una sola. Dios habla una vez, dijo el Santo Job. (2)

(1) D. Th. cit. (2) XXXIII. 14.

El Verbo Divino es de la misma naturaleza con Dios, y por esto subsiste en esa misma naturaleza; no sucede así con nuestra palabra, pues la razón que hemos entendido, tiene solamente un ser inteligible; y en nosotros entender, no es lo mismo que la naturaleza del alma, pues ésta no es su misma operación; por lo cual en ella, la palabra es accidente; mas no su esencia. En Dios el entender y el ser es lo mismo; y su palabra no es un accidente; pertenece á su naturaleza; y por esto es subsistente, porque todo lo que existe en la naturaleza de Dios, es Dios.

Vemos, por lo dicho, que hablando con toda propiedad, la palabra de Dios debe tomarse personalmente; que es la semejanza de Aquél de quien procede; coeterna á su principio, pues no fué antes formable que formada: siempre ha estado en acto; que es igual al Padre, como perfecta y expresiva de todo el Ser del Padre, con quien tiene una misma esencia y á quien es consustancial. Y procediendo como procede, en semejanza é identidad de naturaleza, con propiedad se llama Hijo; y su procesion, generacion. (1)

El manantial de la vida, la luz de la inteligencia, la palabra de eterna verdad, ved lo que hallamos en el seno del Divino Padre: ese manantial está lleno de las aguas de la divinidad; y su impetuosa corriente, alegra la ciudad de Dios. (2) Esa luz ilumina cuanto existe; y esa palabra sostiene el firmamento. (3)

Al contemplar la divina gloria y las riquezas todas, que atesora, el seno del Eterno, elevamos hácia Él

(1) D. Th. cit. (2) Ps. LXIV. 10-XLV. 5. (3) Id. XXXII. 6.

nuestras manos para demandarle gracia; y sin duda que ese Padre santo, rico para todos los que le invocan [1] con humilde y fervoroso ruego, nos dará lo que pedimos. Mas no lo hemos dicho todo: Él mismo nos llama; oid si no, la sonora y levantada voz de su Profeta: Sedientos, venid á las aguas. (2) Y ¿solamente su Profeta nos llama de este modo? No; que su Hijo mismo, el manantial divino, la luz indeficiente, su palabra eterna, también nos dice: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba; y de su seno brotarán fuentes de agua viva. (3) Y nos ofrece la luz y la verdad: Yo soy la verdad, Yo soy la luz del mundo, Yo soy la vida. (4)

Al escuchar tan dulces expresiones se llena el alma de consuelo, y en alas del amor y del deseo, se lanza al trono de la gran misericordia del Señor para encontrar auxilio en el tiempo conveniente.

Y vednos rodeados de la más pura y apacible luz; brilla delante de nosotros la verdad, y sentimos todos los encantos de la vida: amamos al Señor, á ese Dios excelso y adorable de quien procede eternamente su Divino Hijo; y siendo ese amor una verdad, escuchamos luégo estas palabras: El que permanece en caridad, permanece en Dios; y Dios en él permanece. (5)

Aquellas infinitas riquezas del Padre, están en nuestro propio seno; ¿cómo su inmensa grandeza ha podido encerrarse en lugar tan estrecho? Por esto observamos que al amar al Señor con tiernísimo cariño, prorumpimos en voces de júbilo; queremos que el mundo lo conozca y adore, no aguantamos el fuego que abra-

(1) Rom. X. 12. (2) Isa. LV. 1. (3) Joann. VII. 37. (4) Id. XIV. 6-VIII. 12. (5) I. Joann. IV. 16.

sa nuestro pecho, (1) y vamos clamando á todas partes: Amad al Señor: y el amor como un rio caudaloso, va llevando en sus aguas la vida, el encanto y las delicias que gozan nuestras almas en el eterno y soberano Dios; delicias y vida que desea comunicar á todo el mundo; y si acaso sentimos entibiarse nuestro celo, nos reprendemos á nosotros mismos, contemplando el manantial de vida eterna, la hermosa luz y la verdad que procede del seno del Padre. Dios nos ha comunicado cuanto tiene; ¡por qué nosotros pondríamos dique al impetuoso rio; y quisiéramos guardar la luz, oculta; y no decir, en fin, al mundo la verdad de Dios? Si nosotros callásemos hablarían las piedras. (2)

¡Y por qué no sale tambien, de nosotros, segun el lenguaje de los libros santos, una fuente de agua viva? ¡por qué no llevamos por doquiera, como fuego y luz, el nombre santo del Verbo del Señor, extendiendo en todo el mundo las llamas de su ardiente caridad? Hijitos míos, decia San Pablo, por quienes segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar enteramente á Cristo en vosotros. (1) Y tambien: La caridad de Cristo nos urge. (2)

Que esas llamas, pues, abrasen y consuman nuestras almas; y pensando sin cesar en la gloria y las delicias que goza el Verbo del Señor, en el seno de su Padre, lo bendigamos y adoremos, sin descanso, hasta que, llegado el dia de nuestra dicha, podamos verlo claramente en los eternos y hermosos resplandores de aque-

(1) Hierem. XX, 9. (2) Luc. XIX, 40. (3) Galat. IV. 19.
(4) II, Cor. V. 14.

lla luz divina que los ojos de los hombres no pueden contemplar.

CAPÍTULO X.

EL PADRE Y EL HIJO EN EL ESPÍRITU SANTO.

§ I.

¡Cuál es el humano corazon que no ha sentido el encanto y las delicias del amor? Y léjos, muy léjos de nosotros tratar de esos tristes sentimientos que mancillan el alma y la degradan; que han usurpado aquel glorioso nombre; sentimientos que enturbian y corrompen las fuentes de la vida; y secan sus limpios y hermosos manantiales. Volvemos nuestros ojos al hogar doméstico; recordamos la dulzura de una amistad grata y verdadera; nos referimos, en fin, al bendito lazo que Dios ha hecho, admirable surtidor de la divina gracia. En estas bellísimas regiones, si así pueden llamarse, preséntase el amor, brindando con la dicha. ¡Cuán felices somos, en efecto, cuando amamos á todos aquellos con quienes tenemos una misma sangre! Nuestros padres y hermanos son para nosotros, objetos muy queridos: su dicha engrandece nuestra propia dicha; y el corazon del hombre se dilata en dulces y tiernas expansiones, al tratar con seres tan amados, viviendo bajo el mismo techo, teniendo los mismos intereses, y formando, en fin, no mas una familia.

sa nuestro pecho, (1) y vamos clamando á todas partes: Amad al Señor: y el amor como un rio caudaloso, va llevando en sus aguas la vida, el encanto y las delicias que gozan nuestras almas en el eterno y soberano Dios; delicias y vida que desea comunicar á todo el mundo; y si acaso sentimos entibiarse nuestro celo, nos reprendemos á nosotros mismos, contemplando el manantial de vida eterna, la hermosa luz y la verdad que procede del seno del Padre. Dios nos ha comunicado cuanto tiene; ¡por qué nosotros pondríamos dique al impetuoso rio; y quisiéramos guardar la luz, oculta; y no decir, en fin, al mundo la verdad de Dios? Si nosotros callásemos hablarían las piedras. (2)

¡Y por qué no sale tambien, de nosotros, segun el lenguaje de los libros santos, una fuente de agua viva? ¡por qué no llevamos por doquiera, como fuego y luz, el nombre santo del Verbo del Señor, extendiendo en todo el mundo las llamas de su ardiente caridad? Hijitos míos, decia San Pablo, por quienes segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar enteramente á Cristo en vosotros. (1) Y tambien: La caridad de Cristo nos urge. (2)

Que esas llamas, pues, abrasen y consuman nuestras almas; y pensando sin cesar en la gloria y las delicias que goza el Verbo del Señor, en el seno de su Padre, lo bendigamos y adoremos, sin descanso, hasta que, llegado el dia de nuestra dicha, podamos verlo claramente en los eternos y hermosos resplandores de aque-

(1) Hierem. XX, 9. (2) Luc. XIX, 40. (3) Galat. IV. 19.
(4) II, Cor. V. 14.

lla luz divina que los ojos de los hombres no pueden contemplar.

CAPÍTULO X.

EL PADRE Y EL HIJO EN EL ESPÍRITU SANTO.

§ I.

¡Cuál es el humano corazon que no ha sentido el encanto y las delicias del amor? Y léjos, muy léjos de nosotros tratar de esos tristes sentimientos que mancillan el alma y la degradan; que han usurpado aquel glorioso nombre; sentimientos que enturbian y corrompen las fuentes de la vida; y secan sus limpios y hermosos manantiales. Volvemos nuestros ojos al hogar doméstico; recordamos la dulzura de una amistad grata y verdadera; nos referimos, en fin, al bendito lazo que Dios ha hecho, admirable surtidor de la divina gracia. En estas bellísimas regiones, si así pueden llamarse, preséntase el amor, brindando con la dicha. ¡Cuán felices somos, en efecto, cuando amamos á todos aquellos con quienes tenemos una misma sangre! Nuestros padres y hermanos son para nosotros, objetos muy queridos: su dicha engrandece nuestra propia dicha: y el corazon del hombre se dilata en dulces y tiernas expansiones, al tratar con seres tan amados, viviendo bajo el mismo techo, teniendo los mismos intereses, y formando, en fin, no mas una familia.

gozan el Padre y el Hijo al amarse mutuamente, son un piélago sagrado, insondable, infinito, de dulzura y suavidad: ese abrazo eterno que los une es un vínculo de santo amor, más precioso que el oro, y tan amable y divino como el Padre y el Hijo. ¡Qué néctar dulcísimo y puro derraman los labios del Padre y del Hijo en el ósculo santo que se dan eternamente! Tú eres mi Hijo, hoy te engendré. Tú eres mi Padre. Y el Padre y el Hijo al amarse con eterno amor, gozan una dicha que el hombre no comprende; su delicia es ardiente, purísima, eterna, divina é inefable. Ese impulso sagrado, es tan vivo y ardiente que lleva al Padre hácia el Hijo, y lleva al Hijo Divino á su Padre, (1) si podemos usar nuestro humano é imperfecto lenguaje; y con todo, ese impulso es no más uno solo; y Ese Padre siempre ha estado en el Hijo; y Este Hijo siempre ha estado también, en su Padre. (2) ¡Oh adorable y profundo misterio! ¡Oh delicias del Padre y del Hijo, tan santas y hermosas, tan puras y dignas, tan dulces y amables!

El lazo que nos une con algún objeto que nos es querido, es para nosotros muy amado, hermoso y rico surtidor de encanto y de consuelo; dulcísimo descanso que ansioso anhelaba el corazón; el colmo de la dicha, la brillante corona de todos los deseos, prenda de valor inestimable, que conservamos cuidadosamente. ¡Cuántos recuerdos, gratos y amorosos, excita en vuestras almas! ¡Cuál será, por lo mismo, el ardiente y soberano amor que el Padre y el Hijo tienen al Espi-

(1) D. Th. I. p. q. 20. a. 2. ad. 1. Carboni. De Trinit. L. 1. c. 4.
 (2) Non est accipienda processio, secundum quod est in corporalibus vel per motum localem, vel per actionem alicujus causae in exteriorem effectum, sed secundum emanationem intelligibilem. D. Th. I. p. q. 27. a. 1.

ritu sagrado, precioso vínculo de su eternal cariño? Y semejante vínculo no es exterior, sino que penetra hasta las profundidades de Dios mismo; (1) vínculo eterno, sagrado, adorable; y que procede del Padre y del Hijo, como el amor de la primera bondad. [2] La bondad primera; inagotable fuente de alegría, manantial de purísimas delicias, piélago infinito de dulzura, exuberante y rico gozo y todo esto rebosando sin cesar del Padre y del Hijo, en aquella adorable y divina Persona que es como el divino corazón del mismo Dios. (3) Y ¿no es del corazón de donde el gozo y la alegría más pura se derraman en todo nuestro ser? Y ¿qué será de ese amable Corazón del Padre y del Hijo, que de ambos recibe su vida, su fuerza y encanto, el incendio de su fuego, y los ardores de su pura y espléndida llama?

Tan santos y grandes misterios, una y otra vez nos piden bendición, alabanza y amor. Sea por siempre alabado y glorioso el Padre y el Hijo, que gozan y se aman en Aquél que procede de entrambos. Y esta gloria y alabanza divina, sea también del que une al Padre y al Hijo, y que reina por siempre con ambos; teniendo con Ellos la misma grandeza y esencia, el mismo poder y bondad.

§ II.

El Padre y el Hijo están en el Divino Espíritu, como el fuego está en el combustible. (4)

(1) I. Cor. II. 10. (2) I. p. q. 37. a. 2. Ad. Tertium. (3) Cartagena. L. 16. Hom. 2. (4) Glossa intel. in c. VI. v. 6. Isaiac. Rupert. in Isaiam. L. 1. c. 29.

La amistad, es un tesoro de riquísima valía. Quien halla un amigo verdadero, nos dice el mismo Dios, tiene una defensa poderosa; halla un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel; ni hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe. Bálsamo de vida y de inmortalidad es un amigo fiel; y aquellos que temen al Señor, lo encontrarán. Quien teme á Dios, logrará igualmente tener buenos amigos. (1) Defensa poderosa, riquísimo tesoro, bálsamo de vida, sinceridad á toda prueba; y todo esto cual precioso galardón con que Dios remunera á quien le teme.

El amor, en fin, es una fuente de inefable dicha que derrama sus copiosas aguas en el seno de aquellos que Dios mismo tiene unidos, con sagrado lazo.

Así la vida va pasando, tranquilamente, y nuestras sendas háyanse cubiertas por doquier de perfumadas y vistosas flores; y el amor, desde la cuna hasta el sepulcro, nos va cubriendo con sus blancas alas: su sombra nos refresca, su aliento nos conforta, sus encantos nos alegran, y quitan ó minoran el fastidio de la triste vida.

Mas esta dicha ¿podrá satisfacer el corazón del hombre? ¡Ah! que no hemos nacido para vivir eternamente acá en la tierra: pasamos, y con nosotros pasa semejante dicha; la dicha de este mundo, es vana, muy vana, como la sombra, y semejante á un pasajero que va corriendo, cual nave que surca las olas del mar, cuyo vestigio se pierde muy luégo; como el pájaro que vuela al través del aire, sin que deje ninguna señal de su

(1) Eccí. VI, 14, 17.

camino: y solamente se oye el sacudir de sus alas; cual una saeta disparada contra el blanco. Pasó esa dicha como el polvo que arrebató el viento; como ligera espuma que la tempestad deshace; como el humo que se disipa, como la memoria del huésped que va de paso, y sólo se detiene un día. Mas los justos vivirán eternamente, y su galardón está en la mano del Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Recibirán el reino de la gloria, y una brillante diadema. [1] Hé aquí el término feliz de nuestra suerte: al pensar en ésta, más y más se patentiza, que el amor de que tratamos no puede colmar nuestra ventura; y ántes bien contemplando su fugaz y ráudo vuelo, comprendemos la ciencia y la verdad de este consejo: El tiempo es corto, y lo que importa es que los que lloran, vivan como si no llorasen; y los que se huelgan como si no se holgasen; y los que hacen compras, como si nada poseyesen, y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él: porque la escena de este mundo pasa en un momento. (2) Y no hablamos todavía de tantas amarguras y tristezas que afligen en la vida: el pecado y la desgracia proyectan sobre nosotros, repetidas veces, su funesta sombra, y hacen que lancemos un suspiro de dolor: ¡cuántas gotas de acíbar tenemos que beber en la dorada copa que acerca el amor á nuestros labios! Y despues, la muerte viene, y llévase consigo á nuestros padres; dispersa á los hermanos la fortuna; destruye el desengaño la amistad; y tal vez, los celos dividen para siempre, corazones que debían tener la mis

(1) Sap. V. 9, 17. (2) I. Cor. VII. 29, 31.

ma vida. Al hallarnos afligidos y llorando en medio de tan grandes ruinas, si queremos el consuelo, es indispensable levantar los ojos, dando una dulce y serena mirada á Nuestro Dios querido; y decirle con David: Si mi padre y mi madre me abandonan, Vos, Señor mio, mi dulce protector, me poneis bajo la sombra de vuestro amparo celestial. (1) Ó bien recordamos estas dulcísimas palabras de Jesus: Ya no os llamaré siervos; os llamo mis amigos. No me habeis elegido vosotros á Mí sino que Yo soy el que os he elegido á vosotros. (1) Ó finalmente, estas de San Pablo: El que se une al Señor es un espíritu con Él. (3) ¡Oh maravilloso y celestial consuelo, el que nos da el Señor, en medio de las más grandes aficciones de la vida! Han muerto nuestros padres; mas no quedamos huérfanos; que Dios nos ha tomado por sus hijos. Nos han abandonado los amigos; pero tenemos con nosotros el mejor de todos, que nunca falta, al buen Jesus: los vínculos sagrados se han hecho mil pedazos; mas unidos á tan dulce Padre, ¿no gozaremos en su casto seno, las inefables delicias del divino amor, que hacen olvidar las inconstantes afecciones de la tierra?

Hé allí aquel monton de ruinas donde estábamos llorando, cubierto enteramente de vistosas flores, cuyo grato y exquisito aroma, alegra el corazón entristecido. Y entre todos los consuelos de que hablamos, uno existe mayor que los restantes: Dios nos quita el encanto y los gozos de la tierra para que recibamos otros, cuyas grandes y puras delicias son inestimables: ¿podré

(1) Ps. XXIV. 10. (2) Joann. XV. 15, 16. (3) I. Cor. VI. 17.

mos comparar la tierra, con el cielo, el tiempo con la eternidad, y á Dios con sus criaturas? Por esto comprendemos que, si hay que gemir acá en la vida, ó tenemos que andar sobre una senda que cubren las espinas, tales sufrimientos son para nosotros, una dulce prenda del divino amor: y estos sufrimientos nos están diciendo que nos quiere para Sí nuestro amoroso Dios; y nos descubren su inefable y dulcísima clemencia. En efecto, el amor, el trabajo, las angustias y tormentos de la vida, de todo esto á cada paso, nos está rodeando, para impedir que le perdamos huyendo léjos muy léjos de su amable Majestad; y estos lazos, y esta prision amorosa, y estos continuos desvelos, prueban todos ellos, cuán grande es el cariño que nos tiene nuestro dulce Padre. ¿Soy acaso, preguntaba á Dios el Santo Job, un mar embravecido, ó alguna ballena, para que me tengas encerrado como en una cárcel? (1) Esta cárcel es para nosotros una gloriosa y sagrada mansion donde sin cesar estamos alabando la bondad divina. ¿Quién hay tan insensato que quisiese quedar libre y vivir en el olvido del Señor? Yo lo abandoné, dijo el Señor, hablando de su pueblo, y lo dejé ir en pos de los deseos de su corazón, y seguir sus devaneos. (2) Ved, pues, la triste suerte de aquellos desgraciados que pasando la vida en las delicias, no tienen contratiempos, ni pesares que los hagan recordar á Dios, elevando el pensamiento hasta su trono.

Que el Señor, pues, jamás nos abandone; mas cumpla en nosotros esta palabra: El Señor al que ama, lo cas-

(1) VII. 12. (2) Ps. LXXX. 13.

tiga; y á cualquiera que recibe por hijo suyo, lo azota y lo prueba con adversidades. (1)

Volvamos los ojos al Señor; en Él está nuestra ventura; y sólo en Él puede descansar el corazón del hombre: hé aquí el dulce objeto hácia donde el amor tiende sus alas con sereno vuelo: Dios á quien vamos buscando á todas partes; tan sólo Dios á quien ama el alma con cariño inmenso. El sólo pensamiento del Señor nos inunda de contento y júbilo: sabemos que nos ama con tierno y generoso amor; que quiere que lo amemos; y asegura á los que cumplen sus preceptos, eterna y dichosísima ventura. El no se arrepiente de sus dones, ni puede faltar á sus promesas: nadie nos arrebatara de sus manos, ni hará que cambie su tierno y bello corazón de padre: si llegamos á poseerle para siempre, lograremos una dicha tan perfecta y grande, que jamás hubiéramos podido imaginar; porque el mismo Dios será nuestro rico y soberano galardón; y cuando entremos en su gloria, seremos semejantes á Él porque lo veremos como es en Sí. (2)

¿Quién puede comprender, tan gran ventura; y el encanto y las delicias con que el amor beatifica nuestras almas? y sin embargo, queremos contemplar la belleza de este amor divino, en su más pura y santa elevación levantemos, pues, el pensamiento sobre nosotros mismos, y vengamos á ocuparnos en el mismo Dios para vislumbrar siquiera, lo que podamos, sobre el encanto y las purísimas delicias que gozan el Padre y el Hijo en el Divino Espíritu con quien son un solo Dios ver-

(1) Heb. XII. 6. (2) I. Joann. III. 1, 2.

dadero.

¿De qué manera está el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo? Como el amante en el amado. ¿Hay en Dios amor? pregunta el Ángel de la Escuela. Si lo hay responde él mismo, porque el primer movimiento de la voluntad es el amor. (1) Hé allí aquella vital moción, aquel impulso divino que vive y reina eternamente con el Padre y el Hijo; aquel eterno abrazo, aquel divino y soberano gozo, aquella inefable suavidad, infinita y santa dicha, si acaso alguna de estas voces no es indigna del Divino Espíritu, en quien están amándose el Padre y el Hijo. [2]

La imperfección de nuestro amor consiste en que amamos muchas veces un objeto indigno; ó acaso pasamos los límites de la verdad y la justicia; ó nos unimos al objeto amado, con ardiente frenesí: la falta también, de rectitud nos ocasiona lamentables extravíos. Y por último, ni nosotros hacemos dichoso al ser á quien amamos, ni podemos darle nuestra propia vida, ni él tampoco, siendo una criatura, puede hacerse una misma con nosotros; ni ménos darnos la dicha que no tiene. Si ahora levantamos la vista hácia el Señor; si nos ponemos á mirarlo un solo instante, contemplando la perfección infinita de su Sér, la unidad de la divina esencia, y cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un mismo Dios, omnipotente, infinito y eterno; y esas tres personas, santas y adorables, son enteramente iguales; si en todo esto pensamos un instante, veremos luego que aquellas delicias divinas que

(1) I. P. q. 20. a. 1. (2) D. August. De Trinit. L. 6. c. 10.

El fuego abrasa el combustible, le comunica todos sus ardores, y lo penetra con su viva llama; así también en Dios: el Padre y el Hijo, sin reserva ni medida, comunican al Espíritu Santo la divina esencia; y así todo el fuego, y el vivo y puro resplandor de la luz que humildes veneramos en la tercera persona de la santa y adorable Trinidad, vienen del Padre y del Hijo. Y semejante al combustible que se conserva en medio de las llamas, el Espíritu Santo eternamente subsiste y es distinta persona del Padre y del Hijo.

Mas el combustible resiste alguna vez á la acción del fuego, ó éste lo llega á consumir, y en cuanto al propio sér es diferente del sér del mismo fuego. Nada de esto tiene algun lugar en el Espíritu Sagrado; que ni es jamás destruido, ni resiste, ni se distingue realmente de la divina esencia; si bien lo es de las personas del Padre, y del Hijo. En efecto, adoramos un solo Dios verdadero; hé aquí la misma esencia en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: tres personas distintas: hé aquí su relativa subsistencia, su real y verdadera distinción.

El fuego terreno llega á extinguirse, y el combustible queda opaco, inactivo y tan sólo en potencia para ser otra vez penetrado por las llamas; mas el fuego divino que el Padre y el Hijo eternamente encienden, al comunicarle la divina esencia, al que es el amor de los dos, es inextinguible, siempre vivo y ardiente, y lleno de una actividad infinita y eterna; y con esta actividad tiene asimismo, una infinita dulzura; es una caridad que se derrama; un bálsamo sagrado que penetra cuanto toca, de divina unción; un néctar celestial que nos embriaga en sus delicias; una leche de consuelo con

que nutre Dios el corazón de los pequeños; un panal de miel de suavísima dulzura que nos hace de antemano, gustar las delicias de la gloria.

Al pensar en todo esto, sentimos conmoverse nuestras almas; ¿ha prendido en ellas por ventura, la llama de ese fuego celestial? y si esto no es así, ¿de dónde vienen los suspiros que exhalamos, el llorar de nuestros ojos, los santos y elevados pensamientos que tenemos, la indiferencia por esas grandes pequeñeces que se llaman atractivos de la vida? Y con todo, sabemos que ninguno puede decir, Señor Jesús sino por el Espíritu Santo. (1)

El Padre y el Hijo están en el Espíritu Santo como la serena y hermosa gravitación del amor que descansa en su centro.

El Padre ama al Hijo y el Hijo ama á su Divino Padre; ¿y por qué motivo? Bajemos nuestros ojos de tan grande altura, y veamos lo que pasa en el corazón del hombre, donde podremos ver y preguntar esos motivos, sin que faltemos al profundo y santísimo respeto que acaso quede lastimado dirigiendo nuestras preguntas sobre aquel amor de nuestro Dios, á quien ántes de toda pregunta, tenemos que adorar humildemente.

En la tierra los padres aman á sus hijos, porque éstos han salido de su seno, son su viva imagen, y en ellos se sienten renacer: son los hijos la extensión de la vida de sus padres; los que, cuando bajan al sepulcro, llevan palpitando el corazón, porque en éste, van los seres muy amados á que dieron la existencia: éstos

(1) I. Cor. XII. 3.

han recibido su postrer mirada, escucharon sus últimas palabras, y recogieron su aliento al espirar. Hé aquí la razón por qué admiramos en el amor de un padre la constancia, la abnegación y la pureza, que no se hallan en otros amores de la tierra; y cuando no hay causa extraña que lo impida, ese amor descubre tan sublimes y brillantes rasgos de grandeza, y tanta elevación y fuerza, que son inexplicables si no atendemos á su elevado y noble origen.

Pero ese amor puede disminuir, y dividirse entre muchos hijos: ¡cuántas ocasiones, estos mismos hijos causan á sus padres las más amargas penas, quebrantan sus mandatos, deshonoran su nombre, y parece que no tienen otro pensamiento que contrariar su voluntad! El amor de los padres, entonces, enciérrese, y llora, en su propio corazón; mas nunca muere; y si no, contemplad su tristeza y aquellos dolientes suspiros que casi sin sentir, se escapan de su pecho: emplean toda su industria para llevarlos al sendero recto; el rigor, la indulgencia, el retiro, y sus preces al Eterno; y si logran que vuelvan sus hijos sobre su conducta, llénanse de gozo, saltan de alegría y entonces también, es el tiempo de las dulces expresiones, de blandas y amorosas palabras, del festín espléndido; y de poder, en fin, exclamar: Comamos y celebremos un banquete; pues que mi hijo estaba muerto y ha resucitado; se había perdido, y ha sido hallado..... Era muy justo regocijarnos. (1)

¿No habeis visto alguna vez, cómo los grandes ríos

(1) Luc. XV. 23, 24, 32.

son acaso detenidos en su curso, algún instante; mas luego aumentan el caudal y la fuerza de sus aguas, y destruyen en seguida, y traspasan, el dique que les impedía su curso; y entonces caminan más precipitadas y sonoras, y se dilatan saliendo de madre? Pues ved allí una imagen del amor de un padre que después de largos años, hallábase oprimido sin tener aquellas dulces y gratas expansiones que su misma ternura le exigía; pero es llegado el tiempo en que se abra esa compuerta, y en que pueda el amor hacer salir sus impetuosas ondas: quitáronse los diques á ese hinchado piélago, y se derrama por fuera, como quien sale del seno de su madre. (1)

Hé aquí, pues, cómo esos trasportes de inmenso y ardiente regocijo, que experimenta el corazón de un padre en las circunstancias dichas, son verdaderamente necesarios, y no hay humana fuerza que pueda impedirlos.

En cuanto al amor que los hijos tienen á sus padres, la naturaleza, la gratitud, el interés, la religión, y mil otros motivos, los obligan y estrechan á conservar, siempre vivo y ardiente, aquel sentimiento. Cierto es que las pasiones, muchas veces, lo sufocan y llegan casi á extinguir; mas renace de sus propias cenizas, y cuando ménos, tal vez, lo pensamos, ha crecido en nuestro mismo corazón; y á no impedirlo, pronto nos dará sus más preciosos frutos; y semejante á un árbol gigantesco de frondoso y espeso follaje, podremos descansar bajo su amada y dulce sombra.

[1] Job XXXVIII. 8.

Hé aquí, pues, cuán bello y fecundo es el amor que los padres tienen á sus hijos, y éstos á sus padres: eleva engrandece, es fuerte, invencible, paciente, generoso y activo; hace que todo sirva á sus designios, de todo se aprovecha; y sus mismas pérdidas no lo desalientan, que ántes le prestan vigor y nueva vida; y triunfando de todos los obstáculos se sienta, coronado y satisfecho, como en glorioso trono, en el corazón del hombre que tiene ya sujeto á su dominio, haciéndole sentir, no la humillación de ominosa esclavitud; sino la santa y amable libertad de hijos de Dios, que llenos de contento exclaman: Padre mio, Padre mio. Y ese mismo amor, ese adorable y soberano Espíritu da testimonio que somos hijos de Dios; hijos que llevan en el alma, inestimables tesoros de amor y ternura para con su dulce Padre.

Como se ve, insensiblemente nos hemos elevado, al hablar del amor natural de padres é hijos, hasta el mismo Dios, que derrama su divina caridad en nuestras almas, por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

(1) Sigamos, pues, con la mirada en el Señor; ya que es tan glorioso y dulce contemplarle.

El Padre ama al Hijo con un amor eterno, infinito, necesario y perfecto; amor que es fuente inagotable de suavidad y encanto; un fuego abrasador de santa y divina caridad. ¿No veis cuán dulce y amorosamente se inclina á su Hijo; y aquella tiernísima y blanda mirada con que sin cesar contempla la inefable belleza de su

[1] Job V. 5.

Verbo; la hermosura y grandeza, la ciencia y la virtud que resplandecen en su viva y sustancial Imágen; en el espejo sin mancilla, de su eterna y divina majestad? No dirémos que renace en el Hijo el amable Padre, cuya virtud es eterna y perfecta; mas sí que el Hijo vive por el Padre, (1) de quien todo lo tiene; Hijo que recibe su mirada eterna, y escucha su palabra, y respira su divino aliento, pues gozan los dos la misma vida.

Mas contemplemos ya, el amor del Hijo á su Divino Padre, origen de toda su grandeza, su adorable y eterno principio; su Padre, en fin, para quien es un objeto de inestimable complacencia; y ¿hay humana lengua que decirnos pueda, cuán ardiente y abrasado es el fuego con que el Hijo lo ama; y la dulzura y descanso que se halla gozando en el divino seno de Aquel Padre; y esa fuerza infinita con que tan santa y dulcemente, se refiere al mismo Padre? Hé allí á Uno y Otro, unidos con amorosa y tiernísima lazada. (2) El Padre y el Hijo se aman mutuamente, con adorable y santo amor; que se encuentra en ellos mismos, y por esto descansan con divina y gloriosa beatitud; su reposo es eterno y sereno; no ha comenzado alguna vez, ni nunca podrá terminar.

Gravita el amor hácia su centro; mas ¿qué dirémos, sabiendo que el Padre es caridad, y el Hijo gracia, y el Espíritu Santo comunión? (3) No está fuera de Dios el centro de su dicha: ¿no veis la grandeza del Padre, la hermosura del Hijo, y el amor que de am-

[1] Joann. VI. 58. [2] D. Th. 1. p. q. 39. a. 8. [3] Offic. S. Trinit.

bos procede; y estas tres divinas personas, siendo nada más un solo y adorable Dios? El Padre todo lo contempla en su Verbo; y el Verbo todo lo recibe de su Padre. Descansa, pues, aquella mirada en el Hijo; y descansa el Hijo en su mismo Padre; y hé allí que el amor de entrambos sale de tal suerte de Uno y Otro, que es una persona verdadera y distinta del Padre y el Hijo; y está con ellos teniendo siempre la misma esencia.

¿Buscamos el peso que tiene el corazón? pues no olvidemos estas palabras: Mi amor es el peso de mi alma; (1) ¿cuál será, pues, aquel peso infinito de amor y de gloria del Padre á su Hijo? (2) Y respecto del Hijo ¿no harémos la misma pregunta? decimos, por lo mismo, que de ambos procede el amor que los une.

Pongamos nuestro corazón en el Señor; busquemos en Él, nuestro descanso, Él, en fin, sea nuestro dulce y soberano amor. El Padre ha enviado el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones; (3) amemos, pues, al Padre de quien somos hijos adoptivos; y al Hijo que nos ha hecho sus hermanos; y al Espíritu Santo por quien la caridad en nuestras almas, se ha derramado, y que es la prenda del amor que Dios nos tiene; (4) preciosa y regalada prenda de nuestra herencia del cielo, hasta la perfecta libertad del pueblo que se ha adquirido el Señor para alabanza de su propia gloria. (5) Y el amor nos dará el descanso: ¡ah! descansar en el seno del mejor de los padres, y glorificar al Unigénito

(1) D. August. in verba Sap. VII. 21: Omnia in mensura disposuit. [2] Cartagena. L. XVI. hom. 1. [3] Galat. IV. 6. [4] II. Cor. I. 22. [5] Ephes. I. 14.

de Dios; y amar, en fin, al Espíritu Santo; hé aquí la dicha, hé aquí la gloria de los hombres. Por esto exclamamos: Este es para siempre el lugar de mi reposo: aquí habitaré, porque éste es sitio que yo escogí. (1)

CAPÍTULO XI.

EL ESPÍRITU SANTO EN SU DIVINO Y ETERNO

PRINCIPIO.

§ I.

Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado: su grandeza no tiene límites. Las generaciones todas celebrarán sus obras, y pregonarán su infinito poder. Publicarán la magnificencia de su santa gloria, y anunciarán sus maravillas. Hablarán de su terrible poder y ensalzarán su grandeza. A voz en cuello hablarán de la abundancia de su inefable suavidad, y saltarán de alegría por su justicia. (2) La suavidad de Dios, del Padre y del Hijo, ¿no es por ventura, el Espíritu Santo? (3) Sí, lo es, y ved aquí el objeto de nuestro amor, Esta santísima persona en cuya gloria nos ocuparemos en el presente capítulo.

El Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo, puesto que con Ellos tiene la misma esencia, la misma grandeza y poder. Inmenso como el Padre y el Hijo; y como Uno y Otro, eterno, glorioso, adorable. Es fuego que jamás se extingue, y amor cuyas divinas llamas abrasan al Padre y al Hijo. Cuando en Él pensamos, palpita el corazón de gozo, y el alma lo bendice con toda la efusión de su ternura, por haberle dado este a-

[1] CXXXI. 14. [2] Ps. XLIV. 3, 7. [3] D. August. De Trinit. 6. c. 10.

bos procede; y estas tres divinas personas, siendo nada más un solo y adorable Dios? El Padre todo lo contempla en su Verbo; y el Verbo todo lo recibe de su Padre. Descansa, pues, aquella mirada en el Hijo; y descansa el Hijo en su mismo Padre; y hé allí que el amor de entrambos sale de tal suerte de Uno y Otro, que es una persona verdadera y distinta del Padre y el Hijo; y está con ellos teniendo siempre la misma esencia.

¿Buscamos el peso que tiene el corazón? pues no olvidemos estas palabras: Mi amor es el peso de mi alma; (1) ¿cuál será, pues, aquel peso infinito de amor y de gloria del Padre á su Hijo? (2) Y respecto del Hijo ¿no harémos la misma pregunta? decimos, por lo mismo, que de ambos procede el amor que los une.

Pongamos nuestro corazón en el Señor; busquemos en Él, nuestro descanso, Él, en fin, sea nuestro dulce y soberano amor. El Padre ha enviado el Espíritu de su Hijo á nuestros corazones; (3) amemos, pues, al Padre de quien somos hijos adoptivos; y al Hijo que nos ha hecho sus hermanos; y al Espíritu Santo por quien la caridad en nuestras almas, se ha derramado, y que es la prenda del amor que Dios nos tiene; (4) preciosa y regalada prenda de nuestra herencia del cielo, hasta la perfecta libertad del pueblo que se ha adquirido el Señor para alabanza de su propia gloria. (5) Y el amor nos dará el descanso: ¡ah! descansar en el seno del mejor de los padres, y glorificar al Unigénito

(1) D. August. in verba Sap. VII. 21: Omnia in mensura disposuit. [2] Cartagena. L. XVI. hom. 1. [3] Galat. IV. 6. [4] II. Cor. I. 22. [5] Ephes. I. 14.

de Dios; y amar, en fin, al Espíritu Santo; hé aquí la dicha, hé aquí la gloria de los hombres. Por esto exclamamos: Este es para siempre el lugar de mi reposo: aquí habitaré, porque éste es sitio que yo escogí. (1)

CAPÍTULO XI.

EL ESPÍRITU SANTO EN SU DIVINO Y ETERNO

PRINCIPIO.

§ I.

Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado: su grandeza no tiene límites. Las generaciones todas celebrarán sus obras, y pregonarán su infinito poder. Publicarán la magnificencia de su santa gloria, y anunciarán sus maravillas. Hablarán de su terrible poder y ensalzarán su grandeza. A voz en cuello hablarán de la abundancia de su inefable suavidad, y saltarán de alegría por su justicia. (2) La suavidad de Dios, del Padre y del Hijo, ¿no es por ventura, el Espíritu Santo? (3) Sí, lo es, y ved aquí el objeto de nuestro amor, Esta santísima persona en cuya gloria nos ocuparémos en el presente capítulo.

El Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo, puesto que con Ellos tiene la misma esencia, la misma grandeza y poder. Inmenso como el Padre y el Hijo; y como Uno y Otro, eterno, glorioso, adorable. Es fuego que jamás se extingue, y amor cuyas divinas llamas abrasan al Padre y al Hijo. Cuando en Él pensamos, palpita el corazón de gozo, y el alma lo bendice con toda la efusión de su ternura, por haberle dado este a-

[1] CXXXI. 14. [2] Ps. XLIV. 3, 7. [3] D. August. De Trinit. 6. c. 10.

moroso y divino pensamiento, pues de Él nos vienen todas las gracias y dones de los cielos. ¿No es el mismo Espíritu, el más glorioso y rico don del Dios Altísimo? y sin Él ¿podrán ser útiles para la vida eterna, todas las gracias y riquezas que tengamos?

De todo le somos deudores, y sobre cuantas deudas tenemos con Él, la de ser suyos, enteramente suyos, por el servicio del más perfecto amor, es la principal. Y como esto es lo que ardientemente quieren los que le aman, lo que buscan sin descanso en todas partes, no es extraño que su dulce pensamiento nos ocupe de continuo. Mas ¿es verdad lo que hemos dicho, ó por lo ménos puede ser así? Semejante pregunta desconsuela, nos cubre de triste confusión, nos deja sin aliento. Hemos olvidado ciertamente que llevamos un cuerpo de pecado, cuerpo corruptible, que agobia el alma; y que vivimos en una casa de tierra que nos abate y oprime; (1) que las pasiones nos inclinan á la culpa; que en todas partes hallamos enemigos y tropiezos; que nuestro mismo corazón nos abandona, y que tiene por tanto, que exclamar cada uno: ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte? (2) Ese corazón ha palpitado repetidas veces con el funesto y desgraciado impulso de un amor profano; y ha sucumbido bajo el tremendo peso del pecado. Por esto quedamos confundidos y llenos de vergüenza, recordando las palabras dichas: Amamos sin descanso al Espíritu Santo, pensamos siempre en Él. Ciertamente que no hay verdad en

[1] Sap. IX. 15. [2] Rom. VII. 24.

nosotros; pero habrá lágrimas de grandísimo dolor, y profundos suspiros, y amargo sentimiento; y así cobramos nueva fuerza, y llenos de confianza en la bondad de Dios, seguimos nuestra dulce y amorosa ocupación.

Está el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo, como el aliento que sale del pecho. El aliento revela la salud que gozamos, y la fuerza de vida que tenemos; sale, además, de lo íntimo de las entrañas; mas con todo, en nosotros, si muestra la vida, no la tiene en sí mismo el aliento: y sucesivamente, estamos respirando, y esa respiración se desvanece y pierde al exhalarse. En Dios no hay sucesión, y su divino aliento lleno está de vida; y eternamente sale del Padre y del Hijo, recibiendo toda su magnificencia y esplendente gloria, su poder y majestad suprema.

La brisa que pasa por un jardín ameno, lleva entre sus alas todos los perfumes de las flores; el Espíritu Santo, sin pasar del Padre y del Hijo, recibe toda la virtud, la hermosura y la riqueza de Uno y Otro, con tanta plenitud, que al derramar sus gracias en el mundo, el mundo trasciende celestial fragancia.

El aliento conserva la existencia; y si aquél disminuye ó llega por fin á terminar, la existencia termina ó disminuye: Mi aliento se va disminuyendo, decía el Santo Job, acórtanse mis días, y sólo me resta el sepulcro. (1) El divino aliento del Padre y del Hijo, es eterno y no puede jamás acabar; es perfecto, y tampoco podrá disminuir: en nosotros no pasa lo mismo; y

(1) XVII. 1. Anhelitus, reddi potest hebraeus. Calmet.

no sólo hablando del que sostiene la vida corporal; sino también de la gracia que anima y vivifica nuestras almas; gracia que aumenta ó disminuye: ó llega á perderse cuando el hombre la arroja de sí por el pecado. Por esto nos dice San Pedro: Avisados ya, estad alerta; no sea que seducidos de los insensatos, vengais á caer de vuestra firmeza: ántes bien id creciendo en la gracia, y en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (1) Y San Pablo: No queráis contristar al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redencion. Y también: No apagueis el Espíritu de Dios. (2) ¿Sabemos á quién contrista el hombre con el pecado? Á la eterna y dulce alegría del Padre y del Hijo. [3] Al salir de nuestras almas consigo lleva el Espíritu Divino, todo el gozo y los consuelos en que ántes rebosaban nuestras almas, quedando huérfanas al ausentarse el Padre de los pobres, y envueltas en una nube de horrible y profundísima tristeza; en funesta y amarga turbacion: y todas las desgracias juntas la vienen á oprimir. El Señor, decía un profeta, me hace caminar entre tinieblas, y no en el resplandor de la luz. No ha cesado día y noche de descargar sobre mí, su terrible y justiciera mano. Ha hecho envejecer mi piel y mi carne, y quebrantado todos mis huesos. Ha levantado una pared á mi rededor; y me ha cercado de amarguras y congojas. Me ha puesto en un lugar tenebroso, como se pone á los que han muerto para siempre. Me circunvaló por todos lados, y me puso grillos..... Se-

(1) II. III. 17, 18. [2] Ephes. IV. 30-Thessal. V. 19. (3) Rupert. De Proces. Sanc. Spi. L. 6. c. 16.

rró mis caminos como con piedras de sillería: desbarató todos mis senderos..... Me llenó de amargura, me embriagó de ajeno..... desterrada de mi alma está la paz; ya no sé lo que es felicidad. [1]

¿Pero es Dios quien nos ha llenado de tinieblas y dolores, haciendo apurar hasta las heces un cáliz de amargura? Sí, Dios que se retira: es su triste ausencia la que ha producido todos estos males; porque Dios es la luz, la suavidad y todas las delicias de nuestra alma; y sin Él, todo se convierte en dolor y llanto, en profundísimas tinieblas y tristeza: es el abandono en que se halla el corazón al dejarlo. Aquel Espíritu Divino, que se llama de verdad y de consuelo. Tal abandono por sí mismo, es la mayor de todas las desgracias. Cuando el Espíritu Santo nos visita, su blando y suavísimo tacto llena toda el alma de dulzura; y nos habla como puede hablarnos el amigo más fiel que tengamos. ¡Ah cuán dulces son sus palabras! llenas de amor y consuelo van derramando una luz celestial, y son para el alma un bálsamo divino que cura sus dolencias; uncion inefable de gracia y virtudes que la inundan de gloria, y la colman de dicha tan grande y profunda, que llega á exclamar: Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro: Tú has infundido en mi corazón, la más dulce alegría. (2) El Señor, es el Padre; su rostro es el Hijo; y el Espíritu Santo, es la luz de ese rostro divino. El rostro del Padre es el Hijo, porque así como en el semblante de los hombres conocemos el gozo, la tristeza, y las otras pasiones de su alma; por el Hijo, el mundo conoce la voluntad del Padre. Y

(1) Thren. III, 2. et. seq. (2) Ps. IV. 7.

por la luz de ese rostro divino, entendemos al Espíritu Santo, porque así como la hermosa claridad del sol, destruyendo las tinieblas de la noche nos alumbra con su viva llama, el Espíritu Divino rasgando el triste velo de la ignorancia y los errores en que el pecado nos tuviera envueltos, enseña toda verdad; por Él sabemos al Hijo, y al Padre, y conocemos que el mismo Espíritu procede de Uno y Otro. (1)

Marchemos, pues, á la hermosa y apacible luz del semblante del Señor. Oh Señor! á la luz de tu rostro caminarán tus hijos, y todo el día se gozarán en tu nombre; y mediante tu justicia serán ensalzados. Pues Tú eres la gloria de su fortaleza, y por tu buena voluntad se ensalzará nuestro poder: porque nos ha tomado por suyos el Señor, el Santo de Israel, Rey de nuestras almas. [2]

La gloria y la dicha, y todos los bienes tenemos en Dios; y sin Él, la desgracia, la ruina y todos los males. En David descubrimos la prueba de lo que asentamos. ¿Quereis verlo feliz y glorioso, y colmado de paz y alegría? Pues ved cómo pinta, sin decirlo, su propia ventura: ¡Oh, cuán grande es, Señor, la abundancia de vuestras dulzuras y delicias: reservadas las teneis para los que os temen! Las haréis gustar á los que en Vos esperan, á vista de todo el mundo, que admirará vuestra largueza. No los perderéis de vista, y los dejarás escondidos donde está escondido tu divino rostro, sin que llegue á turbarlos el mundanal bullicio, ni la violencia ó el furor de los mortales. Bendito sea el Señor, que tanto ha señalado conmigo su misericordia,

(1) Rupert. cit. (2) Ps. LXXXVII. 16, 19.

y me defendió de todo mal, como si estuviese dentro de los muros de su invencible y fortísima ciudad. (1)

Oigamos ya la triste narracion de sus desgracias, y los amargos gemidos de su penitencia: Procede el castigo de Dios, de su terrible indignacion; y de su buena voluntad pende la vida..... En medio de mi prosperidad habia yo dicho: Jamas tendré mudanza. Oh Señor! tu buena voluntad es la que ha hecho florecer mi vida. Apartaste de mí tu rostro, y al instante quedé conturbado. A Tí, oh Señor, clamaré, y a Ti, Dios mio, llevaré mis plegarias. ¿Qué utilidad te acarriaría mi muerte, y el descender yo á la corrupcion del sepulcro?..... Por no haber pedido perdon de mi pecado, y rehusar confesarlo, por detestable vergüenza, vi aumentarse mi desdicha, y consumirse mis huesos, pasando dias enteros en tristísimos gemidos. Porque Vos, Dios mio, me hiciste sentir de dia y de noche, el peso de vuestra mano: violentas agitaciones, remordimientos de conciencia, á manera de espinas, me punsaban, y me hacian revolver de una parte á otra, sin hallar paz ni sosiego. (2)

En tan triste estado, David, por fin, se humilla, y con la gracia de Dios, exclama lleno de dolor: Oh Dios! ten piedad de mí, segun la grandeza de tu misericordia: y segun la muchedumbre de tus piedades, borra mi maldad..... Aparta tu rostro de mis pecados, y perdona todas mis iniquidades. Cria en mí, oh Dios! un corazon puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud. No me arrojes de tu presencia: ni quites de mí tu Espíritu Santo. Restitúyeme la a-

(1) XXX. 20, 22. (2) Ps. XXIX, 6, 8.-31, 2, 4.

legria de tu Salvador; y fortaléceme con el espíritu de tu divina gracia. (1)

Hé allí á Dios en la grandeza de su misericordia, y al hombre, ó bien caminando á la luz del Señor, lleno de gozo, ó cubierto de triste ignominia, yaciendo en el polvo, devorado de penas; infeliz, y llevando una carga insufrible de grandes tormentos. Y otra vez contemplad al Señor que levanta del polvo, y recibe, al que humilde y rendido demanda perdon.

No es extraño que arrojase al cielo los tristes ayes del dolor más vivo, quien tan dulcemente, y tantas veces habia gustado las delicias de la gracia, y ahora se encontraba lleno de amargura, y llorando sin consuelo, muy lejos del Señor. Lloraba justamente, pues sabia que ese tesoro de que hablamos, es de grande y riquísimo valor. Las tinieblas de ese Rey Profeta volviáanse más profundas al recordar la hermosa y clara luz que inundaba en otro tiempo su alma; y sentía más viva y penetrante la saeta del dolor en cambio del encanto y las delicias que en los dias de su ventura, gustó con abundancia el corazón: ese hombre tan regalado de Dios, y tan querido, y que amaba al Señor hasta decirle: Se inflamó mi corazón en el fuego del amor divino..... Y ciertamente ¿qué cosa puedo apetecer allá en el cielo, ni qué desear sobre la tierra, fuera de Tí, oh Dios mio? ¡Ah! mi carne y mi corazón desfallecen: oh Dios de mi corazón, Dios que eres mi herencia por toda la eternidad. Los que de Tí se alejan, perecerán: arrojarás á la perdición á todos aquellos que quebrantan la fe que os han jurado. Mas yo hallo mi bien y mis delicias en

(1) L. 3, 11,-14.

estar unido con Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza. (1) ¡Y hallarse David comprendido en esas expresiones: Perecerán los que de Tí se alejen; y serán perdidos los que te faltan! Con razon el arrepentimiento le arrancó tan amargas y sinceras lágrimas, y fué su penitencia tan perfecta.

Podemos, pues, perder la gracia; no estamos seguros en el mundo; y esa gracia es el aliento y la vida del alma; un tesoro; un tesoro que llevamos en vasos de barro, [2] que fácilmente pueden quebrarse: ¡ay de nosotros si se quiebran! Ved aquí la razon por qué los libros santos nos recomiendan tantas veces, el mayor cuidado de nosotros mismos: Sed sobrios y estad en vela..... resistid firmes en la fe. (3) Estad sujetos á Dios y resistid al diablo..... Mortificaos, plañid, sollozad. [4] Revestios de toda la armadura de Dios, para poder contrastar á las acechanzas del diablo, porque no es nuestra pelea solamente, contra hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos, esparcidos en los aires. Por tanto, tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el dia aciago, y sosteneros aperebidos en todo. Estad á pié firme, ceñidos vuestros riñones con el cingulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia, y calzados los piés, prontos á seguir el Evangelio de la paz; tomando el broquel de la fe..... el yelmo de la salud, y empuñad la espada espiritual; haciendo en todo tiempo, con espíritu y fervor, continuas oraciones y plegarias, y velando con todo empeño, y orando por

(1) Ps. LXXII. 21, 25, 28.-D. Bonav. De Grad. Contemp.
(2) I. Cor. IV. 7. (3) I. Petr. V. 8, 9. (4) Jacob. IV. 7, 9.

todos los santos. (1) Esforzaos más y más, para asegurar vuestra vocacion y eleccion, por medio de las buenas obras. (2)

Lo dicho nos llena de temor y congoja, de inquietud y sobresalto: se oprime el corazon, y la esperanza casi desfallece; mas oigamos esta voz dulcísima, que en la tribulacion nos llena de consuelo: Tened confianza, nos dijo el amable Salvador, Yo he vencido al mundo. (3) Y al escucharla nos arrojamos á sus piés, los abrazamos, y regándolos de llanto, le decimos con ardiente amor: No dejes que de Tí nos apartemos. En El colocamos nuestra esperanza, y no quedaremos confundidos.

El Espíritu Santo está en el Padre y el Hijo como una mocion vital, cual un impulso de amor. (4)

El nombre de espíritu, nos dice el Ángel de la Escuela, significa, en las cosas corporales, cierto impulso y mocion; por esto el viento es llamado espíritu. Y propio es del amor impeler y mover la voluntad del amante al amado. (5)

¿Es la vida, la fuerza, ó el ardor de esa mocion é inefable impulso lo que ahora examinamos? La vida de Dios nos encanta, nos cautiva su fuerza divina, y el ardor de la suave y purísima llama que abrasa su divino corazon, enciende tambien, el corazon del hombre.

Dios es la vida por esencia; vida que se halla en toda su grandeza y plenitud en las tres divinas personas: es la vida, y por esto su actividad es infinita, indeficiente y perfecta: su fuerza es adorable y prodigiosa; y sus ardientes llamas se alimentan, y arrojan tan puro y so-

(1) Ephes. VI. 11, 18. (2) II. Petr. I. 10. (3) Joann. XVI. 33.
(4) D. Th. p. 1. q. 27. a. 4. (5) Id. q. 36. a. 1.

berano resplandor, de la misma esencia divina.

Vida dichosísima, fuerza infinita, ardientes y abrasadas llamas; ¿serán éstos los principios de aquella mocion divina, de aquél adorable impulso, con que el Padre ama al Hijo y el Hijo á su Divino Padre? Decimos solamente, que el Espíritu Santo procede recibiendo todas las riquezas de su eterno principio. Misterio sacratísimo y profundo, cuya luz se nos oculta bajo un velo, que el respeto y nuestra gran insuficiencia, no nos dejan levantar. El amor en sus íntimas caricias busca la soledad, quiere silencio, y á solas con la dichosa persona que ha escogido, revela sus secretos, expulsa su cariño, derrama sus ternuras. Son entónces, sus palabras ardientes como el fuego, saetas abrasadas, que encienden y traspasan nuestras almas. Ningun profano puede penetrar en ese recinto vedado, en ese augusto santuario. Y si esto pasa acá en la tierra; ¿cómo atrevernos á contemplar las adorables y divinas maravillas del amor sagrado, en el Padre y el Hijo; los santos ardores, la suave fuerza, la dulce vida del Padre y su Verbo, en el Espíritu Santo?

Réstanos, solamente, bendecir, adorar, amar tan profundo y sagrado misterio; y así lo hacemos, pues nos abrasan las vivas llamas del sagrado amor; sentimos que una fuerza divina y misteriosa nos lleva á Dios; y que en Él gozamos una vida, llena de inefables y castísimas delicias. ¿Cómo dejar tan amado pensamiento? ¿cómo poner en el olvido á nuestro dulce Dios?

Un momento, todavía un momento, ocupémonos en el Señor: al querer dirigir nuestras miradas á otra

parte, sentimos una fuerza oculta que nos atrae de nuevo á pensar en nuestro tierno Padre.

Son impenetrables los misterios que tenemos entre manos; y con todo, obra Dios en nuestras almas maravillas tan grandes, que en éstas encontramos una imagen, si bien muy imperfecta, de las que brillan tan puras y hermosas en todas las sendas del amor divino.

Al pensar en nuestro Dios querido, ¿dónde está la muerte, dónde la frialdad ó el desaliento? Ha pasado un cambio que no nos explicamos: Vendrá sobre tí el Espíritu del Señor..... y serás mudado en otro hombre. (1) En efecto, sentimos un fuego sagrado que abrasa dulcemente las entrañas; (2) somos revestidos de fortaleza, y rebosa el alma, una vida divina. La actividad nos vuelve infatigables en el servicio del Señor; y cuando así lo pide su divina gloria, hácenos pasar los anchos mares, ó nos interna en espantosos desiertos, ó acaso nos detiene en medio de grandes ciudades, para anunciar en todas partes, el nombre del Señor; y sin embargo, en ciudades, desiertos y mares, y doquiera que nos lleva, estamos siempre con Dios: no hay para nosotros cambio de lugar, que siempre estamos en el mismo punto: el amor y la gloria del Dios á quien tenemos con nosotros.

Arderá sobre mi altar un fuego inextinguible. Esto había mandado el Señor en otro tiempo; (3) ¿y qué es lo que pasa en nosotros? Dios sin descanso alimenta en el alma el fuego del amor sagrado; jamás quitará su Majestad las brasas que lo nutren; ni dejaremos de sentir el aliento de su Espíritu Divino que

(1) 1. Reg. X. 6. (2) Hierem. XX. 9. (3) Prov. XXV. 23.

avive aquel sagrado fuego, el que al mismo tiempo, comunica la vida al corazón. Nosotros, sí, nosotros solamente, seremos los que podamos apartar aquellas brasas, y decir al sagrado viento que las encendia: Cesa, recoge tus alas; que tu aliento no rize mi frente. No lo digamos; que ese viento divino no disipa las lluvias, ni es al que dijo la esposa: Retírate; sino el otro que luego llamaba: Ven oh Austro, á soplar en todo mi huerto, y que en todo el mundo se extiendan sus aromas. (1) Ese viento sagrado, da vida á los muertos, derrama el consuelo, nos colma de gozo, eleva nuestra alma, nos une con Dios, nos trae de los cielos inmensas riquezas: sopla suavemente sobre el mar de la divina misericordia y nos acerca la nave cargada de preciosas mercancías de que nos hablan los sagrados libros; (2) nave donde hallamos lo que hemos menester; y en esta misma, aquel viento nos conduce al puerto de eternal ventura.

El Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo como el término glorioso de un infinito y soberano amor. (3)

¿Irá el Padre más allá de su Divino Verbo; ó el Verbo del Señor, buscará descanso fuera de ese mismo Padre? En Dios mismo termina, pues, su amor divino; porque fuera de Él, no hay quien digno sea de ese tesoro de infinito precio. En el Hijo se complace el corazón del Padre; y en este corazón, vive dichoso Aquel Divino Verbo: y el Espíritu Santo, amor sagrado, descansa en el Padre y el Hijo, como el amante, en el amado. [4] La plenitud de ese gozo, ese amable des-

(1) Cant. IV, 16. (2) Prov. XXXI. 14. (3) Gotti, De Circumissione. n. 12. (4) D. Th. p. 1. q. 36. a. 2. ad 4.

canso, ni puede aumentar ni tener variacion; es eterno, cumplido, inmutable y perfecto.

Mas ved una grandeza inefable y divina, que admiramos encantados y llenos de profundo regocijo, en el Espíritu Santo. Si quitais al Espíritu Santo, nos dice el Ángel de la Escuela, no podrá entenderse la unidad de conexión entre el Padre y el Hijo, y por esto decimos que todo se une por el Espíritu Santo; mas puesto el Espíritu Divino, se encuentra en las personas, esa razon de conexión. [1] Y en efecto, ¿podrá jamas el Padre, contemplar á su Hijo tan amable y perfecto, lleno de santidad y hermosura, de perfeccion y de virtud, sin amarlo? ó el Hijo podrá referirse al que es principio de toda su grandeza, de quien todo lo tiene recibido, sin abrasarse en amoroso incendio del más divino fuego? Y ese amor, ese incendio, ese fuego los une con tanta firmeza, tan suave dulzura, tan santas delicias, que el Hijo y el Padre jamas podrán dejar de amarse; siendo ese amor divino y soberano el que termina sus eternas complacencias.

¿Habeis visto alguna vez, la confluencia de dos rios? Allí en ese punto, se unen sus corrientes, sus ondas se confunden, y unas mismas son las aguas que llevan arrastrando.

El Padre y el Hijo no estuvieron jamas divididos, pues que tienen una misma esencia; pero ¿sabeis cuál es, hablando nuestro pobre y humilde lenguaje, el alegre y venturoso sitio, la divina confluencia de Uno y Otro? El amor, el Espíritu Santo, que los tiene inseparable y soberanamente unidos; sin confundir las personas.

(1) 1 p. q. 39. a. 8. in corp.

Sigamos todavía nuestro pobre lenguaje. El amor ha dado cita á los que se aman; ha escogido un lugar de castísimas delicias donde los amantes vivan siempre unidos; y ¿dirémos acaso tambien, el amor ha señalado el tiempo de esa cita? No, que en Dios no hay tiempo, ni el lugar lo circunscribe, ni á ningun sitio camina en que ántes no estuviese; mas el Espíritu Santo es el Amor, es el gozo, el abrazo del Padre y del Hijo, su ósculo santo, el término, en fin, de su cariño.

¡Ah! hemós dicho que palpitaba el corazón de dulcísimo contento, al pensar en las grandes maravillas del amor divino; y así es en realidad. ¿Ignoramos, por ventura, las relaciones que tenemos con el Padre? ¿No tenemos con el Hijo grandes deudas de cariño y de inmensa gratitud? y al pensar en el Espíritu Divino ¿no sentís que un fuego misterioso enciende vuestras almas? Y ved por qué cuando pensamos en Este mismo Espíritu que está en el Padre y el Hijo, y es su amorosa lazada, y goza con los dos de inmensa ventura; y al recibirlo todo de Uno y Otro, la vida, la fuerza, el aliento divino, es su delicia y encanto; y todos tres son un mismo Dios, y tienen una misma esencia, y reciben una misma gloria, y son dignos de la misma adoración; ¡ah! entónces nuestras almas viven, y gozan, y alaban al Sér de los seres, al Rey de los siglos, al Dios inmortal, Padre, Hijo y Espíritu Santo á quien debido y se rinde todo honor y gloria en los cielos y la tierra.

Nos queda todavía, un pensamiento de amor; y ¿qué podrá detener la palabra una vez concebida? (1)

(1) Job. IV. 2.

El Espíritu Santo es el término glorioso del amor del Padre y del Hijo; y ¿nosotros quisiéramos buscar un término distinto á los afectos del corazón? Nos causa ciertamente, tristeza y vergüenza el pensar en nuestra gran miseria. Llevamos en el alma un riquísimo tesoro; nos ha dotado el cielo con admirable y prodigiosa fuerza de ternura, con la que podemos ganar la paz del corazón y la eterna dicha; mas ¡ay! que malgastamos el tesoro inestimable del amor en vanidades y miserias; y al dormir el sueño de la muerte, acaso se diga de nosotros: Quedaron perturbados todos los de incensato corazón. Durmieron su sueño; y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, y vacías las manos. (1) Tristísimo infortunio, y en aquel entonces, sin remedio. Mas ¿por qué no hemos de evitar á tiempo desgracia semejante?

Israel, decía un Profeta, está consagrado al Señor, y es como las primicias de sus frutos..... ¿Es acaso algún esclavo, ó hijo de esclava..... Y ¿qué es lo que pretende con marchar hácia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? ¿Ó qué tiene que ver en el camino de Asiria, ni para qué tomar el agua del Eufrates?..... Como queda confuso un ladrón cuando es cogido en el hurto, así quedaron confundidos los hijos de Israel, ellos y sus reyes, los príncipes y sacerdotes, y sus profetas, los cuales dicen á un leño; Tú eres mi padre; y á una piedra: Tú me has dado el sér que tengo. [2]

Si, la confusión y la vergüenza cubren el rostro y nos dejan humillados. ¡Haber amado tanto tiempo á las criaturas olvidándonos de Dios! Y no es que Dios

(1) Ps. LXXV. 6. (2) Hierem II. 3, 14, 18, 26, 27.

nos haya tratado con dureza, ó haya disminuído sus favores. ¿Por ventura he sido Yo para Israel algún desierto, ó tierra sombría que tarda en fructificar? Pues ¿por qué motivo ha dicho mi pueblo: Nos retiramos; jamás volveremos á Ti? ¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una novia de la faja que adorna su pecho? Y sin embargo, mi pueblo me ha olvidado innumerables días. [1]

Mas el Señor nos quiere para Sí, y es preciso aprovechar su inefable y santísima bondad; seremos suyos, y le amaremos con todo el corazón. Él será quien lleve nuestro afecto en pos de su grandeza: por Él saldrán del pecho; mil suspiros; y por lograr su amor tendremos todo lo demás, como basura. [2] Pensar en Dios, ved la eterna ocupación de nuestras almas; servir á Dios, nuestro constante y decidido empeño; amar á Dios, el término glorioso á donde el corazón tiende sus alas, y ansioso á todas horas pretende descansar.

CAPITULO XII.

§ I.

LAS NOCIONES DIVINAS.

Al separarnos de la tierra que amamos arroja el alma un suspiro, suspiro que el viento lleva en sus alas, cuyo recuerdo á todas partes llevamos con nosotros. Pasan los meses y los años; muy léjos acaso, nos hallamos de esa tierra; pero volvemos á ella nuestros ojos, y volvemos de nuevo á suspirar: ¡cuántas veces nos ocupamos en traer á la memoria sus recuerdos, pintando con bellísimos colores sus paisajes! ¡cuán hermoso, nos decimos á nosotros mismos, es su limpio y

(1) Id. V. 31, 32. (2) Philip III. 8.

El Espíritu Santo es el término glorioso del amor del Padre y del Hijo; y ¿nosotros quisiéramos buscar un término distinto á los afectos del corazón? Nos causa ciertamente, tristeza y vergüenza el pensar en nuestra gran miseria. Llevamos en el alma un riquísimo tesoro; nos ha dotado el cielo con admirable y prodigiosa fuerza de ternura, con la que podemos ganar la paz del corazón y la eterna dicha; mas ¡ay! que malgastamos el tesoro inestimable del amor en vanidades y miserias; y al dormir el sueño de la muerte, acaso se diga de nosotros: Quedaron perturbados todos los de incensato corazón. Durmieron su sueño; y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, y vacías las manos. (1) Tristísimo infortunio, y en aquel entonces, sin remedio. Mas ¿por qué no hemos de evitar á tiempo desgracia semejante?

Israel, decía un Profeta, está consagrado al Señor, y es como las primicias de sus frutos..... ¿Es acaso algún esclavo, ó hijo de esclava..... Y ¿qué es lo que pretende con marchar hácia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? ¿Ó qué tiene qué ver en el camino de Asiria, ni para qué tomar el agua del Eufrates?..... Como queda confuso un ladrón cuando es cogido en el hurto, así quedaron confundidos los hijos de Israel, ellos y sus reyes, los príncipes y sacerdotes, y sus profetas, los cuales dicen á un leño; Tú eres mi padre; y á una piedra: Tú me has dado el sér que tengo. [2]

Si, la confusión y la vergüenza cubren el rostro y nos dejan humillados. ¡Haber amado tanto tiempo á las criaturas olvidándonos de Dios! Y no es que Dios

(1) Ps. LXXV. 6. (2) Hierem II. 3, 14, 18, 26, 27.

nos haya tratado con dureza, ó haya disminuído sus favores. ¿Por ventura he sido Yo para Israel algún desierto, ó tierra sombría que tarda en fructificar? Pues ¿por qué motivo ha dicho mi pueblo: Nos retiramos; jamás volveremos á Ti? ¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una novia de la faja que adorna su pecho? Y sin embargo, mi pueblo me ha olvidado innumerables días. [1]

Mas el Señor nos quiere para Sí, y es preciso aprovechar su inefable y santísima bondad; serémos suyos, y le amarémos con todo el corazón. Él será quien lleve nuestro afecto en pos de su grandeza: por Él saldrán del pecho; mil suspiros; y por lograr su amor tendrémos todo lo demás, como basura. [2] Pensar en Dios, ved la eterna ocupación de nuestras almas; servir á Dios, nuestro constante y decidido empeño; amar á Dios, el término glorioso á donde el corazón tiende sus alas, y ansioso á todas horas pretende descansar.

CAPITULO XII.

§ I.

LAS NOCIONES DIVINAS.

Al separarnos de la tierra que amamos arroja el alma un suspiro, suspiro que el viento lleva en sus alas, cuyo recuerdo á todas partes llevamos con nosotros. Pasan los meses y los años; muy léjos acaso, nos hallamos de esa tierra; pero volvemos á ella nuestros ojos, y volvemos de nuevo á suspirar: ¡cuántas veces nos ocupamos en traer á la memoria sus recuerdos, pintando con bellísimos colores sus paisajes! ¡cuán hermoso, nos decimos á nosotros mismos, es su limpio y

(1) Id. V. 31, 32. (2) Philip III. 8.

azulado cielo; y la luz esplendorosa de sus astros; cuán apacible su argentada luna! elevados y umbrosos son sus montes, sus valles tendidos y espaciosos; son tranquilas las aguas de sus lagos; cubiertos sus campos de vistosas flores, dulce y misterioso el murmullo de sus fuentes, y sus brisas cargadas de fragancia.

Mas ¡ay dolor! léjos nos hallamos de esa tierra á la que mandamos envuelto en un suspiro, el corazón.

¡No adivináis que hablamos de la patria? pues ella en sus paisajes, ella nada más, puede reunir para nosotros tan bello panorama. Sin embargo de lo dicho, elevad vuestros ojos todavía más alto: no nos referimos á la tierra que nos vió nacer. ¡No recordáis que acabamos de salir de las bellisimas regiones donde vive Dios? Hemos concluido nuestro humilde trabajo acerca de la circuncision; y lo dicho está explicado. Anda el hombre como fuera de sí mismo, cuando piensa en Dios; ¡oh! cuánta dulzura y consuelo, é inefables delicias gustamos en ese divino pensamiento! Ver al Padre en el Hijo, y en el Espíritu Santo; y al Hijo en el Padre y en el Espíritu Santo; y á ese Espíritu divino en el Padre y el Hijo; y todos tres teniendo la misma esencia, la misma gloria, y ventura, y poder y majestad suprema. Todo esto nos encanta y admira, y deleita, dejándonos rendidos de ardiente y santo amor, al pié del trono de nuestro inmenso y soberano Dios.

Con razon, pues, el alma suspira y se entristece, al dejar tan amable y sagrada materia; y sin embargo, la que ahora tomamos entre manos nos llenará de consuelo: las Nociones divinas.

Despues de lo dicho se nos presentan éstas, como

gratos recuerdos de las glorias y divinas grandezas del Señor, en que nos hemos ocupado, ó cual celestes mensajeras que nos traen alegres nuevas de nuestro Dios amado. Al verlas llegar corremos á su encuentro, y ansiosos y festivos, les preguntamos: ¿qué nos decís de nuestro tierno Padre, de su amado Verbo, y de Aquél Divino Espíritu por quien estamos suspirando de continuo? Y las escuchamos sin perder una palabra, porque cada una de las que salen de sus labios, es gota de ambrosía divina que endulza y alegra nuestro corazón, que tanto tiempo anhela por su Dios.

Mas ántes de escuchar lo que nos digan las mensajeras de Dios, contemplemos su gracia y encanto, el nítido esplendor de su belleza, la luz de su cándido ropaje, y en cada una el atractivo peculiar que cautiva el corazón cuando las vemos.

Cinco son las bellas misioneras que han bajado al mundo para darle á conocer más perfectamente, al Dios Altísimo: lleva cada una la razon propia de conocer la persona ó divinas personas, á quienes se refiere. (1)

Su procedencia es soberana y excelsa, porque pertenecen al origen; pues las personas se constituyen y distinguen por solas las relaciones: su dignidad y perfeccion es muy grande; (2) y es peculiar y muy bella la luz con que alumbran el alma; puesto que, lo que es comun á las tres personas, no basta para conocer y distinguir la Una de la Otra. (3)

(1) D. Th. 1. p. q. 32. a. 3. (2) Cerboni. (3) Billuart hic. Gotti qui ait: Ex dictis, notio est ratio cognoscendi unam, vel duas personas. Esto último corresponde solamente á la espiracion activa.

Las cinco nociones de que hablamos, son la innascibilidad, la paternidad, la filiación, la espiración activa y la pasiva. Las dos primeras nos dan razón del Padre; la tercera del Hijo; la cuarta de Uno y Otro; y la quinta del Espíritu Santo. Oigamos ya, lo que cada una nos dice respectivamente de las divinas personas.

La innascibilidad nos habla del Padre. Ved, nos dice, la primera, que el Padre no ha venido de nadie, ni á nadie reconoce por principio de su Sér; que ántes Él es el origen y la fuente de las divinas emanaciones. No haber salido de otro, es propio de Ésta divina persona; y á Ella sola nada más conviene; y pertenece al origen, á lo ménos, de un modo negativo, á la manera que la negación en algún sentido, afirma, reductivamente según el lenguaje de la escuela.

¿De quién ha recibido el Divino Padre el inmenso tesoro de la divinidad? quién ha puesto en su seno las infinitas riquezas del poder y la grandeza, la virtud y la ciencia, la bondad y la dicha? Todo lo tiene de Sí mismo, pues que por sí mismo es grande, infinito, adorable, perfecto, innascible. Lleva en su mano el cetro del imperio; y todos los seres que hayan de venir á la existencia, le cantarán himnos de alabanza, le tendrán por su Criador, quedando sujetos á su mando.

La noción de que tratamos, aunque es negativa en cuanto al nombre, por lo que viene revelando entre las sombras del misterio, en realidad es positiva, por cuanto enseña que el Padre es la fuente de toda la Divinidad.

Y dejemos que sea negativa sea noción; ¡no os parece que áun cuando se conozca al Padre, como distinto positivamente de las otras personas, por la pa-

ternidad y espiración activa, el conocimiento que adquirimos de Él, al contemplarlo innascible, es hermoso y santo, y digno de todas nuestras atenciones? [1]

Ni debe llamar la atención que aquél adorable primado, y la suma dignidad del Padre, se nos presenten bajo el velo trasparente de una negación; pues ¡no es cierto que áun las perfecciones positivas del Eterno, las exponemos muchas veces, con palabras negativas? Así decimos que Dios es infinito, inefable é inmutable. Grande es el Señor, decía un profeta, y su grandeza no tiene límites. [2] Y ciertamente, más bien conocemos las perfecciones infinitas quitándoles todos los defectos de los que tenemos más conocimiento, que afirmando aquellas divinas grandezas que tan léjos están de nosotros. (3)

La innascibilidad distinguiendo la primera persona por orden de su origen, sírvenos también, para asegurar el número de las personas: ántes del Padre no hay nadie, como después del Espíritu Divino no existe otra persona en la santa y adorable Trinidad. (4)

Que pase, pues, la hermosa mensajera, anunciando á todo el mundo, las grandezas de la primera persona, y haciendo que el mundo se rinda y adore al que no vino de otro, y de quien todo procede y recibe la vida.

La paternidad. Ved una luz radiante y pura, que alumbra nuestros ojos: la paternidad, que añade á la anterior noción, el conocimiento del Padre; pues aunque la innascibilidad es propiedad del Padre, no es propiedad personal porque no constituye su per-

(1) Charnes. In object. (2) Ps. CXLIV. 3. (3) Billuart. (4) Charnes. cit.

sona; (1) mas la paternidad nos pone delante aquella infinita grandeza que en el Padre se llama la autoridad de principio; (2) aquella fecundidad santa y adorable en virtud de la cual comunica á su Hijo la divina esencia y todas sus adorables perfecciones; y en fin, nos indica los inefables y sagrados gozos de la primera persona al engendrar á su Divino Hijo.

Grandeza, fecundidad y santo gozo; estos tres rayos de divina luz, brotando del fondo mismo de la noción de que tratamos, nos revelan cuán humilde y profunda debe ser la adoracion que debemos rendir á la santísima persona del Padre. ¿No es cierto que la grandeza por su propio rango, lleva en pos de sí todos los miramientos y atenciones; que cuando somos inferiores á las personas con que tratamos sentimos como una fuerza estraña que hace que inclinemos la frente, y delante de ellas, nos mantiene atentos y obsequiosos? Y ¿qué son todas las grandezas de este mundo, comparadas á la infinita grandeza del Señor?; y nuestra miseria ¿se hunde, por ventura, á tan profundo abismo en presencia de los hombres, como estando delante del Señor?

Busquemos, pues, la más profunda sima para humillarnos, al rendir nuestras adoraciones al grande y altísimo Dios, de quien procede toda paternidad en los cielos y la tierra. (3)

Y ¿el gozo del Padre no hará palpitar nuestro pecho? ¡Ah! Sino le amásemos, acaso pudiera ser oportuna tal pregunta; mas el amor nos hace ver, los bienes del Padre, como nuestros, y su dicha, su gozo,

(1) Gotti. (2) D. Th. 1. p. q. 33. a. 1. Licet attribuamus Patri aliquid autoritatis ratione principii: nihil tamen ad subjectionem, vel minorationem quoquomodo pertinens attribuimus Filio vel Spiritui Sancto. Et. q. 32. a. 3. Ad. 4. (3) Ephes. III. 15.

como la dicha y el gozo verdadero que esperamos: ¿esperamos solamenté? No, que desde el tiempo de la vida esos gozos inundan en dulzura nuestras almas. Sí, gozamos porque el Padre es grande, y en su admirable y divina fecundidad, háy una fuente de infinita dicha. Es Padre, y ¿de quién lo es? de Aquella amabilísima persona que engendra eternamente en su seno; su imagen expresá y hermosísima, viva y sustancial, llena de fuerza y de virtud; que le es enteramente igual, el esplendor de su gloria, su Verbo purísimo y eterno, á quien como al mismo Padre, es debido el honor y la más profunda y humilde adoración de todas las criaturas.

¡Ah! ¿quién no admira aquella infinita potencia generativa, siempre en actividad, á la que, más bien que tal nombre, corresponde el de acto purísimo? (1) Y esa fuerza, comunica al Verbo un caudal infinito de grandeza y poder; y un júbilo inmenso y divino: Te ungió, ho Dios, el Dios tuyo con óleo de alegría. (2)

Entre la humilde adoracion y la alabanza que rendimos al Divino Padre, parece tambien que nuestras almas, á su manera son ungidas con óleo de alegría, llegando hasta nosotros ese júbilo de Dios. Gozaos en el Señor, decía San Pablo, gozaos en el Señor. (3) ¿Qué motivo tan hermoso y santo tenemos para gozarnos en la primera persona de la Santísima Trinidad? Es el Padre del Divino Verbo; y en este Verbo tiene sus divinas y eternas complacencias; porque es su Hijo muy amado, eterno, adorable y perfecto. Al oír el nombre de Hijo de Dios, de Verbo del Pa-

(1) Billuart. (2) Ps. XLIV. 8. (3) Philip. IV. 4. (R)

dre, la filiacion se adelanta trayendo consigo nuevos encantos, y una hermosura que deslumbra y cautiva nuestras almas.

Escuchad una voz que descende de lo alto, y pregunta: ¿Quién dicen los hombres que soy? Los hombres no contestan porque no conocen al que habla ni á su Padre. (1) Vuelve la voz á preguntar, diciendo: ¿Vosotros quién decís que soy? Mudos quedamos sin saber que decir; mas la filiacion entónces, se adelanta y dice con sonora y firme voz, como en otro tiempo San Pedro: Tú eres el Hijo de Dios vivo. ¡Oh, cuánta grandeza y verdad encierran tan breves palabras! El Hijo de Dios, existe del Padre, y con el Padre, ántes de todos los siglos: fué engendrado, y con todo es tan grande y eterno como el mismo Padre: su Hijo, y por lo mismo, le es consustancial; su imagen, y enteramente semejante al mismo Padre; su bello esplendor, y por tanto coeterno al mismo Padre; su Verbo, en fin, que permanece siempre en el divino seno de ese Padre, de quien no lo separa la deidad, no lo divide el poder, no lo diferencia la eternidad. Hijo de Dios, no adoptivo, sino propio; no creado, sino engendrado del mismo Padre; no hecho comparable con el Padre; mas sí nacido igual al mismo Padre. Hijo por quien todas las cosas han sido hechas, y sin quien no se ha hecho nada; que hace todo lo que hace el Padre obrando inseparablemente con Él, lo que obra el mismo Padre. Hijo cuya divina igualdad con el que lo ha engendrado, no la robó; sino que permanece en la forma de la gloria del Divino Padre. (2)

(1) Joann. XVI. 3. (2) D. Leon. De Transf. Domin.

El Hijo de Dios, la sabiduría del Padre, se alaba á Sí mismo, y se honra en su Padre..... diciendo: Yo salí de la boca del Altísimo, engendrado primero que toda criatura. Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y como una niebla cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse mi morada, y mi trono sobre una columna de nubes..... Desde el principio, y ántes de los siglos, recibí el Sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros. (1)

La eternidad y la grandeza, la gloria y el poder, la luz hermosa y pura, que alumbra en los cielos, y el regio trono levantado sobre toda grandeza; ¿no veis cómo brilla todo esto, cual auréola divina que rodea con espléndida y santa hermosura al Hijo de Dios? Puede por lo mismo, decir estas palabras: Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, rebosando de alegría en el seno de mi Padre, pues me ha revestido del ropaje de la salud, dándome su misma esencia; me ha cubierto con el manto de la justicia, como esposo adornado con girnaldas, y como esposa ataviada con sus joyas. (2) Mi Padre me tuvo consigo, al principio de sus obras; desde el principio, ántes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo Yo el principado de todas las cosas, desde ántes de los siglos; primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existían los abismos, y Yo ya estaba concebido..... Y disponía con mi Padre todas las cosas: y me deleitaba cada día, regocijándome continuamente en su presencia. (3)

Que también la filiacion, la mensajera de Dios, pu-

(1) Eccí. XXIV. 1, 5, 7, 14. (2) Isa. LXI. 10. (3) Prov. VIII. 22.

blique en todo el mundo; la gloria, el poder y la grandeza del Verbo; y el mundo rinda al Hijo, la misma adoracion que rinde al Padre.

§ II.

La espiracion activa. La luz con que alumbra nuestros ojos esta hermosa nocion, nos deslumbra y encanta al mismo tiempo. ¿Quién sino el Padre puede contemplar su propia imagen con aquella vista tan pura y serena, tan santa y perfecta que tiene en sí misma una hermosura infinita, y una delicia inefable? ¿Quién sino el Hijo, al ser engendrado, contempla á su Padre, y escucha de sus divinos labios estas palabras sagradas: Tú eres mi Hijo, hoy te engendré? Hijo Unigénito; palabras eternas, mirada gloriosa que lleva en sí misma infinita y eterna grandeza?

Del Padre y el Hijo procede el Espíritu Santo; y sin embargo es uno nada más ese divino principio; (1) una la virtud, la misma soberana y admirable fuerza, el mismo aliento, que no puede dividirse por ser una misma la vida del Padre y del Hijo; y una sola la voluntad de los dos; y su virtud tambien la misma. Belleza admirable, profundo misterio. Si consideramos la virtud espirativa, nos dice el Angélico Doctor, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, en cuanto son uno; porque esa virtud es una, la que, en cierta manera, significa la naturaleza con la propiedad. Ni es inconveniente que esta última se encuentre en dos

(1) 1. p. q. 36. a. 4. Ad. septimum.

personas que tienen la misma naturaleza; mas consideradas estas mismas personas, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de dos, pues procede de ámbos como amor unitivo de Uno y Otro.

Cuando decimos que el Padre y el Hijo son un principio, la palabra principio no tiene suposicion determinada; sino confusa, por dos personas juntamente. Y podemos decir en este sentido, que el Padre y el Hijo son el mismo principio, pues indistinta y confusamente lo tomamos por las dos personas. (1)

Hasta aquí penetró en ese abismo de aterradora y celestial grandeza, la mirada del Águila de Aquino; ni nos es posible ahondar más en las profundidades de la divina espiracion; ¿á dónde iríamos sin la luz del Ángel de la ciencia, sin Tomas? En las sendas por donde hoy marchamos, ¿acaso no podríamos entender que el Señor nos dice refiriéndolas al Gran Doctor, estas palabras de los libros Santos: Irá mi Ángel delante de ti, y te introducirá en el país que te he prometido? [2]

La procesion. La última de las bellas mensajeras de que tratamos, baja de los cielos como cándida paloma, extiende sobre nosotros, y nos cubre con sus blancas alas. ¡Cuán amable y santa es para el alma su divina inspiracion! inspira esa paloma donde quiere; oímos su sonido; mas no sabemos de donde sale, ó á donde va. (3) ¿Qué harémos para que esta nocion, nos revele magníficas verdades acerca del Espíritu Santo? Si dormís en medio de las suertes, dícenos el Rey Profeta, la paloma de plateadas alas con reflejos de oro,

(1) 1. p. q. 36 a. 4. Ad Primum, Quartum, et Sextum. (2) Exod. XXIII. 23. (3) Joann. III. 8.

os cubrirá con su divina sombra. (1) La gracia del Señor que venga á visitarnos por su gran bondad; y aquel hermoso y apacible sueño del que decia la Esposa: Yo duermo y mi corazón está velando. (2) Y añadía luego estas palabras: La voz de mi amado que toca: Ábreme, hermana mia, amiga mia, paloma mia, mi inmaculada y purísima: porque está llena de rocío mi cabeza, y del relente de la noche mis cabellos. ¿Quién nos dará ese misterioso sueño? Dios, y solamente Dios; por nuestra parte sabemos que todo se olvida en el sueño; y olvidarlo todo por pensar en Dios, ¿no es por ventura una inmensa dicha? Hasta aquí llegamos auxiliados del Señor.

La procesion del Espíritu Santo nos recuerda al Padre y al Hijo: Ellos son su divino principio; mas es enteramente propia de aquel Divino Espíritu, y trae consigo una inmensa y adorable dignidad. Proceder del Padre y del Hijo como su amor nocional, y recibir toda la esencia y divinas perfecciones de Uno y Otro, ciertamente que no existe ni podrá existir, mayor grandeza.

La profundidad de ese gran misterio, lo cubre á nuestros ojos con sus densos velos que no nos dejan contemplarlo: una nube oscura nos rodea por todas partes. En otro tiempo, en la dedicacion del antiguo templo, al entonar los levitas estas hermosas palabras: Alabad al Señor, porque es bueno; porque es eterna su misericordia, la casa de Dios se llenó de una nube, de suerte que los sacerdotes no podian estar allí ni ejercer sus funciones, á causa de la densa niebla. Por-

(1) Ps. LXVII. 14. (2) Cant. V. 2.

que la gloria del Señor, su tremenda y adorable majestad, habia llenado el templo. [1] ¿Ha entrado en esa nube el Ángel de la Escuela? El mismo ha conocido la profundidad de los arcanos que no sondea la humana inteligencia, y nos dice que faltan las palabras, y no hay lenguaje que explique esos misterios: y el genio inmortal que contempló tan admirablemente, la generacion del Verbo, al hablarnos del Espíritu Santo, baja su frente y adora. Oid como se expresa: Conocemos más bien la procesion del Verbo, que la del Amor; para la primera hemos hallado nombres que le corresponden con más propiedad, los que no tenemos para la segunda. Usamos de circunloquios para significar la persona que procede y sus relaciones; la nombramos procesion, espiracion, nombres más bien de origen que de relacion.

Sin embargo de lo dicho ved cómo ese Ángel remonta su sereno y majestuoso vuelo, á la más encumbrada region, y contemplando la luz del más hermoso y claro sol, cuanto puede una criatura que aun vive en este mundo, deslumbrado se queda, y descende á descansar, pero ¿en dónde? En la cima de altísimo y escarpado monte; y desde allí nos dice que la grandeza de Dios es infinita, y que el hombre no puede comprenderla. Oigamos sus palabras: Cuando entendemos alguna cosa, nace en el alma la concepcion de lo entendido, que se llama verbo: cuando amamos proviene cierta impresion de lo amado en el afecto de quien ama, según que en el amante se halla el amado; como lo entendido en quien entiende..... Por parte del en-

(1) II. Paralipom. V. 14-VII. 2.

tendimiento hay palabras para significar esta relacion y la procesion del concepto intelectual..... mas por parte de la voluntad, fuera de amar y querer, que importa relacion del amante hácia el objeto que ama, no hay palabras que hallamos adoptado, y nos indiquen la relacion de aquella santa y dulce impresion, afecto del objeto amado á su principio, y de éste á su objeto. Y por la escasez de voces significamos esas relaciones con las de amor y dileccion. (1)

Hé aquí otro motivo de la profunda y adorable oscuridad que rodea el divino misterio de la procesion del Espíritu Santo. No podemos nombrar á Dios, sino por las criaturas; y como en estas, la comunicacion de la naturaleza no se hace sino por generacion, resulta que la procesion en Dios no tiene nombre propio, especial, sino el de generacion; y por esto, aquella procesion que no es generacion, ha quedado sin nombre que singularmente la distinga, pudiendo llamarse espiracion. [2]

Esa oscuridad, esas profundas tinieblas, nos dan la idea más elevada y grandiosa, de la procesion del Espíritu Santo. Es más elevada que los cielos: ¿qué harémos? Es más profunda que los abismos; ¿cómo podrémos conocerla? (3) ¿Qué harémos? Adorar al Espíritu Santo. ¿Intentarémos ahondar las profundidades de su divina procesion? No, pues recordamos que los hijos de Israel se detenian en su camino, cuando el ángel del Señor se detenia tambien; y por lo mismo, detenemos nuestra marcha, allí donde la suya contuvo

(1) 1. p. q. 37. a. 1. (2) 1. p. q. 27. a. 4. Ad. Tertium. (3) Job. XI. 8.

el gran Tomas. (1)

La oscuridad y las tinieblas no nos desalientan. Aarón y sus hijos fueron llamados solamente á la entrada del Tabernáculo del testimonio donde recibieron la sagrada uncion; (2) y las víctimas que debian ofrecerse al Señor, eran llevadas á la puerta del mismo Tabernáculo. (3) ¿Qué más deseamos? La uncion del Espíritu Divino, y que Dios reciba con agrado nuestros votos y las ofrendas que le presentamos. Y aquella oscuridad no es obstáculo para adquirir tan grandes bienes, y poder gozar aquella inmensa y celestial ventura.

El Señor tiene dicho que habia de morar en una niebla. (4) Que esa niebla, pues, proyecte sobre nuestras almas su sombra de divina proteccion. En ella está el Señor; esto nos basta para estar alegres y llenos de consuelo, hallándonos tan cerca de la santa nube que mandará sobre nosotros, el rocío de la divina gracia. En ella está la misericordia del Señor, semejante á las nubes que se deshasen en agua en tiempo de sequía. (5) Las nubes, nos dice el Señor, cuando están cargadas, derraman sobre la tierra la benéfica lluvia. (6) Y ¿no nos dice el mismo Dios: Yo seré al modo que una nube de rocío en el tiempo de la cosecha? (7) Contemplad los segadores en el campo, rendidos de fatiga; humedece la tierra el sudor de su frente; tostados se hallan con los rayos de un sol abrasador, casi apenas pueden respirar; y si entre tanto una nube cu-

(1) Nem. IX. 17, 18. D. Aug. Q. 16 in Numer. (2) Exod. XXIX. 4, 7. En la puerta, esto es, en el atrio donde estaba el altar de los holocaustos. Lyra. (3) Levit. XVII. 5. (4) III. Reg. VII. 12. (5) Eccl. XXXV. 26. (6) Eccl. XI. 8. (7) Isa. XVIII. 4.

bre el cielo, y derrama suavísimo rocío, los segadores se refrescan y recobran las fuerzas y el aliento; alzan las miradas al cielo, y bendicen la hermosa y bienhechora nube que tanto alivio y consuelo les ha traído.

Bien está que la nube de que hablamos ha un instante, amortigué la viva y pura luz del sol divino que en ella mora; mas ¡no veis cuántos son, y cuán dulces los consuelos que derrama en nuestras almas, que sedientas y llenas de fatiga, se vuelven hacia Dios, y le dicen: Como tierra falta de agua, así por Ti estamos suspirando?..... Enseñadnos á cumplir tu voluntad, pues Tú eres mi Dios. Tu Espíritu, infinitamente bueno, nos conducirá á la tierra de la rectitud y dicha eterna. [1]

Ved, pues, cómo aquella celestial paloma, al extender sus blancas alas, no sólo nos cubre bajo la sombra de su dulce amparo; sino también, nos va llevando por un camino de bendición y gloria. Que nunca nos lleve á abandonar ese Espíritu, infinitamente bueno, á quien clamamos como el polluelo de la golondrina; suspirando por su santo amor, como también suspira la paloma; y volviendo nuestros ojos á los cielos para implorar de continuo, su gran misericordia y su clemencia. (2)

CAPÍTULO XIII.

§ I.

LAS MISIONES.

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres

(1) Ps. CXLII. 6, 10. [2] Isa. XXXIII. 14.

en diferentes ocasiones, y de muchas maneras, por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo. (1) Quisiéramos recordar estas palabras, comenzando la materia del presente capítulo. Ya escuchamos en el anterior, lo que nos dijeron las nociones, esas embajadoras de Dios, que venían preparando sus caminos; las que antes del advenimiento del Rey de los siglos, lo esperan con silencio respetuoso; y su hermosura grande y atractiva, sin embargo palidece al presentarse. Aquél Monarca, que es más hermoso que el sol, y sobrepuja todo el orden de las estrellas; y comparado con la luz le hace muchas ventajas. (2) Rey que llegando nos ha dicho Yo el mismo que hablaba por los profetas, estoy presente. (3) Al oír estas palabras exclamamos llenos de contento: ¡Oh cuán hermosos son los pies de Aquél que sobre los montes de Israel anuncia y predica la paz! ¡del que anuncia la buena nueva, que pregonna la salud y dice á Sion: Reinará luego el Dios tuyo..... Él rociará á muchas naciones: en su presencia estarán los reyes escuchando con silencio: á los que nada se había anunciado de Él por sus profetas, lo verán, y los que no habrán oído hablar de Él, lo contemplarán. (4)

Segun lo dicho, estamos en plena misión divina, por la cual entendemos la procesion de origen de una persona que sale de otra, con relación á un nuevo modo de existir en las criaturas. (5)

[1] Heb. I. 1. [2] Sap. VII. 29. [3] Isa., LII. 6. [4] Id. V. 7, 15. [5] Gonet. et Charmes.

bre el cielo, y derrama suavísimo rocío, los segadores se refrescan y recobran las fuerzas y el aliento; alzan las miradas al cielo, y bendicen la hermosa y bienhechora nube que tanto alivio y consuelo les ha traído.

Bien está que la nube de que hablamos ha un instante, amortigué la viva y pura luz del sol divino que en ella mora; mas ¡no veis cuántos son, y cuán dulces los consuelos que derrama en nuestras almas, que sedientas y llenas de fatiga, se vuelven hacia Dios, y le dicen: Como tierra falta de agua, así por Ti estamos suspirando?..... Enseñadnos á cumplir tu voluntad, pues Tú eres mi Dios. Tu Espíritu, infinitamente bueno, nos conducirá á la tierra de la rectitud y dicha eterna. [1]

Ved, pues, cómo aquella celestial paloma, al extender sus blancas alas, no sólo nos cubre bajo la sombra de su dulce amparo; sino también, nos va llevando por un camino de bendición y gloria. Que nunca nos lleve á abandonar ese Espíritu, infinitamente bueno, á quien clamamos como el polluelo de la golondrina; suspirando por su santo amor, como también suspira la paloma; y volviendo nuestros ojos á los cielos para implorar de continuo, su gran misericordia y su clemencia. (2)

CAPÍTULO XIII.

§ I.

LAS MISIONES.

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres

(1) Ps. CXLII. 6, 10. [2] Isa. XXXIII. 14.

en diferentes ocasiones, y de muchas maneras, por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo. (1) Quisiéramos recordar estas palabras, comenzando la materia del presente capítulo. Ya escuchamos en el anterior, lo que nos dijeron las nociones, esas embajadoras de Dios, que venían preparando sus caminos; las que antes del advenimiento del Rey de los siglos, lo esperan con silencio respetuoso; y su hermosura grande y atractiva, sin embargo palidece al presentarse. Aquél Monarca, que es más hermoso que el sol, y sobrepuja todo el orden de las estrellas; y comparado con la luz le hace muchas ventajas. (2) Rey que llegando nos ha dicho Yo el mismo que hablaba por los profetas, estoy presente. (3) Al oír estas palabras exclamamos llenos de contento: ¡Oh cuán hermosos son los pies de Aquél que sobre los montes de Israel anuncia y predica la paz! ¡del que anuncia la buena nueva, que pregonna la salud y dice á Sion: Reinará luego el Dios tuyo..... Él rociará á muchas naciones: en su presencia estarán los reyes escuchando con silencio: á los que nada se había anunciado de Él por sus profetas, lo verán, y los que no habrán oído hablar de Él, lo contemplarán. (4)

Segun lo dicho, estamos en plena misión divina, por la cual entendemos la procesion de origen de una persona que sale de otra, con relación á un nuevo modo de existir en las criaturas. (5)

[1] Heb. I. 1. [2] Sap. VII. 29. [3] Isa., LII. 6. [4] Id. V. 7, 15. [5] Gonet. et Charmes.

La existencia de las misiones nos consta expresamente de los libros santos: El que me ha enviado, dijo Jesús á los judíos, está siempre conmigo y no me ha dejado solo. (1)

El Padre ha santificado al Hijo y lo ha enviado al mundo. Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. (2) En la plenitud de los tiempos, envió Dios, nos dijo San Pablo, á su Hijo, formado de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Padre mio, Padre mio. (3)

Para que una persona divina sea enviada por otra, basta que proceda de ella, y tenga un nuevo modo de existir en las criaturas: todo lo cual hallamos en el Hijo y en el Espíritu Santo.

En la mision en general, descubrimos cierta procecion que puede verificarse, nos dice Santo Tomas, por imperio, por consejo, ó solamente por origen: ved al criado que cumple las órdenes de su amo; ó al consejero que indica al soberano las reglas y los medios de gobierno; ó ved, en fin, cómo las gayas y vistosas flores, brotan de los árboles.

Las misiones, pues, de que tratamos, son las de origen, que se relacionan con el nuevo modo de existir en las criaturas; así el Hijo fué enviado por su Padre

[1] Joann. VIII. 29. (2) Id. XV. 26. (3) Galat. IV. 4, 6.

al mundo, donde comenzó á estar por el misterio de su Encarnacion, y ántes de ella, estaba ya en el mundo. (1)

¿Qué personas pueden ser enviadas? Solamente el Hijo y el Espíritu Santo, pues sólo ellas proceden: el Hijo del Padre; y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. El Padre no viene de nadie, y por nadie puede ser enviado.

Las misiones de que hablamos pueden ser visibles; y así fué la del Hijo de Dios, en el misterio de su Encarnacion. Lo que fué desde el principio, decia San Juan, lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida: vida que se hizo patente, y así la vimos y damos de ella testimonio, y os evangelizamos esta vida eterna, la cual estaba en el Padre, y se dejó ver de nosotros. (2) Y la del Espíritu Divino que se dejó ver, ó bien bajo la forma de paloma en el bautismo del Señor, ó cual hermosa y cándida nube allá en la cumbre del Tabor, ó finalmente, como lenguas de fuego en el cenáculo.

La mision tambien puede ser invisible, y se verifica santificando las almas interiormente, ó por la gracia habitual, ó por la excitante. Y en efecto, el modo ordinario y comun por el cual Dios está en todas las criaturas, es por su inmensidad: su esencia, su poder, y su presencia; fuera de este modo comun, hay otro especial que conviene á la naturaleza racional, modo por el cual, decimos que Dios está en ella como lo que se ha conocido, en quien conoce, y lo amado en el a-

(1) 1. p. q. 43. a. 1. (2) Joann. I. 1, 2.

mante. De esta manera tenemos al Señor, invisible, ciertamente, y sin embargo presente, por la gracia; y la caridad; nos hace su templo, y mora en nosotros como en sagrado y divino santuario. (1)

Acabamos de decir cuál es el objeto de las misiones invisibles: la gracia y la caridad, pues solamente se realizan cuando Dios, de un modo nuevo y especial habita en nosotros, lo que sucede por la gracia y la caridad. Si alguno me ama, nos dice el Señor, será amado de mi Padre, y vendremos á él, y haremos mansion dentro de él. [2]

Por la mision invisible de las divinas personas, Dios está en el hombre y el hombre en Dios; y ved aquí una hermosa imágen que nos representa en algun modo, la circuminsesion, por la cual una persona divina está en la otra. [3]

Esas misiones son un verdadero paraiso de delicias, como decia la esposa; (4) pues Dios entonces está con nosotros; y Dios es caridad y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él [5]. Dios es caridad, ¿qué cosa más hermosa? quien permanece en caridad permanece en Dios; ¿qué cosa más segura? y Dios en él, ¿qué cosa más alegre, y que inunde el alma en tan santo y dulce júbilo? [6]

Las misiones invisibles de las divinas personas, principalmente se encaminan á volver las criaturas racionales, á Dios nuestro Señor, como á su postrero fin, del cual se apartaron por el pecado; esa vuelta se verifica por la gracia y la caridad, que nos unen al Señor. [7]

(1) 1. p. q. 43. a. 3. - Billuart. (2) Joann. XIV. 23. (3) Gonet. (4) IV. 13. (5) I. Joann. IV. 16. (6) D. Bernard. Ap. Gonet. hic. (7) D. Th. 1, dist. 14. q. 2. a. 2. (8) I. p. q. 1. (1)

Y ¿cómo estas misiones se llevarían adelante, sin la gracia y la caridad, cuando en ellas se nos dan las mismas divinas personas? En efecto, la caridad de Dios nos dice San Pablo, se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (1) Y Este amable Espíritu, allá en Pentecostes, vino sobre los apóstoles no solamente por la gracia de su celestial visita y sus portentosas obras; sino tambien por la presencia misma, de su Majestad; haciendo que corriera por el pecho de aquellos dichosísimos discípulos de Jesucristo, no ya el olor, sino la sustancia del sagrado bálsamo. (2)

Después de esto ¿habrá quien no confiese que es santo, el templo de Dios; donde mora el Espíritu Divino? (3)

Pero contemplemos la razon de esas misiones para descubrir más y más quién es para nosotros el Señor, y cuánto le debemos.

El Padre envia á su Hijo; y el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo. Y ¿sabeis por qué han sido enviadas estas divinas personas, el Hijo y el Espíritu Santo? Amó Dios de tal manera al mundo, que no paró hasta darle á su Hijo Unigénito; á fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que vivan vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve. (4) El Señor envió á su Hijo para evangelizar á los mansos y humildes, para curar á los de corazon contrito, y predicar la redencion á los esclavos, y la libertad á los que estaban encarcelados: para

(1) Rom. V. 5. (2) D. August. Serm. 186. de tempor. Ap. Gonet. (3) I. Cor. III. 16, 17. (4) Joann. III. 16, 17.

publicar el año de reconciliación con el Señor..... Para consolar á todos los que lloran: para cuidar á los de Sion que están llorando, y darles una corona de gloria, en lugar de la ceniza; el óleo de los días solemnes y alegres, en vez de luto; un lujoso ropaje en cambio de su espíritu de aflicción, y los que habitarán en ella, serán llamados los valientes en la justicia, plantío del Señor para su propia gloria. (1)

En cuanto al Espíritu Divino, ya San Pablo nos ha dicho: Porque vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo; y Este Espíritu, está dando testimonio de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos somos también herederos. (2) Mas ¿cuál es el sello y la prenda de esta divina y celestial herencia? El mismo San Pablo nos dice que es el Espíritu Santo. (3)

El Hijo nos dice de Sí mismo: Yo vine para que tengais vida y la tengais en abundancia. (4) Y añadía: Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas..... Yo doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas, que no son de este aprisco: las cuales debo Yo recoger, y oirán mi voz, y de todo se hará un solo rebaño, y un solo pastor. Por eso mi Padre me ama; porque doy mi vida por mis ovejas..... Nadie me las quita sino que Yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla: Este es el mandamiento que recibí de mi Padre. (5)

Y ¿preguntaremos por último, cuáles son los designios del Espíritu del Señor, en las misiones con que nos

(1) Isa. LXI. 1, 3. (2) Galat. IV. 6-Rom. VIII. 16, 17. (3) Ephes. II. 13, 14.-II. Cor. I. 22-V. 5. (4) Joann. X. 10. (5) Joann. X. 11, 14-18.

visita tan divina y amorosamente, cuando sus frutos son, entre otros, la caridad, el gozo, la paz, la benignidad, la bondad y la longanimidad? (1) Este Espíritu Divino es todo bondad, es benéfico y amador de los hombres. [2] Procura nuestro bien y nos ama en tanto grado, que nuestros pecados, según el lenguaje de los libros santos, lo llegan á contristar; [3] y sin embargo, Él es el gozo eterno del Padre y del Hijo.....

¿Qué sentimientos no deben producir en nuestras almas, el inefable y soberano amor de las tres divinas personas en las misiones que el mundo recibe, y que también recibimos cada uno de nosotros? Isaac, en otro tiempo, salía al campo á meditar, (4) cual si su propia casa fuera estrecha, y no pudiese abarcar su corazón, al explayarse en los grandes pensamientos del divino amor, en que se ocupaba; y así también nosotros quisiéramos salir de nuestro propio seno, y derramar en Dios nuestros afectos. ¡Qué campo tan hermoso y dilatado se presenta á la vista, y se ofrece á nuestro amor! El Padre lleno de cariño y de ternura, nos da su mismo Hijo, nos da su mismo Espíritu: Toda dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y descien- de del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación.—Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus nuevas criaturas. (5)

No cambia el corazón del Padre, y en Él no cabe la menor mudanza: nos dió á su Hijo y á su amado y ce-

(1) Galat. V. 22. (2) Sap. I. 6-7, 22, 23. (3) Ephes. IV. 30. (4) Gen. XXIV. 63. (5) Jacob. I. 17, 18. D. Bonav: De Sep. Don Spirit. Sant. c. 1.

lestial Espíritu; preciosa dádiva, perfecto don: ¿por ventura, no es lo dicho, tener aprisionado nuestro corazón, en las más santas y hermosas cadenas, y echarnos al cuello los más sagrados lazos de la caridad? Con razón decía el Señor: Yo los atraje hácia Mí con vínculos propios de hombres, con vínculos de amor. (1) Mas ¿quién podrá decirnos cuánta es la dulce suavidad con que estos vínculos, atraen el corazón, y lo cautivan sin lastimar su libertad? Y tal vez hemos creído que nada más son dos las cadenas que nos llevan al Señor, el Hijo y el Espíritu Santo; mas no es así, que también el Padre nos tiene encadenados y nos lleva al Hijo: Nadie puede venir á Mí, decía Jesús, si el Padre que me envió no le atrae. (2)

Ciertamente el Padre no es enviado, porque de nadie procede; mas Él mismo se nos da, y se comunica liberalmente á las criaturas; y habita en nosotros por la gracia, juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo. (3)

Un triple lazo difícilmente se rompe; (4) y nosotros lejos de romperlo, queremos cada vez, estar más y más estrechamente unidos con ese Dios amante que sin cesar nos va buscando á todas partes.

§ II.

Nuestras almas por la gracia se asemejan á Dios; y tal semejanza es necesaria con la divina persona que se nos envía por algun don de la misma gracia. Y

(1) Osee. XI. 4. (2) Joann. VI. 44. (3) D. Th. 1. p. q. 43. a. 4. Ad. primum. et secundum. (4) Ecles. IV. 12.

aunque todos los dones se atribuyen al Espíritu Santo, que tiene la razón de primero entre todos ellos; hay algunos, sin embargo, que se atribuyen al Hijo, y son los que pertenecen al entendimiento: por lo cual el Hijo se nos manda invisiblemente, cuando en particular lo conocemos, gustando en el alma la dulzura de un conocimiento, tan hermoso y amable. El Hijo es la palabra eterna del Padre; mas una palabra que está espirando amor. El Espíritu Santo es amor, y por esto el alma, se le asemeja por el don de la caridad según el que, conocemos la misión del mismo Espíritu. (1)

La misión del Hijo en cuanto al origen, se distingue de la del Espíritu Santo, como la generación de la procesion; mas comunican ambas, en la raíz de la gracia, y se distinguen en los efectos que son iluminar el entendimiento é inflamar la voluntad. Y una no puede estar sin la otra porque las dos se nos dan con la gracia santificante y una persona no se separa de la otra. (2)

Oigamos otras maravillas de las divinas misiones.

Dios nos provee á todos según nuestro modo de ser; y por esto nos eleva al conocimiento de las cosas invisibles por medio de las visibles. Se demuestra en sí mismo, en cierto modo, y nos descubre algun tanto, las procesiones eternas de las personas, por medio de las criaturas visibles; y aún de las que no se ven; pero que se hallan tan cerca de nosotros, como nuestra propia alma; vedlo sino, en nosotros mismos. El alma tiene

(1) D. Th. 1. p. q. 43. a. 5. Ad. primum. et secundum. (2) Ad. tertium.

un tesoro que la vuelve fecunda: todo lo que los sentidos le traen de fuera, lo reúne dentro de sí misma, guardándolo en la memoria la cual, enriquecida de bellas ideas produce la palabra interior que llamamos pensamiento, y que San Agustín llamó, el hijo del corazón; [1] y al producir esta bella imagen de las cosas que nos da la inteligencia, la contemplamos llenos de alegría, amando por lo mismo, aquella inteligencia de la que y la memoria, que produjo, nace el amor, en quien termina la operación del alma. Así, dice el gran Bossuet, del Padre que contempla sus propias riquezas, procede el Verbo que es su imagen; y de Este mismo Padre que es el tesoro inagotable de la divinidad, y del Hijo que es la inteligencia, procede el Espíritu Santo, término de la operación de Uno y Otro. [2]

En las criaturas visibles, inferiores al hombre, hallamos no la imagen, sino la huella de la Santísima Trinidad: [3] subsisten en sí mismas, tienen su forma que determina su propia belleza, y un orden, en fin, que las relaciona y armoniza con la primera causa: la unidad, la hermosura, y el orden; esto es; el número el peso y la medida: ¿quién al contemplarlas, no exclama: Por aquí pasó el Señor? ¿no veis su santa huella? ¿no descubris el poder, la inteligencia, y el amor de Dios, impreso en todas, como un sello que nos indica su divino Autor?

La huella demuestra el movimiento de alguno que pasa; mas no descubre quién sea, nos dice el Ángel de la Escuela, (3) y así, al pedir razón de Dios á las

(1) De Trinit. I. II. c. 7. (2) Serm. de la Santis. Trinit. (3) D. Agust. De Trinit. VI. c. 10. [4] I. p. q. 45. a. 7.

criaturas visibles, en vez de respondernos, preguntan de esta suerte: ¿Cuál es tu amado? (1) Es por tanto, indispensable, volver la vista sobre la imagen de Dios que está en nosotros, por si acaso podamos adquirir ideas más claras de sus divinas y adorables perfecciones. Mas es muy oscura esta imagen, y todavía se nos puede preguntar: ¿Dónde está tu Dios? Y el alma se entristece y llénase de amarga turbación. (2) ¿Queréis que terminen la tristeza y turbación? Pues antes es indispensable escuchar esta voz de inmenso júbilo: Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sion: porque en medio de ti se halla el grande, el Santo de Israel. (3) Que aparezca el Unigénito de Dios; que el Espíritu Divino se deje ver, abrasando al mundo con las llamas de su ardiente fuego, y el mundo entonces saltará de gozo.

Ved, pues, nos dice el gran Santo Tomás, la razón de aquella soberana conveniencia que hallamos en la manifestación de las misiones invisibles de las divinas personas, por las criaturas visibles: nos dan el conocimiento, y nos llevan como de la mano hasta el mismo Dios. (4)

En las respectivas misiones del Hijo y del Espíritu Santo, notamos lo siguiente. Al Espíritu Santo, según que procede como amor, corresponde ser el don de santificación; mas al Hijo, como principio de Aquél Divino Espíritu, le conviene ser autor de esa misma santificación; y por esto el Verbo Divino tomó la naturaleza humana en unidad de persona; y no el Espíritu Santo; y ved la razón que hallamos en lo dicho. La

[1] Cant. V. 9. (2) Ps. XLI. 11, 12. (3) Isa. XII. 6. (4) I. p. q. 43. a. 7.

mision visible del Hijo era para obrar nuestra salud; y obrar es de la naturaleza racional que tenia que ser santificada. Mas el indicio de la santificacion podia ser cualquiera otra criatura. Ni era conveniente que el Espíritu Santo la tomase en unidad de persona, pues que no se empleaba para obrar, sino sólo para indicar la santificacion del hombre. (1)

Se desprende de lo expuesto, que el Hijo, por razon de la naturaleza que ha tomado, se dice menor que el Padre; mas no el Espíritu Santo, que no se ha unido á las criaturas visibles, en que apareció. [2]

Las misiones invisibles no siempre tienen que descubrirse exteriormente por algun signo visible; pues la manifestacion del Espíritu Santo se hace por utilidad de la Iglesia; [3] utilidad que se refiere á la propagacion y confirmacion de la fe. Por esto descendió visiblemente sobre Jesucristo y los apóstoles, y otros santos, en quienes, en cierta manera, se fundaba la Iglesia. Mas la mision visible, nos dice el Ángel de la Escuela, que se hizo á Jesucristo, demostraba la invisible que tuvo lugar, no entónces, sino en el principio de su concepcion. En el bautismo del Señor, el Espíritu Santo aparece bajo la forma de paloma, animal fecundo, para descubrir en el mismo Jesucristo, el poder de dar la gracia por la regeneracion espiritual: de aquí la voz del Padre: Este es mi Hijo muy amado; para que á la semejanza del Unigénito de Dios, los hombres fuésemos regenerados. En el Tabor apareció una brillante nube para indicar la abundancia de la celestial doctrina del Divino Maestro. Sobre los apóstoles vino el mismo Es-

(1) Ad. Quartum. (2) Ad. Primum. (3) I. Cor. XII. 7.

píritu, como impetuoso viento, revelando la potestad del ministerio en la dispensacion de los sacramentos; y como lenguas de fuego para descubrir el oficio de su doctrina.

Allá en la antigua ley, la mision del Espíritu Santo no fué visible, porque antes que la de Ésta adorable persona, debió realizarse la del Hijo, á quien manifiesta el Espíritu Santo, como el mismo Hijo manifiesta al Padre. (1)

El Hijo y el Espíritu Santo han sido enviados sobre el mundo por un inmenso y soberano amor. Y en efecto, el Verbo del Padre nos ha visitado haciendo la redencion de su pueblo, y viniendo con entrañas de misericordia y de piedad. (2) Mas en cuanto al Espíritu Santo ¿podremos decir lo mismo, pues el Divino Maestro dijo lo siguiente: Cuando venga el Consolador, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio? (3) Tales reprensiones sin embargo de la terrible justicia que indican, están llenas de amor y de ternura, y van encaminadas á la salud de los hombres. El pecado porque es el mundo reprendido, es el no haber creído en Jesucristo; ¿de qué manera lo reprende el Espíritu Santo? Convenciéndolo por los milagros y las profecias, de la divinidad del Salvador. Inspira á San Pedro la prueba de la resurreccion de su Divino Maestro, sacada de las palabras y de la muerte de David. Y en cuanto á los milagros, pone el mismo Espíritu, en manos de los apóstoles, la potestad de hacerlos.

Si pensamos en la injusticia porque el mundo es reprendido, ved sobre el particular, lo que hace el Espi-

[1] Ad. sextum. [2] Luc. I. n. 68-78. [3] Joann. XVI. 8.

ritu Santo. Cuando ha resucitado Jesucristo, viene sobre los apóstoles, y se ve en éstos, una fe verdadera, y en la fe, la verdadera justicia que obrará la salvación del mundo.

Finalmente, en cuanto al juicio, el Espíritu Santo convence al mundo de iniquidad, porque el príncipe de este mundo, dijo el Salvador, está ya juzgado; y le juzgó su Majestad, durante su pasión; dejándose juzgar, y haciendo ver por este juicio, que todos los del mundo son enteramente nulos.

El Espíritu Santo confirma contra el mismo mundo, el juicio de Jesús. La doctrina de este Maestro, creyóse anonada con la infamia de la Cruz; mas las lenguas del Cenáculo, dan á la predicación del Evangelio, una fuerza divina; y el mundo se convierte y recibe por su Dios al Salvador. (1)

La conducta, pues, del Espíritu Santo al argüir al mundo de pecado, de justicia, y de juicio, nos revela un ardiente amor hácia nosotros: ¿qué Padre hay que deje abandonados á sus hijos; ó si están envueltos en tinieblas, no les alumbre con la luz del cielo? ¿dónde estaría su corazón, si quisiera dejarlos padeciendo las tristes dolencias del pecado, por no mandarles un castigo saludable, aunque éste los llenase de amargura y duelo?

Obra por lo mismo, cual tierno y amoroso Padre, al argüir al mundo por sus crímenes, mostrándole la triste situación en que se encuentra, y haciendo que camine por las sendas del Señor.

Las divinas misiones; ellas nos revelan los más ge-

[1] Bossuet, Meditaciones sobre el Evangelio, Día 19, 20 y 21.

neros y tiernos sentimientos de Dios para nosotros. ¿Queremos contemplarlas en el Padre? Él nos manda al Hijo de su amor; Padre é Hijo nos mandan al Espíritu Divino; prendas regaladas y las más preciosas del corazón del Padre.

Vistas las misiones en el Hijo y el Espíritu Santo, nos revelan igualmente, cuán grande es el amor de uno y otro para el mundo. Ni el Padre tiene algún tesoro que no nos haya dado, dándonos á su Hijo y á su Divino Espíritu; y con uno y otro, ese Padre se nos da también. Y el Hijo y el Espíritu Santo, al ser enviados para visitarnos, nada nos reservan, siendo nuestras, todas sus riquezas, pues el Hijo es nuestro amado hermano, y su Espíritu, el gran consolador de nuestras almas. Todo lo que he oído de mi Padre, os lo he manifestado. El Espíritu Santo os enseñará toda verdad. (1)

¡Oh, cuánto debemos al Señor! Esta es la expresión que arroja el alma conmovida, pensando en las divinas misiones; y este grito de dulcísima ternura, despierta luego la noble gratitud: ¿qué daremos al Señor, por los inmensos bienes con que se ha dignado enriquecernos? El alma, la vida, y cuanto somos, todo lo ponemos en sus manos; quedamos pendientes de sus labios, y queremos hacer su voluntad. Amarle, servirle todos los días de nuestra vida, esta es la ofrenda y el deseo, que agradecido, viene á presentarle el corazón. El corazón del hombre siéntese abrasado en el fuego del divino amor; ¿cómo no amar á ese Padre que nos ama tanto, y que con tierno y celestial cariño, manda

[1] Joann. XV. 15-XVI. 13

sobre el mundo al Hijo de su seno, y al Espíritu que procede de Uno y Otro? Y si pensamos en el Hijo, y lo vemos vistiendo nuestra misma carne, ¿por ventura no se lanza el alma hasta sus piés, para darle testimonio del más ardiente y generoso amor? Y al pensar, también, en el Espíritu Santo, por quien la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, quedamos envueltos en las llamas del fuego más sagrado; sentimos la dulzura de aquella caridad en toda su grandeza; y sus delicias nos dejan embriagados santamente, en el vino del amor de Dios.

Amor, pues, respiran nuestras almas, y de amor palpita agradecido el corazón; y amor mandamos una y otra vez, alabanza y humilde adoración, á la Santa y adorable Trinidad: y ved aquí cómo también correspondemos de algún modo, en nuestra gran miseria, las magníficas y soberanas dádivas de nuestro Dios: le mandamos también nuestras misiones. El corazón le va buscando á todas partes, y quiere publicar en todas ellas, la gloria de su santo nombre. De día y de noche le manda el alma los suspiros de su tierno amor; y no descansa mientras no halla su amoroso seno para arrojarse en él; y sus piés divinos para abrazarlos, dejándolos regados con su tierno llanto: y al conseguirlo, enagenado exclama: Hallé á mi amado, lo tengo conmigo, jamás lo dejaré..... (1) ¿No escuchais en el fondo del alma, una apacible y misteriosa voz que está

(1) Cant. III. 4.

diciendo: Amen? Y nuestros labios pronuncian una y otra vez, Amen, Amen.

CAPÍTULO XIV

§ I.

NOMBRES DE LA PRIMERA PERSONA.

Alabad al Señor, é invocad su santo nombre: haced notorios á los pueblos sus consejos: acordaos que su nombre es excelso. (1)

Los nombres de las Divinas personas, encantan nuestras almas; nos parecen rayos de divina luz que desprendidos del trono de la Majestad, deslumbran con su brillo nuestras débiles pupilas, y nos envuelven entre olas de inmensa claridad; y al oído suenan con melodiosa y dulcísima cadencia; y el suavísimo acento de esos nombres, da una nota de las eternas y celestes armonías que estremecen el alma, del más sagrado amor. Por esto una y otra vez los repetimos sintiendo siempre, nueva dulzura y divinal encanto, que nos hace adorar y bendecir á nuestro amado y soberano Dios. Y ¿no es esto lo que quisiéramos hacer á todas horas? Cumplamos, pues, siquiera en parte nuestro buen deseo.

Los nombres que damos á las Divinas Personas, se llaman propios, cuando de tal manera le corresponden á alguna de ellas, que no pueden convenir á las demás. Y son apropiados aquellos que, aunque realmente con-

(1) Isa. XII. 4.

sobre el mundo al Hijo de su seno, y al Espíritu que procede de Uno y Otro? Y si pensamos en el Hijo, y lo vemos vistiendo nuestra misma carne, ¿por ventura no se lanza el alma hasta sus piés, para darle testimonio del más ardiente y generoso amor? Y al pensar, también, en el Espíritu Santo, por quien la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, quedamos envueltos en las llamas del fuego más sagrado; sentimos la dulzura de aquella caridad en toda su grandeza; y sus delicias nos dejan embriagados santamente, en el vino del amor de Dios.

Amor, pues, respiran nuestras almas, y de amor palpita agradecido el corazón; y amor mandamos una y otra vez, alabanza y humilde adoración, á la Santa y adorable Trinidad: y ved aquí cómo también correspondemos de algún modo, en nuestra gran miseria, las magníficas y soberanas dádivas de nuestro Dios: le mandamos también nuestras misiones. El corazón le va buscando á todas partes, y quiere publicar en todas ellas, la gloria de su santo nombre. De día y de noche le manda el alma los suspiros de su tierno amor; y no descansa mientras no halla su amoroso seno para arrojarse en él; y sus piés divinos para abrazarlos, dejándolos regados con su tierno llanto: y al conseguirlo, enagenado exclama: Hallé á mi amado, lo tengo conmigo, jamás lo dejaré..... (1) ¿No escuchais en el fondo del alma, una apacible y misteriosa voz que está

(1) Cant. III. 4.

diciendo: Amen? Y nuestros labios pronuncian una y otra vez, Amen, Amen.

CAPÍTULO XIV

§ I.

NOMBRES DE LA PRIMERA PERSONA.

Alabad al Señor, é invocad su santo nombre: haced notorios á los pueblos sus consejos: acordaos que su nombre es excelso. (1)

Los nombres de las Divinas personas, encantan nuestras almas; nos parecen rayos de divina luz que desprendidos del trono de la Majestad, deslumbran con su brillo nuestras débiles pupilas, y nos envuelven entre olas de inmensa claridad; y al oído suenan con melodiosa y dulcísima cadencia; y el suavísimo acento de esos nombres, da una nota de las eternas y celestes armonías que estremecen el alma, del más sagrado amor. Por esto una y otra vez los repetimos sintiendo siempre, nueva dulzura y divinal encanto, que nos hace adorar y bendecir á nuestro amado y soberano Dios. Y ¿no es esto lo que quisiéramos hacer á todas horas? Cumplamos, pues, siquiera en parte nuestro buen deseo.

Los nombres que damos á las Divinas Personas, se llaman propios, cuando de tal manera le corresponden á alguna de ellas, que no pueden convenir á las demás. Y son apropiados aquellos que, aunque realmente con-

(1) Isa. XII. 4.

munen á la Trinidad, por alguna razon especial, se atribuyen singularmente á una persona.

Hé aquí los nombres propios de la primera persona: Ingénito, no engendrado, principio, Padre.

Cuando decimos Ingénito, ningun principio damos á la primera persona; y ese nombre indica que no viene de otra, ni por generacion, ni de ningun otro modo; sino que es absolutamente improductible (1)

Así como en las criaturas, nos dice el Ángel de la Escuela, se encuentran primero y segundo principio; así en las Divinas Personas, en quienes no hay ántes ni despues, se halla un principio que no viene de otro, y éste es el Padre.

En las criaturas, el primer principio se manifiesta de dos modos, ya por la relacion que tiene con las cosas que de él se originan; ó segun que el mismo principio no viene de nadie. Ahora bien, el Padre, con relacion á las personas que de Él proceden, se manifiesta por la paternidad y la comun espiracion; mas atendiendo que ni tiene principio, ni ha recibido de nadie la existencia, se manifiesta porque no es de otro. (2)

Este nombre Ingénito, no engendrado, es propio del Divino Padre en cuanto nos dice que de ningun modo es producido; por lo cual no conviene á ninguna de las otras dos personas; pues si bien el Espíritu Santo, tampoco es engendrado, procede del Padre y del Hijo, que son su eterno principio.

El Padre no ha sido engendrado; ni viene de otro alguno..... Majestad y grandeza, y sentimientos de la más profunda humillacion nos inspira este nombre sagrado.

(1) Billuart et. Charnes. (2) I. p. c. 33. a. 4.

Esa primera persona no viene de nadie, es por Sí misma, y lleva en su propia grandeza todos los tesoros de la divinidad. Si contemplamos su vida, ésta es la plenitud del Sér; y su gloria es infinita: su grandeza nadie podrá limitarla; y la gloria divina con que brilla tan excelsa y sagrada persona, está brotando sin cesar del fondo inagotable de las riquezas y divinas perfecciones de su misma esencia. ¿Dónde están los rayos de la luz que no parten de ese foco; ó dónde alumbran esos rayos que no hayan recibido su nítida blancura y sus colores, del que es principio eterno de cuanta luz existe? Y ¿dónde la grandeza, la majestad y el poderío, que radiantes de hermosura, no salgan de aquél principio que á nadie reconoce por origen de su Sér?

¡Oh infinita grandeza del Eterno! ¡Oh excelsa y adorable majestad de aquella santísima Persona, que no viene de otra alguna!

El hombre al ocuparse en tan grandes pensamientos, se anonada, y busca el más profundo abismo para hundirse hasta su fondo, asombrado y confundido; mas no tendrá que lanzarse á gran distancia, porque en él está ese abismo que buscaba. El hombre, ¡oh, cuán miserable es el hombre en su propia bajeza! y si quiere compararse con el iumenso y soberano Dios, ¿quién podrá decir cómo aparece su gran pequeñez, su asombrosa nada?

Mas ese glorioso y admirable nombre no llega á oprimir nuestra miseria; que ántes bien, de nuestra propia nada, elevamos confiados un himno de santa y humilde adoracion: confesamos esa pequeñez que se pierde de vista, y engrandecemos al que no ha sido engendrado, y que existe eternamente por Sí mismo. Yo hablaré á mi Señor, aunque no sea sino polvo y cen-

za. (1) Si me estimo en algo, contra mí se levantará el gran Señor; mis iniquidades rinden un testimonio verdadero que no puedo contradecir. Pero si me ahato y anonado, si me despojo de toda estimacion, y si vuelvo al polvo de que he sido formado, la gracia me será propicia; y la luz del cielo alumbrará mi frente; y toda estimacion de mí mismo, por pequeña que sea, será sumergida en la profunda sima de mí nada, y perecerá para siempre. Allí descubriré lo que soy, lo que he sido, y hasta donde he bajado la triste pendiente de mi gran miseria, porque soy nada, y ni de esto siquiera tenía conocimiento. Si á mí mismo soy abandonado, únicamente soy debilidad y flaqueza; pero una mirada del Señor me llena de fuerza y de ardiente y soberano júbilo. Y á la verdad, que causa admiracion el verme levantado, y que el Señor me tome en brazos; cuando de mí mismo y por mi propio peso, me inclino hacia la tierra. El amor que Dios me tiene obra en mí tan gran prodigio; su gracia me previene, su providencia me ampara y defiende de los más grandes peligros, y de innumerables males. Me he perdido por el amor desordenado de mí mismo; mas buscando á Dios, llamándole sinceramente, lo hallé cerca de mí, y á mí tambien me hallé; y el amor me ha hecho hundirme más y más en el abismo de mi propia nada. (2)

Y á la verdad, sino hallamos en nosotros, sino miserias y desgracias, y necesidades, y congojas, que nos oprimen con su grave peso, ¿á quién podrémos volver nuestras miradas, á quién tener confianza, y mandar, en fin, una plegaria, sino al Eterno y soberano Dios,

(1) Gen. XVIII. 17. (2) Imitacion. L. III. c. 8. m. 4. v. 10.

que existe por sí mismo, y poseé un tesoro de inmensa y celestial bondad?

Si hacemos que un momento, siquiera en parte, eallem nuestros propios intereses y contemplamos solamente, la grandeza y perfeccion que nos descubre este nombre de la primera persona de la santa y adorable Trinidad: El que no ha sido engendrado, se inunda el corazon de inmenso júbilo, y la bendice y adora sin descanso. Llena está de perfeccion y de grandeza; es bellísima y amable la luz de su semblante; y grande, santa, eterna y digna de toda bendicion: atrae por sí misma nuestras almas; y al dejarnos llevar de sus divinos y amorosos atractivos, vamos por un camino delicioso; la luz del cielo brilla en nuestras sendas, que Dios mismo ha cubierto de vistosas flores. El mismo es, en efecto, quien las alumbrá con ese nombre adorable: El que no ha sido engendrado; y nos revela las grandes y espléndidas riquezas que contiene. Y alegres nosotros, y cantando, entonamos, siguiendo el camino que nos lleva al cielo, sus divinas alabanzas.

Hé aquí otro nombre glorioso de la primera persona: Principio de la divinidad. El Padre es la raíz y fuente del Hijo y del Espíritu Santo. (1)

Hoy nosotros venimos, más bien que en otro tiempo Eliezer, á la fuente del agua, y oramos al Señor diciéndole: Señor Dios, vednos cerca de la fuente del agua viva, que sois Vos mismo: dadnos de beber. (2)

La infinita y admirable fecundidad de la primera persona, se deja desde luego contemplar en el nombre de principio de la divinidad. Abarca esa persona, en su

(1) D. Athanas. Contr. Gregal. Sabell. (2) Gen. XXIV. 42, 43.

divino seno, toda grandeza, y los tesoros infinitos de la divinidad: encierra toda vida, y de ella nace toda inteligencia, y procede eternamente el divino Amor. Brilla en ese mismo seno, la luz incriada, y arde siempre, hermosa y pura la llama de la caridad.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y la luz brilló en el mundo, y los nacientes astros cantaron alabanzas al Criador; y los hijos de Dios prorumpieron en voces de júbilo. (1) Mas ¿quién obró tan grandes maravillas? ¿de dónde salieron la grandeza y el orden, el encanto y la hermosura que vemos en el mundo? ¿ese admirable concierto, y esa armonía que arrebatada y suspende el alma que un momento siquiera, contempla el inmenso y brillante palacio que llamamos creación? El mundo y cuanto en él admiramos, tiene á Dios por Autor: y á la primera persona atribuímos la creación, y apropiamos el nombre de primer principio de las criaturas: llamándole Padre nuestro, Criador de todo: y con gran exactitud lo hacemos de esta suerte, siendo como es, el primer principio en la santa y adorable Trinidad. (2)

Mas ¿qué son aquellas maravillas, comparadas con las que resplandecen en esa misma persona, contemplando la postrer grandeza que hemos mencionado: ser principio del Hijo y del Espíritu Santo? El mundo no ha existido siempre, y en el principio salió de la nada; pero el Verbo de Dios y el Amor, han estado siempre, en el Padre, con una gloria infinita, y la más acabada perfección: todo lo reciben de su eterno y divino principio, no saliendo de la nada, sino de Dios

(1) Job. XXXVIII. 7. (2) Charnes.

mismo, eterno y soberano; y no como sale la creación, sino estando siempre en Dios, como la palabra en la inteligencia y el amante en el amado; palabra llena de virtud, amor lleno de actividad y vida eterna.

§ II.

El nombre de Padre es propio de la primera persona, pues por él se distingue del Hijo y del Espíritu Santo. (1)

Si abrimos el Evangelio, hallaremos los testimonios siguientes: Á todo aquel que me reconociere delante de los hombres, dijo el Divino Salvador, Yo tambien lo reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos.—Yo te glorifico oh Padre, Señor de cielo y tierra, decia tambien, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí Padre mio, bendito seas, por haber sido de tu agrado que así fuese. (2)

El nombre de Padre es nocional, en cuanto que por él significamos la primera persona, segun que es el principio de las otras, por modo de origen ó de procecion; no procediendo Ella misma; de ningun principio. (3)

En nosotros, dice el Angélico Doctor, la relacion no es persona subsistente, por lo que, el nombre de Padre no significa esta misma persona, sino aquella relacion: en Dios no es así, pues la relacion que significa el nombre de Padre, es persona subsistente.

(1) 1. p. q. 33. a. 2. (2) Matt. X. 32.—XI. 25. (3) Cerboni.

De la misma manera, la palabra no es subsistente en la naturaleza humana, y por esto no puede con propiedad llamarse engendrada ó hija; mas el Verbo de Dios sí subsiste en la naturaleza divina, y por esto se llama Hijo, con toda propiedad, y su principio se llama Padre. (1)

Siendo perfectísima la divina generacion, y el término engendrado perfectamente semejante al que lo engendra, se sigue que la razon de Padre se halla con más perfeccion en la primera persona de la Santísima Trinidad, que en cualquier criatura. Yo doblo mis rodillas, decia San Pablo, ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del que, toda paternidad toma el nombre en los cielos y en la tierra. (2) Y por esto, el nombre de Padre se dice de la primera persona, ántes nocional, que esencialmente, esto es, primero conviene al Padre, respecto de su Hijo Divino, que con relacion á las criaturas; pues en el Verbo de Dios se halla la más cumplida razon de Hijo, siendo perfectamente semejante á su Eterno Padre; y en las criaturas sólo hallamos la huella, la oscura imágen, la semejanza de la gracia, ó de la gloria: ¿Quién es el Padre de la lluvia? ¿ó quién engendró las gotas del rocío? dijo el Señor en otro tiempo al Santo Job. (3) Y Moises habia dicho á los hijos de Israel: ¿Por ventura el Señor no es tu Padre, que te rescató, te hizo, y te crió? (4) y San Pablo: El mismo Espíritu de Dios está dando testimonio á nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.—Y nos gloriamos esperando la gloria de hijos de Dios, [5]

(1) Ad. Primun. et Tertium. (2) Ephes III. 14. (3) XXXVIII.
(4) Deuter. XXXII. 6. (5) Rom. VIII. 16-V. 2. D. Th. p. 1. q.
33. a. 3.—Gonet.

Las maravillas de la adopcion de hijos de Dios que acaban de brillar á nuestros ojos, nos hacen detener para que contemplemos la belleza del nombre de nuestro adorable Padre, llenando al mismo tiempo, el corazón, de profundas y castísimas delicias.

Padre, ¿qué nombre puede haber tan dulce y lleno de consuelo, que reanime y vuelva la esperanza, aunque estemos en la síma de todas las desgracias? ¿cuál otro nos revela en tanto grado, el cariño y la ternura de aquél á quien lo damos?

Al pensar en la grandeza del Señor, en su terrible y asombrosa majestad; y al pensar tambien en nuestra propia nada, ¿podrémos por ventura, llamarle Nuestro Padre, y tener en el pecho, el bello sentimiento de piedad filial? Si el Hijo Unigénito del Padre, no nos lo hubiese permitido, no habríamos tomado en nuestros labios, tan santo y adorable nombre; pero Él no se avergüenza de llamarnos sus hermanos, y nos dice que cuando oremos digamos: Padre nuestro que estás en los cielos. (1) Y una vez que podemos llamar al Señor, con tan dulce y adorable nombre ¿no saltará de júbilo nuestra alma? y ¿nuestra misma carne, y nuestros huesos, no se alegrarán en el Eterno? Aquella infinita grandeza del Señor, su asombrosa y terrible majestad, se inclinan hasta el hombre; y el hombre lleno de confianza, una y otra vez exclama: Padre mio, Padre mio. ¿Qué más pudiéramos decirle, ó con cuál otra palabra, expresar cuánto es el amor que le tenemos, la gratitud que nos inspira, y la entrega de todo nuestro sér que hacemos en sus ma-

(1) Heb. II. 11—Matth. VI. 9.

nos?

El nombre de Padre es fundamento indestructible de sólida esperanza. Dios es Nuestro Padre, y sin descanso velará sobre sus hijos: nadie, jamás, podrá arrancarlos de su seno, ni hacer que nos olvide; solícito nos cuida, nos defiende de todos los peligros, y nos salva de todas las miserias. ¿No veis cómo el águila protege su nido, y extiende las alas, cubriendo á sus hijuelos? Ella es madre. ¿No veis á la gallina que recoge á sus hijitos, y los oculta á la vista del halcón? También ella es madre; y una madre no se olvida del hijo que llevó en su seno; (1) mas le tiene compasión; y si ella lo llega á olvidar, el Señor no lo hará con nosotros; y por qué? Tú eres nuestro verdadero Padre, decía Isaías, porque Abraham no nos conoció, Israel no supo nada de nosotros. Tú, oh Señores! eres Nuestro Padre, Nuestro Redentor: este es tu nombre desde la eternidad. (2)

La más grande ternura que nos prodigan las criaturas, es una sombra que se desvanece, una pálida imagen que se borra con un ligero soplo; y los más estrechos vínculos de la sangre y la amistad, son débiles lazos, si se comparan con la ternura que el Señor nos tiene, y las fuertes cadenas con que aprisiona el alma de sus hijos: y lazos y ternura de amigos, hermanos, y padres, son apenas las primeras gradas de esa hermosa y elevada escala, por donde vamos subiendo hasta el Señor.

Dios es Nuestro Padre; ved aquí por qué nos castiga con tanto miramiento, y nos conduce de la mano

[1] Isa. XLIX. 15. [2] LXIII. 16.

por las sendas de la vida; si caímos nos levanta; si nos extraviáramos nos vuelve al camino abandonado. Los ojos de ese Padre están sobre sus hijos..... Él mismo es su esperanza..... su protector poderoso, fuerte apoyo, un toldo contra los ardores del sol, y fresca sombra contra el resistero del mediodía; sosten para que no tropiecen: socorro en las caídas; eleva el alma, alumbrá los ojos; da salud, vida, y bendición..... Él sólo es todas las cosas para aquellos que en el camino de la verdad y de la justicia lo aguardan con paciencia. (1)

El grito del amor y de la miseria salen del pecho inspirados dulcemente, por este nombre, Padre. ¿Cuál sería la condición de nuestro amor, si no pudiésemos llamar á Dios, por Nuestro Padre? Y ¿qué socorro alcanzaríamos en los males que continuamente nos afligen? Serían desconocidas de nosotros aquellas inefables y santas afecciones de la piedad filial, para con Dios, pues San Juan, primero nos ha dicho que Dios quiere que seamos llamados hijos de Dios, y después añade, que también quiere que lo seamos. [2] Dios en su bondad, no sólo nos permite que le llamemos Padre, también lo quiere, y lo demuestra así dándonos la caridad por la que, tengamos el nombre de hijos suyos y lo seamos..... ¿Qué gloria y delicias se pueden comparar, á las santas delicias y la gloria que alcanzamos, al pronunciar estas palabras: Ahora somos hijos de Dios? [3] Se dilata sin medida, el corazón del hombre. Somos hijos de Dios. Creemos, esperamos, amamos, reposando dulcemente, en el seno

(1) Eccl. XXXIV. 15.-22 (2) I. III. 1. (3) Id. v. 2.

del más tierno y cariñoso Padre. Mi pueblo, decía el Señor en otro tiempo, reposará en hermosa mansion de paz y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia. [1] Ni en el cielo, ni en la tierra hallaremos nunca, mansion tan deliciosa y bella, morada tan segura, descanso tan precioso, como el seno querido de Aquél Señor á quien llamamos Padre.

Sin el nombre de Padre hemos dicho, que sería tristísima la condicion de nuestros males; porque en efecto, el amor paternal de Nuestro Dios amado, es el que lo inclina á calmar nuestros dolores, remediando las necesidades que sufrimos. Vuestro Padre sabe las cosas de que teneis necesidad. Mirad las aves del cielo que no siembran ni recogen, y vuestro Padre les da de comer. No es voluntad de vuestro Padre que perezca uno solo de estos pequeñuelos. (2)

Teniendo, pues, el consuelo de llamar á Dios, Nuestro Padre, tenemos abierta la fuente de la vida, y á nuestro alcance el remedio de todos los males que nos cerquen. Si acaso creemos que tarda en socorrernos, no perdamos la esperanza, que está escrito: Si tardare, esperadle; que el que ha de venir, vendrá, y no tardará. (3)

En verdad Dios es el Señor, y el Padre más tierno y amoroso que tenemos, y cuyo nombre no debía venir á nuestros labios, sino entre bendiciones y dulces alabanzas, y dejando abrasada toda el alma, en el fuego del amor; mas ¡ay! que no sucede así; y con repetir frecuentemente aquél sagrado nombre, tal vez no exci-

(1) Isa. XXXII. 18. (2) Matth. VI. 8, 26.-XVIII. 14. (3) Habac. II. 3. D. Bonav. Com. Theol. I. 4. c. 6.

ta ya, ni mueve el corazon, cual si hubiese perdido la gran virtud que tiene. Ó ¡acaso al pronunciarlo, hemos elevado á Nuestro Dios, un acto de profunda y humilde adoracion? ¡ó podrá decirnos, como en otro tiempo á los hijos de Israel, estas palabras: El Hijo honra á su Padre, y el siervo á su Señor: pues si Yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me pertenece? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde la reverencia que me es debida? (1) Estas palabras nos llenan de sonrojo: ¡inclínase Dios hasta nosotros para llamarnos hijos, querer que le llamemos Padre, y con todo, no darle el honor que le es debido! Y Dios, sin embargo, lleno de bondad, no aparta sus ojos de nosotros, ni arranca de su seno el cariño que nos tiene, ni cierra los brazos de su amor en que quiere recibirnos: siempre nos tiene por sus hijos, y podemos siempre, llamarle Nuestro Padre: ¿cómo explicar su sagrada conducta que no cambia, y su incansable y tierno amor? Yo soy el Señor, y soy inmutable: y por eso vosotros, oh hijos de Jacob, no habeis sido consumidos. (2) Admira en verdad, y no se explica de otro modo, la benigna y adorable conducta del Señor hácia nosotros: es inmutable, y no cambian los designios de su santo amor; tiene, en fin, un corazon de Padre; y al decirlo, bien quisiéramos amarlo con cariño inmenso, y quedar abrasados en las vivas llamas de la más ardiente y divina caridad. Lo amamos con todo el corazon, porque un hijo, de este modo debe amar á tan tierno y amoroso Padre; lo amamos, decimos otra vez, porque es infinita y adorable su bondad; lo amamos porque

(1) Malach I. 6. (2) Id. III. 6.

Él mismo nos ha dado el corazón, que no debe tener otro destino, más que pensar en Él, bendecirlo y amarlo sin descanso.

CAPÍTULO XV.

EL HIJO DE DIOS,

EL VERBO DIVINO, LA IMÁGEN DEL PADRE.

§ I.

Sin dejar un momento los brazos del Padre celestial, nos arrojamos á los piés de su Divino Hijo, para bendecirlo, amarlo, y ocuparnos en su conocimiento.

¿Cuáles son los nombres propios de la segunda persona de la Divina Trinidad? Los que sólo le convienen en fuerza de su procesion, Hijo, Verbo é Imágen. Respecto del primero, el de Hijo, no corresponde sino á Esta segunda persona, pues Ella solamente, ha sido engendrada de la substancia del Padre.

De la misma manera la razon de Verbo, que es el término del entendimiento fecundo del Padre, sólo pertenece al Hijo. Y por último, para la razon de imágen se requiere la semejanza en la naturaleza, en fuerza de la procesion; y esto, tambien, sólo corresponde á la segunda persona semejante en virtud de su procesion al Eterno Padre, con quien tiene una misma naturaleza. (1)

Estos nombres, aunque realmente nos dicen lo mismo, con todo se distinguen por el modo de su signifi-

(1) Charnes.

cacion, y el órden con que se refieren á sus respectivos objetos; y así la segunda persona se llama Hijo con relacion á su Padre, Verbo respecto al entendimiento, al que manifiesta lo que conoce; é imágen por el principio que imita. (1)

El Verbo significa cierta emanacion del entendimiento; y como la persona que procede del Padre, por esta emanacion, es el Hijo, el nombre de Verbo le es enteramente propio.

Y en cuanto al nombre de imágen, solamente al Hijo se le da en la divina Escritura. Él es la imágen del Dios invisible, engendrado ante toda criatura.—Esplendor de la gloria y figura de la sustancia del Padre. (2) Y aunque el Espíritu Santo es semejante en la naturaleza al Padre y al Hijo, tal semejanza no la tiene, formalmente, en fuerza de su procesion, sino idénticamente porque es amor divino; mas el Hijo procediendo como Verbo, es semejante al Padre, formalmente, en fuerza de su misma procesion. (3)

La imágen, pues, segun hemos visto, exige dos condiciones, la semejanza y la procesion; y ámbas convienen á la segunda persona; procede del Padre, y le es semejante en la naturaleza; y es imágen tanto más perfecta cuanto lo es la misma semejanza, es decir, perfectísima, pues llega hasta la identidad de la misma naturaleza.

Imágenes hay que no son verdaderas, porque no representan con fidelidad su prototipo; son inanimadas, ó mudas, porque carecen de vida ó no pueden hablar; y por último, hay otras, vanas, vacías, por care-

(1) Imitatio in divinis non significat posterioritatem, sed solam assimilationem. D. Th. 1. p. q. 35. a. 1. ad 3. (2) Coloss I. 15.—Heb I. 3. (3) Billuart. De Persona Filii.

Él mismo nos ha dado el corazón, que no debe tener otro destino, más que pensar en Él, bendecirlo y amarlo sin descanso.

CAPÍTULO XV.

EL HIJO DE DIOS,

EL VERBO DIVINO, LA IMÁGEN DEL PADRE.

§ I.

Sin dejar un momento los brazos del Padre celestial, nos arrojamos á los piés de su Divino Hijo, para bendecirlo, amarlo, y ocuparnos en su conocimiento.

¿Cuáles son los nombres propios de la segunda persona de la Divina Trinidad? Los que sólo le convienen en fuerza de su procesion, Hijo, Verbo é Imágen. Respecto del primero, el de Hijo, no corresponde sino á Esta segunda persona, pues Ella solamente, ha sido engendrada de la substancia del Padre.

De la misma manera la razon de Verbo, que es el término del entendimiento fecundo del Padre, sólo pertenece al Hijo. Y por último, para la razon de imágen se requiere la semejanza en la naturaleza, en fuerza de la procesion; y esto, tambien, sólo corresponde á la segunda persona semejante en virtud de su procesion al Eterno Padre, con quien tiene una misma naturaleza. (1)

Estos nombres, aunque realmente nos dicen lo mismo, con todo se distinguen por el modo de su signifi-

(1) Charnes.

cacion, y el órden con que se refieren á sus respectivos objetos; y así la segunda persona se llama Hijo con relacion á su Padre, Verbo respecto al entendimiento, al que manifiesta lo que conoce; é imágen por el principio que imita. (1)

El Verbo significa cierta emanacion del entendimiento; y como la persona que procede del Padre, por esta emanacion, es el Hijo, el nombre de Verbo le es enteramente propio.

Y en cuanto al nombre de imágen, solamente al Hijo se le da en la divina Escritura. Él es la imágen del Dios invisible, engendrado ante toda criatura.—Esplendor de la gloria y figura de la sustancia del Padre. (2) Y aunque el Espíritu Santo es semejante en la naturaleza al Padre y al Hijo, tal semejanza no la tiene, formalmente, en fuerza de su procesion, sino idénticamente porque es amor divino; mas el Hijo procediendo como Verbo, es semejante al Padre, formalmente, en fuerza de su misma procesion. (3)

La imágen, pues, segun hemos visto, exige dos condiciones, la semejanza y la procesion; y ámbas convienen á la segunda persona; procede del Padre, y le es semejante en la naturaleza; y es imágen tanto más perfecta cuanto lo es la misma semejanza, es decir, perfectísima, pues llega hasta la identidad de la misma naturaleza.

Imágenes hay que no son verdaderas, porque no representan con fidelidad su prototipo; son inanimadas, ó mudas, porque carecen de vida ó no pueden hablar; y por último, hay otras, vanas, vacías, por care-

(1) Imitatio in divinis non significat posterioritatem, sed solam assimilationem. D. Th. 1. p. q. 35. a. 1. ad 3. (2) Coloss I. 15.—Heb I. 3. (3) Billuart. De Persona Filii.

cer de virtud, y que no ejecutan cosa alguna; mas la imágen de que hablamos, es la verdad y la virtud de Dios, no es muda porque es el Verbo; no es vana porque es virtud; ni vacía porque está rebosando vida eterna; no está muerta porque es resurrección. (1)

Hé aquí por qué la segunda persona de la Divina Trinidad, es la imágen del Padre, y de solo Él es de quien únicamente procede como de origen y principio. (2)

Pero hablemos de cada uno de estos divinos y adorables nombres, de la segunda persona.

El nombre de Hijo nos declara su adorable é infinita riqueza: en Él están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. [3] El Padre le ha dado cuanto tiene, al comunicarle la divina esencia; mas ahora queremos contemplar las siguientes glorias con que lo ha coronado el mismo Padre: El Sacerdocio, el imperio, y el poder de legislar; y todo esto porque es su Hijo: Contigo está el principado, en el día de tu poder, en medio de los resplandores de la santidad de mis entrañas te engendré, ántes de existir el lucero de la mañana. Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres Sacerdote sempiterno, segun el orden de Melquisedec. Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy. Pídememe y te daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra. (4) Y el Hijo de Dios ha dicho: Escucha, pueblo mio, mi ley; y ten atentos tus oídos para percibir las palabras de mi boca. La abriré profiriendo parábolas: diré cosas recónditas desde el principio del mundo. (5) Y del mismo Hijo, decía el Divino Padre: Yo estaré

(1) D. Ambros. De Fide L. 1. c. 4-Gonet. (2) Id. (3) Coloss. II. 3. (4) Ps. CIX. 3, 4.-II, 7, 8. (5) Id. LXX. VII. 1, 2.

con Él: mi escogido, en quien se complace mi alma: sobre Él he derramado mi Espíritu; Él mostrará la justicia á las naciones..... Y de Él esperarán la ley divina, las islas. (1) Y el mismo Verbo, decía por un profeta: Pondré mi ley en las entrañas de mi pueblo, y las escribiré en sus corazones; y Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo..... esto dice el Señor que manda el sol para dar luz al día, y ordena el curso de la luna y de los astros para esclarecer la noche, el que turba el mar y suenan sus ondas, el que se llama Señor de los ejércitos. [2]

El sacerdocio del Hijo de Dios. Los sacerdotes, al ser consagrados, reciben la unción, y un carácter indeleble y divino; tienen que ofrecer á Dios el sacrificio, é invocar su santo nombre. Respecto del Verbo Eterno ved aquí lo que hallamos escrito: Oh Dios! amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso te ungió, oh Dios! el Dios tuyo con óleo de alegría, con preferencia á tus compañeros. [3] Ese bálsamo santo, designa el poder de la esencia de Dios, que el Hijo recibe del Padre, que en Sí mismo tiene todo bien y toda hermosura, la riqueza y la fragancia de la virtud del Padre. (4)

En cuanto al carácter del sacerdocio del Hijo de Dios, su Majestad nos dijo, que el Padre, que es Dios, imprimió en Él su divino sello. (5)

Respecto al sacrificio y la invocación, que el mismo Verbo que es el Cordero de Dios muerto desde el origen del mundo, (6) presenta á su Padre, oigamos á

(1) Isa. XLII. 1, 4. (2) Hierem. XXXI. 33, 35. Menoch. (3) Ps. XLIV. 8. (4) Euseb. L. 4. Demons. Evang. c. 15. (5) Joann. VI. 27. (6) Apoc. XIII. 8.

San Pablo: Tenemos un Pontífice, que está sentado á la diestra del trono de la Majestad en los cielos, y es el ministro del santuario, y el verdadero tabernáculo, erigido por el Señor, y no por hombre alguno..... Pontífice que por el Espíritu Santo, se ofreció á Sí mismo inmaculado á Dios: [1] y de quien está escrito: Él me invocará diciendo: Tú eres mi Padre..... y Yo le constituiré primogénito, y el más excelso entre los reyes de la tierra. (2)

Sobre el imperio del Hijo de Dios, nos dice San Juan: Vi el cielo abierto y hé aquí un caballo blanco y el que estaba montado sobre él, se llamaba Fiel y Veraz, el cual juzga con justicia, y combate. Eran sus ojos como dos llamas de fuego, y en la cabeza tenia muchas diademas, y un nombre escrito, que nadie lo entiende sino Él mismo. Y vestía una ropa teñida en sangre; y Él se llama el Verbo de Dios..... y salía de su boca una espada de dos filos, para herir con ella á las naciones..... Y tiene escrito en su ropa y en el muslo: Rey de reyes y Señor de los señores. (3)

Por lo que hace, finalmente, al carácter de legislador que tiene el Hijo, Isaías se expresaba de este modo: El que anda por las sendas de la justicia, y habla verdad..... tendrá su morada en las alturas; vivirá seguro, en una alta roca: tendrá pan en abundancia, y nunca le faltará el agua. Los ojos contemplarán al Rey en su gloria; y la tierra la verán muy léjos. Tu corazón hará memoria de sus pasados temores. ¿Dónde está, dirá entónces, el letrado? ¿dónde el que pesa-

[1] Heb. VIII. 1, 2.-IX. 14. (2) Ps. LXXXVIII. 27. D. Th. 1. p. q. 23. a. 2. (3) Apoc. XIX. 11, 16.

ba las palabras de la ley? ¿dónde el maestro de niños?..... Vuelve la vista á Sion, ciudad en que se celebran nuestras solemnidades. Tus ojos verán á Jerusalem, mansion opulenta; un tabernáculo que no podrá ser trasladado á otra parte..... Allí solamente hace Nuestro Señor alarde de su magnificencia..... Pues el Señor es nuestro Juez, Él es nuestro Legislador, el Señor nuestro Rey: Él es quien nos ha de salvar. (1)

Sacerdote, Rey, Legislador. Al contemplar reunidas en la frente del Hijo de Dios, estas diademas, lo adoramos lo bendecimos y lo amamos con todo el corazón. Brilla la santidad más perfecta, en su divino sacerdocio; Pontífice santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, más excelso que los cielos. (2) Su imperio nos descubre su inmenso poder, y su ley inmaculada y santa, la rectitud de su justicia; El Señor juzgará los términos de la tierra, y dará el imperio á su Rey, y ensalzará el poder de su Cristo. (3)

La santidad, el poder, y la grandeza del Hijo de Dios son para nosotros inagotables fuentes de amor y de consuelo: ¿quién es el Santo, quién es el grande, y quién, en fin, el poderoso? El Hijo de Dios, Sacerdote, Rey, Legislador supremo. Sacerdote, y llevado del inmenso cariño que nos tiene se ofreció á Sí mismo por nosotros: Tú no has querido, dijo á su Padre, sacrificio ni ofrenda; pero me has dado oídos perfectos: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entónces dije: Aquí estoy: Yo vengo, segun está escrito de Mí al principio del libro, para cumplir oh

(1) Isa. XXXIII. 15, 22. Seio. (2) Heb. VII. 26. (3) I. Reg. II. 10.

Dios! tu voluntad. Esto he deseado siempre, oh Dios mio; y tengo tu ley en medio de mi corazon. He anunciado tu justicia en una grande asamblea; no tendré jamas cerrados mis labios: Señor Tú lo sabes. No he tenido tu justicia escondida en mi corazon: publiqué tu verdad, y la salud que de Ti viene. Ni oculté tu misericordia ni tu verdad á la numerosa congregacion. (1)

¡Qué sacrificio tan noble, y generoso; qué deseos tan vivos, y qué mision, en fin, de la más tierna y santa caridad desempeñada con amor tan grande y perfecto!

Pensar en el sacerdocio del Hijo de Dios, ¿no es descubrir al mismo tiempo, aquellas ardientes y abrasadas llamas que consumen su divino corazon por la gloria de su Padre y la salud de los mortales? ¿no es estar oyendo aquellos amorosos y sentidos ruegos con que intercede sin descanso por nosotros? Y ¿no sentimos lleno de confianza el corazon? Puede perpétuamente salvar á los que por medio suyo se presentan á Dios; como que está siempre vivo para interceder por nosotros. [2]

Teniendo, pues, firme esperanza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo.....teniendo asimismo, á Éste gran Sacerdote constituido sobre la casa de Dios..... mantengamos inconcusa la esperanza que hemos confesado, (que es fiel quien hizo la promesa) y pongamos los ojos los unos en los otros, para incentivo de caridad y buenas obras. (3)

No son menores las delicias y consuelos que goza el

(1) Ps. XXXIX. 7, 11. (2) Heb. VII. 25. [3] Id. X. 19.-24.

corazon bajo el imperio y en la ley del Hijo de Dios; porque ese amado y soberano Hijo que es nuestro Rey desde el principio de los siglos, ha obrado la salud en medio de la tierra; y emplea su omnipotencia en hacernos bien: ¿no veis cómo multiplica sus favores, y obra milagros estupendos por salvar á sus hijos? Dió solidez á las aguas del mar; quebrantó en medio de las aguas las cabezas de los dragones. Hizo brotar de los peñascos fuentes y arroyos; secó rios caudalosos. De Él es el dia, y de Él tambien la noche: crió la aurora y el sol: hizo todas las riquezas de la tierra: el estío y la primavera son obras suyas. (1)

El Hijo de Dios es bondadoso y justo; por esto dará su ley á los pecadores mostrándoles el camino que deben seguir. Dirigirá á los humildes por la via de la justicia: y á los mansos mostrará sus sendas. Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad para los que buscan su alianza y sus santos mandamientos. (2)

La ley que nos ha dado este Hijo Santo, es un manantial de consuelos y delicias. Dichoso quien tiene puesto en ella toda su voluntad, y la está meditando de continuo. Él será como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, que dará su fruto en el debido tiempo, cuyas hojas no caerán. (3) Árbol cuya sombra es bienhechora, su aroma fragante, sus flores hermosas, su fruto dulcísimo.

La ley del Señor es inmaculada, y convierte las almas..... sus mandamientos son rectos, y alegran los corazones: la luz de sus divinos preceptos alumbrá los

(1) Ps. LIII. 12, 17. (2) Id. XXIV, 8, 10. (3) Id. I. 2, 3.

ojos..... los juicios de Dios son verdad: en sí mismos están justificados: son más codiciales que la abundancia de oro y de piedras preciosas: más dulces que la miel y el panal. Por esto tu siervo los guarda, y al guardarlos queda lleno de dulzura y de consuelo, y bien galardonado. (1)

Grande es y muy amable la dulzura que gustamos en la ley de Dios: y con todo, el Hijo del Eterno aumenta sus encantos y divinos atractivos, cuando trata de ponerla en nuestros hombros: oigamos sus palabras, más dulces que la miel, más suaves que el panal: Venid á Mí todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas: porque suave es mi yugo y ligero mi peso. (2)

No son estos los únicos motivos que el amor del Hijo de Dios nos presenta, al imponernos su ley; contemplemos otras efusiones de su ardiente y amable ternura. Si permanecéis en Mí, nos dice, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisieris; y se os concederá. Mi Padre queda glorificado en que lleveis mucho fruto, y seais mis discípulos. Al modo que mi Padre me amó así Yo os he amado. Perseverad en mi amor. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como Yo también he guardado los preceptos de mi Padre, y persevero en su amor. Os he dicho estas cosas, á fin de que os goceis con mi gozo, y el gozo que tengais sea completo. Es mi precepto que os améis unos á otros como

(1) Id. XVIII. 8, 12. (2) Matth. XI. 28, 30.

Yo os he amado..... vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamaré siervos; pues el siervo no sabe lo que hace su amo. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he revelado cuantas cosas oí de mi Padre. Vosotros no me elegisteis á Mí, sino Yo á vosotros..... Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á Mí primero que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría; pero como no sois del mundo, sino que de él os entesaqué, el mundo os aborrece. [1]

¡Qué palabras tan llenas de encanto, qué expresiones tan llenas de amor! El Rey eterno, el Gran Legislador es quien habla; cómo, pues, cual si olvidase que tiene en sus manos el cetro del imperio, y su voluntad es la ley eterna, para animarnos á cumplirla, reúne tantos motivos del más sensible amor? La gloria del Padre, la promesa de su santo amor, sus ruegos de tierno cariño, su ejemplo sagrado, su gozo divino que ofrece también á todos sus hijos; el nombre más dulce con que honra á los suyos, su grande confianza al hacerles patentes los divinos secretos que el Padre le ha dicho; su elección amorosa y gratuita; las flores que adornan el labio del cáliz que El bebe primero; el indicio dichoso, por fin, que anuncia y revela el odio del mundo; indicio que llena de aliento y confianza, aun estando rodeados de inmensa desgracia.....

El imperio del Hijo de Dios, su ley sacrosanta, es por lo mismo, el consuelo, la vida, la paz, la dulzura, y todos los bienes. No hay dicha ninguna, ni esperanza que alegre nuestra alma, que no se halle en la ley

(1) Joann. XV. 7, 19.

y el imperio de que hablamos: y al contrario, apartándonos del Hijo de Dios, dejando su ley, seremos envueltos en todos los males: ¡Oh Señor, decía un profeta, esperanza de Israel! Todos los que te abandonan quedarán confundidos; los que de Ti se alejan serán escritos en la tierra; porque han abandonado al Señor, vena de aguas vivas. (1)

Estemos, pues, bajo el imperio del Hijo de Dios, y observemos su ley sacrosanta.

§ II.

La segunda persona de la Santísima Trinidad se llama también, Verbo del Señor, y procede eternamente del Padre.

El Padre entendiéndose á Sí mismo, y al Hijo, y al Espíritu Santo, y todo lo que se contiene en su divina ciencia, concibe al Verbo; y de esta manera, toda la Trinidad, y toda criatura, se dice en el Verbo. [2]

El Verbo Divino, debe proceder del conocimiento del Padre; conocimiento necesario, perfectísimo, infinito, y comprensivo de la deidad; pues la representa toda, y el mismo Verbo es infinito; conocimiento, en fin, por el cual, el Padre conoce todas las cosas que formalmente existen en Dios. (3) Tal conocimiento abarca por lo mismo, el de la esencia divina, y el del Padre, y el del mismo Hijo, y el del Espíritu Santo, comunicándose al mismo Hijo, con infinita grandeza, con divina y real magnificencia; pues que siendo engendrado enteramente igual á su Divino Padre, Éste Padre

(1) Hierem. XVII. 13. (2) D. Th. 1. p. q. 34. a. 1. Ad. tertium.
(3) Gotti.

no se hubiera dicho á Sí mismo, íntegra y perfectamente, si en su eterna palabra hubiese más ó menos que en el mismo Padre. (1)

Mas no sólo esto: el Verbo Divino procede también, del conocimiento de todas las criaturas posibles; pues Dios conociéndose á Sí mismo, las conoce todas; y el Verbo concebido en su mente, representa todo lo que el mismo Padre entiende; y como en un acto se entiende á Sí mismo y todas las cosas, de todas estas y del mismo Padre, es expresivo su único Verbo. Y así como la ciencia de Dios es tan sólo cognocitiva de Dios; y respecto de las criaturas, es además, operativa; así el Verbo Divino, es expresivo solamente, de lo que existe en el Padre; mas respecto de las criaturas es también operativo. [2]

Procede el Verbo Divino del conocimiento comprensivo de la esencia; mas la esencia no puede comprenderse de esta manera, sin comprender la omnipotencia, la cual asimismo no se comprende, si en ella no se ve todo lo que le está unido necesariamente; y como las criaturas posibles, están en este caso, no sólo en general, sino cada una separadamente, se sigue que el Verbo Divino procede del conocimiento de todas ellas.

Mas de lo dicho no se infiere que el Verbo proceda de las mismas criaturas; porque Dios no las conoce por alguna ciencia que estas le hayan dado; sino por su esencia: y así el Verbo solamente las expresa, las conoce; mas no recibe de ellas, sino de su Padre, la divina esencia. (3)

(1) D. August. De Trinit. L. 15. n. 23. [2] D. Th. 1. p. q. 34. a. 3.
[3] Id. ad. Tertium. Cerboni.

Lo que hemos asentado nos revela también, que el Verbo del Señor no procede del conocimiento de las cosas futuras, como si estas influyesen en su procesion; sino sólo juntamente; (concomitanter) porque es necesario y natural el conocimiento de que procede el mismo Verbo; y el de las cosas futuras no es natural ni necesario; sino que supone el libre decreto de Dios, sin el cual, así como nunca serían, así también no sería su conocimiento. Si el Padre eternamente se entiende, también eternamente se dice; y el Verbo siempre está en su seno. Si pensamos, pues, en ese Verbo, existan ó no existan las criaturas, Él siempre es coeterno á su principio. (1)

Mas una vez supuesto el decreto de la existencia de las criaturas conocidas por el Padre, su Verbo debió expresarlas, como que expresa todo lo que conoce el mismo Padre; y por esto así como el Padre pudo no conocer cómo existentes las criaturas que habían de existir, según que estuvo en su mano el no decretar su existencia; pero una vez decretada, fué necesario su conocimiento, así también, el Divino Verbo, una vez decretadas debió representarlas.

¿Quién no ve, pues, la infinita y adorable perfección del Hijo de Dios? Cierto es que no podrá hacer, sino lo que viere hacer á su Eterno Padre; mas Este Padre ¿hará por ventura, alguna cosa que no muestre á su Hijo? ¿cuál sería entonces, la palabra con que hablase el mismo Padre, ó el concepto que no hubiera ya expresado en su Divino Verbo?

Encanta y arrebató el alma, tan hermoso y divino

(1) D. Anselm. Monol. c 2.

pensamiento! El Verbo de Dios es tan perfecto, que todo el conocimiento del Padre, brilla en la eterna procesion del Hijo; porque Éste Hijo, es el vivo y adorable resplandor de la luz increada, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad.....

(1) ¿De su bondad? ¿pues por ventura San Pablo no nos dice que el Hijo, es la imagen de la sustancia del Padre? (2) Ciertamente así es; mas la naturaleza de Dios es la bondad. Indaguemos, pues, de qué manera el Hijo representa la bondad de su Divino Padre.

Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna. [3] Esta es la más hermosa y grande manifestacion de la bondad del Padre; ¿y por qué? Porque esa dádiva preciosa sobrepasa toda estimacion: es un tesoro infinito para los hombres, que á cuantos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios, y recomendables por los dones de la doctrina. [4]

El mundo cargado de crímenes, envuelto en tinieblas, y marchando á grandes pasos por sendas de espantosa corrupcion, ciertamente no era digno de recibir aquel tesoro, ni de ser enriquecido, con la preciosa margarita de los cielos. No deis las cosas santas á los perros, ni echeis vuestras piedras preciosas delante de los cerdos: no sea que las huellen, y revolviéndose contra vosotros os despedacén, nos dijo el Divino Salvador. (5) ¿Cómo, pues, el Padre nos dió á su Hijo? Sólo el amor que tiene al mundo nos explica su sagra-

(1) Sap. VII. 26. (2) Heb. I. 3. Figura ponitur pro imagine. D. Th. hic. (3) Joann. III. 16. (4) Sap. VII. 14. (5) Matth. VII. 6.

da y amable conducta. Que por lo demas, ¡cuántas veces, ay dolor, hemos cumplido desgraciadamente, el anuncio del Divino Maestro: hollamos los dones del cielo y nos volvemos contra el mismo Dios! Dios no lo ignoraba, y esto es en verdad, lo que hace brillar más y más, la caridad de Dios hácia nosotros, que entonces mismo, cuando todavía éramos pecadores, fué, que en el tiempo señalado, murió Cristo por nosotros, su propio Hijo á quien no perdonó, sino que lo entregó á la muerte por nuestra salud. (1)

¿Podrá el Padre, expresar de un modo más sublime y convincente su divina y abrasada caridad hácia nosotros? Ved, pues, cómo el Hijo Santo, es la incomparable y bella imágen de la bondad del Padre. Al ver á ese Hijo entre nosotros, el corazón se abrasa en las ardientes llamas del amor del Padre, que nos le dió. Lo amamos con todo nuestro afecto: ¿quién no siente como una dulce y secreta violencia, que sin ofender su propia libertad, lo va llevando, tan santa y suavemente, á los brazos de ese tierno y amoroso Padre? Sin duda alguna que fuera necesario tener un corazón de bronce, ó ignorar del todo, quién es el Hijo del Eterno, para permanecer indiferente á esa prueba del amor del Padre, en habernos dado á su mismo Hijo.

El Hijo de Dios es la santa y adorable imágen de la bondad de su Padre. Ese Verbo es el Hijo de su amor, nos dice San Pablo; ¿cómo hará brillar sobre nosotros, la bondad infinita del que lo ha engendrado en los resplandores de la santidad? Extiende á nosotros su divina filiación; no ciertamente, aquella por la

(1) Rom. V. 8, 9. VIII. 32.

cual Él mismo, es el Unigénito del Padre, sino tan sólo la adoptiva: nos hace sus hermanos; y no se confunde en llamarnos con tan dulce nombre. ¡Hermanos del Hijo de Dios, hijos adoptivos del Divino Padre! ¿Quién no descubre en esos títulos gloriosos, la bondad de Aquél que nos adoptó en su mismo Unigénito? ¡Oh, con cuánta verdad dijo á su Padre el Divino Salvador: Padre Yo por Mí te he glorificado en la tierra..... manifesté tu nombre á los hombres que me has dado del mundo! (1) Sí, el Hijo ha manifestado el nombre de su Padre, nos ha dicho que somos sus hermanos, y en seguida nosotros pronunciamos llenos de confianza, y deshecho de ternura el corazón, este amado y dulcísimo nombre: Padre mio, Padre mio.

¡Oh quién nos diese un corazón de fuego para amar con ardientes y abrasadas llamas al Hijo Santo del Divino Padre que se ha dignado hacerse nuestro hermano! Mas no creamos que aquí terminan las maravillas de su tierno afecto: un nuevo rayo de la luz del cielo alumbrá nuestras almas llenándonos de asombro; y nos descubre la bella imágen de la bondad del Padre. El Padre engendra al Hijo en su divino seno; el Hijo nos recibe por hermanos, y también nos adopta por sus hijos: las maravillas se multiplican y el amor está rebosando en su misma fuente. ¿No recordais aquella voz divina que salió de los labios del Hijo de Dios: Hijitos míos, aún estoy un poco con vosotros..... Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, así como Yo os he amado? (2) No hay expresión que nos llegue así hasta el al-

(1) Joann. XVII. 4, 6. (2) Joann. XIII 33, 34.

ma, como la expresion de hijitos, que nos revela una ternura inmensa, que el hombre no comprende ni merece: ¿qué dirémos del Hijo de Dios que nos trata de este modo? ¿dónde puede hallarse el corazon que no le ame? y ¿quién, pensando en esto, y recordando las palabras de San Pablo: Así como hemos llevado la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la imágen del hombre celestial; (1) ¿quién no deseara ser trasformado en la misma imágen del Hijo de Dios? y ¿quién no siente el más vivo y profundo regocijo al pronunciar estas palabras: Somos ya hijos de Dios, hijos del Padre..... Sabemos que cuando se manifestare claramente Jesucristo, serémos semejantes á Él, porque lo verémos cómo Él es, cara á cara. (2)

¿Qué dirémos, otra vez preguntamos, del Hijo de Dios? Que es nuestro amado, nuestro hermano querido, y dulcísimo Padre; que si hay por desgracia corazones que vivan sin Él, con su gracia divina nosotros jamas dejaremos de amarle. Por Él suspiramos; Él es nuestro gran pensamiento, nuestro afecto sagrado, el contento, el consuelo, la paz, la dulzura, y el júbilo ardiente y divino que encanta nuestra alma, y nos hace dichosos. Nada hay en el mundo, nada hay en el cielo que amemos sin Él; buscamos su rostro, pedimos su amor, y en Él esperamos, alegres diciendo: Tú eres mi única esperanza, mi herencia dichosa en la tierra de los vivientes. (3)

(1) I. Cor. XV. 49. (2) I. Joann III. 2. -Beda ap. Scio. (3) Ps. CXLI. 6.

CAPÍTULO XVI.

NOMBRES DE LA TERCERA PERSONA DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD.

§ I.

El Espíritu Santo, el Amor Divino, el Don de Dios. Estos tres nombres que damos á la Tercera persona de la Santísima Trinidad, nos inspiran los más hermosos y elevados pensamientos, y conmueven santamente el corazon. Dios es Espíritu, y los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad. (1) El Espíritu Santo es Dios, y nosotros queremos adorarlo en espíritu y verdad. ¿Hasta dónde será indispensable remontarnos, para rendirle la más tierna y humilde adoracion? Que El mismo por su inefable bondad, extienda su mano divina sobre nosotros, y nos tome y levante en espíritu entre el cielo y la tierra, y nos lleve á Jerusalem, á la vision de santa y dulce paz, á contemplar allí las maravillas y grandezas que se encierran en los gloriosos nombres que le damos. (2) Mas ¿cómo pedir tan excelentes dones, cuando apenas somos miserables gusanillos que nos vamos arrastrando por el suelo; hombres despreciables que no merecemos la atencion de los demas; que debemos confundirnos de nuestra osadía en tratar tan profundas materias, tal vez creyendo, que al pensar en ellas, las hemos comprendido, ó que

(1) Joann IV. 24. (2) Ezech. VIII. 3.

ma, como la expresion de hijitos, que nos revela una ternura inmensa, que el hombre no comprende ni merece: ¿qué dirémos del Hijo de Dios que nos trata de este modo? ¿dónde puede hallarse el corazon que no le ame? y ¿quién, pensando en esto, y recordando las palabras de San Pablo: Así como hemos llevado la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la imágen del hombre celestial; (1) ¿quién no deseara ser trasformado en la misma imágen del Hijo de Dios? y ¿quién no siente el más vivo y profundo regocijo al pronunciar estas palabras: Somos ya hijos de Dios, hijos del Padre..... Sabemos que cuando se manifestare claramente Jesucristo, serémos semejantes á Él, porque lo verémos cómo Él es, cara á cara. (2)

¿Qué dirémos, otra vez preguntamos, del Hijo de Dios? Que es nuestro amado, nuestro hermano querido, y dulcísimo Padre; que si hay por desgracia corazones que vivan sin Él, con su gracia divina nosotros jamas dejarémos de amarle. Por Él suspiramos; Él es nuestro gran pensamiento, nuestro afecto sagrado, el contento, el consuelo, la paz, la dulzura, y el júbilo ardiente y divino que encanta nuestra alma, y nos hace dichosos. Nada hay en el mundo, nada hay en el cielo que amemos sin Él; buscamos su rostro, pedimos su amor, y en Él esperamos, alegres diciendo: Tú eres mi única esperanza, mi herencia dichosa en la tierra de los vivientes. (3)

(1) I. Cor. XV. 49. (2) I. Joann III. 2. -Beda ap. Scio. (3) Ps. CXLI. 6.

CAPÍTULO XVI.

NOMBRES DE LA TERCERA PERSONA DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD.

§ I.

El Espíritu Santo, el Amor Divino, el Don de Dios. Estos tres nombres que damos á la Tercera persona de la Santísima Trinidad, nos inspiran los más hermosos y elevados pensamientos, y conmueven santamente el corazon. Dios es Espíritu, y los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad. (1) El Espíritu Santo es Dios, y nosotros queremos adorarlo en espíritu y verdad. ¿Hasta dónde será indispensable remontarnos, para rendirle la más tierna y humilde adoracion? Que El mismo por su inefable bondad, extienda su mano divina sobre nosotros, y nos tome y levante en espíritu entre el cielo y la tierra, y nos lleve á Jerusalem, á la vision de santa y dulce paz, á contemplar allí las maravillas y grandezas que se encierran en los gloriosos nombres que le damos. (2) Mas ¿cómo pedir tan excelentes dones, cuando apenas somos miserables gusanillos que nos vamos arrastrando por el suelo; hombres despreciables que no merecemos la atencion de los demas; que debemos confundirnos de nuestra osadía en tratar tan profundas materias, tal vez creyendo, que al pensar en ellas, las hemos comprendido, ó que

(1) Joann IV. 24. (2) Ezech. VIII. 3.

todo el mundo nos entiende cuando hablamos? (1)

Sentiamos oprimida el alma bajo el peso de nuestra miseria inmensa; y era indispensable confesar que somos nada; y que tan sólo el amor que tenemos al Espíritu Divino, nos hace ocuparnos en el asunto que tratamos; y nos da confianza de que Éste mismo Espíritu por cuya gloria suspiramos, nos dará la fuerza que hemos menester.

El Espíritu es el que da la vida; (2) y con su gracia entramos desde luego en esa hermosa region que llamamos la gloria del Espíritu Santo.

Damos el nombre de Espíritu Santo á la tercera persona de la adorable Trinidad; y tal nombre le conviene propiamente, en cuanto es espirada, y espirada por la voluntad divina, de donde proviene toda santidad; pues tanto en la Escritura, como en los Padres, se le da ese nombre, por oposicion á las otras dos personas. Antes de subir á los cielos el Divino Salvador dijo á sus apóstoles: Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. (3) Y aunque el Padre es Espíritu, y el Hijo lo es tambien; y el Padre es santo; y el Hijo es santo, con todo, sólo la Tercera Persona se llama propiamente Espíritu Santo. (4)

Es propio de esta Divina Persona ser pasivamente espirada. El nombre, pues, de Espíritu en tal sentido, nos revela su relacion con aquellas de quienes procede. (5) Relacion admirable, que en medio de su profunda oscuridad nos está indicando, una grandeza infinita, y una infinita y soberana majestad; pues el Espíri-

(1) D. August. In Joana. Trac. 36. (2) Joann. VI. 4.—D. Basilius. De Spirit. Sanct. c. 24.—II. Cor. III. 6. D. Aug. L. V. Cont. Maximin c. 3. (3) Matth. XXVIII. 19. (4) D. Ambros. In simbol. Apo. c. 1.—August. De Trinit. L. 15. c. 19. (5) Gonet, Charmes.

tu Santo recibe del Padre y del Hijo, la divina esencia, y es un mismo Dios con ellos.

¿De qué se gloria Dios sino de ser un Espíritu elevado y purísimo? y ¿no es una fuente de divinas y eternas delicias para ese Dios inmenso y eterno, la santidad que atesora en su divino seno? Ved, por tanto, la gloria y las riquezas y la fuente de toda delicia, como recogidas en el Espíritu Santo.

¿Qué adoraciones no debemos, rendirle, pues, al contemplar tantas maravillas y grandezas, y tan admirable y bella elevacion, y santidad tan perfecta, como nos revela su propio nombre, Espíritu Santo?

Preciso es por lo mismo, elevarnos sobre la carne y la sangre, sobre todo lo visible, sobre los ángeles, y llegar hasta el mismo Dios, al Padre y al Hijo de quienes procede Aquel Divino Espíritu. ¿No veis ese admirable resplandor que sale de los labios de uno y otro, del Padre y del Hijo? ¿no sentís ese impulso adorable y soberano, que se llama Espíritu? Bajad, bajad vuestros ojos, y hundid vuestra alma en el polvo: es la hora de rendir á Dios la más humilde adoracion, de amarle y bendecirlo, reconociendo nuestra nada. Bendecirlo, amarlo, sí, porque es santísimo y excelso, porque es el Espíritu Divino y adorable que procede del Padre y el Hijo. Brilla en ese Espíritu la santidad de Dios, y aquella elevacion inaccesible que nos obliga á reconocer su infinita grandeza. Y cuando despues de lo dicho, recordamos estas palabras: Vendrá sobre ti el Espíritu del Señor, y quedarás mudado en otro hombre; (1) no sabemos cómo entender aquella dignacion

(1) I. Reg. X. 6.

tán admirable y generosa, y este cambio tan radical y verdadero. Mas no impide la ignorancia que sintamos los dulcísimos impulsos, las emociones divinas con que el Espíritu Santo nos eleva hasta el Padre y el Hijo: y ved aquí otros motivos por qué le llamamos Espíritu: sus dones nos elevan y hacen en cierto modo, espirituales: El hombre animal, decia San Pablo, no percibe aquellas cosas, que son del Espíritu de Dios: pues para él todas son una locura, y no puede entenderlas: por cuanto se juzgan espiritualmente. El espiritual juzga todas las cosas y él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conció el consejo del Señor para darle instrucciones? Mas nosotros tenemos el Espíritu de Jesucristo. (1)

Es propio del amor inclinar la voluntad del amante y llevarlo á su amado; y esta secreta mocion, y este impulso amoroso le llamamos Espíritu, á semejanza del viento, que tiene el mismo nombre y significa impulso y mocion en las cosas corporales. (2)

La santidad, nos dice el Ángel de la Escuela, se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios; y como la Tercera Persona procede por modo de amor con que Dios se ama, convenientemente le llamamos Espíritu Santo. (3)

Siendo esta Divina Persona, comun al Padre y al Hijo, con propiedad la llamamos Espíritu Santo, porque el Padre es Espíritu, y el Hijo es Espíritu, el Padre es Santo y el Hijo es Santo. (4) Tal nombre nos revela por lo mismo, que la Tercera Persona es la inefable comunion del Padre y del Hijo, (5) y ved aquí

(2) I. Cor. II. 14, —16. (3) D. Th. p. 1. q. 36. a. 1. (4) D. Th. cit. (5) D. August. cit. (6) Id. de Trinit. 5. 12

cuánta elevacion y grandeza descubrimos en ese nombre adorable; y cuánta dulzura y consuelo derrama en nuestras almas. Mas no sólo esto; ¿no podriamos llamarle tambien, nuestra comunion con el Padre y el Hijo? Los que viven segun la carne, no pueden agradar á Dios. Pero vosotros no vivís segun la carne, sino segun el espíritu; si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Que si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece. [1]

Y la vida de que hablamos está rebosando en divinas delicias: Los que viven segun la carne tienen sus placeres en las delicias carnales; mas los que viven segun el espíritu, gustan consuelos y dulzuras verdaderamente del cielo. (2)

Llamamos santo lo que es puro y limpio, lo que consagramos al culto divino; y por último, lo que está confirmado en el bien; (3) y por estos tres hermosos títulos, apropiamos á la tercera persona el nombre de Espíritu Santo. ¿No es Él, por ventura, quien purifica nuestras almas del pecado, nos desprende de la tierra, y adorna y embellece nuestras almas, con los dones de su gracia? Asimismo, Él es quien nos hace templos vivos del Señor. ¿No sabeis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (4) Y Él es, finalmente, quien nos confirma y sostiene en la gracia recibida: Dios, decia San Pablo, os conceda segun las riquezas de su gloria, ser fortalecidos por medio de su Espíritu en virtud, en el hombre interior. (5) De esta fuente divina los profetas reciben su luz, los reyes la uncion, el orden los sacerdotes,

[1] Rom. VIII. 8, 9. [2] Id. v. 5. (3) D. Th. Comp. Theol. c. 74. (4) I. Cor. III. 16. (5) Ephes. III. 16.

y los doctores la ciencia: por este Espíritu las iglesias son santificadas, se fundan los altares, se consagra el bálsamo, se purifican las aguas, huyen los demonios, los males se retiran, y los pecadores son reconciliados. (1)

Finalmente, sabemos que el Hijo es la imagen perfecta del Divino Padre; mas en cuanto á la Tercera Persona, Ésta nos revela en su mismo nombre, la unidad de su principio; y ¿de qué manera? no como imagen, pues si bien es cierto que el mismo Hijo no es más semejante al Padre que el Espíritu Santo; (2) con todo, en la procesion de Esta Divina Persona, no se atiende la razon de semejanza, sino de impulso y mocion; puesto que la voluntad se pone en acto, no porque en ella se halle alguna semejanza del objeto amado, sino por su inclinacion hácia este mismo objeto. [3]

Así el nombre del Espíritu Santo, tiene una belleza deslumbrante; y al pensar en él, nuestras almas quedan inclinadas dulcemente hácia el Padre y el Hijo, y hácia el mismo Espíritu que nos lleva á su divino y eternal principio. Ya no dirémos como en otro tiempo el Santo Job, por ser diferentes nuestras circunstancias: Señor, haces alarde de tu poderío contra una hoja que arrebatara el viento, persigues una paja seca; (4) que si bien es un acto del poder divino llevarnos al Señor, lo es también de su bondad suprema; y no es enemigo quien así nos trata; sino el más tierno y compasivo amante de nuestra alma. ¡Ah, que ese viento impetuoso nos lleve entre sus alas; y nos persiga, si lí-

(1) Chrysost, homil 2. De Spiritu Sancto.—Gonet. (2) D. Th. p. 1. q. 36. a. 4. Ad Tertium. (3) Id, q. 27. a. 4. (4) XIII. 25.

cito es decirlo, en todas partes, y no nos deje descansar, sino en su mismo seno! que derrame la inquietud y el descontento, en nuestras sendas, si buscamos los placeres de este mundo; y proyecte en todas ellas, las sombras de tristeza y del dolor, para exclamar con el Profeta Rey: Mi espíritu padece terribles angustias; está mi corazón en continua zozobra. Mas luego me acordé de los días antiguos: me puse á meditar todas tus obras; ponderaba los efectos maravillosos de tu poder. Levanté mis manos hácia Ti: como tierra falta de agua, así suspiro por tu santo amor. Óyeme luego, Dios mío: mi espíritu ha desfallecido. No retires de mí tu rostro; para que no haya de contarme ya entre los muertos. (1)

No pondremos tampoco en nuestros labios, estas palabras del mismo Job: Todas las saetas del Señor están clavadas en mí; su indignacion apura mi espíritu, y los terrores del Señor combaten en mí contra; (2) porque hablamos nosotros de saetas de amor; y esos terrores son fuentes de salud y divina bendicion. ¿No veis que nos apartan de la senda de los crímenes, y nos hacen volvernos al Señor? Y Dios entonces calma las tormentas del espíritu y nos da la paz que sólo en Él podemos encontrar, y nos dice estas bellisimas palabras: No consiste el reino de Dios en el comer, y en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo; pues el que de esta suerte sirve á Cristo, agrada á Dios, y tiene la aprobacion de los hombres (3)

La justicia, la paz, y el gozo del Espíritu Santo: la

[1] Ps. CVLII. 4, 7. (2) VI. 4. (3) Rom. XIV. 17, 18.

justicia nos eleva, la paz dilata el corazón en el seno del Señor; y el gozo cual torrente de delicias nos inunda. ¿No están, por cierto, bien pagados los temores y congojas que sufrimos en la vida por causa del Señor? A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron mi alma de alegría. Trocaste mi llanto en rego ijo, rasgaste mi cilicio y me revestiste de gozo: á fin de que sea mi gloria cantar tus alabanzas, y nunca tenga ya más sufrimientos: Oh Señor Dios mío, yo te alabaré sin descanso, eternamente. (1)

§ II.

El amor es otro de los nombres que damos con propiedad al Espíritu Santo, porque es el término subsistente y personal del mútuo amor del Padre y del Hijo. Y siendo término de la acción de la voluntad, convenientemente le llamamos amor, peso y soberano impulso hácia el objeto amado. (2)

También por su misma operación le conviene ese nombre, porque nos hace amantes, derramando la caridad en nuestras almas. Tenemos, decía San Bernardo, un firmísimo y doble argumento del amor que Dios nos tiene. Jesucristo muere por nosotros, luego merece ser amado. El Espíritu Santo nos abrasa con ardiente y dulce llama, y nos hace amar. Las obras de Jesús nos obligan á amarlo; el fuego del Espíritu Divino produce ese amor. Jesús recomienda en nosotros su caridad; el Espíritu Santo la derrama en el alma. Descubrimos en Jesús el objeto que hemos de

(1) Ps. XCIII. 19.—XXIX. 12, 13. (2) Charmes, Gonet.

amar; tomamos del Espíritu Divino el fuego y las llamas: del primero es el motivo de la caridad, del segundo su amoroso y dulce afecto. (1)

Por lo expuesto se deja comprender, que el nombre de amor es propio del Espíritu Santo cuando lo entendemos personalmente, según que nos indica la relación de la persona que procede por modo de amor, con su principio; (2) mas si lo entendemos esencialmente, según que muestra nada más, la relación del amante hácia el amado, es nombre común á toda la Santísima Trinidad.

Hallamos en la divina Escritura el nombre de amor, apropiado al Espíritu Santo. Carísimos, decía San Juan, amémonos los unos á los otros, porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que ama es nacido de Dios, y conoce á Dios. El que no ama no conoce á Dios: porque Dios es caridad. (3) En estas palabras se nos dice que el amor, á quien se llama Dios, procede de Dios. No se habla, pues, del Divino Padre, que de nadie procede; mas ¿podrá hablarse del Hijo de Dios que procede del Padre? Queda contestada esta pregunta con las siguientes palabras del mismo apóstol: la caridad de Dios hácia nosotros se ha manifestado, en que envió á su Hijo Unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida. Esto nos revela el amor que nos tiene el Padre y nos está diciendo que nos amemos mútuamente; y de esta suerte, Dios permanezca en nosotros, Dios que es amor: En esto conocemos que vivimos en Él, y Él en nosotros, porque nos ha comunicado su Espíritu. Este

(1) Epist. 107. Ap. Gonet. (2) Billuart. (3) I. IV. 7, 8.

Espíritu, por tanto, nos hace permanecer en Dios, y á Dios en nosotros; mas esto lo hace el amor. El Espíritu Santo es por lo mismo ese Dios Amor, Caridad.

Dios es amor, repite San Juan, y añade: El que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él. Y ántes habia dicho: Conocemos que vivimos en Dios y Dios en nosotros, porque nos ha comunicado su Espíritu. Luégo este mismo Espíritu es al que designan estas palabras: Dios es amor. Así Dios Espíritu Santo, que procede de Dios, al ser dado al hombre, lo enciende en el amor de Dios y del prójimo.

Ni tiene el hombre de donde pueda amar á Dios, sino de Dios mismo. Por esto, añade San Juan: Amémosle, porque Él nos amó el primero. Y San Pablo: La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (1)

¿Qué don mas excelente y soberano que este precioso don del mismo Dios? Él es el que divide los hijos del reino de los hijos de la eterna perdicion. El Espíritu Santo da otros dones, los que con todo, no aprovechan sin la caridad; y por esto, si no se nos da el mismo Espíritu de tal manera que nos haga amantes de Dios, y del prójimo, no pasamos de la izquierda á la derecha: y así por el amor, es con propiedad, llamado el don de Dios; y si no tenemos este amor, aunque hablásemos todas las lenguas de los hombres, y de los mismos ángeles, seríamos como un metal que suena, ó

(1) Rom. V. 5, D. August. De Trinit. L. 15. c. 17. n. 31.

cual campana que tocamos. Con el don de profecía, y el de penetrar todos los misterios, y poseer todas las ciencias; y tener toda la fe, de manera que trasladásemos los montes de una á otra parte, seríamos nada, si nos faltara el amor. Y sin él de nada serviría la distribucion de todos nuestros bienes en limosnas á los pobres, y el entregar á las llamas todo nuestro cuerpo. (1)

¡Cuán excelente y soberano bien es, por lo mismo, la caridad, sin la que, las gracias referidas no nos conducen á la vida eterna! Mas al contrario, dad que no hablemos las lenguas de los hombres, ni seamos profetas, ni penetremos los misterios, ni tengamos ciencia, ni demos nuestros bienes á los pobres, ya sea por no tenerlos, ó bien que no podamos: que no entreguemos nuestro cuerpo á las llamas; mas tenemos caridad, con ella lo tendremos todo.

Por lo mismo, el amor, que procede de Dios, y es Dios tambien, es con propiedad el Espíritu Santo, por quien se derrama en nuestros corazones la divina caridad, por la que, habitan en nuestra alma las tres divinas personas. (2)

La sagrada persona del Espíritu Santo procede del amor de todas las cosas que están formalmente en Dios; del amor de la esencia, de los atributos, y de las personas; y juntamente, (concomitanter) del amor de las criaturas futuras; mas de ninguna suerte del amor de las que sólo son posibles. Manifiéstase lo dicho, considerando que el Espíritu Divino procede de un amor perfectísimo, cual es el de todas las cosas que formalmente están en Dios. Además, esa procesion

(1) I. Cor. XIII. 1, 3. (2) D. August. cit. n. 32.

es natural y necesaria; debe por tanto, ser de un amor tambien natural y necesario; mas no es así el de las criaturas que han de ser, como que es libre, y supone el decreto de su existencia, el cual pudo no darse. Con todo, como estas criaturas se ordenan por Dios á la existencia, Dios las ama y así juntamente, [1] de su amor procede el Espíritu Santo; mas no del de aquellas que tan sólo, son posibles á las cuales no ama el Señor.

El amor del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo, en que se aman uno y otro; porque amar nocionalmente, que es del amor de que tratamos, no es otra cosa sino espirar amor, como hablar es producir la palabra, y florecer producir flores; y así como decimos que los árboles se engalanan y florecen con sus flores, y el Padre se dice á Sí mismo y á las criaturas en su Verbo; así tambien decimos, que Uno y Otro, el Padre y el Hijo, se aman á Sí mismos y á nosotros, en el Espíritu Santo. [2]

El Espíritu Santo es el Don de Dios. Podemos entender el don, esencial, nocional y personalmente. En el primer sentido nos referimos á lo que gratuitamente puede darse, y así conviene á toda la Santísima Trinidad, y á cada una de las personas que se nos pueden comunicar por su bondad infinita. En el segundo sentido nos indica el origen pasivo, y conviene tan sólo, al Hijo y al Espíritu Santo, que tienen su origen del Padre. Finalmente, la última acepcion conviene al Espíritu Santo, porque el don, con propiedad, indica donacion gratuita, y la razon de esta, es el amor; pues

(3) Per accidens et concomitanter. Billuart. (4) D. Th. I. p. 9. 37. a. 2.

graciosamente damos á alguno, porque queremos el bien para él mismo; mas ¿qué es lo que primero se le da, sino el amor que tiene razon del primer don, y por el que, se le dan todos los bienes? Por esto el Espíritu Santo procediendo como amor, procede en la razon perfecta de don primero siéndole propio tan hermoso nombre. (1)

Si abrimos la divina Escritura, hallaremos en ella que el Espíritu Santo es llamado el don de Dios. Hé aquí las siguientes palabras del Divino Salvador, que lo demuestran: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí, manarán, como dice la Escritura, rios de agua viva. Esto dijo Jesus, añade el Evangelio, por el Espíritu Santo que habian de recibir los que creyeren en El. (2) Y por esto dijo San Pablo: Todos hemos bebido un mismo Espíritu. [3] Mas el don de Dios ¿es por ventura, el agua de que habla el Salvador? Recordamos que cuando su Majestad habló con la Samaritana, le dijo: Dame de beber. La Samaritana le contestó: ¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber á mí, que soy Samaritana? Jesus le respondió: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber; tú de cierto le hubieras pedido á él y él te hubiera dado agua viva..... Cualquiera que bebe del agua que tú llevas, tendrá sed otra vez; pero quien bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamas volverá á tener sed: y esa agua será en su seno un manantial de agua que saltará hasta la vida eterna. [4]

El Apóstol nos ha dicho: Á cada uno de nosotros

(1) Id. q. 38. a. 2. Billuart. (2) Joann. VII. 37. 39. (3) I. Cor. XII. 13. [4] Joann. IV. 7, 14.

se le ha dado la gracia á medida de la donacion de Cristo. Y para manifestarnos que esta es el Espíritu Santo, añade: Al subirse á lo más alto, llevó consigo cautiva, á una gran multitud de cautivos; y derramó sus dones sobre los hombres. (1) Y ¡á quién se oculta que el Divino Salvador, despues de su ascension á los cielos, dió á los apóstoles su Divino Espíritu, Él que los hacia hablar en las lenguas de todos los hombres? Y ved que se nos habla de dones, tanto porque así consta en el salmo de donde San Pablo tomó su testimonio, como tambien, porque el Salvador da sus dones á los hombres, como la cabeza á sus miembros; y en los hombres los recibe, como en sus mismos miembros; miembros por los cuales exclamaba desde el cielo: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? [2] Y de esos miembros tambien dijo: Lo que hisisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. [3] Y esos dones que el Hijo de Dios da á los hombres, el Espíritu Santo los divide; y aunque aquellos sean distintos, uno es solamente el Espíritu que los reparte á cada uno segun quiere. [4]

Oigamos otros testimonios de los libros santos. Decian á San Pedro los judíos: ¿qué es lo que debemos hacer? Pedro les contestó: Haced penitencia, y sea bautizado cada uno en el nombre de Jesucristo, para remision de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Así tambien, cuando Simon mago dijo al príncipe de los Apóstoles y á San Juan: Dadme á mí esa potestad, para que á cualquiera á quien imponga yo las

[1] Ephes. IV. 7, 8. (2) Act: IX. 4. (3) Matth. XXV. 40.
 (4) I. Cor. XII. 11.

manos, reciba el Espíritu Santo; Pedro le respondió: Perezca tu dinero contigo, pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios. Y otra vez que predicaba el mismo Apóstol la fe de Jesucristo á Cornelio y á otras personas, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que le oían; y los fieles, judíos en otro tiempo, que habian venido con Pedro, quedaron admirados, al ver que la gracia del Espíritu Divino se derramaba tambien sobre los gentiles. Pues los oían hablar varias lenguas, y publicar las grandezas de Dios. Entónces dijo Pedro: ¿Quién puede negar el agua del bautismo á los que, como nosotros, han recibido tambien al Espíritu Santo? Y los mandó bautizar: Y dando despues, razon de su conducta decia de esta manera: Habiendo yo empezado á hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como descendió, al principio, sobre nosotros. Entónces me acordé de lo que decia el Señor: Juan en verdad ha bautizado con agua; mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Pues si Dios les dió á ellos igual don, y del mismo modo que á nosotros, (1) que hemos creído en nuestro Señor Jesucristo; ¿quién era yo para prohibir que Dios les diese el Espíritu Santo? (2)

El Espíritu Santo, el Divino Amor, el Don de Dios. Recojamos un instante nuestro espíritu: pensemos en Dios, amemos á Dios, roguemos á Dios.

¿Quién es la Tercera persona de la Santísima Trinidad? Por dicha nuestra lo sabemos; es un Dios altísimo, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo; fuente viva, ardiente fuego, amor divino, sagrada

(1) Ita. D. August. citant. (2) Act. II. 37, 38.—VIII. 20.—X. 44. 48.—XI. 15, 17. D. August. c. 19. n. 33, 34. 35.

unción. Es el Dios que recibe del Padre y del Hijo cuanto tiene, y tiene todo lo que es del Uno y del Otro: es grande, perfecto y amable: procede de la voluntad del Padre y del Hijo, lleno de perfeccion y de belleza, de gloria y santidad; cautiva nuestras almas al pensar en Él; y las hace suspirar tan dulcemente, que en cada suspiro que mandamos á su trono parecemos morir de santo amor. Un fuego misterioso nos consume, sentimos una sed abrasadora; y corremos hácia el que es fuente viva, para extinguirla en sus ondas de salud y vida eterna.

Tal vez disipado el corazon, no siente la dulzura que nos dan los consuelos del Espíritu Divino; y con todo, volvemos hácia Él nuestras miradas, porque es la unción de divina caridad y santa gracia: El árbol tiene esperanza de reverdecer, aunque sea cortado; y en efecto, brota y echa sus renuevos, aunque sus raíces estén envejecidas en la tierra, y su tronco amortecido en el polvo, al olor del agua retoñará, y echará frondosas ramas, como la primera vez que fué plantado. (1) Así nuestra esperanza pendiente la tenemos del Espíritu Divino, en quien pensamos, á quien amamos y dirigimos nuestras peticiones. Y ¿qué podemos pedirle? Él es el Don por excelencia; y si es dado por el Padre y el Hijo, se da tambien Él mismo, porque es grande y soberano, y espira donde quiere, y obra todas las cosas repartiendo sus dones á cada uno, segun Él mismo quiere: porque en Dios no es condicion humilde la del Divino Espíritu, como don del Padre y del Hijo, y dominio de estas dos personas, sino concordia santa, en-

(1) Job. XIV, 7, 9.

tre Ellas y Aquél Sagrado Espíritu. [1]

No podemos terminar el presente capítulo, sin decir siquiera una palabra, sobre el nombre de Consolador, Paráclito, que singularmente apropiamos al Espíritu Santo; [2] porque reanima y llena nuestras almas de alegría, tan dulce nombre. Propio es de la amistad el deleitar, y darnos el consuelo en todas las tristezas de la vida; en estas circunstancias ¿á dónde irémos á buscar auxilio, ó á pedir consejo, á calmar el llanto, y recibir la paz, sino al seno mismo de aquellos que nos aman? Y el Espíritu Santo nos hace amigos de Dios, y tambien que Dios, de asiento more con nosotros y nosotros vivamos en Él mismo.

¿Quién no siente acá en la tierra, el peso del trabajo, el calor sufocante del sol, y la negra melancolia de los pesares? Mas tenemos un Consolador que nos da descanso, refrigerio y consuelo; y es para nosotros todo bien. Arrojamus en su seno las miserias y congojas que sufrimos, venimos á sus piés llorando entristecidos, y Él disipa nuestros males, restaña nuestro llanto, nos llena de consuelo, nos da su bendicion... ¡Oh, cómo no amarle con todo el corazon? ¿ó pudiera la lengua dejar de bendecirlo? Amor, bendicion y alabanza, es la humilde y tierna ofrenda que hoy presentamos al Espíritu Divino, y que deseamos presentarle eternamente.

(1) D. August. n. 36. (2) Así Billuart, mas Cerboni pasa adelante diciendo: Non est cur alia in hanc rem ex sacris litteris depromamus: ista enim tam evidenter ostendunt, Paracliti nomen tertiæ personæ SS. Trinitatis proprium esse, ut nullum relinquunt dubitandi locum. Paraclitus enim, ea persona dicitur, quæ distinguitur a Patre et ab eodem mitti et procedere dicitur, quæque etiam a Filio distinguitur, cui futurum esse affirmatur, ut perhibeat testimonium. ®

CAPÍTULO XVII.

§ I.

DIVINIDAD DEL HIJO DE DIOS.

Apénas hemos concluido nuestras alabanzas al Espíritu Santo, cuando volvemos nuestros ojos al Hijo de Dios, objeto de todo nuestro amor, y cuyo pensamiento es para nosotros inagotable fuente de consuelo y gloria.

Hoy venimos á ocuparnos en su infinita grandeza, á meditar su divinidad.

El Hijo de Dios, es Dios como su Padre: abrid los libros santos y hallaréis en ellos testimonios los más brillantes de esta verdad. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy. (1) San Pablo nos dice que en esas palabras se trata del Unigénito de Dios. ¿A cuál de los ángeles dijo el Padre alguna vez: Tú eres mi Hijo: Yo te he engendré hoy? Y asimismo ¿Yo seré su Padre y el será mi Hijo. Los ángeles son llamados ministros, mientras al Hijo dice el Padre: El trono tuyo oh Dios, subsistirá por los siglos de los siglos. (2)

Tenemos, pues, la paternidad, la generacion eterna, la filiación, y la divinidad: Yo te engendré hoy; esto es, desde la eternidad, ántes del lucero de la mañana, desde los mismos dias de la eternidad. (3) La eternidad es hoy, porque no tiene pasado ni futuro; por lo que,

(1) Ps. II. 7. (2) Heb I. 5 et seq. (3) Ps. CIX. 3. Mich. V. 2.

Dios expresa su Sér inmutable y eterno, con estas palabras. Yo soy el que soy: El que es me envió á vosotros. (1)

La eterna generacion de que hablamos, no es metafórica, sino propiamente dicha; pues el Hijo es engendrado de la sustancia misma del Padre. Y tal generacion es singular: Tú eres mi Hijo, no adoptivo, sino natural, unigénito.

En la generacion se incluye la paternidad y la filiación; y una y otra es verdadera y real, como lo es aquella; y como esta misma, perfecta y eterna.

Finalmente, la divinidad se expresa en estas palabras que sigue refiriendo el mismo apóstol: Tú eres oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas Tú permanecerás, y todos como vestido se han de envejecer; y como un manto los mudarás, y quedarán mudados; pero Tú eres para siempre el mismo, y tus años nunca se acabarán... Dios no sujetó á los ángeles el mundo venidero..... Mas todas las cosas las ha sujetado á los piés de su Hijo. Y si todas le están sujetas no existe alguna que no le haya sometido. (2)

Dios, pues, es el trono del Hijo (3) por los siglos de los siglos; y por lo mismo, Dios como su Padre, siempre, desde la eternidad. Hijo que crió la tierra en el principio, y que permanece siempre el mismo, mientras los cielos se mudan como un vestido; Hijo á cuyos piés puso todas las cosas el Divino Padre.

Las palabras referidas nos descubren la excelencia del Hijo de Dios sobre todos los ángeles; excelencia de

(1) Exod III. 14. [2] Heb I. 10, 12.—II. 5, 8. [3] Cerboni.

origen porque es Hijo natural; de dominio en cuanto es heredero; de operacion porque hizo los siglos; y de honor porque está sentado á la diestra del Padre. (1)

Cierto es que los ángeles son llamados hijos de Dios; (2) mas ved la diferencia entre ellos y el Unigénito del Padre; Unigénito que ha recibido por herencia, un nombre distinto y más excelente, el de Hijo por naturaleza: Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy. Mas los ángeles son, únicamente, hijos adoptivos.

En esas divinas palabras que nos revelan la generacion del Verbo, el Padre dice hoy, para indicar la eternidad que no pasa, como el tiempo; mas existe toda juntamente. Y añade: Te engendré, para mostrar que tal generacion es perfecta. (3)

El Hijo de Dios en las divinas escrituras es llamado Dios como su Padre, segun ya lo hemos visto; igual al Padre; se le da el mismo poder y virtud, el mismo culto, la misma adoracion que al Padre; y se le presenta superior á toda criatura: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi diestra. (4)

Uno y Otro, pues, el Padre y el Hijo, son igualmente Señor, y por tanto, un mismo Dios. Y así como el Hijo se sienta á la diestra del Padre, así tambien el Padre tambien se encuentra á la diestra del Hijo: ese asiento es el mismo, donde se halla la misma grandeza, la eterna y perfecta virtud. (5)

Abramos ya el nuevo Testamento, oigamos á San Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba, en el principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las co-

[1] Id. [2] Job I. 6. [3] D Th. híc. [4] Ps. CIX. 1. [5] V. s. D Chrysol, Serm 58.

sas; y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. (1)

¡Admirable belleza de lenguaje, maravillosa elevacion de la divina ciencia! ¿no veis en tales expresiones, la igualdad del Hijo con su Padre; la misma esencia en Uno y Otro, el poder y la grandeza misma?

Allá en la eternidad, sólo Dios existe; y con todo, el Verbo existe siempre en el seno de su Padre; es, por lo mismo, Dios con ese Padre que jamas lo ha sido sin el Hijo.

¿Quereis entender por el principio, el de todas las criaturas, el instante primero en que salen de la nada? (2)

Pues aún así, ya entónces era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios.

Y ¿no se ha dicho tambien, que por el Verbo fueron creadas todas las cosas? Él, por lo mismo, no es criatura, y á todas las precede, porque es eterno.

Todas las cosas fueron hechas por el Verbo; esto es, las criaturas todas; y por esto no ha sido hecho Aquél por quien fueron hechas todas ellas; y si no ha sido hecho, no es criatura; y no siéndolo es de la misma sustancia con el Padre; porque toda sustancia que no es Dios, es criatura, y la que no es criatura es Dios. Pero si el Hijo no fuese de la misma sustancia del Padre, seria de una sustancia criada; y por tanto, no habrian sido hechas todas las cosas por Él mismo; mas el Evangelio nos dice lo contrario; tiene, por tanto, la misma sustancia con el Padre. (3)

El hermoso texto de San Juan que nos ocupa, des-

(1) I. 1, 3. (2) Ita Arrius. ap. D. Th. in Joann. c. 1. (3) D. August. De Trinit. L. 1. c. 6.

truye por completo, el error de los arrianos. Decían éstos, que el Padre era mayor que el Hijo, por la eternidad y la divinidad; mas en el principio era el Verbo antes de todos los siglos, más allá de todos los tiempos. Desde que Dios existe, nunca el Padre estuvo sin el Hijo, pues el Verbo estaba en el principio en Dios; y como entónces sólo Dios podía existir, el Verbo era Dios.

La eternidad y la omnipotencia son atributos del gran Dios, que Arrio concedía no más al Padre; pero el Evangelio nos descubre que el Verbo es no sólo eterno, como lo hemos visto; sí que también omnipotente: Todas las cosas han sido hechas por Él. Ser principio de todas las criaturas es propio del gran Dios omnipotente, según estas palabras de los libros santos: El Señor ha hecho todo lo que quiso, en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos. (1)

En el poder infinito del Divino Verbo, que nos indican las palabras dichas, descúbrese también, su eternidad; pues si todas las cosas fueron hechas por Él, lo fué también el tiempo; y por lo mismo, no hubo tiempo alguno, ántes que Él, ni con Él tampoco; puesto que existía ántes de todas las cosas. (2)

La eternidad, la omnipotencia del Divino Verbo, brillan, pues, en esas hermosas palabras; y ved cómo también nos descubren, que Él es consustancial al Padre. Si todas las cosas fueron hechas por el Verbo, luégo no fué hecho el mismo Verbo, de lo contrario lo hubiera sido por otro Verbo, pues todas las cosas fueron hechas por el Verbo; y así tendríamos otro Verbo,

(1) Ps. CIV. 6 D. Th. In Joann. L. 2. (2) Id.

criador de Aquél de quien habla el Evangelio; mas esto no es posible, porque ese Verbo es el Unigénito de Dios, Criador de todo; y no criatura, y por tanto, de la misma sustancia con el Padre, puesto que fuera de la divina esencia, toda sustancia ha sido criada; y la que no es criatura es Dios, consustancial al Padre, igual al Padre, coeterno al Padre. (1)

Hé aquí otras palabras del mismo Hijo de Dios, que nos revelan su divinidad: Yo y el Padre somos una misma cosa. (2) Si dos son una misma cosa, si esas dos personas son uno por la esencia, tenemos la distinción de las personas, y la unidad de la naturaleza: son dos porque es el Padre, y el Hijo: uno porque Dios es uno. De otra suerte hubiera dicho el Salvador: Yo soy el Padre: Yo y el Padre soy; mas la primera dición, uno, nos revela la divinidad, y somos nos descubre las personas. (3)

El Divino Verbo nos dice absolutamente, y sin añadir explicación, que El es una misma cosa con su Padre; y así como el sér no se dice simplemente sér, sino según la sustancia; tampoco decimos una misma cosa, simplemente, sino según la sustancia: y por lo mismo, las palabras dichas: Yo y el Padre somos una misma cosa, nos descubren la unidad de naturaleza. [4]

Ántes había dicho el Salvador: Lo que me ha dado el Padre lo sobrepuja todo; y nadie puede arrebatarlo de mano de mi Padre. Y añade: Mi Padre y Yo somos una misma cosa, esto es, en cuanto me ha dado la naturaleza divina que todo lo aventaja. [5]

Finalmente, en este mismo pasaje hallamos que nadie

(1) D. Th. hic. (2) Joann. X, 30. (3) Athanas. Orat. 4. Contr. Arian. n. 9. (4) D. Th. in hunc loc. (5) Id.

arrebatará las ovejas de manos del Hijo, porque recibió del Padre lo que es mayor que todo. Es la mano del Hijo la que recibió del Padre; la que dió á su Verbo; y ¿cómo no son arrebatadas las ovejas de la mano del Hijo si no lo son de la del Padre? ¿lo preguntais? pues oid: Yo y el Padre somos una misma cosa. (1) La mano del Hijo es la del Padre.

Cuando el Divino Salvador pronunció esas hermosas palabras: Yo y el Padre somos una misma cosa, los judíos quisieron apedrearlo; y el Señor les dijo: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? Ellos contestaron: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia; y porque siendo Tú como eres, hombre, te haces Dios. Entendian, pues, las palabras del Señor, de la unidad de naturaleza con su Padre; y el Divino Verbo, en lugar de rechazar esa inteligencia, la confirma diciendo: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, sois dioses? Pues si llamó dioses á los que habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de Mí, á quien ha santificado al Padre, y enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho, soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creais. Pero si las hago, cuando no queráis darme crédito á Mí, dádselo á mis obras, á fin de que conozcais y creais que el Padre está en Mí y Yo en el Padre. [2]

El Padre santificó al Hijo cuando lo engendró, pues engendrándolo, le dió que fuese santo; pues que santo lo engendró; y si lo que se santifica ántes no era san-

(1) D. Hilar. L. 7. De Trinit. n. 22.—Chrysost. hom. 60. In Joann.
(2) Joann. X. 31, 38.

to, ¿cómo decimos al Padre: Santificado sea tu nombre? [1]

Oigamos otra vez al amado discípulo y á San Pablo: Sabemos que vino el Hijo de Dios, y nos ha dado discrecion para conocer al verdadero Dios, y para estar en su Hijo verdadero. Éste es el verdadero Dios y la vida eterna. Jesucristo es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamas. La gracia del Dios Salvador Nuestro, ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos, que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y piadosamente, en este siglo, aguardando la bienaventuranza que esperamos, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. (2) El Dios verdadero, el Dios que existe sobre todas las cosas, el gran Dios; ¿pudiera convenir, ni dárselo nunca, tan gloriosos nombres, al Hijo del Eterno, si no fuese igual á su Padre, y con Él un mismo Dios? Por esto, todos deben honrar al Hijo como honran al Padre; y quien al Hijo no honra, no honra á su Padre. (3)

Que todos los reyes le adoren, que todas las gentes le sirvan; (4) mas ¿qué decimos? que le adoren tambien todos los ángeles de Dios: sí, esto es lo que el Padre dijo al introducir á su primogénito en el mundo: Adórenle todos los ángeles de Dios. (5)

Oid, pues, cómo cantan la gloria del Hijo de Dios, los cielos que son la obra de sus manos; la tierra que fundó; y aún los abismos, de cuyo seno, sin cesar está saliendo, un himno de alabanza y bendicion á la grandeza del Divino Verbo. ¿Qué nos resta, pues, sino so-

(1) D. August. Tracto 48. in Joann.—Gotti. [2] I. Joann. V. 20—Rom, IX. 5.—Tit. II. 11, 13. [3] Joann. V. 23. (4) Ps. LXXI. 11. (5) Heb. I. 6.

lamente unir nuestras voces al concierto universal de las criaturas, para rendirle la gloria que podamos? Toda criatura, nos dice el gran Apóstol, doble la rodilla en el cielo, en la tierra, y en el infierno; y toda lengua confiese, que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. [1]

El corazón se siente lleno de consuelo, descansamos dulcemente, á los pies del Hijo del Eterno. Él es grande, immortal, omnipotente, y está sentado á la diestra de la majestad de Dios; y con todo, entre los bellos resplandores de divina gloria que lo cercan, nos dice así: Yo amo á los que me aman..... conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Valen mis frutos más que el oro y las piedras preciosas; y mis producciones sobre la más acendrada plata. Yo camino por las sendas de la justicia, por las vías de la rectitud, á fin de enriquecer á los que me aman y llenar sus tesoros. El Señor me tuvo consigo al principio, ántes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo Yo el principado de todas las cosas, desde ántes de los siglos, primero que la tierra fuese hecha. Todavía no existían los abismos, y Yo estaba ya concebido: áun no habían brotado las fuentes de las aguas, ni estaba sentada la grandiosa mole de los montes, ni áun había collados; cuando Yo había nacido: áun no había criado la tierra, ni los rios, ni los ejes del mundo. Cuando Él extendía los cielos, estaba Yo presente: cuando con ley fija encerraba dentro de su ámbito los mares; cuando estableció en lo alto las regiones etéreas, equilibrando los manantiales de las aguas;

(1) Philip. II. 10, 11.

y señalando al mar sus términos, é imponiendo á las aguas que no traspasasen sus límites; y asentando los cimientos de la tierra: con Él estaba Yo disponiendo todas las cosas: y me deleitaba diariamente regocijándome en su presencia en todo tiempo: regocijándome en la creación del universo; y eran mis delicias el estar con los hijos de los hombres. [1]

¿No serán las nuestras el estar con el Hijo del Eterno, y amarle con todo el corazón? Él nos ha descubierto su grandeza; pero ha velado el brillo de su gloria para no deslumbrar nuestras miradas; su amor y su bondad por decirlo así, la rodean por todas partes: Yo amo á los que me aman: tengo conmigo riquezas y gloria, opulencia y justicia; y á los que me aman les daré tesoros; y tengo mis delicias con los hombres... ¿Y no amaríamos al que así nos ama? ¿quisiéramos acaso, negarle el corazón? Ciertamente la bondad y grandeza del Verbo del Señor nos dejan confundidos, cuando inclinado hácia nosotros quiere que lo amemos... El hombre, miserable y nada ¡podrá aumentar el eterno y soberano gozo que tiene en el seno de su Padre? ¿ó añadirá siquiera un rayo, al esplendor de su divina gloria? y sin embargo, se regocija en la presencia de su Padre, y también, tiene sus delicias con nosotros. ¡Ah! es inefable su bondad sagrada, y el hombre no comprende la ternura con que le ama el Hijo excelso del Divino Padre. Mas nos rinde, y quedamos presos con las cadenas de su santo amor. Lo amamos, sí, por que nos ama, por su inefable y celestial bondad, por su grandeza y soberana gloria, porque es igual á su Divi-

(2) Prov. VIII. 17. 31.

no Padre. Una y otra vez decimos que lo amamos; y estas palabras que salen de los labios, y los afectos que le manda el alma, avivan más y más nuestro cariño; y no queremos ya, sino vivir por Él; pensando siempre en su ternura inmensa, amar siempre su bondad divina, cumpliendo en todo tiempo su adorable y perfecta voluntad; no queriendo conformarnos con este siglo, ántes bien trasformarnos con la renovacion de nuestro espíritu, á fin de acertar qué es lo bueno, y lo más agradable, y lo perfecto que Dios quiere de nosotros. [1]

§ II.

Si los libros santos rinden los más brillantes testimonios á la divinidad del Hijo de Dios, la razon también nos dice lo mismo.

Dios es un Sér infinitamente perfecto; y es por consiguiente, indivisible su divina esencia; y así al comunicarla, á su Amado Hijo, la comunica íntegra y perfecta; el cual por esto, es Dios como su Padre, pues que ha recibido todo el Sér de Dios.

Todo hijo es engendrado de la sustancia de su Padre; mas en la generacion de las criaturas hallamos mil defectos que no pueden convenir á Dios que es eterno, infinito y perfecto.

El Padre terreno comunica al hijo, una parte de su propio sér: y al comunicarlo lo divide; y puede comunicarlo á muchos hijos: siendo la generacion un acto transitivo, y en que se ignora quién es el sér que viene á la existencia.

Lo dicho nos revela la imperfeccion de los hijos de

[1] Rom. XII. 2.

los hombres: son imperfectos como aquéllos que les dan la vida; mas Dios al dársela á su propio Hijo, ni divide su Sér, ni separa á su Hijo, ni engendra á otro alguno, ni pasa jamas ese acto divino; y lo engendra sabiendo quien es el que sale de su eterno y adorable seno, donde siempre se halla el que fué engendrado en los vivos resplandores de la santidad. Y siendo indivisible la naturaleza divina, si por medio de la generacion se comunica, debe comunicarse enteramente. Y ved al Hijo del Eterno, brillando ya, con el poder, y la grandeza, y la gloria, y la esencia misma de su Padre. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios.

Si el Hijo de Dios fuera menor que su Padre, tendríamos un absurdo inadmisibile, una contradiccion en los mismos términos. Siendo Hijo debe tener la misma naturaleza de su Padre; y siendo inferior sería distinta; pues todo lo que es ménos que Dios es diferente de Dios mismo.

Ved esto también, aplicado á la simplicidad de la esencia divina. La esencia divina es simplísima; y si el Verbo del Padre le fuese inferior, aquel divino atributo, la simplicidad quedaria destruido; pues en la naturaleza del Padre y del Hijo, que por esta relacion es la misma, tendríamos la divina como se supone, y otra, distinta por su esencia como que le era inferior.

El Padre por su misma infinidad y perfeccion absoluta, es incapaz de aumento y progreso, porque nada puede agregarse al Sér divino; mas por un instante suponed que el Hijo es inferior á su Divino Padre, ved en seguida que aumenta el infinito, y progresa el que es por esencia perfecto; pues tenemos dos elementos, por explicarnos así, que no pudiendo ser uno mismo

en razon de su principio, como que uno es infinito, y otro es inferior, nos dan por resultado el aumento y progreso, pues siendo una misma en todo Padre la naturaleza que tiene con el Hijo, cuando esta tiene lo que no ha tenido de sí misma, aumenta y progresa. Tal resultado nos daría la inferioridad del Verbo del Señor; recibe la naturaleza de su Padre, que es infinita; y sale, en el supuesto dicho, con otra inferior: ¿quién se la ha dado? ¿de quién la ha recibido? Y ved aquí otro absurdo que no podrá explicarse: ese aumento disminuye, y ese progreso no avanza. Y pues el Hijo todo lo recibe de su Padre por generacion, tendrá este Padre dos naturalezas, la divina y otra inferior. ¡Oh, cuánta es la necesidad que tenemos de admitir la igualdad del Hijo con su Divino Padre!

En toda naturaleza intelectual es necesario poner la palabra, nos dice el Ángel de la Escuela, (1) porque de la razon del entender es que el entendimiento forme algo, entendiendo; y lo que se ha formado es la palabra; palabra que es más ó ménos perfecta segun lo fuere el entendimiento de que procede. Ahora bien, Dios es la inteligencia infinitamente perfecta, y siempre en acto, y por lo mismo, su palabra lo es también; por esto no es transitoria como la del hombre, ni puede ser sino una sola, porque es perfecta; y la mirada de Dios lo abarca todo; y es, en fin, palabra sustancial, porque en Dios no caben accidentes; y subsiste porque así lo pide la perfeccion infinita de quien habla.

Y esa palabra de Dios, eterna, infinita, sustancial, y

(1) In Joann. c. 1. L. 1.

perfecta, es el Hijo del Eterno.

El Padre se conoce á Sí mismo con infinita perfeccion, y al conocerse engendra á su Divino Verbo; y como aquel conocimiento es perfectísimo y eterno; así también lo es la palabra, que de El procede. La imperfeccion de esta palabra, probaría la imperfeccion del Padre, pues ella expresa lo que conoce el mismo Padre; y por tanto, si no expresase, enteramente, todo el Sér de Dios, tampoco el Padre lo hubiera conocido enteramente. Y siendo inadmisibile semejante absurdo, resulta que el Hijo tiene toda la ciencia de su Padre, y por lo mismo, su grandeza, y su gloria, su poder y su esencia; y es un mismo Dios con El; igual al Padre, y digno como el Padre de la bendicion y gloria de todas las criaturas, por siempre jamas.

¡Qué consuelo tan santo y puro, y qué inefable y soberano gozo siente el alma cuando piensa en la divinidad del Hijo de Dios! Prorrumpimos en voces de júbilo, no nos cabe el contento en el pecho; es preciso deshaogar un instante los ardientes incendios que nos están quemando con sus vivas llamas. Te alabamos, decimos al Hijo de Dios, con los acentos de un himno sagrado, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu inmensa gloria. Sí, le damos gracias una y otra vez, por su inmensa gloria; y nos sentimos llenos de consuelo y satisfechos. ¡La gloria del Hijo de Dios, bendito por los siglos! tiernísimo y sagrado objeto de nuestros amores, encanto del alma, dulzura inefable y divina, delicias bajadas del cielo. El Hijo de Dios, ¿no es Él, por ventura, nuestro tierno y

querido Señor? ¿no es Él, á quien buscan los afectos más puros del alma? ¿No es El á quien van dirigidos los suspiros que salen del pecho? Contigo ha hablado mi corazón: en busca de Ti han andado mis ojos. Oh Señor: tu cara es la que yo busco. (1) Y al verlo sentado en el trono de Dios, igual á su Padre, y gozando con El, de dicha infinita, rendida nuestra alma, se postra á sus piés; de nuevo bendice, de nuevo lo adora, y á pesar de su nada, humilde y alegre se goza, en el Hijo bendito del Dios soberano, á quien sea toda gloria y honor, lo mismo que al Padre y al Don adorable que de ámbos procede.

CAPÍTULO XVIII.

§ I.

DIVINIDAD DEL ESPÍRITU SANTO.

El Espíritu Santo, ved cuál es ahora el sagrado y dulce objeto de nuestras reflexiones. Su solo nombre nos es bastante para sentir al punto el alma entera, inflamada en el fuego de su santo amor. Queremos pensar en su grandeza, y tributarle honor y gloria; y ¿no es El mismo quien nos ha inspirado tan santos y hermosos pensamientos? y como El es un fuego de infinita caridad, no es extraño que su amable y dichosísima presencia nos queme, nos abraze y consuma. ¡Oh amorosas y sagradas llamas del que es el amor del Padre y del Hijo! ¡quién pudiera vivir eternamente abra-

(1) Ps. XXVI. 8.

sado en tan divino incendio! Nacimos y vivimos para Dios, y por esto suspiramos por quien es la vida de nuestra alma, nuestra eterna y soberana dicha.

El Espíritu Santo es un solo Dios con el Padre y el Hijo con los cuales lo adoramos juntamente. Los libros santos nos dan el más claro testimonio de su divinidad.

Abrid el Génesis. En el principio crió Dios el cielo y la tierra..... y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, (1) Hé allí la creación del cielo y la tierra; mas ¿dónde hallamos la del Espíritu Santo? Aparece sobre las aguas para darles fecundidad, no para recibir la existencia en el tiempo; la que, desde la eternidad ha recibido del Padre y del Hijo; no por creación; sí porque de ellos procede: y las palabras dichas, nos revelan solamente, la unidad de acción de las tres personas. Glorioso es, por tanto, é irrecusable, el testimonio que nos dan, al decirnos que sobre las aguas era llevado el Espíritu Divino.

Si despues de Moises oimos á David, él nos dirá: El Espíritu del Señor habló por mí; su palabra ha estado sobre mi lengua. Es el Dios de Israel quien me ha hablado: el Fuerte de Israel es quien habla. (2) Mas ántes que entremos en materia, es indispensable manifestar que El es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo.

Cuando el Hijo de Dios recibió el agua del bautismo en el jordan, se abrieron los cielos, y se vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma, y posar sobre El. Y oyóse una voz del cielo que decia: Éste

(1) I. 1. 2. (2) II. Reg. XXIII. 2. 3.

querido Señor? ¿no es Él, á quien buscan los afectos más puros del alma? ¿No es El á quien van dirigidos los suspiros que salen del pecho? Contigo ha hablado mi corazón: en busca de Ti han andado mis ojos. Oh Señor: tu cara es la que yo busco. (1) Y al verlo sentado en el trono de Dios, igual á su Padre, y gozando con El, de dicha infinita, rendida nuestra alma, se postra á sus piés; de nuevo bendice, de nuevo lo adora, y á pesar de su nada, humilde y alegre se goza, en el Hijo bendito del Dios soberano, á quien sea toda gloria y honor, lo mismo que al Padre y al Don adorable que de ámbos procede.

CAPÍTULO XVIII.

§ I.

DIVINIDAD DEL ESPÍRITU SANTO.

El Espíritu Santo, ved cuál es ahora el sagrado y dulce objeto de nuestras reflexiones. Su solo nombre nos es bastante para sentir al punto el alma entera, inflamada en el fuego de su santo amor. Queremos pensar en su grandeza, y tributarle honor y gloria; y ¿no es El mismo quien nos ha inspirado tan santos y hermosos pensamientos? y como El es un fuego de infinita caridad, no es extraño que su amable y dichosísima presencia nos queme, nos abraze y consuma. ¡Oh amorosas y sagradas llamas del que es el amor del Padre y del Hijo! ¡quién pudiera vivir eternamente abra-

(1) Ps. XXVI. 8.

sado en tan divino incendio! Nacimos y vivimos para Dios, y por esto suspiramos por quien es la vida de nuestra alma, nuestra eterna y soberana dicha.

El Espíritu Santo es un solo Dios con el Padre y el Hijo con los cuales lo adoramos juntamente. Los libros santos nos dan el más claro testimonio de su divinidad.

Abrid el Génesis. En el principio crió Dios el cielo y la tierra..... y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, (1) Hé allí la creación del cielo y la tierra; mas ¿dónde hallamos la del Espíritu Santo? Aparece sobre las aguas para darles fecundidad, no para recibir la existencia en el tiempo; la que, desde la eternidad ha recibido del Padre y del Hijo; no por creación; sí porque de ellos procede: y las palabras dichas, nos revelan solamente, la unidad de acción de las tres personas. Glorioso es, por tanto, é irrecusable, el testimonio que nos dan, al decirnos que sobre las aguas era llevado el Espíritu Divino.

Si despues de Moises oimos á David, él nos dirá: El Espíritu del Señor habló por mí; su palabra ha estado sobre mi lengua. Es el Dios de Israel quien me ha hablado: el Fuerte de Israel es quien habla. (2) Mas ántes que entremos en materia, es indispensable manifestar que El es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo.

Cuando el Hijo de Dios recibió el agua del bautismo en el jordan, se abrieron los cielos, y se vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma, y posar sobre El. Y oyóse una voz del cielo que decia: Éste

(1) I. 1. 2. (2) II. Reg. XXIII. 2. 3.

es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia. (1) Ahora bien, así como la voz del Padre designa la primera persona, y al que esa voz señala y descubre, nos revela al Hijo, así también el descenso del Espíritu Santo, nos descubre su adorable y divina persona, bajo una forma corporal; porque los dones no toman estas formas, y aparecen en ellas, sino las personas.

Descubrimos la misma distinción y realidad de las personas, en las palabras con que mandó el Señor que fuese conferido el bautismo: Bautizad las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

(2) Lo mismo nos prueban las de San Juan: Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo. [3] Y así como los nombres del Padre y del Verbo, nos revelan distintas personas, así también se nos muestra la del Divino Espíritu. (4)

Atribuye la Escritura al Espíritu Santo, acciones que son propias solamente de las personas. ¿Quién, sino éstas, son las que hablan aun por medio de otros como por un instrumento? Y estas son también las que enseñan, y dan testimonio, y revelan lo futuro, y entienden, y escudriñan los misterios de Dios, y eligen á los que han de regir la Iglesia; y dan los dones espirituales segun su voluntad. Y todo esto lo hace el Espíritu Santo.

Cuando os hicieron comparecer, ante los gobernadores y los reyes, decía el Divino Maestro á sus apóstoles, no os de cuidado el cómo ó lo que habeis de hablar, porque os será dado en aquella misma hora, lo que

(1) Matth. III. 16, 17. (2) Matth. XXVIII. 19. (3) I. 5. 7.
(4) Cerboni.

hayais de decir: puesto que no sois vosotros quien habla entónces, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla por vosotros. Él os enseñará toda verdad: dará testimonio de Mí: os anunciará lo venidero. Él penetra todas las cosas, aun las más íntimas de Dios: ha puesto en la Iglesia á los Obispos; ha derramado sus gracias, repartiéndolas á cada uno segun El mismo lo ha querido. [1]

El Espíritu Santo es la fuente, el autor, la causa y el principio de los dones espirituales; mas es enteramente distinto de los mismos; y para evitar que con ellos pueda confundirse, los libros santos lo distinguen perfectamente. Oigamos el lenguaje de San Lucas: Jesús por la virtud del Espíritu Santo volvió á Galilea.— Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, dijo á sus discípulos el Divino Salvador ántes de subir á los cielos, (2) segun el mismo Evangelista. Y San Pablo nos dice también: Hay diversidad de dones espirituales; mas el Espíritu es uno mismo..... Los dones visibles del Espíritu Santo se dan á cada uno para la utilidad. Así uno recibe del Espíritu Santo el don de hablar con profunda sabiduría; otro recibe del mismo Espíritu, el de hablar con ciencia; á éste le da el mismo Espíritu una fe extraordinaria; al otro la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu: á quien el don de hacer milagros, á otros el de profecía, ó la discreción de espíritus, ó el don de lenguas; ó bien por último, el interpretar palabras. (3)

Ved, pues, al Espíritu Divino, superior á todos sus dones, distinto de ellos, y distribuyéndolos segun su

(1) Matth. X. 19, 20.—Joann. XVI. 13.—XV. 26.—XVI. 13.—I. Cor. II. 10.—Act. XX. 28.—I. Cor. XII. 11.—Cerboni. (2) Luc. IV. 14.—Act. I. 8. (3) I. Cor. IV. 7.—10. Cerboni.

voluntad. Nos consta por lo mismo, que Él es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo. Pasemos á escuchar el testimonio de los libros santos, y áun la voz de la razon que nos demuestran su divinidad.

Isaiás se expresaba en estos términos: Y dijo el Señor Dios de los ejércitos (Jehovah): Anda y dirás á ese pueblo: Oiréis y más oiréis y no querréis entender, y veréis lo que presento á vuestros ojos y no querréis hacer cargo de ello. (1) Y este Dios de los ejércitos, el gran Jehovah, el Dios de Israel es el Espíritu Santo. Oigamos á San Pablo, que reprochaba á los judíos su incredulidad: ¡Oh, con cuánta razon habló el Espíritu Santo por el profeta Isaiás! (2) Y cita las palabras dichas.

Cuando allá en el principio de la Iglesia, Ananías vendió un campo, y reteniendo parte de su precio, trajo lo demas, y lo puso á los piés de los apóstoles, San Pedro le dijo: Ananías, ¡cómo ha tentado Satanas tu corazon, para que mintiéses al Espíritu Santo, reteniendo parte del precio de ese campo?..... No has mentido á los hombres, sino á Dios. (3) Al oír Ananías estas palabras, cayó en tierra y espiró.

Contemplad, pues, con humilde y respetuosa mirada, á ese Espíritu Divino, Dios como el Padre y el Hijo, y que como Ellos, dispone con soberano y absoluto imperio, de la vida de los hombres.

Los libros santos dan al Espíritu Sagrado, los atributos que á sólo Dios corresponden. El es inmenso, eterno, omnipotente, criador de cuanto existe, y cuya inteligencia es infinita. El Espíritu del Señor llenó el

(1) VI. 9. (2) Act. XXVIII. 25. (3) Act. V. 1. 4.

Universo.—Por la palabra del Señor se fundaron los cielos, y por el Espíritu de su boca todo su concierto y armonía..... Espíritu de inteligencia, santo..... omnipotente, que todo lo prevé y abarca en sí todos los espíritus;— que se movia sobre las aguas para fecundarlas, cuando El mismo con el Padre y el Hijo, crió el cielo y la tierra. Espíritu del cual dijo el Santo Job: El Espíritu de Dios me crió. Y David: Enviarás tu Espíritu, y serán criados, y renovarás la faz de la tierra. Espíritu que penetra los mismos secretos de Dios, y tiene con el Padre y el Hijo la misma virtud. [1]

¡Quién, pues, no reconoce y adora, la divina grandeza del Espíritu Santo, y su eterna y perfecta igualdad con el Padre y el Hijo? Merece, y se le rinde, el mismo culto que á Uno y Otro: oigamos un instante las inspiradas expresiones de los primeros escritores de la Iglesia.

Yo te glorifico, oh Padre de Jesus, yo te alabo, te bendigo y te ensalzo, por tu Hijo Unigénito, el eterno pontífice, por quien glorificado seais con el mismo Jesus, en el Espíritu Santo. Así rindió el gran Policarpo, el testimonio de su fe ántes de firmarlo con su propia sangre. (2) Y San Justino decia: Honramos y adoramos en espíritu y en verdad, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. [3] Y San Ireneo: Á todos, y en todas las cosas, viene la salud, del Señor, á los que creen en un solo Dios Padre, y en su solo Verbo, y en el Espíritu Santo. (4) Y San Teófilo dícenos tambien, que en la Trinidad hay Padre, y su Verbo, y el Espíritu San-

(1) Sap. I. 7.—VII. 21. Ps. XXXII. 6. 23.—Gen. I. 1. 3.—Ps. CIII. 30.—I Cor. II. 10.—Matth. XXVIII. [2] Ap. Euseb. Hist. L. 4. c. 15. Vid. Cerboni. (3) Apolog. I. n. 6. al. 13. (4) Cont. haeres. L. 4. c. 6. n. 7.

to. (1) Y Tertuliano: Creemos en un solo Dios, quien envió á la tierra á su Hijo, el que, cuando subió á los cielos, envió al Espíritu Divino, santificador de la fe de los que creen en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo; personas realmente distintas; y que sin embargo, son un mismo y solo Dios verdadero. (2) Oigamos, por último, al gran San Ambrosio: Toda criatura es mudable; mas no lo es el Espíritu Santo. ¿Cómo pudiera mudarse el que siempre es bueno? Decía el Divino Salvador: Vosotros siendo malos sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo á los que se lo piden? [3]

Una es la gracia, una la caridad, una la comunión del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; luego una es su operación; y por lo mismo, la virtud no es distinta, ni está dividida la sustancia. (4)

Uno es el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el que se nos bautiza; una la divinidad, y una la majestad, porque uno es el nombre. Ved asimismo, que el Hijo se llama Consolador, y el Espíritu Santo se llama también Consolador. El Padre es luz, el Hijo es luz, y el Espíritu Santo es luz. El Padre es fuente de vida, y el Hijo lo es también, y el Espíritu Santo. El Padre es río de gracia, y también el Hijo y el Espíritu Santo; porque allá en la celestial Jerusalén, no hay un río terrestre, sino el Espíritu Santo que procede de la fuente de la vida, y se derrama sobre los tronos, las dominaciones, las potestades, los ángeles y los arcángeles, con santa y admirable abundancia; porque

(1) L. 2: Ad. Autoly. n. 15. [2] Cont. Prax. c. 1, 2, 9. (3) Luc. 11, 13. L. De Espíritu Sanc. c. 5. (4) Id. c. 11, 12, 13.

si aún aquí en la tierra, cuando los ríos aumentan el caudal de sus ondas elevándose sobre sus propias riberas, salen de madre y todo lo inundan; ¿cuánto más el Espíritu Santo, inundará con impetuosos y alegres torrentes de divina gracia, los dichosos espíritus que son sus criaturas, inferiores, infinitamente, á su grandeza? (1)

El Espíritu Santo es virtud, y el Hijo y el Padre es virtud. Uno es el consejo del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. El Espíritu Santo vivifica como el Padre y el Hijo; ¿quién ignora que dar la vida es tan sólo de la eterna y soberana Majestad? (2)

El Espíritu Santo crió el misterio de la sagrada Encarnación, que es sobre todas las criaturas; ¿cómo, por lo mismo, pudiera ser criatura ese Espíritu Divino? [3]

El mismo Espíritu apareció bajo la forma de una paloma en el bautismo del Señor para declarar la unidad de honor en el imperio y la de operación en el misterio, con el Padre y el Hijo; y dar testimonio á la Sabiduría, llenando el Sacramento de la regeneración espiritual, y descubriendo la unidad de operación con el Padre y el Hijo. (4)

Donde el Espíritu se descubre, se manifiesta la virtud de Dios; ni puede haber división donde una misma es la obra; y por esto, lo que habla el Hijo lo habla el Padre, y lo que habla el Padre, habla el Hijo; y lo que habla Uno y Otro, habla el Espíritu Santo. No hablará de suyo, esto es, sin la comunión del Hijo y del Padre. El Espíritu no está dividido, ni separado, sino que habla lo que oye; y oye por la unidad de sus

(1) Id. c. 16, 18, 19, 20. (2) Id. L. 2. Epist. 2, 3, 4, 5, 6. (3) Id. c. 1. (4) Id. L. 3. c. 1, 15.

tancia y la propiedad de ciencia..... No habla de suyo, esto es, el Espíritu que habla verdad y espira sabiduría, no habla sin el Hijo. Y no habla sin el Padre porque es su Espíritu..... El Hijo todo lo ha recibido del Padre, y todas las cosas del Padre son suyas; y lo que recibe el Hijo por la unidad de naturaleza, lo recibe por esta misma unidad, el Espíritu Santo, como lo dijo el Señor: Recibirá de lo mío y os lo anunciará. Lo que habla el Espíritu es del Hijo, y lo que dió el Hijo es del Padre; y así, nada habla de suyo, el Hijo, ó el Espíritu Santo, porque la Trinidad no habla fuera de Sí misma. (1)

Mas ¿para qué estar oyendo separadamente, la voz de los santos y doctores de la Iglesia, cuando podemos escuchar reunidos, y como uno solo, los gratos y dulcísimos acentos con que en todos los siglos, la Esposa del Cordero ha hecho resonar en el mundo, la gloria del Señor? Ella, en efecto, ha entonado siempre, este hermoso y sublime cantar, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. (2)

Vemos por lo dicho, que no es lícito dudar un solo instante, de la divinidad del Espíritu Santo. Cierto es que el Padre es eterno, y eterno es el Hijo; y Uno y Otro omnipotente, inmenso, Señor, Dios; mas tambien es cierto que con ellos, el Espíritu Santo es un solo Señor; un mismo Dios, eterno, inmenso, omnipotente; á quien con las otras dos divinas personas, tributamos las mismas alabanzas, ofrecemos la misma adoración, y cantamos una sola gloria.

(1) Ap. Alexand. Lec. 4. Dissert. 4. 3. (2) D. Basilius De Espíritu Sancto. c. 29. n. 73. Animadvertendum quod Veteres in talibus Doxologiis, non solum cum Spiritu Sancto, sive et Spiritui Sancto, sed aliquando etiam, in Spiritu Sancto, ideo dixisse videntur, ut significarent, quatenus Spiritus Sanctus, a Patre Filioque procedit, amborum esse communionem, ac profiteri quasi vinculum S. S. Trinitatis, sicuti a nonnullis veteribus distincte appellatur. Cerboni. Petavius. De Trinit. L. 7. c. 12. n. 8.

§ II.

¿Cuando amais no sentís en el alma, una activa y secreta mocion que os lleva dulcemente al objeto de vuestro cariño? Y si este amor es mútuo, la mocion parece nos la misma, pues tiene el mismo origen, el amor, y conduce al mismo término: la union. El pensamiento es uno mismo; pensáis en vuestro amado, y él, en vos tambien, está pensando. Idéutica es la inclinación en uno y otro. ¿No recordais que aun la esposa santa se expresaba en estos términos: Mi amado para mí, y yo para mi amado? [1] La union, en fin, se vuelve tan estrecha, que parece que un alma solamente anima distintos corazones. El alma de Jonatas se ligó estrechamente con el alma de David, nos dicen los sagrados libros, y le amó Jonatas como á su propia alma. (2)

Hemos dicho que son dos los corazones que se aman, mas no, que es uno mismo. Recordemos estas palabras de los Hechos de los apóstoles: La muchedumbre de los creyentes tenían un corazon y un alma. [3]

Veamos, ahora, otras maravillas y encantos del amor. Él tiene una doble potencia; activo y ardiente se lanza al objeto que ama, y grava su imágen en el seno del amante.

¿Quién me diera, decia Job en otro tiempo, que se imprimiesen mis palabras en un libro, con punzon de hierro; y se esculpiesen en planchas de plomo, ó con el cincel se gravasen en pedernal? [4] Y con todo, ni el

(1) II. 16. (2) I. Reg. XVIII. 1. (3) IV. 32. (4) XIX. 23, 24.

cincel, ni el punson de hierro, pueden gravar sus caracteres tan profundamente como el amor imprime la imágen del amado en nuestras almas: ni el pedernal ni el plomo conservan las palabras con tanta perfeccion, como el alma que ha escuchado los suaves acentos del amor.

Mas el amor terreno, á pesar de todos sus encantos y grandezas, es amor de seres miserables; y por esto, inconstante y pasajero; tal vez injusto porque el hombre huye como una sombra, y jamas permanece en un mismo estado; pasa como una imágen que luego se desvanece; (1) y sus caminos no son siempre los caminos del Señor. Por lo mismo, si queremos contemplar en su misma fuente, las bellezas del noble sentimiento de que hablamos, levantemos los ojos al trono del Eterno. ¿Sentimiento? En Dios el amor es un impulso divino, una sagrada persona; y en Él por esto, la vida, la fuerza y todas las bellezas del amor se nos presentan infinitamente grandes, adorables, santísimas; pero veladas á los ojos de los hombres; y con todo, á pesar de lo dicho, pegada en el polvo nuestra frente, llenos de un temor sagrado, y confiando en el Señor, digamos lo que el mismo nos inspire.

El Padre contempla eternamente á su Divino Hijo, su viva y sustancial imágen. El Eterno todo lo ve de una mirada sola; y en el Hijo no hay sino grandeza, perfeccion, infinita y admirable santidad. Él es el Creador de la hermosura. El Padre lo contempla; ¿pudiera no amarle un solo instante? Es por lo mismo, necesario el amor que le tiene; y es eterno tambien, pues

(1) Job. XIV. 2.—Ps. XXXVIII. 7.

que en Dios no hay instantes, ni cambia jamas.

El Hijo contempla á su Padre, su principio de eterna é infinita grandeza, el tesoro de la divinidad; y de ese principio recibe su Sér, y todas las riquezas que encierra el tesoro de Dios. Ahora, preguntamos de nuevo; ¿puede el Hijo no amar á su Padre? Es tambien, por lo mismo, necesario el amor que le tiene; y es eterno, pues Dios lo engendró desde los dias de la misma eternidad.

Tenemos ya, en el Padre y el Hijo, un amor necesario y eterno; y para descubrir de una vez y en una sola palabra, su divinidad, observemos lo siguiente.

El amor se halla siempre en razon directa de la actividad de quien ama, y de la belleza y bondad del objeto amado. ¿No descubris en esto solo, la infinita grandeza del amor divino? Quien ama es el Padre, quien ama es el Hijo; y el Hijo es amado; y el Padre tambien es amado. ¿Quién ignora que es omnipotente, infinita y soberana la actividad del Padre y el Hijo? ¿ó quién no sabe que Uno y Otro, son la belleza y la bondad increada? Aquél divino amor procede por lo mismo, con una fuerza, y grandeza, y encanto, y dulzura infinitas.

Ese impulso amoroso y ardiente, del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre, lleno está de toda la grandeza del Eterno; pues el Padre que contempla en su Verbo toda su esencia, lo contempla infinitamente amable; y á esta amabilidad infinita y perfecta, corresponde un amor infinito tambien, y perfecto. Asimismo, el Hijo ama á su Padre con igual amor, pues si es perfecto y

amable ese Verbo, y de fuerza y poder infinito, todo lo tiene del Divino Padre, amale y perfecto como el Hijo.

Hemos contemplado en el amor terreno una doble potencia; pero ved lo que pasa en el divino. En el Padre y su Verbo descubrimos un ardiente impulso del Padre á su Hijo y del Hijo á su Divino Padre. Mas la primera persona de la adorable Trinidad no tiene que ir léjos de Sí misma en busca de su Verbo: El Unigénito está en el seno de su Padre, y Este Padre imprimió en el Hijo su divino sello, su imagen soberana. (1) Y respecto del Hijo de Dios, cierto es que se refiere á su Divino Padre; el Padre está en el Hijo, y el Hijo lo contempla eternamente.

Lo dicho nos indica que ese lazo de amor que los tiene tan estrechamente unidos, es uno mismo, no sólo apreciativamente, como es uno el amor de las criaturas, sino uno en realidad; pues tiene la misma esencia; y las personas que une tienen con Él la misma vida, el mismo entendimiento, la misma voluntad; y por esto, es constante, invariable y eterno; y llevando en Sí mismo, la belleza, el poder, y la esencia del Padre y el Hijo.

En Dios no hay accidente, todo es necesario y eterno, todo hermoso, adorable y perfecto; ¿podría no serlo el impulso divino que procede como amor de la bondad primera? Vednos, pues, adorando la divinidad y la grandeza, y todas las hermosas perfecciones que brillan con tan puro y vivo resplandor, en la Sagrada persona del Espíritu Santo. Su inefable y arrobadora be-

(1) Joann. VI. 26.

lleza nos deslumbra; su santidad nos asombra; mas su suavísima y benigna dulzura nos alienta y llena de esperanza. ¡Ah! El es tan santo y grande, compasivo, amable, indulgente, que al pensar en su infinita bondad, palpita de ternura el corazón, derraman los ojos dulce llanto, y la lengua vuelve á pronunciar aquel sagrado himno con que ántes bendijo al Verbo del Señor: ¡Oh Espíritu Divino! te alabamos, te bendecimos, te adoramos; y te damos gracias por tu inmensa gloria. A Ti á quien con el Padre y el Hijo adoran todas las criaturas en los cielos y la tierra.

Bajemos nuestros ojos de aquella infinita elevación donde tan dulcemente hemos contemplado las maravillas y bellezas del amor divino; y veamos lo que pasa en nuestro propio seno. ¿Hay por ventura en nosotros aquella moción divina, aquel beatífico impulso, que nos conduce al Señor? ¿llevamos acaso, impresa en el alma, la imagen de Dios? ¡Miserable de mí, hombre infeliz! En vez de aquél impulso, echo de ver en mis miembros una ley que resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. [1] Bien sé que he llevado en el alma la imagen del hombre terreno; [2] mas ignoro si está borrada esa imagen funesta, y si en cambio ya llevo la del hombre celestial. ¡Qué crueles angustias, qué triste y luctuosa ignorancia! En tan amarga pena; ¿qué consuelo le queda á la esperanza? Llevamos en el alma un mundo de dolores, y para agravarlos más y más, nos rodean por todas partes las sombras pesadas de la incertidumbre. . . . ¿Quién nos libertará de tanta des-

(1) Rom. VII. 23. (2) I. Cor. XV. 49.

ventura? La gracia de Dios, responde San Pablo, por Jesucristo Nuestro Señor. (1) Al oír estas palabras confiando en el Eterno, y recordando nuestros males, le decimos: Mirad el triste estado en que nos vemos; nuestros días se han desvanecido como el humo, y nuestros huesos están como la leña que se destina al fuego; y como la yerva que cortada, cae al suelo y se seca. Lloramos sin cesar, y se han secado nuestras carnes quedando solamente la piel sobre los huesos. (2) Y el Dios de todo consuelo nos hace oír estas palabras: Huesos áridos escuchad la palabra del Señor..... Sabréis que Yo soy el Señor, cuando abriere vuestros sepulcros, y os arranque de ellos, cuando haya infundido en vosotros mi espíritu, y tendréis entonces vida. [3]

¿Y quién no exclamará rogando á Dios que nos envíe su Espíritu Divino, y con El nos mande toda gracia? Pues sabemos que el Padre da su buen Espíritu á quien se lo pide. (4)

Hé aquí otras razones que también demuestran la divinidad del Espíritu Santo.

Escrito está que sólo á Dios debemos adorar, y á Él únicamente tenemos que servir; (5) y sin embargo nos dice San Pablo que los verdaderos circuncisos somos nosotros, que servimos al Espíritu de Dios; (6) el cual, por lo mismo, es Dios.

¿Ignorais, nos dice el mismo Apóstol, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo que está en vosotros? (7) Ahora bien, ¿los miembros de Jesucris-

[1] Rom. VII. 24, 25. [2] Ps. CI. 4, 6, Paraf. [3] Ezech. XXXVII. 4, 13, 14. [4] Luc. XI. 13. [5] Deut. VI. 13. [6] Philip. III. 3. Ita. D. Ambros. L. 2. De Spíritu Sanc. c. 6. D. August. De Trinit. L. 1. c. 3, n. 13. Calmet. [7] I. Cor. VI. 19.

to podrán ser el templo de una criatura? Y aquél á quien presentamos como templo nuestro propio cuerpo, le rendimos el honor que sólo á Dios debe rendirse. Por esto añadía el Apóstol: Glorificad á Dios y llevadlo siempre en vuestro cuerpo. (1) Y ántes habia dicho: ¿No sabeis vosotros que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (2) Dios habita en su templo, y no como ministro, sino como supremo Señor á quien rendimos la más profunda y humilde adoracion. (3)

¿Cuán grande es, por lo mismo, el Espíritu Santo á quien se levanta y consagra un templo, por Dios mismo, y de los miembros de Dios! (4)

Finalmente la acción del Espíritu Santo en las obras de la bondad y del poder de Dios, nos manifiestan su divinidad. Tratemos solamente de la justificación, la redención, la Eucaristía y la resurrección de los muertos.

San Pablo preguntó en Éfeso á algunos discípulos: ¿Habeis recibido el Espíritu Santo? Ellos le contestaron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. ¿Pues con qué bautismo, les replicó, fuisteis bautizados? Y ellos respondieron: Con el bautismo de Juan. Dijo entonces Pablo: Juan bautizó al pueblo con bautismo de penitencia, advirtiéndoles que creyesen en Aquél que habia de venir despues de él, esto es, en Jesus. Oído esto se bautizaron en el nombre del Señor Jesus. Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo. (5)

El mismo Apóstol dijo á los Efesios: Estabais muer-

(1) V. 20. D. August. cit. (2) Id. 3. 16. (3) August. De Trinit. L. 7. c. 3. n. 6. (4) Id. L. 5. Cont. Maximin. c. 3. (5) Act. XIX. 2, 6.

tos por los delitos y pecados..... Y todos nosotros éramos por naturaleza hijos de ira, no ménos que los demás. (1) Y á los de Corinto: Pero fuisteis lavados, santificados, justificados, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de Nuestro Dios. (2) Y á los Romanos: Dios es el que justifica. (3) Y el Santo Job habia dicho: ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? ¿quién sino Tú solo? [4]

Respecto de la redencion de Jesucristo, sabemos que su Majestad se ofreció á Sí mismo, inmaculado á Dios, por el Espíritu Santo. (5)

El pan y el vino, en la divina Eucaristía, no se santifican y convierten en el cuerpo y sangre del Señor, sino por obra del Espíritu Santo, nos dice el gran San Agustin. (6)

Así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. (7) Ved ahora esto mismo respecto del Espíritu Santo, oid á San Pablo: Si el Espíritu de Aquél Dios, que resucitó á Jesus de la muerte, habita en vosotros el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará tambien vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros. (8)

Brilla, pues, la gloria de la divinidad del Espíritu Santo, con hermosa y purísima luz; porque Dios es luz y en El no hay tinieblas ningunas. (9) Y luz es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no tres sino una sola; luz espiritual é incommutable; y por lo mismo, sabiduría el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no tres sabi-

[1] III. 1, 3. (2) VI. 11. (3) VIII. 33. (4) XIV. 4. (5) Heb. IX. 14. (6) De Trinit. L. 3. c. 4. (7) Joann. V. 21. (8) Rom. V. 11. Tirino. El gran teólogo S. Cirilo de Alejandría, prueba con más de 50 argumentos á cual más convincente, la divinidad del Espíritu Santo, en el libro titulado: Quod Spiritus Sanctus sit Deus. (9) I. Joann. I. 5.

durias sino una sola: y porque en Dios el sér es lo mismo que el saber, una es la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y no siendo en Dios, el sér, distinto de ser Dios, tenemos que Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. (1)

¿Qué nos resta, pues, sino exclamar, llenos de alegría, y ardiendo el alma en el más sagrado y dulce fuego: Venid, regocijémonos en el Señor; cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador Nuestro? Corramos á presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias, y entonando himnos á su gloria. Porque el Señor es el Dios grande, y un rey más grande que todos los dioses. Porque en su mano tiene toda la extension de la tierra, y suyos son los más encumbrados montes. Suyo es el mar, y obra es de sus manos; y hechura de sus manos es la tierra. Venid, adorémosle; postrémonos, derramando lágrimas en la presencia del Señor que nos ha criado: pues El es el Señor Dios Nuestro, y nosotros el pueblo á quien El apacienta, y ovejas de su grey querida. [2]

CAPÍTULO XIX.

§ I.

EL ESPÍRITU SANTO PROCEDIENDO DEL PADRE

Y DEL HIJO.

La divinidad del Espíritu Santo, nos ha obligado á

[1] D. August. cit. (2) Ps XCIV. 1, 7.

tos por los delitos y pecados..... Y todos nosotros éramos por naturaleza hijos de ira, no ménos que los demás. (1) Y á los de Corinto: Pero fuisteis lavados, santificados, justificados, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de Nuestro Dios. (2) Y á los Romanos: Dios es el que justifica. (3) Y el Santo Job habia dicho: ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? ¿quién sino Tú solo? [4]

Respecto de la redencion de Jesucristo, sabemos que su Majestad se ofreció á Sí mismo, inmaculado á Dios, por el Espíritu Santo. (5)

El pan y el vino, en la divina Eucaristía, no se santifican y convierten en el cuerpo y sangre del Señor, sino por obra del Espíritu Santo, nos dice el gran San Agustin. (6)

Así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. (7) Ved ahora esto mismo respecto del Espíritu Santo, oid á San Pablo: Si el Espíritu de Aquél Dios, que resucitó á Jesus de la muerte, habita en vosotros el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará tambien vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros. (8)

Brilla, pues, la gloria de la divinidad del Espíritu Santo, con hermosa y purísima luz; porque Dios es luz y en El no hay tinieblas ningunas. (9) Y luz es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no tres sino una sola; luz espiritual é incommutable; y por lo mismo, sabiduría el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no tres sabi-

[1] III. 1, 3. (2) VI. 11. (3) VIII. 33. (4) XIV. 4. (5) Heb. IX. 14. (6) De Trinit. L. 3. c. 4. (7) Joann. V. 21. (8) Rom. V. 11. Tirino. El gran teólogo S. Cirilo de Alejandría, prueba con más de 50 argumentos á cual más convincente, la divinidad del Espíritu Santo, en el libro titulado: Quod Spiritus Sanctus sit Deus. (9) I. Joann. I. 5.

durias sino una sola: y porque en Dios el sér es lo mismo que el saber, una es la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y no siendo en Dios, el sér, distinto de ser Dios, tenemos que Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. (1)

¿Qué nos resta, pues, sino exclamar, llenos de alegría, y ardiendo el alma en el más sagrado y dulce fuego: Venid, regocijémonos en el Señor; cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador Nuestro? Corramos á presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias, y entonando himnos á su gloria. Porque el Señor es el Dios grande, y un rey más grande que todos los dioses. Porque en su mano tiene toda la extension de la tierra, y suyos son los más encumbrados montes. Suyo es el mar, y obra es de sus manos; y hechura de sus manos es la tierra. Venid, adorémosle; postrémonos, derramando lágrimas en la presencia del Señor que nos ha criado: pues El es el Señor Dios Nuestro, y nosotros el pueblo á quien El apacienta, y ovejas de su grey querida. [2]

CAPÍTULO XIX.

§ I.

EL ESPÍRITU SANTO PROCEDIENDO DEL PADRE

Y DEL HIJO.

La divinidad del Espíritu Santo, nos ha obligado á

[1] D. August. cit. (2) Ps XCIV. 1, 7.

rendirle la más humilde adoracion de nuestras almas. ¿Nos ha obligado? parece que el inmenso y ardiente cariño que le profesamos, se siente lastimado; pues si bien es cierto que debemos amarlo porque es Nuestro Dios, eterno y soberano, al pensar en su infinita bondad se nos sale el corazon de entre las manos, y como algunos santos al escaparse del poder de sus verdugos se han arrojado en medio de las llamas, por dar á Dios un testimonio de su amor; así tambien nosotros, casi sin pensarlo, lanzamos hasta Dios nuestros suspiros, el corazon y todo nuestro afecto.

Terrible eres Tú, oh Señor, decia David, ¿y quién te resistirá, desde el momento de tu ira? (1) Nosotros, pensando en la bondad del Espíritu Santo, exclamamos tambien, á nuestro modo: Tú eres amable sobre todo amor; ¿quién te resistirá? Jamas queremos hacerlo; que ántes bien, rendidos nos hallamos á tus piés, y abrasadas tenemos nuestras almas en el fuego de tu amor sagrado.

Los sentimientos de adoracion y respeto y de tierna caridad, que nos inspira la grandeza del Espíritu Divino, son los que intentamos sostener y avivar en el presente capítulo.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Hablemos primeramente de su procesion respecto del Padre.

El Padre es el principio de toda la deidad, nos dice San Agustin; (2) luego si el Espíritu Santo procede, porque en Dios solo la primera persona no procede, debe proceder del Padre.

(1) Ps. LXXV. 8. (2) De Trinit. L. 4. c. 20.

El Divino Maestro nos dijo lo siguiente: Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre, El dará testimonio de Mí. [1]

Este mismo Espíritu es llamado Espíritu del Padre: Cuando os hisieren comparecer ante los gobernadores y los reyes, no penseis cómo ó qué habeis de hablar... porque no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. [2]

Dios envió á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Padre, Padre mio. [3] Y ¿si el Espíritu Divino no procediese del Padre, pudiera enviarlo el mismo Padre? El es enviado, nos dice San Agustin, por Aquél de quien procede..... Mas el Padre no es enviado porque no tiene de quien sea, ó de quien proceda. (4)

Mas el Espíritu Santo procede tambien del Hijo; pues recibe del Hijo, es enviado por Él, y es finalmente, Espíritu del Hijo.

Cuando venga el Espíritu de verdad, nos dijo tambien el Divino Salvador, ese Espíritu os enseñará todas las verdades; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oido, y os anunciará las venideras. (5) El me glorificará; porque recibirá de lo mio, y os lo anunciará.

Una persona no puede recibir de otra, sino por origen pasivo; así como por el contrario, no puede dar sino por origen activo; y por lo mismo, el Espíritu Santo que recibe del Hijo, procede de Él; (6) pues lo que se ha recibido no es un accidente, que en Dios no lo hay,

[1] Joann. XV. 26. (2) Matth. X. 19. 20. (3) Galat. IV. 6. (4) De Trinit. L. 4. c. 20. (5) Joann. XVI. 13. 14. (6) Gonet.

sino la misma sustancia, por una accion sustancial; y esto es proceder del Hijo. [1]

Las palabras del Evangelio que hemos referido, nos manifiestan que el Hijo Divino comunica la ciencia al Espiritu Santo; mas en Dios, nos ha dicho San Agustin, el saber es el sér, pues la ciencia no se distingue del mismo sér; y por lo mismo, comunicándole aquella, le comunica la divina esencia. (2)

Si Yo no me voy, decia tambien Jesus, á sus discipulos, el Consolador no vendrá á vosotros; pero si me voy os lo enviaré. (3) Mas ¿cómo lo ha de enviar? ¿a caso por mandato, ó por consejo, ó solamente por origen? El Espiritu Santo, siendo igual al Hijo, no es enviado por imperio; y como es infinito y eternamente sabio, no es mandado por consejo; réstanos que lo sean sólo por procesion. [4]

Finalmente, el Espiritu Divino es llamado Espiritu del Hijo: Habiendo ido Pablo y Timoteo, á la Misia, intentaban pasar á Bitinia; pero no se los permitió el Espiritu de Jesus. (5)

Ya hemos visto que este mismo Espiritu, es llamado Espiritu del Padre, porque de El procede, ahora vemos que es asimismo, llamado Espiritu del Hijo; y es por tanto indispensable confesar que de El tambien procede.

El Hijo Divino prometió á sus apóstoles, que el Padre mandaría en su nombre al Espiritu de verdad; y ¿quién es la verdad sino el Verbo del Padre? El mismo Verbo arrojó su aliento sobre sus discipulos, diciéndoles: Recibid al Espiritu Santo; (6) significando con

[1] Billuart. (2) Id. (3) Joann. XVI. 7. (4) Gotti, Billuart.
[5] Act. XVI. 7. (6) Joann. XX. 22.

tal accion que la persona del Espiritu Santo procedia del mismo Verbo.

Ved cuán exacto y natural es lo dicho. En estas palabras, Verbo del Padre, significamos que procede de Este Padre; ¿por qué, pues, cuando la tercera persona es llamada Espiritu de verdad, Espiritu del Hijo, no debiéramos entender que procede de Éste mismo? Además, el Espiritu que dió á sus apóstoles al arrojar sobre ellos su divino aliento, fué el mismo que en el dia de Pentecostes mandó del cielo; esto es, el Espiritu Santo. Nos dice, pues, que enviará del Padre, al que ha de enviar el Padre, al Espiritu Divino, porque de Él procede, y por lo mismo, Aquél Espiritu procede igualmente del Hijo.

Aun no se habia comunicado el Espiritu Santo, porque Jesus no estaba todavía en su gloria, (1) nos dice San Juan. Y no se trata de los dones del mismo Espiritu, que habian recibido los profetas y otros santos; sino de una comunicacion particular, en la que, despues de su ascension, el Hijo de Dios, envia al Espiritu Santo. (2)

Si tan expresa y terminantemente hallamos la enseñanza de la divina Escritura, acerca del asunto que nos ocupa; no son ménos decisivos los testimonios de los Padres, y la doctrina de la Iglesia.

Todo lo tiene el Espiritu, decia San Atanasio, lo ha recibido del Verbo. Y así como el Hijo nos dice: Todas las cosas que tiene el Padre son mías; así todas estas, las hallamos por el mismo Hijo, en el Espiritu Santo. [3] Y San Basilio: Ninguna operacion del Hi-

(1) VII. 39. (2) D. August. De Trinit. L. 4. c. 20.— Gotti.
(3) Orat. 3. Cont. Arian. n. 24.— Epist. 3. ad. Scrap. n. 1.

jo está dividida del Padre; ni es extraño á Éste lo que está en el Hijo. Todas mis cosas son tuyas, dijo el Verbo del Señor, y las tuyas mías; ¿cómo, pues, el Espíritu Divino procedería solamente del Hijo? Mas no se llama Hijo del Verbo, no porque no proceda de Dios por el Hijo, sino porque en la adorable Trinidad no pasa lo que en los hombres, que unos hijos engendran otros. (1) Y San Epifanio: El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y tiene con Ambos la misma sustancia y divinidad. (2) Y por último, San Cirilo de Alejandría: Aunque el Espíritu Santo subsiste en sí mismo como verdadera persona, y no es el Hijo, con todo, no le es extraño, pues se llama Espíritu de verdad; y el Hijo de Dios es la verdad; por lo cual procede de Él lo mismo que del Padre. (3)

Oigamos ahora la doctrina de la Iglesia: Creemos que el Espíritu Santo es Paraclito, que ni es el Padre, ni es el Hijo; sino que procede del Padre y del Hijo. Así hablaba el primer concilio de Toledo. (4) Y el tercero: Sea excomulgado el que no crea que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Y finalmente el de Florencia: Definimos que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, como de un mismo principio, y de una sola espiración.

Tal es la fe que profesamos, y que se halla expresa en estas palabras: El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo; no hecho, ni criado, ni engendrado, sino procedente. Palabras que nos dan la idea mas precisa de la divina persona del Espíritu Santo. No lo busqueis entre las obras de Dios que brillan en el mundo, pues

(1) L. 2. De Spiritu S. ad. Eunom. (2) In Anchor. n. 8.—Hæres. 6. 2. (3) Ep. ad Néstor. n. 10. (4) Hæc. confessio. alteri Sinodo Toletanae mediae inter primam et secundam, ab aliquibus, attribuitur. Gotti.

no lo habréis de encontrar; porque no ha sido hecho; ni entre las criaturas invisibles, porque no fué criado; ni como Hijo en el seno del Padre, porque no ha sido engendrado. ¿Dónde, pues, lo buscaremos? Preguntad si el Padre y el Hijo se aman mutuamente, con eterno y soberano amor; y buscadle aquí; que en el Padre y el Hijo se encuentra siempre el amor que los une.

Alégrense los corazones de los que buscan al Señor, decía David. Y agregaba: Buscad al Señor y permaneced firmes: buscad incesantemente su rostro. [1] Mas ¿podremos alegrarnos cuando todavía no hallamos á nuestro querido Dios? y si ya le tenemos con nosotros ¿para qué buscarlo? El pensamiento del Señor, basta para llenar de consuelo nuestras almas: Se habia negado mi alma á todo consuelo: me acordé de Dios, y me sentí bañado en gozo, decía David. [2] Los suspiros que salen del pecho y que mandamos al trono del Eterno, dejan desahogada el alma; y las lágrimas que ruedan de los ojos, y los mismos ojos que á todas partes van buscando á Dios, revelan el amor que le tenemos, y aumentan sus divinas llamas; y no hay por cierto más hermoso y celestial consuelo para quien ama, que sentir su propio amor, é irle acrecentando á cada instante. Consuelos y delicias que se aumentan ciertamente, al saber que podemos encontrar á Nuestro Dios, si lo buscamos: Buscad al Señor mientras puede ser hallado: invocadle mientras está cercano. Abandone el impío su camino, y el inicuo sus designios, y conviértase al Señor, el cual se apiadará de

[1] Ps. CIV. 3, 4. (2) Ps. LXXVI. 3, 4.

él, y vuelva á Nuestro Dios que es generosísimo en dar el perdon. [1]

¿Mas si lo hemos hallado para qué buscarlo? Buscamos las cosas incomprensibles, nos dice San Agustín, de tal manera, que al comprender que lo son, conocemos que alcanzamos algo; y descubriendo sin embargo, que puede progresar nuestra indagacion, un instante no dejamos de indagar; que tan grande y soberano bien, se busca para encontrarse, y se encuentra para buscarse: lo buscamos para poder gustarlo con mayor dulzura; y se nos deja hallar para buscarlo con más vivo y amoroso anhelo. [2]

Busquemos sin descanso al Espíritu de Dios, y el corazon rebotará castísimas delicias, celestial contento. Mas ¿podemos buscarlo si Él mismo no nos lleva de la mano, si no fortalece nuestros pasos, y nos da vigor? En Él confía nuestra alma débil, y no será confundida su esperanza. ¿Por ventura ignoras tú, decia Isaías en otro tiempo, ó no has oido que Dios es el Señor eterno, que crió la extension de la tierra, sin cansancio ni fatiga; y que es incomprensible su sabiduría? Él es el que robustece al débil, y el que da mucha fuerza y vigor á los que no son para nada. Desfallecerá fatigada de cansancio la edad lozana, y se caerá de flaqueza la juventud. Mas los que tienen puesta en Dios su esperanza, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán. (3) Y por más que subamos, llevados en las alas del Águila divina, desearémos remontarnos á mayor altura, teniendo que decir con más razon que

(1) Isa. LV. 6, 7. (2) De Trinit. L. 15, c. 2. (3) XL. 28, 31.

el Apóstol: Yo no juzgo haberlo ya alcanzado. Mas esto solo: que olvidando lo que dejo atras, y extendiéndome á lo que está adelante, prosigo segun el fin propuesto, al premio de la soberana vocacion de Dios en Jesucristo. (1)

Olvidarlo todo por el amor del Espíritu Santo, tender hácia Él las alas del amor; y Él mismo estarnos animando con el eterno y precioso galardón de una soberana recompensa; y llamarnos, en fin, la vocacion de Dios..... y ¿no habia de rebosar el alma de inefable gozo? ¿y saldrían de nuestros labios otras expresiones que estas muy hermosas de los libros santos: En busca de Ti han andado mis ojos? Estaré al rededor de su tabernáculo, inmolando sacrificios de accion de gracias; cantando y entonando himnos al Señor. Escucha, oh Señor; mis voces, con que te he invocado: ten misericordia de mí, y óyeme. Contigo habló mi corazon: en busca de Ti han andado mis ojos. Oh Dios mío yo busco tu rostro. (2)

§ II.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Así nos lo enseña la divina Escritura, los Padres de la Iglesia, y ésta misma en los concilios. Ved tal verdad demostrada por el Ángel de la Escuela.

Si el Espíritu Santo no procediera del Hijo, de ningún modo podría distinguirse de Él personalmente; pues las personas no se distinguen por lo que es absoluto; que si así fuera no sería una misma la esencia de

(1) Philip. III. 13, 14. (2) Ps. XXVI. 6, 8.

los tres. Se distinguen por las relaciones, segun que estas mismas son opuestas. Y ved lo que acabamos de decir en lo siguiente. El Padre tiene dos relaciones, una al Hijo y otra al Espíritu Santo; mas como no son opuestas no constituyen dos personas, sino que sólo pertenecen á una, la divina y adorable persona del Padre. Resulta de lo dicho que si en el Hijo y el Espíritu Santo no hubiera otras relaciones sino aquellas con que cada uno se refiere al Padre, tales relaciones no serían opuestas; y por lo mismo, así como la persona del Padre es una, así se seguiría que la del Hijo, y la del Espíritu Santo sería una, con dos relaciones opuestas á las dos del Padre. Es por tanto, necesario que el Hijo y el Espíritu Santo se refieran mutuamente con relacion opuesta, la cual no pueden ser sino de origen: esto es, que una persona sea principio y que la otra proceda de ella; ó lo que es lo mismo en nuestro asunto, que el Espíritu Santo proceda del Hijo. (1)

Hé aquí otras razones en apoyo de lo que asentamos: El Hijo de Dios nos ha dicho: Todas las cosas que tiene el Padre son mías. Por eso he dicho que el Espíritu Santo recibirá de lo mío, y os lo anunciará. (2) Ahora bien, el Padre tiene virtud de espirar al Espíritu Divino, y realmente lo espira: luego esta virtud la comunica al Hijo, el cual tambien espira á esa amable y sagrada persona.

La voluntad del Padre y del Hijo es la misma; y el Padre se la ha comunicado en toda su fecundidad; ¿cómo, pues, el Hijo dejaría de espirar al Espíritu Santo?

(1) 1. p. q. 36 a. 2. (2) Joann. XVI. 15.

La fecundidad en Dios no está en potencia, sino siempre en acto; y por lo mismo del Hijo procede eternamente el Divino Espíritu.

Así tambien, la virtud espirativa del Padre y del Hijo es una misma: luego cuando ella está en acto, ese acto soberano es de estas dos personas.

El Hijo procede como Verbo, y el Espíritu Santo como amor; mas el amor procede del Verbo, porque no amamos sino segun que hemós concebido; y por esto el Divino Amor procede del Padre como entendiendo por el Verbo y procede tambien del mismo Verbo. (1)

En las personas divinas todo es lo mismo donde no hay oposicion de relacion; mas si el Espíritu Santo no procediera del Hijo no la habria entre ellos, y así no serían personas distintas.

Si el Hijo y el Espíritu Santo procediesen del Padre sin tener entre sí ninguna relacion, se podria decir, nos dice Bossuet, el Padre, el Espíritu Santo y el Hijo, lo mismo que dice el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Mas Jesucristo no habla de este modo. El orden de las personas es inviolable, pues que si el Hijo se nombra despues del Padre porque viene de Él, el Espíritu Santo se nombra despues del Hijo porque viene de Éste, y es su Espíritu, así como el Hijo es Hijo del Padre. En este orden se nos bautiza; y no podemos nombrar al Espíritu Santo, en segundo lugar, así como el Hijo no puede nombrarse en el primero. (2)

El Padre conoce y ama necesariamente á su Hijo; el Hijo tambien conoce á su Divino Padre y lo ama

(1) D. Th. cit. (2) Medit sobre el Evangelio, dia 25.

con un amor eterno y perfecto. Tan amable es el Padre, como el Hijo, y ámbos son un mismo Dios; igualmente es perfecto y hermoso el conocimiento del Padre á su Verbo; que el del Verbo á su Divino Padre; y tan amable el Uno como el Otro; y por esto, el impulso de amor del Padre y el Hijo es igual, y tiene en sí la misma fuerza, la misma vida, la misma actividad: ¿cómo, pues, del amor que tiene el Padre á su Divino Verbo, procede el Espíritu Santo, y no hubiera también de proceder del que tiene el Verbo á su divino y eternal principio? ¿dónde hallaríamos, de otra suerte, la perfecta y sagrada igualdad en la virtud de Uno y Otro, si la voluntad del Hijo no tiene, en esta divina persona, aquél sagrado término que confesamos tener la del Padre, voluntad que en los dos es la misma?

Es, por tanto, indispensable admitir que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; y esto, como de un solo principio y de una misma espiración. En efecto, siendo en el Padre y en el Hijo una é indivisible la virtud de producir, no pueden ellos, ser dos principios, sino uno mismo. Y tal virtud es una misma, porque el Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo, no en lo que se oponen relativamente, sino en lo que son una misma cosa. (1) Y así como al decir que Dios es el principio de las cosas criadas, entendemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un principio y no tres, lo mismo que un Criador; así también aseguramos, que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, que son un mismo principio. Y la misma razón que nos descubre la unidad del principio de las cosas criadas, la mis-

(1) D. Asem. De Process. Spiritu. Sanct. c. 19.

ma acción, el mismo término, descúbranos también que el Padre y el Hijo, aunque sean dos personas distintas, con todo esto, no son sino un principio del Espíritu Santo; una es la expresión, y uno mismo el término; una es la espiración, y uno mismo el término; pues el Espíritu Divino, procede, nos dice el Ángel de la Escuela, del Padre y del Hijo en cuanto son uno en la virtud espirativa, que significa en cierto modo, la naturaleza con la propiedad. (1)

Brilla, por lo mismo, el Espíritu Santo, con el bellissimo esplendor de una gloria infinita: tan amable es al Padre como al Hijo; y recibe de los dos la misma esencia. El misterio de su divina procesion es admirable, profundísimo, y lleno de encanto. Nosotros lo admiramos, bajamos nuestros ojos, deslumbrados con el esplendor de su infinita claridad; y pegando la frente con el polvo, reconocemos su grandeza y su poder, su divina y adorable Majestad; lo bendecimos y alabamos rebosando el alma de inefable dicha, porque procede del Padre y del Hijo, con quienes es un mismo Dios, al que adoramos dando gracias por su inmensa gloria.

CAPÍTULO XX.

§ I.

DONES DEL ESPÍRITU SANTO. ®

En los capítulos anteriores nos hemos ocupado deliciosamente, pensando en el Espíritu Divino que pro-

(1) 1. p. q. 36. a. 4. ad. 2.

con un amor eterno y perfecto. Tan amable es el Padre, como el Hijo, y ámbos son un mismo Dios; igualmente es perfecto y hermoso el conocimiento del Padre á su Verbo; que el del Verbo á su Divino Padre; y tan amable el Uno como el Otro; y por esto, el impulso de amor del Padre y el Hijo es igual, y tiene en sí la misma fuerza, la misma vida, la misma actividad: ¿cómo, pues, del amor que tiene el Padre á su Divino Verbo, procede el Espíritu Santo, y no hubiera también de proceder del que tiene el Verbo á su divino y eternal principio? ¿dónde hallaríamos, de otra suerte, la perfecta y sagrada igualdad en la virtud de Uno y Otro, si la voluntad del Hijo no tiene, en esta divina persona, aquél sagrado término que confesamos tener la del Padre, voluntad que en los dos es la misma?

Es, por tanto, indispensable admitir que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; y esto, como de un solo principio y de una misma espiración. En efecto, siendo en el Padre y en el Hijo una é indivisible la virtud de producir, no pueden ellos, ser dos principios, sino uno mismo. Y tal virtud es una misma, porque el Espíritu Santo procede del Padre y el Hijo, no en lo que se oponen relativamente, sino en lo que son una misma cosa. (1) Y así como al decir que Dios es el principio de las cosas criadas, entendemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un principio y no tres, lo mismo que un Criador; así también aseguramos, que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, que son un mismo principio. Y la misma razón que nos descubre la unidad del principio de las cosas criadas, la mis-

(1) D. Asem. De Process. Spiritu. Sanct. c. 19.

ma acción, el mismo término, descúbrenos también que el Padre y el Hijo, aunque sean dos personas distintas, con todo esto, no son sino un principio del Espíritu Santo; una es la expresión, y uno mismo el término; una es la espiración, y uno mismo el término; pues el Espíritu Divino, procede, nos dice el Ángel de la Escuela, del Padre y del Hijo en cuanto son uno en la virtud espirativa, que significa en cierto modo, la naturaleza con la propiedad. (1)

Brilla, por lo mismo, el Espíritu Santo, con el bellissimo esplendor de una gloria infinita: tan amable es al Padre como al Hijo; y recibe de los dos la misma esencia. El misterio de su divina procesion es admirable, profundísimo, y lleno de encanto. Nosotros lo admiramos, bajamos nuestros ojos, deslumbrados con el esplendor de su infinita claridad; y pegando la frente con el polvo, reconocemos su grandeza y su poder, su divina y adorable Majestad; lo bendecimos y alabamos rebosando el alma de inefable dicha, porque procede del Padre y del Hijo, con quienes es un mismo Dios, al que adoramos dando gracias por su inmensa gloria.

CAPÍTULO XX.

DONES DEL ESPÍRITU SANTO. (R)

En los capítulos anteriores nos hemos ocupado deliciosamente, pensando en el Espíritu Divino que pro-

(1) 1. p. q. 36. a. 4. ad. 2.

cede del Padre y del Hijo; en el presente hablaremos de sus celestiales dones.

Isaias, hablando del Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, dijo así: Reposará sobre Él, el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de temor del Señor. (1)

Un día en las riberas del Jordan, descendió el Espíritu Santo en forma de paloma, sobre el Divino Redentor, á quien desde el instante de su concepcion habia llenado de sus celestiales dones, ¿por qué motivo es la paloma el símbolo del Espíritu Santo? Oigamos al Doctor Angélico.

La paloma, nos dice, habita sobre la corriente de las aguas, en las que descubre como en un espejo la imagen del halcon que se cierne en el aire: la paloma se sumerge en ese mismo instante en las aguas, y se salva del peligro. Entre todos los granos de trigo la paloma escoje los mejores: alimenta á los hijos de las otras aves: no rompe nada con el pico: no tiene hiel, anida entre las rocas: su canto es un gemido. (2) Así los santos, por el don de sabiduría, pasan la vida junto á las corrientes de la divina escritura, para vencer las tentaciones del demonio; por el de ciencia, eligen las mejores sentencias de la virtud, y alimentan su espíritu con ellas; por el don de consejo convierten á los pecadores, y vuelven hijos de Dios á los que ántes lo fueron del demonio; por el de entendimiento, semejantes á la paloma que no rompe nada con el pico, no destrazan como los herejes, la palabra de Dios, corrompiendo

(1) XI. 2. 3. (2) 3. p. q. 39. a. 6. ad. 4. Este bellissimo pasaje del Doctor Angélico, es original, segun nos parece, del abad Guerrico, en cuyas obras lo hallamos, Serm. V. De Purif. B. V. M. Mas su aplicacion á los dones del Espíritu Santo, pertenece á Santo Tomas.

do su sentido; mas la conservan íntegra, y la guardan con profundo amor: y respecto á su conducta, los santos, por el don de que hablamos, heridos en la mejilla derecha, presentan la izquierda. Por el don de piedad refrenan la ira; el de fortaleza los hace que pongan su nido en las llagas del Señor, donde está su esperanza y refugio. Finalmente, por el don de temor, suspiran llorando por la patria del cielo, y lloran tambien sus pecados.

Basta lo dicho para descubrir la necesidad que tenemos de los dones del Espíritu Santo; oigamos sin embargo, al Ángel de la Escuela.

La razon del hombre es perfecta, ó por la luz natural que Dios le da; ó segun la perfeccion adquirida por las virtudes teológicas. Esta segunda perfeccion, aunque mayor que la primera, no es todavia consumada puesto que es imperfecto el amor y el conocimiento que tenemos de Dios, á quien no poseemos sino de un modo incompleto, y por nosotros mismos. Resulta de lo dicho ser indispensable que seamos movidos por un principio exterior á nosotros mismos. El sol, foco de la luz puede por sí mismo iluminar con toda perfeccion; mas la luna no refleja la claridad que recibe, sino imperfectamente. Asi tambien, el médico cuando se halla bien instruido, puede obrar por sí mismo; mas su discípulo tiene que seguir sus instrucciones. Hé aquí al hombre: en todas las cosas que pertenecen al dominio de la razon, y que tienen un fin solamente natural, auxiliado de Dios, puede obrar por la luz de la misma razon; mas tratándose del fin sobrenatural, la razon

tambien nos mueve por la luz, aunque imperfecta de las virtudes teológicas; pero no basta su impulso, siendo indispensable el del Espíritu Santo. Los hijos de Dios, dijo San Pablo, son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios y herederos. Y antes David: Oh Señor, tu Espíritu bueno me conducirá a la tierra de rectitud. Tierra dichosa, cuya posesion nadie consigue si no es movido y conducido por el Espíritu Santo. (1)

Ya consideremos la razon del hombre segun su perfeccion natural, ó segun la que tiene por las virtudes teológicas, nunca lo descubre todo; mil sombras se proyectan en el alma, y las nubes de la duda amortiguan el vivo resplandor de la luz que lo alumbraba. Esta, la luz de la razon, no lo alcanza todo; no así la ciencia del Espíritu Divino, que todo lo descubre; y cuyo infinito poder todo lo tiene sujeto, y su mocion de todo nos libra. Nos da la sabiduria y destierra la necesidad; el entendimiento quita la estupidez, el consejo la precipitacion, la fortaleza espanta el miedo, la ciencia destruye la ignorancia, la piedad ablanda la obstinacion, y el humilde temor confunde la soberbia. (2)

La misma definicion de los dones de que tratamos, nos descubre su necesidad; estos son ciertos hábitos que nos perfeccionan para obedecer con prontitud al Espíritu Santo, nos dice el gran Santo Tomas. (3) ¿Quién no siente en su propio corazon la pesadez y la tardanza, ó no tiene los demas defectos propios de nuestra miseria? Pero viene el Espíritu Divino, y eleva y purifica, enciende y fortalece nuestras almas, y

(1) 1. 2. q. 68. a. 2. (2) D. Gregor 2. Mor. c. 26. (3) 1. 2. q. 68. a. 2.

hace que sigamos alegres y contentos, su dulce y amorosa inspiracion. Ved remediados todos nuestros males.

El Espíritu Santo por medio de sus dones se prepara en el alma un hermoso y brillante santuario, donde viene a morar su grandeza. La sabiduria edifica ese templo con amables y grandes virtudes; el entendimiento lo ilumina; el consejo lo gobierna con admirable prudencia; la fortaleza lo sostiene y defiende con invicta paciencia; la ciencia lo enriquece de divinas verdades; la piedad lo embellece con el culto divino; el temor lo conserva sin mancha, y arroja el pecado de su hermoso y sagrado recinto. (1)

Tan soberanos y preciosos dones enriquecen nuestras almas de virtudes. El temor nos hace humildes; compasivos la piedad; la ciencia discretos; la fortaleza libres y animosos para no sujetarnos al pecado; el consejo prudentes; el entendimiento previsorés; la sabiduria nos da, por fin, la gravedad; ella es el fruto de una dicha interior, delicioso paraíso de nuestra alma. (2)

Los dones del Espíritu Divino, son rayos de ardiente y amoroso fuego con los que, el mismo Espíritu humilla las altas montañas de nuestra soberbia, por el don de temor; ó ablanda su dureza por la piedad; nos ilumina con la ciencia; sostiene el corazon por medio de la fortaleza; lo contiene ó lo dirige, ó lo vuelve al camino de Dios, por el consejo; lo hermosea por el entendimiento, y lo abrasa, en fin, en las llamas de la caridad por la sabiduria.

Tenemos, pues, que el Espíritu Santo por medio de

(1) D. Bonav. De Spiritu Sanc. c. 4. (2) Id.

sus dones nos enseña la verdad y nos inspira su divino amor. Conocer el bien y amarlo, ¿no es por ventura, la más hermosa y soberana dicha que podemos alcanzar en esta vida y en el cielo? Y ambas cosas son indispensables: la verdad y el amor. Ser iluminado es un gran bien; mas no es la plenitud; quedar saciado es asimismo, un gran bien; mas no es perfecto. La luz y el amor nos dan por lo mismo, el más cumplido gozo. (1)

Tratando ya en particular de los dones del Espíritu Santo comenzamos por el temor, el primero que se halla en la escala que nos lleva á Dios.

El temor es un don del Espíritu Santo que sujeta nuestras almas á su Majestad, y las vuelve dóciles á su inspiración divina, de tal manera que, en cuanto es posible, siguen en todo su sagrado impulso. (2) Nos hace honrar á Dios como padre; y que temamos separarnos de su servicio. (3)

Tan precioso don nos es indispensable para permanecer unidos al Señor. En los terribles combates de espíritu contra la carne, y de la carne contra el espíritu, ¿por ventura podremos alcanzar victoria peleando sin temor? (4)

Mas con él no tendrán lugar las tinieblas del pecado. El temor del Señor destierra el pecado: quien no tiene temor no podrá ser justo. (5)

Y no es solamente necesario á nuestra salud el temor de Dios; es también muy útil, y está lleno de delicias y consuelos: El temor de Dios es gloria y justo motivo de gloriarse; y es alegría y corona de triunfo.

(1) Id. c. 1. (2) Id. De Donis In Speciali. c. 1. (3) Viguier c. 13. (4) Richar. De 12. Patriarch. c. 44. (5) Eccl. I. 27, 28.

El temor de Dios recreará el corazón, y dará contento, y gozo, y larga vida. Al que teme al Señor, le irá felizmente en sus postrimerías, y será bendito en el día de su muerte..... El principio de la sabiduría es el temor del Señor..... Es la santificación de la ciencia..... El colmo de la sabiduría consiste en temer á Dios; y sus frutos dejan al hombre satisfecho. Llenará toda su casa de bienes, y con sus tesoros todas sus estancias. El temor del Señor es la corona de la sabiduría, nos da la paz más hermosa, y frutos de salud..... Es la raíz de la sabiduría, y sus ramos son de larga vida. (1)

La sabiduría de Dios se siembra en el corazón de los santos, como en oculto paraíso, la gracia lo riega, la fe ahonda sus raíces; germina por la devoción, crece por el deseo, el amor lo desarrolla, la circunspección lo viste de verde y umbroso follaje, y dilata sus ramas; la disciplina perfuma el cáliz de sus flores, fructifica por la virtud, y la paciencia madura sus frutos. (2)

Al constituírnos el temor de Dios bajo la sombra de tan dulce Padre, nos llena de paz y de consuelo, y dilata dulcemente el corazón del hombre. No arrastramos las cadenas que arrastran los esclavos; que somos hijos: ni por otro extremo, seguimos los perversos deseos del corazón; porque ese Padre, es Dios de terrible y soberana majestad. Gustamos inefable y dulcísimo consuelo, cuando á sus piés rendidos, le protestamos nuestro gran respeto, porque es un Padre lleno de bondad y de ternura que nos ama con ardien-

(1) Eccl. I. 11, et seq. (2) Hugo L. 3. De Arch Noe. (1)

te afecto, y sin cesar nos colma de dulces bendiciones. Y si volvemos los ojos á otra parte, fuera del servicio del Eterno, sólo descubrimos la desgracia, y escuchamos el fragor del rayo que terrible lanza contra el criminal. Aquel sensible y amoroso Padre á quien estamos rindiendo la más profunda y humilde adoración. Su justicia nos confunde y humilla más y más, y su tremenda ira nos hace estremecer. Y recordamos entonces que aquel temor tan saludable, es para nosotros un muro de defensa, y de amorosa y dulce protección de Nuestro Padre á quien pedimos luégo, con el Rey profeta, que traspase nuestra carne con su santo temor; (1) y nos haga temer sus profundos y adorables juicios.

El temor de Dios es una gloria, y corona de triunfo; porque él nos saca vencedores de todos los combates, y nos alcanza las más tiernas y amorosas miradas del Señor, Señor que es Nuestro Padre; ¿y qué hijo no se inunda de contento con esta recompensa?

El Espíritu Santo derrame, por lo mismo, en nuestras almas, el precioso don de su temor. Y después de esto, descansemos amorosamente en sus brazos, sin olvidar estas palabras que nos tiene dichas: Vosotros los temerosos del Señor, aguardad con paciencia su misericordia; y nunca os desviéis de Él, porque no caigais. Los que teméis al Señor confiad en Él, pues no se malogrará vuestro premio. Los que teméis al Señor esperad en Él: que su misericordia vendrá á consolaros. Amadle, y serán iluminados vuestros corazones. Los que temen al Señor no serán desobe-

(1) CXVIII. 120.

dientes á su palabra; indagarán las cosas que le sean agradables. Prepararán sus corazones; y en su presencia se santificarán sus almas; guardarán sus mandamientos; y conservarán la paciencia hasta el día que los visite. (1)

§ II.

Deslumbrante de encantos y bellezas déjase ver después del temor, en nuestra marcha á los cielos, la dulce piedad. Ella es un don del Espíritu Santo infundido en nuestra voluntad para seguir con facilidad y prontitud, su divina inspiración, llenando el alma de filial cariño hácia Dios á quien honramos como Padre; é inclinándose hácia el prójimo para socorrerlo. (2)

Levantamos nuestros ojos al Señor, elevando á su trono el corazón; y Dios nos manda su divina luz; luz que reflejando en nuestras almas, se derrama cual benéfica lluvia, sobre todas las miserias de los hombres. (3) Y Dios ha sido quien nos hizo levantar los ojos á su trono; y quien asimismo, abre nuestras manos y por ellas derrama beneficios.

La piedad es útil para todo, nos dice el Gran Apóstol, (4) pues trae consigo la promesa de la vida presente y de la eterna. Mas digamos siquiera una palabra, sobre los dulces y bellos sentimientos que produce en el alma, ya respecto á Dios, ó bien con relación á nuestros prójimos.

No hemos recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor; sino que hemos recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos:

(1) Ecc. II. 7. et seq. (2) D. Bonav. hic. (3) Id. (4) I. Tim. IV. 8.

Padre, Padre mio. (1) Hay un lazo que nos une á Dios, lazo precioso y sagrado, don soberano del cielo, dádiva rica del Padre; tal es la adopcion: somos sus hijos, y si bien no tenemos su misma esencia como el Hijo de su seno, ese generoso y dulce Padre, por medio de su Espíritu Divino, derrama en nuestras almas el afecto de hijos. Ahora bien; ¿en qué cosa deben ocuparse los hijos sino es en la honra de su padre? y ¿puede para ellos existir, afecto alguno que así domine y llene la existencia, como el afecto de ese mismo padre? ¿dónde se hallan delicias comparables á las que gozamos amando á ese sér querido á quien llamamos con tan dulce nombre?

El padre y los hijos son como una misma cosa, y por esto en ellos reina la más hermosa y santa union: unos mismos son los sentimientos é intereses; van por una misma senda y doquiera se hallan juntos: el padre manda, los hijos le obedecen prontamente, porque una sola es la voluntad de todos. Por esto son comunes el gozo y la tristeza, la pérdida ó ganancia. De aquí resultan, cual de su misma fuente, la confianza, la fidelidad, el celo, y todos los grandes sentimientos, origen de nobles y heroicas acciones: hay un resorte secreto, una virtud interior que es poderosa para producir las en su más cumplida y perfecta grandeza; es la piedad que los liga estrechamente con el sér de quien todo lo tenemos recibido, y al que no vemos cual si fuese extraño, mas por el contrario, como uno mismo casi, con nosotros.

(1) Rom. VIII. 15.

¿Qué serán tan bellos sentimientos cuando tengan por objeto, al más santo y amable de los padres, á Dios Nuestro Señor? Entónces nuestro pensamiento es Él; pensamiento que no cansa ni fastidia; mas llena de delicias toda el alma; su causa es nuestra causa, y nosotros son tambien, sus divinos intereses: deseamos que el mundo lo conozca, lo ame y lo veneré; procuramos con ardor inmenso, su divina gloria, queriendo que reine con absoluto y soberano imperio, en el corazon de todos los mortales; y somos dichosísimos, y en el alma no cabe nuestro júbilo, si llegamos á obtenerlo. Mas si al contrario, la gloria de ese Padre, es profanada, entónces las sombras del dolor envuelven nuestra frente, la tristeza nos oprime: es hora de llorar; y lloramos en efecto, lágrimas de sangre, y destrozado de pena se siente el corazon.—Nuestro Padre es ofendido, nos decimos á nosotros mismos, ese Padre tan amable y santo, sagrado y soberano objeto de nuestros amores. ¿Pudiera el alma contener su llanto? Y el amor que le hace derramar tan tristes lágrimas, la levanta en seguida á remediar en cuanto pueda, los males que ha llorado; se vuelve á Dios y le suplica con ardiente ruego, que extienda la gloria de su nombre del Oriente al Ocaso, del Setentrion al Mediodía; que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Y despues sus palabras y sus obras, respiran la gloria de Dios: hállase poseido de un ardiente y abrasado celo, y piensa sin descanso, de qué manera podrá aumentar la gloria de su Padre; y trabaja infatigable en tan sagrado y dulce objeto. Cierto es que

durante su carrera, no le faltarán molestias, contradicciones y disgustos; y tal vez no llegué á recoger, acá en el mundo, el fruto del trabajo que ha emprendido por la gloria de su Padre; mas ¿qué valen estas penas y dolores, cuando el alma que tiene el don de la piedad, sabe hallar á cada instante el dulce y amoroso seno del más tierno y amable de los padres, que la consuela en todas sus fatigas, y la llena de virtud y gracia?

Sin embargo de tan bellos y elevados sentimientos, con frecuencia, desgraciadamente, nos olvidamos del amor de Nuestro Padre, y nos separamos y marchamos á retiradas tierras para entregarnos libremente á placeres criminales; pero aún aquí en este desgraciado sitio, la lejanía de Dios, escuchamos una voz más dulce que la voz del amado discípulo cuando iba siguiendo á un hijo perdido: ¿Por qué huyes de los brazos de tu Padre? nos dice en el fondo de el alma, el Señor. ¿No eres para Mí, Efraim, el hijo querido, el niño que Yo he criado con ternura?..... Entrégate á las amarguras de la penitencia: convierte tu corazón hácia el recto camino por donde anduviste: vuelve, oh pueblo mío, vuelve á tus ciudades. ¿Hasta cuando estarás estragándote en medio de los deleites? (1) Al oír tan amorosas y sentidas voces, de ternura se conmueven las entrañas, y semejantes al pródigo del Evangelio, suspiramos por la casa del buen Padre; nuestra misma desventura vuelve más ardiente los deseos de verlo; comparamos las desgracias que sufrimos, con las delicias que en otro tiempo disfrutamos en su amable compañía; y entre sollosos que arranca el infortunio,

(1) Hierem. XXXI. 20—22.

exclamamos: ¡Cuántos jornaleros en casa de Nuestro tierno Padre, tienen cuanto han menester; mas nosotros léjos de su presencia morimos de hambre! (1)

Ved aquí las maravillas de la dulce y amable piedad, las santas memorias que dejó al partir del corazón que se ha extraviado. Aún en medio del desorden, y casi sin pensarlo, tomamos en los labios el dulcísimo nombre de Nuestro Padre, y recordamos, la casa en que vivimos tan dichosamente en otro tiempo. ¿Pero en tales circunstancias, es nuestro Padre el Señor? Ciertamente que no somos dignos de llamarnos hijos suyos; mas con todo, no desconocemos sus entrañas de piedad y de ternura: un padre como Dios no se olvida de sus hijos. ¿Quereis la prueba? Aquellas expresiones que hemos escuchado en el fondo del alma, nos descubren su abrasado amor, y nos convidan á la amarga penitencia; y aquellos brazos, abiertos para recibirnos, demuestran que en vez de olvidarse un solo instante de nosotros, continuamente nos está llamando, y quiere que volvamos á su casa teniendonos por sus hijos: Mi hijo habia muerto y ha resucitado; habia perecido y lo encontré.

El don de la piedad ha echado profundas raíces en el alma, y por esto no se borran de nosotros enteramente sus dulces afecciones; y así, cuando Dios toca el corazón y dice que nos ama como hijos muy queridos, llenos de ternura y sollozando exclamamos: Él es Nuestro Padre, amable y cariñoso cual ninguno. Y luego volvemos á sus piés llorando de dolor y de amargura, y Él nos recibe y nos perdona. ¡Bendita sea mil

(1) Luc. XV. 17.

veces, su bondad inmensa!

La piedad volviéndose á los hombres y descubriendo las miserias y dolores que á cada instante los oprimen, se siente conmovida, y llega al colmo su ternura, al escuchar estas palabras santas: Lo que hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. (1) Esa voz es la voz de Jesus, y por esto, desalada corre la piedad en busca de miserias y dolores. El buen Jesus sufre y padece en cada uno de los hombres sus hermanos, y recibe alivio y consuelo, al recibirlo tambien sus hermanos. Y siendo esto así, ¿dónde habrá un dolor que no conmueva nuestras almas, ó una miseria que no intentemos socorrer? Llevamos pintado el interes más vivo en el semblante, por los hermanos de Jesus; y sufre el corazón las mismas penas que padecen ellos, y en medio de crueles angustias exclama sollozando: ¿Quién enferma que no enferme Yo con él? ¿Quién se escandaliza, y Yo no me abraso? (2) Y cual si no fuese dable sostener por más tiempo el inmenso peso de amor que llevamos en el alma por los hermanos del Divino Maestro, les decimos: Dios nos es testigo de la ternura con que á todos os amamos en las entrañas de Jesucristo. (3)

La piedad reúne delante de sus ojos todas las miserias de los hombres para socorrerlas, y éstas se agrupan á su rededor: allí están el hambriento y el que tiene sed, el desnudo y el peregrino, el enfermo y el preso; el cautivo que pide redencion, y aún los mismos muertos se acercan pidiendo sepulcro: acércanse tambien, el ignorante y el extraviado; el que necesita un consejo, y el

(1) Matth. XXV. 40. (2) II. Cor. XI. 29. [3] Philip. I. 8.

triste á quien es indispensable consolar; el hombre que ha recibido una ofensa, y en fin, los vivos y los muertos en demanda de oraciones y sufragios; y la piedad, llena de compasion y de ternura, da de comer al hambriento, y presenta la bebida al que tiene sed; abre al peregrino las puertas de su casa, y viste al desnudo con su propia ropa; cura al enfermo, y visita al que se halla encarcelado; redime al cautivo; y semejante á Tobias, carga con los muertos y los lleva á sepultar; derrama la luz de su doctrina disipando las tinieblas del ignorante; corrige al extraviado, y habla palabras de verdad y gracia, al oido de aquel que necesita direccion y esfuerzo; abre su corazón al afligido y lo consuela con tiernas expresiones, y en todos sus dolores toma parte; ablanda el alma endurecida del que recibió alguna ofensa, y lo hace que perdone á su enemigo; y levantando, en fin, su plegaria hasta el trono del Señor, una y otra vez le está rogando por los vivos y los muertos.

¡Oh cuán bella es la piedad, cuán bella es! continuamente está ocupada en el culto de su amado Padre, y en hacer el bien á sus hermanos. Y sin embargo de las grandes obras que ejecuta dia por dia, vive siempre en la humildad, sin olvidar estas palabras del Señor: Despues que hubieres hecho todas las cosas que se os han mandado habeis de decir; somos unos siervos inútiles; no hemos hecho sino lo que debiamos de hacer. (1) Y estas de San Pablo que á la humildad añaden la confianza: No somos suficientes por nosotros mismos para concebir algun buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios,

(1) Luc. XVII. 10.

y Dios mismo es el que nos ha hecho idóneos para ser sus ministros. (1)

Al pensar en el Espíritu Divino, y al vernos en seguida tan llenos de miseria, la piedad nos viene á consolar: Él es, nos dice el Padre de los pobres; y al oír tan dulce y amoroso nombre volamos hacia Él, y delante de sus ojos ponemos la pobreza de nuestra alma. Él es rico para todos los que le invocan, y nos dará el socorro en cuanto hemos menester: su bondad de Padre lo inclina á darnos el auxilio; la ternura de hijos nos inspira amarlo; lo amamos con todo el corazón; Él es nuestro querido y dulce Padre; lo amamos, y al decirlo, sentimos derretido el corazón: la piedad nos conmueve y arranca de los ojos lágrimas de amor. Esta es la ofrenda que hoy y siempre traeremos al altar de tan tierno y bondadoso Padre, á quien sea la gloria y el honor eterno en los cielos y la tierra.

CAPÍTULO XXI.

§ I.

CONCLUYE EL ANTERIOR.

Dios es luz y en él no hay tinieblas ningunas. Y también: El Señor es el Dios de las ciencias. (2) Tratemos, pues, de la ciencia, que es don del Espíritu Santo, don que nos mueve para formar un juicio recto de lo perteneciente á la fe, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. (3)

La ciencia que se nos comunica por el don de que tratamos, es aquella por la cual, dice San Agustín, la fe verdadera se engendra, se nutre, se defiende y se fortalece. (4) Y siguiendo su divina inspiración, juz-

[1] II. Cor. III. 5, 6. [2] I. Joann. I. 5.—I. Reg. II. 3. [3] Viguier. c. 13. [4] De Trinit. L. 14 c. 15.

gamos según las reglas de la ley eterna lo que tenemos que obrar. Se dirige principalmente al conocimiento de la verdad; pero también se extiende á la práctica. Ciencia de que hallamos escrito lo siguiente: Condujo el Señor por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos. (1) Tal ciencia es un hábito infuso, nos dice el Seráfico Doctor, por el que formamos juicio cierto acerca de la fe y de las obras; es una luz que desciende de lo alto y se nos comunica por Aquél Divino Espíritu que todo lo escudriña y penetra, y enseña toda verdad. (2)

El don de la ciencia derrama su luz sobre las ciencias adquiridas por medio del estudio; así cuando nosotros aprendemos en los sabios de la antigüedad las enseñanzas que nos transmitieron, el don de la ciencia nos descubre, que Dios las reveló por nosotros, á quienes estaba reservada la plena manifestación de la verdad. [3]

Ilumina también el don de la ciencia, nuestras almas, para entender la divina Escritura; y se extiende por último, á las ciencias morales. [4]

Tan precioso don es necesario á nuestras almas, cuyo manjar verdadero es la ciencia; así como el hambre que sin ella padecen, y la esterilidad, son los vicios. (5) Y en efecto, ¿quién no siente que su alma se enflaquece y debilita, cuando no se alimenta con el manjar de la verdad? Mas el don de ciencia se la manifiesta, y luego la deja tanto más gustosa y satisfecha, cuanto más hermosos y profundos son los conocimientos con que la enriquece. Oigamos siquiera un instante el len-

[1] Sap. X. 10. (2) Hic. (3) Hugo. In prol. Hierarch. (4) D. Bonay, hic. c. 2. (5) D. August. De Vita. beata.

y Dios mismo es el que nos ha hecho idóneos para ser sus ministros. (1)

Al pensar en el Espíritu Divino, y al vernos en seguida tan llenos de miseria, la piedad nos viene á consolar: Él es, nos dice el Padre de los pobres; y al oír tan dulce y amoroso nombre volamos hacia Él, y delante de sus ojos ponemos la pobreza de nuestra alma. Él es rico para todos los que le invocan, y nos dará el socorro en cuanto hemos menester: su bondad de Padre lo inclina á darnos el auxilio; la ternura de hijos nos inspira amarlo; lo amamos con todo el corazón; Él es nuestro querido y dulce Padre; lo amamos, y al decirlo, sentimos derretido el corazón: la piedad nos conmueve y arranca de los ojos lágrimas de amor. Esta es la ofrenda que hoy y siempre traeremos al altar de tan tierno y bondadoso Padre, á quien sea la gloria y el honor eterno en los cielos y la tierra.

CAPÍTULO XXI.

§ I.

CONCLUYE EL ANTERIOR.

Dios es luz y en él no hay tinieblas ningunas. Y también: El Señor es el Dios de las ciencias. (2) Tratemos, pues, de la ciencia, que es don del Espíritu Santo, don que nos mueve para formar un juicio recto de lo perteneciente á la fe, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal. (3)

La ciencia que se nos comunica por el don de que tratamos, es aquella por la cual, dice San Agustín, la fe verdadera se engendra, se nutre, se defiende y se fortalece. (4) Y siguiendo su divina inspiración, juz-

[1] II. Cor. III. 5, 6. [2] I. Joann. I. 5.—I. Reg. II. 3. [3] Viguier. c. 13. [4] De Trinit. L. 14 c. 15.

gamos según las reglas de la ley eterna lo que tenemos que obrar. Se dirige principalmente al conocimiento de la verdad; pero también se extiende á la práctica. Ciencia de que hallamos escrito lo siguiente: Condujo el Señor por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios, y le dió la ciencia de los santos. (1) Tal ciencia es un hábito infuso, nos dice el Seráfico Doctor, por el que formamos juicio cierto acerca de la fe y de las obras; es una luz que desciende de lo alto y se nos comunica por Aquel Divino Espíritu que todo lo escudriña y penetra, y enseña toda verdad. (2)

El don de la ciencia derrama su luz sobre las ciencias adquiridas por medio del estudio; así cuando nosotros aprendemos en los sabios de la antigüedad las enseñanzas que nos transmitieron, el don de la ciencia nos descubre, que Dios las reveló por nosotros, á quienes estaba reservada la plena manifestación de la verdad. [3]

Ilumina también el don de la ciencia, nuestras almas, para entender la divina Escritura; y se extiende por último, á las ciencias morales. [4]

Tan precioso don es necesario á nuestras almas, cuyo manjar verdadero es la ciencia; así como el hambre que sin ella padecen, y la esterilidad, son los vicios. (5) Y en efecto, ¿quién no siente que su alma se enflaquece y debilita, cuando no se alimenta con el manjar de la verdad? Mas el don de ciencia se la manifiesta, y luego la deja tanto más gustosa y satisfecha, cuanto más hermosos y profundos son los conocimientos con que la enriquece. Oigamos siquiera un instante el len-

[1] Sap. X. 10. (2) Hic. (3) Hugo. In prol. Hierarch. (4) D. Bonay, hic. c. 2. (5) D. August. De Vita. beata.

guaje de este don precioso. Tenemos á la vista el universo; ¿qué nos dice su magnífica grandeza? Que Dios es omnipotente, sabio, é infinitamente bueno; que todas las criaturas que brillan en el mundo, han salido de la nada, por la voluntad del Sér Eterno; que tienen un destino en los grandes designios del Señor; y que caminan á cumplirlo por la voluntad de Aquél Dios, á quien todas ellas tienen que subordinarse. La ciencia divina nos hace escuchar el canto armonioso que todos los seres entonan á su Eterno y Divino Criador, y nos dice también, la estrofa que tenemos nosotros que cantar.

Ese don de los cielos nos lleva en sus alas más allá de este mundo visible, más allá de la inmensa creacion; nos habla de Dios; nos revela profundas verdades acerca del mismo Señor; y á su luz descubrimos su eterna grandeza, su amable bondad; y demuestra que Dios es el grande, que debemos rendirle humilde servicio, ferviente cariño, entera obediencia. La luz de los cielos descubre también, la miseria del mundo; el vacío de todos los placeres de la tierra; y hace que apreciemos los bienes verdaderos. ¿Qué es el hombre, dice preguntando, sino una triste vanidad? Temé á Dios, dícenos también, y guarda sus mandamientos: porque este es todo el sér del hombre. (1)

El don de fortaleza. Es un hábito infundido por el Espíritu Santo que nos da valor para emprender y llevar adelante grandes cosas, por la causa del Señor, sin temer los peligros, y arrojando las mayores dificultades que se nos presenten. (2) ¿Quereis saber lo que o-

(1) Ecles. XII, 13. (2) D. Bonav. lic. D. G.

bra este precioso y excelente don en nuestras almas? Recordad que los apóstoles despues de azotados por la predicacion del Evangelio, se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, porque habian sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesus; y sin embargo de haberseles prohibido predicar aquél sagrado nombre, ellos no cesaban todos los dias en el templo y por las casas, de anunciar y predicar á Jesucristo; y Pedro lleno del Espíritu de fortaleza habia contestado al Sumo Sacerdote: es necesario obedecer á Dios ántes que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, á quien vosotros habeis hecho morir pendiente en un madero. Y Dios lo enzalzó con su diestra por príncipe y Salvador, para dar á Israel el arrepentimiento y la remision de los pecados: nosotros somos testigos de estas verdades, y lo es también el Espíritu Santo, que Dios ha dado á todos los que le obedecen. [1] ¿Qué lenguaje! ¿No es éste, el mismo apóstol á quien en otro tiempo, hizo temblar la voz de una mujer? No, que ahora es el hombre de Dios, el hombre del Espíritu Santo, el apóstol que puede decir lo que despues dirá su hermano Pablo: ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿será la tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el riesgo, la persecucion ó la espada? Segun está escrito: por Ti, oh Señor, somos entregados cada dia en manos de la muerte: tratados como ovejas destinadas al matadero. Mas en medio de todo esto triunfamos por la virtud de Aquél que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni otra ninguna criatura,

(1) Act. V. 29. et. seq.

podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo Nuestro Señor. (1)

Contemplemos todavía un instante, las maravillas de este don precioso. Entrad en las cárceles, y las hallaréis llenas de hombres y mujeres, de niños y ancianos, de nobles y plebeyos, de pobres y ricos: todos tienen un mismo delito á los ojos del mundo, y esperan también la misma suerte. Mas ¡no atendeis, cómo en vez de estar llorando, cantan alegres las alabanzas de Dios, y aguardan con santa impaciencia el último suplicio? que digan sólo una palabra, ó quemén un puñado de incienso en el altar de los ídolos, y alcanzarán la libertad; mas nunca quemarán el incienso, ni aquella palabra saldrá de sus labios: son presos voluntarios, y ellos mismos se entregan á la muerte: los estiran en los potros, y alaban el nombre del Señor; los destrozan con ruedas de navajas y no exhalan una queja; con clavos encendidos los fijan en la cruz; y ellos dan gracias al cielo porque comienzan á estar firmes en el amor de Jesucristo. Otros, en fin, son entregados á las llamas, y “suben la hoguera cantando su credo,” y mueren gozosos bendiciendo á Dios.

El Espíritu Santo al comunicarnos el precioso don de fortaleza, ilumina nuestras almas, abrasándolas en el sagrado fuego de su amor; disipa sus tinieblas, y reprime la violencia de las pasiones; nos engalana con el brillante ropaje de todas las virtudes; y abre el corazón para que entren hasta su fondo los espléndidos y hermosos rayos del puro sol de la verdad divina. El alma entónces escucha estas voces: Elevaos, oh puer-

(1) Rom. VIII. 35.—39.

tas de la eternidad; y entrará el Rey de la gloria, fuerte y poderoso en las batallas; y que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

Mas ¿cuáles son, pregunta el Serafin de los doctores, esas puertas del alma por las que entra la divina claridad, y cómo las abre el don de fortaleza? La memoria, la inteligencia y la voluntad, son esas puertas en las que brilla la imágen de Dios; eternas pues son capaces del mismo Dios. El Espíritu Santo las abre por el don de fortaleza, cuando las vuelve hácia el cielo, quedando por lo mismo levantadas de la tierra. Abrimos nuestra memoria al Divino Padre por el don de la fortaleza, cuando haciéndonos violencia, procuramos separarnos del mundo, y pensando en los divinos beneficios, nos gozamos en Él, y le damos gracias porque nos dió á su Hijo, y mandó sobre nosotros el Espíritu Divino, y nos ha colmado de tantos beneficios cuyo número no llegamos jamás á conocer sobre la tierra, ni podemos estimar debidamente.

El don de fortaleza abre al Verbo del Señor, nuestro entendimiento al arrancarlo del cuidado y solicitud de los bienes temporales, haciéndolo escuchar en profundo silencio, la palabra de Dios, y la observancia que debe á sus preceptos. La sabiduría, que es el Hijo de Dios, no deja de hablar á nuestras almas con oculta y divina inspiración para que nos convirtamos y salvemos. Al retirarnos de tan bella luz, vamos declinando á la sombra de la muerte; y en tanto grado nos envuelven las tinieblas, que no sólo no vemos al que es sumo bien; mas reputamos cómo malo lo que

en sí es muy bueno. (1)

Finalmente la fortaleza abre nuestra voluntad al Espíritu Santo, al eterno amante, porque ese don es el amor que sufre con facilidad y dulzura toda adversidad por la causa de Dios. Este amor, fuerte y generoso, nos pone bajo el imperio del Espíritu Divino, haciéndonos vencer todos los afectos de la carne y de la sangre y despreciando las delicias de la vida, y aún á nosotros mismos. (2)

La fortaleza está llena de confianza, de magnificencia, de paciencia y de perseverancia. Asegúranos hasta donde es posible tener seguridad en este mundo, del dichoso fin de nuestra vida: Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, decía San Pedro, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza de vida eterna, mediante la resurrección de Jesucristo, de entre los muertos, para alcanzar un día, la herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, y que es inmarcescible, reservada en los cielos para vosotros á quienes la virtud de Dios conserva. (3)

La magnificencia que nos da el don de fortaleza, consuela y enriquece y exalta nuestras almas. Rebosará de gozo nuestra boca, decía David, y de júbilo rebosará la lengua. Se dirá entre las naciones: Grandiosas cosas ha hecho por ellos el Señor. Sí, cosas grandes ha obrado el Señor á favor nuestro. (4)

Brilla la magnificencia del Señor sobre nosotros, dice San Gregorio, en habernos dotado de razón, en visitarnos con su gracia, grabando en nuestras almas su

(1) D. August. L. 2. De Libero Arb. (2) D. Bonav. hic. c. 2.
(3) I. I. 3,—5. (4) Ps. CXXV. 2, 3.

divina imágen. (1)

La paciencia que nos da el hermoso don de fortaleza, y la perseverancia, nos detienen en el servicio del Señor mientras vivimos; y al morir nos abre las puertas del cielo: sin ella ni el que combate obtiene la victoria, ni alcanza el vencedor, la palma.

Y aún durante el combate nos da la fortaleza el aire de triunfo de que hablamos. El Señor es mi sosten, decía David, nada temo de cuanto puede hacerme el hombre. El Señor está de mi parte; yo despreciaré á mis enemigos..... Me cercaron todas las naciones; mas yo en el nombre del Señor tomé venganza de ellas..... me rodearon á manera de un enjambre de irritadas abejas, y ardieron en ira como el fuego que prende en las espinas; pero triunfé de todos ellos en el nombre del Señor..... El Señor, es mi fortaleza y mi gloria; Él se ha constituido en mi salvación. (2)

¿Quereis oír otro canto de victoria? Es el siguiente: El Señor es mi luz y salvación, me alumbró en medio de las tinieblas, y me saca libre de todos los peligros: ¿á quién podré temer? Él vela en defensa de mi vida; ¿qué cosa habrá que pueda intimidar mi corazón?..... Vengan contra mí, ejércitos enteros; que nada temeré. En medio del combate sostendré mi esperanza. (3)

El consejo. Este es el don por medio del cual el Espíritu Santo nos dirige en todos los caminos de la vida eterna. (4)

Aunque materialmente el don de consejo tiene el mismo objeto que el de ciencia, sin embargo, se distinguen por sus actos; pues el último nos da el cono-

(1) Moral, c. 8. (2) Ps. CXVII. 6, et. seq. (3) Id. XXVI. 1, et. seq. (4) D. Antonin, p. 4. tit. 12, c. 1.

cimiento cierto de la verdad segun las reglas de la ley eterna; mas el de consejo es la luz, que derramada en los caminos que conducen al Señor, nos descubre con mayor perfeccion, las sendas estrechas de la santidad, y aleja al mismo tiempo, de nuestra conducta, la precipitacion en el obrar; y nos mueve á seguir esas sendas muy altas, y que nos ha mostrado; y nos va diciendo á cada paso: El varon prudente cuida de reflexionar bien lo que ha de hacer..... Tú, hijo mio, no hagas cosa alguna sin consejo, y no tendrás que arrepentirte despues de hecha. No vayas por camino malo, y no tropezarás en las piedras, ni te arriesgues á ir por senda escabrosa, para que no expongas á caidas tu alma..... En tus acciones sigue el dictámen de tu conciencia, pues en eso consiste la observancia de los mandamientos. Quien es fiel á Dios, atiende á sus preceptos, y el que confia en Él no padecerá el menor menoscabe. (1)

Lo dicho manifiesta la necesidad que tenemos del don de consejo. Sin él, ¿qué será nuestra vida sino precipitada y ciega marcha que nos lleva en pos de la fortuna, del honor y las grandezas del mundo? Tales objetos hablan muy alto al corazon del hombre que se siente inclinado á seguir lo que le dicen: la senda que se le descubre está sembrada de flores, y numerosos compañeros de camino, alegres y festivos, nos dan la mano, y nos animan á seguir su ejemplo. Y sin embargo, aquellas sendas conducen á la muerte, á la que nos vamos acercando sin sentirlo. Y ¿cuál sería nues-

(1) Ecci. XXXII. 22, et. seq.

tra desgracia, si en tales circunstancias, el alma no escuchase los consejos del Espíritu Divino que le dicen: Hijo mio, por más que te halaguen los pecadores no condesciendas con ellos? Si te dijeren: Ven con nosotros, estemos en asecho para matar al prójimo; armemos ocultos lazos al inocente; traguémosle vivo, como traga el sepulcro los cadáveres, y todo entero, como si cayese en una sima..... Une tu suerte con la nuestra..... No sigas, oh hijo mio, sus pasos; guárdate de andar por sus sendas; porque sus piés corren á la maldad, y van apresurados á derramar la sangre inocente. (1)

Los consejos de Dios son perfectísimos, y por esto nos llevan al cielo por muy altos y estrechos senderos; pues angosta es la puerta, y muy estrecha la senda que conduce á la vida eterna, y muy pocos son los que dan con ella. (2) Y sin embargo, tales consejos cual ardientes y vivos estímulos, nos van llevando por esas sendas estrechas, para encontrar, más pronta y fácilmente, el objeto que buscamos, la perfeccion en la vida, la gloria en la eternidad.

Hallábase la esposa en su lecho; mas no estaba allí su esposo; ni podia encontrarlo rodeada de tinieblas como estaba, ni en aquel descanso que indican sus palabras. Mas oid lo que dice: Me levantaré y rondaré la ciudad, y buscaré á mi amado. Y ved cómo sale de su casa y pregunta por su esposo, y lo busca por las calles y las plazas, y exclama entristecida: ¡Ay! lo busqué; mas no lo hallé. ¿Por ventura, debe volverse á su casa para llorar la ausencia de su amado? No,

(1) Prov. I. 10. et. seq. (2) Matth. VII. 14.

que el Espíritu Santo le dice: Ha venido la mañana y la noche vendrá: si buscáis buscad de véras. (1) La esposa, pues, sigue buscando á su amado; encuentra las patrullas que rondan por la ciudad, y les pregunta: ¿no habeis visto á mi amado? y contiúa diciendo: Á pocos pasos encontré al que adorá mi alma: lo tengo asido, y no lo soltaré hasta haberlo hecho entrar en la casa de mi madre, en la habitacion de la que me dió la vida. (2)

Ved aquí cómo los consejos del Señor, nos llevan hasta encontrarlo, y unirnos tan estrechamente con su Majestad, que podamos decir: Lo tengo asido, y no lo dejaré.

¿Quién no se ha visto, al marchar por el camino del Señor, mil veces rodeado de sombras? Y ¿quién no tendría que exclamar en tales circunstancias como un humilde rey de Judá: Ignoramos lo que debemos hacer, y no nos queda otro recurso que volver á Ti nuestras miradas? [3]

Y ¿basta que otras veces la luz del cielo nos haya iluminado? Moises la recibia frecuentemente, y con todo, entraba al tabernáculo sagrado á consultar la voluntad de Dios. [4] ¿Por qué pues, nosotros, miserables, y que andamos envueltos en tinieblas, no habríamos de orar á nuestro Dios, y pedirle sus consejos; que nos abra los tesoros de su ciencia, y nos dé una fuente de agua viva, como decia Moises, que salte hasta la vida eterna?

El don de consejo embellece nuestras almas, les da seguridad, las colma de alegría y de dulce é incompa-

(1) Isa. XXI, 12. (2) Cant. III, 2, 4. [3] II, Paral. XX, 12. (4) Num. XX, 6.

nable paz: oigamos las palabras conque los sagrados libros elogian los consejos del Señor. Estos son como una brillante corona para la cabeza, y cual valioso collar para el cuello. El buen consejo es nuestro salvaguardia, y la prudencia nos conserva, librándonos de todo mal camino, y de los hombres de lengua perversa. Donde abunda el consejo del Señor, allí hay prosperidad. El hombre sensato todo lo hace consejo; mas el que no lo es descubre su necedad. Escucha, hijo mio, el consejo y recibe la correccion, para que seas sabio en tu edad postrera. Contra el Señor, no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo. (1) Los pensamientos del Señor son más vastos que el mar, y sus consejos más profundos que el grande abismo. Preceda á todas tus obras la palabra de la verdad y un consejo firme á todas tus acciones. Si el Señor lo quisiere, te llenará del espíritu de inteligencia, y derramará sobre ti como una lluvia, las máximas de su sabiduría, y por esto debes dar gracias al Señor poniendo en práctica sus consejos y meditando sus ocultos juicios. (2) Los consejos del Señor nos dice finalmente, el Rey David, permanecen para siempre: las disposiciones de su voluntad subsisten por toda la serie de las generaciones. (3)

Feliz, por lo mismo, el hombre que escucha el consejo del Señor, y que continuamente está velando á las puertas de su casa, y se haya esperando en sus umbrales, para saber su voluntad y ponerla luégo por obra. [4]

El don de entendimiento. El hombre está destina-

(1) Prov. I, 9. — II, 11, 12 — XI, 14. XIII, 16. — XIX, 20. — XXI, 30. (2) Eccí. XXIV, 39. — XXVII, 17, 20. — BBBIB, 8, 10. (3) Ps. XXXII, 11. (4) Prov. VIII, 34.

do á la felicidad, como á un fin sobrenatural, y por esto es indispensable que la luz del cielo alumbre sus sendas, y le haga comprender y penetrar la verdad de ese mismo órden. Y esta luz que alumbra el alma, que descende de los tesoros del Espíritu Santo, es el don de entendimiento, que nos indica cierta excelencia en la manera de conocer y penetrar los divinos arcanos, lo cual no puede hacerse sino por el Espíritu Santo que escudriña las profundidades de Dios. (1)

El don de entendimiento es necesario para conocer las profundidades que se refieren á la salud eterna y que se nos presentan cubiertas con un velo que no alcanza á rasgar nuestra sola inteligencia; mas lo consigue este don del Espíritu celestial. Él es, el que en nosotros descubre la imagen de Dios: nos detiene en nuestro propio conocimiento, y nos inspira conservar sin mancha esa imagen de la Divina Trinidad que llevamos en nosotros.

El don de entendimiento nos hace penetrar los velos de las sagradas escrituras, llevándonos hasta la hermosa contemplacion de la pura verdad. Hállabase ésta como escondida á nuestras miradas; así lo manifiesta la oscuridad de los profetas, la multitud de figuras que se presentan en la antigua ley, y la diversidad de sus disposiciones. Mas viene el Espíritu de Dios y nos alumbra con el precioso don de entendimiento, y la luz brilla en las tinieblas, y el alma, tocada suavemente con la divina inspiracion, va entrando en las regiones que David llamaba potencias del Señor. Y sucede á veces que el don de entendimiento lleve tan a-

(1) D. Bonav. hic. c. 2.

delante nuestras almas, que lo que entónces se nos dice, no podemos revelarlo, pues las palabras que hemos escuchado, no tienen imagen ni la menor semejanza, en las cosas corporales: solamente las entiende quien las oye. Una vez las oyó San Pablo, y sin embargo de ser el Doctor de las naciones, no les enseñó las maravillas que contemplara su espíritu en el cielo.

El Espíritu Santo por el don de entendimiento, hace que penetremos los velos de la verdad encarnada, poniendo delante de nosotros todas las debilidades y defectos que Jesus tomó por nuestro amor, en la naturaleza humana, nos dice el Serafin de los doctores, debilidades, como el hambre, la sed, la mortalidad. Y penetramos tambien por ese mismo don, los velos de la verdad increada, pues el Divino Maestro nos ha dicho, que el Espíritu Santo, nos enseñará toda verdad; Espíritu de verdad porque procede de ella, y que la enseña toda, porque nos manifiesta al Hijo de Dios en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

En cuanto á las verdades relativas á la Encarnacion, estas son de conocimiento, de operacion y de amor. Por las primeras el don de entendimiento nos descubre hermosa y soberanamente, que es ciertísima la fe de Jesucristo y su doctrina celestial. Las de operacion nos enseñan con cuánta perfeccion ha realizado Jesucristo todas sus obras. Y por último, las verdades del amor del mismo Hijo de Dios, nos patentizan su inmensa é incomparable caridad.

Mas como el Espíritu Santo procede, continúa San Buenaventura, del Padre y del Hijo, nos descubre á Uno y Otro, por el don de entendimiento, elevando de la tierra nuestras almas, purificando é inflamando nuestro amor, y haciéndonos tener y buscar en nosotros al Eterno.

Así es que aún desde esta vida por el don de entendimiento, se empiezan á cumplir, si bien muy imperfectamente, en nuestras almas, las hermosas palabras del Rey Profeta: Quedarán tus hijos embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias, porque en Ti está la fuente de la vida; y en tu luz verémos la luz. [1]

Don de sabiduría. El más precioso y excelente de todos los dones del Espíritu Santo, en que reunidos brillan la luz y la belleza, y todos los encantos de los otros dones, es el de sabiduría que el Divino Espíritu derrama en nuestras almas para conocer á Dios y amarle, gustando santamente su dulzura. [2]

El bellissimo don de la sabiduría nos es indispensable para amar á Dios con la perfeccion que es posible hacerlo en esta vida, y poder continuar alegres y esforzados, en el camino de la virtud. Así como el cuerpo tiene sus sentidos, dice San Bernardo, sentidos por los que, durante la vida se une al alma, así también, ésta tiene los suyos, los que, mediante la caridad, la unen con Dios. Por los sentidos del cuerpo envejecemos y nos conformamos á este siglo; por los del alma somos renovados en el conocimiento de Dios, en la novedad de la vida segun el beneplácito de Dios. Hé aquí por qué

(1) Ps. XXXV, 9, 10. (2) D. Bonav. hic. c. 1.

decia el Apóstol: No queráis conformarnos con este siglo, ántes bien trasformaos con la renovacion de vuestro espíritu, á fin de acertar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. (1)

Y como los sentidos corporales sin el sentido del gusto se debilitan y entorpecen en sus operaciones, de la misma suerte los del alma sufren en las suyas sin el gusto de la sabiduría; gusto perdido en el paraíso, donde el hombre dejó de sentirlo, quedando sustituido, ese gusto divino, con el amargo y fatal de la concupiscencia; quedando desde entónces inclinado á toda suerte de delitos. Pero entra en el alma la sabiduría de Dios, y el sentido de la carne se debilita, y lo vemos con desprecio; se purifica el entendimiento y sana nuestro gusto, y ya el bien es para nosotros de una exquisita dulzura; y gustamos, y vemos, segun la exprecion de David, cuán suave es el Señor, y la sabiduría del cielo, nos parece más dulce que la miel; y una vez regenerado el gusto, los demas sentidos del alma se llenan de vida y losanía: la vista contempla al Señor con santo y amoroso arrobamiento; el oído escucha sus palabras con dulzura; el olfato siente la suavísima fragancia del Divino Amante; y el tacto, en fin, lo estrecha en sus brazos. (2)

Todo esto lo hallamos en los libros santos: En la sabiduría tiene su morada el espíritu de inteligencia, santo, único, multiforme, sutil, elocuente,..... suave, perspicaz, que lo puede todo y todo lo prevé. (3)—Feliz el hombre que me escucha, nos dice la Sabiduría Divina. Quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor

(1) Rom. XII, 2. (2) D. Bernad. D. Amore. Dei. c. 12, 14, et. 19. In. Cant. Serm. 80. (3) Sap. VII. 22. 23.

la salvacion. (1)— En las plazas semejante al cinamomo y al bálsamo aromático, despedí fragancia. Cual mirra escogida exhalé suave olor; y llené mi habitacion de odoríferos perfumes. [2] — La sabiduría, en fin, es el árbol de la vida para los que echaren mano de ella; y bienaventurado el que la tiene asida. (3)

Esta sabiduría que desciende de los cielos, está llena de pudor, es pacífica, modesta, dócil, concorde con todo lo bueno, llena de misericordia y de excelentes frutos de buenas obras, no juzga, y está agena de hipocrecia. [4]

Así es que el don de la divina sabiduría, nos dice el Seráfico Doctor, no solo enseña á contemplar las cosas celestiales segun su verdadero y rectísimo juicio; si que tambien ordena y dirige los actos humanos con modo más excelente que la sabiduría que es virtud intelectual; pues la primera recibe su luz de más pura y elevada fuente, es la contemplacion de la verdad que pone en paz á todo el hombre, y lleva en sí la semejanza de Dios; más preciosa que todas las riquezas y no pueden parangonarse con ella las cosas de mayor estima: trae en su derecha la larga vida, y en su izquierda las riquezas y la gloria. Sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas; [5] y la segunda no es tan excelente.

¿Qué harémos para encontrar y obtener tan estimable y valioso tesoro? Debemos buscarlo, y pedirlo al Señor; con lo primero hallarémos el tesoro; con lo segundo llegamos á poseerlo: el conocimiento encuentra la sabiduría; el amor la posee, la abraza y gusta su san-

(1) Prov. VIII. 34. 35. (2) Ecci. XXIV. 20, 21. (3) Prov. III. 18. (4) Jacob. III. 17. (5) Prov. III. 15. — 17

tísima dulzura. [1] Si buscamos la sabiduría con el ardor con que se buscan las riquezas, y la desenterramos como se hace con un tesoro, aprenderémos el conocimiento y el temor de Dios; pues Él es quien da la sabiduría, y de su boca sale la discrecion y la ciencia. (2) Quien busca un tesoro arroja la tierra y va profundizando el hoyo donde piensa hallarlo, y no descansa hasta que lo ha encontrado. [3] ¿Buscamos el tesoro de la divina sabiduría? pues arrojémos todo el peso terreno que nos inclina al mundo, y la carne; ahondémos más y más con la humildad, en el abismo de nuestra miseria, sin descansar hasta adquirir aquél tesoro: Que por lo demas la sabiduría nos tiene dicho que se deja fácilmente ver de las que la aman, y hallar de los que la buscan. [4]

Mas ¿en qué podrémos conocer que la hemós encontrado? ¿Llorais vuestros pecados, nos dice San Bernardo, despreciáis los deseos de este siglo, suspirando por la patria del cielo? ¿lo del mundo es amargo y odioso á vuestra alma; gustais la dulzura que os hace juzgar que sólo es amable el Señor? pues tened confianza en su inmensa bondad; y con todo seguid pidiendo la sabiduría. Si alguno de vosotros necesita la sabiduría, pídasela á Dios, que á todos da copiosamente; y le será concedida; mas pídale con fe, sin sombra de duda. [4] Ved, pues, volvemos á decir, de qué manera tenemos que pedir la sabiduría. La necesitamos? presentémos, por esto, delante del Señor nuestra indigencia. Confiémos alcanzar lo que pedimos, porque Dios es bondadoso. Una y otra vez volvamos á pedir, no

(1) D. Bonav. c. 3. cit. (2) Prov. II. 5, 6. (3) Hieronim. ap. D. Bonav. cit. (4) Sap. VI. 6. (5) Jac. I. 5. 6.

admitiendo ninguna duda en este punto; y así la alcanzaremos.

Volved vuestros ojos á los cielos y contemplad al Espíritu Divino, sol resplandeciente que ilumina todas las cosas; llenando de magnificencia sus propias obras. (1) ¡No sentís abrasada el alma con los vivos rayos de su ardiente luz? Rayos divinos que al descubrirnos su tremenda y adorable majestad, nos llenan de temor y nos humillan; mas al mismo tiempo nos recuerdan que ese Dios soberano es Nuestro Padre; y lanzamos hácia Él, los mas puros afectos del alma, exclamando llenos de confianza una y otra vez: Padre mio, Padre mio. ¡Qué nombre tan hermoso y lleno de piedad!

De nuevo la luz del Espíritu Divino nos alumbrá, y hace discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal; y los mejores medios de llegar al cielo; y esa misma luz nos descubre las verdades sobrenaturales; y derrama, en fin, en nuestros corazones, un torrente de inefables y castísimas dulzuras.

¡Oh cuánto es lo que debemos al Espíritu Santo! Al pensar en sus hermosos y divinos dones, y en la admirable largueza con que los dispensa, se siente el alma llena de ternura, y quiere deshacerse en afectos de amor y gratitud, y exclama: ¡Qué le daré á mi amado y soberano Bienhechor por todos sus favores? (2) No tenemos sino un triste y miserable corazón; mas con todo es el único tesoro, si así puede llamarse, que poseemos. ¡No será del Espíritu Santo este tesoro; y mucho más cuando Él en su inefable y santísima bondad, nos dice así: Dame, oh hijo mio, tu corazón, y fija tus ojos en mis

[1] Ecci. XLII. 16. [2] Ps. CXV. 12.

santos caminos? [1] Si, consagramos enteramente el corazón al Espíritu Divino: queremos cumplir sus santos mandamientos, seguir su inspiración, vivir para su gloria. Él es el Padre á quien amamos, Él es nuestra delicia. ¡Oh, qué no tengamos un corazón de ardiente y amoroso fuego, para estar continuamente abrasados en las llamas de su santa caridad! Mas ¿no sois Vos, oh Espíritu Sagrado, ardiente fuego, amor activo, abrasado y divino incendio? y ¿no sois el Padre de los pobres? pues ved que vuestros pobres hijos os piden llorando de ternura, vuestro santo amor, ardientes llamas, y la más tierna y dulce caridad, para poder amaros con todo el corazón y toda el alma, sin descanso, sin tibieza, y con eterno y celestial cariño; para llegar un día á contemplaros en el cielo.

CAPÍTULO XXII.

§ I.

FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.

Huerto cerrado eres, hermana mia, esposa, huerto cerrado, fuente sellada: tus renuevos forman un verjel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanos: son cipros con nardos, nardo y azafran, caña aromática, y cinamomo, con todos los árboles odoríferos del Libano, la mirra y el aloe con todos los aromas más exquisitos. [2]

¿Habeis oído en el fondo del alma, esa voz dulcísima y sentida? y ¿pudisteis contestar como la Esposa: Venga mi amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos? (3) Si así fuere sois en verdad, muy felices: es vuestra dicha envidiable; pues ¿qué ventura pue-

(1) Prov. XXIII. 26. (2) Cant. IV, 12—14 (3) V, 1.

admitiendo ninguna duda en este punto; y así la alcanzaremos.

Volved vuestros ojos á los cielos y contemplad al Espíritu Divino, sol resplandeciente que ilumina todas las cosas; llenando de magnificencia sus propias obras. (1) ¡No sentís abrasada el alma con los vivos rayos de su ardiente luz? Rayos divinos que al descubrirnos su tremenda y adorable majestad, nos llenan de temor y nos humillan; mas al mismo tiempo nos recuerdan que ese Dios soberano es Nuestro Padre; y lanzamos hácia Él, los mas puros afectos del alma, exclamando llenos de confianza una y otra vez: Padre mio, Padre mio. ¡Qué nombre tan hermoso y lleno de piedad!

De nuevo la luz del Espíritu Divino nos alumbrá, y hace discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal; y los mejores medios de llegar al cielo; y esa misma luz nos descubre las verdades sobrenaturales; y derrama, en fin, en nuestros corazones, un torrente de inefables y castísimas dulzuras.

¡Oh cuánto es lo que debemos al Espíritu Santo! Al pensar en sus hermosos y divinos dones, y en la admirable largueza con que los dispensa, se siente el alma llena de ternura, y quiere deshacerse en afectos de amor y gratitud, y exclama: ¡Qué le daré á mi amado y soberano Bienhechor por todos sus favores? (2) No tenemos sino un triste y miserable corazón; mas con todo es el único tesoro, si así puede llamarse, que poseemos. ¡No será del Espíritu Santo este tesoro; y mucho más cuando Él en su inefable y santísima bondad, nos dice así: Dame, oh hijo mio, tu corazón, y fija tus ojos en mis

[1] Ecci. XLII. 16. [2] Ps. CXV. 12.

santos caminos? [1] Si, consagramos enteramente el corazón al Espíritu Divino: queremos cumplir sus santos mandamientos, seguir su inspiración, vivir para su gloria. Él es el Padre á quien amamos, Él es nuestra delicia. ¡Oh, qué no tengamos un corazón de ardiente y amoroso fuego, para estar continuamente abrasados en las llamas de su santa caridad! Mas ¿no sois Vos, oh Espíritu Sagrado, ardiente fuego, amor activo, abrasado y divino incendio? y ¿no sois el Padre de los pobres? pues ved que vuestros pobres hijos os piden llorando de ternura, vuestro santo amor, ardientes llamas, y la más tierna y dulce caridad, para poder amaros con todo el corazón y toda el alma, sin descanso, sin tibieza, y con eterno y celestial cariño; para llegar un día á contemplaros en el cielo.

CAPÍTULO XXII.

§ I.

FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.

Huerto cerrado eres, hermana mia, esposa, huerto cerrado, fuente sellada: tus renuevos forman un verjel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanos: son cipros con nardos, nardo y azafran, caña aromática, y cinamomo, con todos los árboles odoríferos del Libano, la mirra y el aloe con todos los aromas más exquisitos. [2]

¿Habeis oído en el fondo del alma, esa voz dulcísima y sentida? y ¿pudisteis contestar como la Esposa: Venga mi amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos? (3) Si así fuere sois en verdad, muy felices: es vuestra dicha envidiable; pues ¿qué ventura pue-

(1) Prov. XXIII. 26. (2) Cant. IV, 12—14 (3) V, 1.

de haber semejante, á la que tiene el hombre cuando ofrece á Dios sus buenas obras?

Segun lo dicho hoy entramos en el huerto del Sagrado Esposo; busquemos la sombra de algun árbol para descansar, admirando con sociogo, los hermosos y variados frutos que sin cesar produce el huerto donde estamos.

Queriamos la sombra de un árbol; mas no, que buscamos solamente la de Dios; y bajo esta sombra que tanto hemos deseado, los frutos que gustamos son muy dulces á nuestra garganta. (1)

¿Qué entendemos por frutos del Espíritu Santo? El nombre de fruto, nos dice el Ángel de la Escuela, en el orden natural es el producto de los árboles y plantas que han llegado á sazón, y contienen alguna suavidad. Este nombre se ha usado al tratar de los frutos del Espíritu Santo, que son las buenas obras hechas bajo su divina inspiracion, y en las que se encuentra la suavidad espiritual. (2)

El fruto de un árbol puede considerarse, nos dice tambien el Angélico Doctor, ó con relacion al árbol que lo ha producido, ó bien respecto al hombre que lo goza. Tiene lugar esto mismo en las cosas espirituales, en las que, el hombre con la divina gracia produce frutos de virtud, y gusta su dulzura y suavidad; y esto es lo que tiene la razon de fruto. En cuanto es producido por el hombre, sus actos humanos se llaman frutos, que serán de su razon si obra segun ella solamente; y si lo hace por más elevada virtud, que es la del Espíritu Santo, sus obras se llaman frutos de Este mismo

(1) Cant. II, 3. [2] 1—2. q. 70. a. 1.

Espíritu que como germen divino las produce.

Los frutos de que el Espíritu Santo nos habla, llamados por el Seráfico Doctor, afectuosas delicias con que gustamos la dulzura del Esposo Divino, [1] son doce: La Caridad, que engendra y da vida á los demas: el gozo que se origina de una conciencia tranquila, santa, libre de vicios y pecados: la paz de una alma serena, sin perturbaciones; paz que nace de la gracia y amistad de Dios; la paciencia en las adversidades que nos causan otros; la benignidad con el prójimo en las palabras y las obras; la bondad que se derrama en beneficios; la longanimidad que nos da perseverancia en la virtud; la mansedumbre contra la ira y la venganza; y fe que cumple sus palabras; la modestia que dirige la compone las acciones; la continencia que nos modera y rige en la comida y la bebida, y en todas las afecciones sensibles; y la castidad que adorna nuestras almas con el hermoso y cándido esplendor de celestial pureza. (2)

¿Por qué razon, el Apóstol, cuenta solamente doce frutos del Espíritu Santo? Hé aquí lo que nos dice el Ángel de la Escuela: El Espíritu Santo por medio de sus frutos establece el orden en nosotros, ó bien con relacion á nuestras mismas almas, ó respecto de las cosas que nos están cercanas, ó por último, relativamente, á las que deben sernos inferiores. Respecto á lo primero se establece en nosotros el orden, por el amor, primer afecto y raíz de los demas; hé aquí por qué la caridad se pone en primer lugar entre los frutos; pues en ella se da el Espíritu Santo como en su propia semejanza

(1) D. Bonav. Centil. p. 3. sect. 46. (2) Galat. V, 22, 23.—De Barberiis, hic.

pues Él mismo es amor. Al amor sigue necesariamente el gozo, porque quien ama se goza en la union con su amado; y la caridad tiene presente á Dios á quien ama. Mas la perfeccion del gozo es la paz que nos libra de las inquietudes exteriores, junta en uno solo; Dios, los deseos del alma, y nos hace descansar entre sus brazos.

Respecto de los males que tenemos que sufrir, el orden se conserva en nuestras almas cuando no nos inquietamos por su anuncio y próxima venida; ni nos perturba la dilacion de los bienes esperados, lo primero lo da la paciencia, lo segundo la longanimidad.

El orden respecto á nuestros prójimos se establece por la voluntad de hacerles bien, ved aquí la bondad; y por el bien que practicamos, ved aquí la benignidad, porque son benignos aquellos que se abrasan en el fuego del amor por el bien de sus hermanos. Tenemos que sufrir los males que nos causen éstos, con igualdad de ánimo; y ved aquí la mansedumbre que reprime nuestras iras. Por último, no sólo no debemos dañar al prójimo; sino evitar el fraude, y tener sinceridad; y á esto pertenece la fe, en el sentido de fidelidad; mas, segun que por ella creemos en Dios, entonces el orden se establece con relacion á lo que está sobre nosotros, Dios á quien sujetamos la inteligencia, y todo lo que á ésta corresponde.

Respecto de las cosas inferiores, la modestia compone nuestras acciones esternas, dirige y modera nuestras palabras; y respecto á los deseos del corazon, la continencia y castidad los reprimen y gobiernan. (1)

(1) D. Th, cit. a. 3.

Hablemos en particular de cada uno de estos frutos.

La Caridad, nos dice el Serafin de los Doctores, es el amor que tenemos á Dios por Sí mismo, y al prójimo por Dios. Para descubrir en parte, el encanto y las bellezas de la caridad; mencionémos algunos objetos que la simbolizan. Ella es aquel oro precioso de que se nos dice en el Apocalipsi: Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego; [1] porque así como el oro excede en valor á todos los metales, la caridad es más preciosa y excelente que todas las virtudes. Ella es como el fuego que penetra el hierro y lo vuelve dúctil y candente; porque al entrar en nuestras almas las hace dóciles y obedientes á la divina inspiracion, y las abrasa en las llamas del amor divino. Ella es, como el vino compuesto, el néctar, dulce y activo, pues nos hace amar á nuestro eterno y soberano Dios, con fortaleza, prudencia y perseverancia. Es la nave dichosa que hinche sus velas con el soplo del Espíritu Divino, cuya inspiracion la lleva á donde quiere el mismo Espíritu. Es tambien un árbol frondoso cargado con los frutos de la piedad y las flores de la pureza; y así como podemos los árboles para su crecimiento y hermosura, así la caridad va separando de nosotros todo amor desordenado que se opone al divino. Es una fuente natural cuyas aguas no se agotan, aguas que en el tiempo de la tribulacion, verdadero invierno de la vida cristiana, salen calientes para darnos vida; mas al contrario las sentimos frias cuando en nosotros prevalece el amor mundano. La caridad es el

(1) III. 18.

vestido nupcial que cubre la multitud de nuestros pecados, nos defiende de las tentaciones, y adorna y embellece el alma con dádivas preciosas de los cielos; rico y fragante vestido hecho de la gracia del Espíritu Santo y del mismo Jesucristo: Revestios de nuestro Señor Jesucristo, nos decía San Pablo, y no busqueis como contentar los deseos de vuestra sensualidad. Y el Esposo en los Cantares decía también: Es el olor de tus vestidos como aroma de suavísimo incienso. (1) Y cuando el Eterno siente su fragancia, nos dice estas palabras: El olor de mi Hijo es como el de un florido campo, al que bendijo el Señor. (2) Es, por último, la caridad un fuego divino que Dios mismo enciende en el alma; fuego que no pueden apagar las muchas aguas, que arde por el afecto y brilla por el ejemplo; fuego que abrasa y consume el combustible sujeto á su acción; fuego que tiende siempre á los cielos, y está en movimiento perpétuo, que quita el orin al hierro, que arroja vivas centellas; humilla hasta el polvo y nos hace decir con Abraham: Hablaré al Señor, aunque yo sea polvo y ceniza; (3) y despues eleva á los cielos y nos vuelve infatigables y constantes en los trabajos que por Dios tomamos; va consumiendo nuestros defectos, y nos abrasa en vivos deseos de los bienes celestiales. (4)

El gozo espiritual. Él es distinto enteramente, del gozo del mundo; es purísimo porque se inunda en los torrentes de la dulzura del Dios tres veces santo, origen y principio de toda pureza y santidad.

El gozo terreno es breve y transitorio; mientras es con-

(1) V. 11. [2] Gen. XXVII, 27. (3) Gen. XXIII, 27. (4) D. Bonav. De Virtut. Tit. 5. c. 2.

tinuo y seguro aquel con que embriaga nuestras almas el Espíritu Divino. La buena conciencia es como un banquete que no se interrumpe. (1)

El gozo espiritual se ocupa en objetos elevados y muy dignos, mientras el del mundo, en los más despreciables y abyectos: causa el primero la salud; y el del mundo nos pierde desgraciadamente; el espiritual desciende de los cielos trayendo en su cortejo la pureza y el descanso, la libertad, y union con Dios; entre tanto que el del mundo pasa dejando la inquietud, el tormento y la tristeza en todas sus sendas.

La paz de Dios; hé aquí otro de los más regalados y preciosos frutos del Espíritu Santo. En una sola palabra compendió San Pablo, todas sus grandezas: La paz de Dios sobrepuja á todo entendimiento. (2) ¿Y qué es la paz? La serenidad del espíritu, nos dice el gran San Agustín, (3) la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, la union de caridad. Es la que impide las guerras, reprime la ira, aplaca las discordias; reconcilia los enemigos; y á todos es agradable. Quien no se encuentra en ella, es desechado del Padre, desheredado del Hijo, y desconocido del Espíritu Divino. La paz, es la lengua del cielo, nos dice el Seráfico Doctor; ¿no recordais que ella era el idioma del Señor, que una y otra vez dijo á sus discípulos: La paz sea con vosotros? (4) Es el lenguaje de los ángeles, que apareciendo en Belén cantaron la gloria de Dios en las alturas, y anunciaron la paz á los hombres. (5) Es el lenguaje que Jesús mandó á sus discípulos que usaran al entrar en las ca-

(1) Prov. XV, 15. [2] Philip. IV, 7. [3] Ap. Bonav. De Dono. Tim. c. 4. (4) Joann. XX, 19. 21. [5] Luc. II, 14.

sás: (1) La paz sea en esta casa. Ella es el vestigio de Dios y la senda que nos ha trazado: Todos sus caminos son deliciosos, y llenas de paz están sus sendas; (2) paz interna, externa y perpétua: La paz de Jesucristo reine en vuestros corazones, y los llene de inefable gozo. (3) Vivid en paz, si ser puede y cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres. (4) Finalmente, de la paz perpétua cantó Isaías: El fruto de la justicia será la paz, y el efecto de la justicia el sosiego y seguridad sempiterna. Y reposará mi pueblo en hermosa mansión de paz, y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia. (5)

La paciencia, precioso y admirable fruto del Espíritu Santo. Ella es, nos dice San Buenaventura, prudentísima, noble y generosa: ¿quién como la paciencia, nos dirige tan sabia y rectamente, en el camino de la vida, ó es tan diestra en los combates que tenemos que sufrir, ó, por último tan noble en medio de sus triunfos? Ella nos enseña cómo hemos de adquirir los dones celestiales, y la manera también de conservarlos, perdiendo antes la riqueza, la salud, la misma vida, por no perder el cielo. Aumenta, asimismo, nuestros bienes y riquezas, convirtiendo las cruces y trabajos, en grandes méritos.

Es generosa la paciencia en los combates: Es mejor el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades. [6]

Finalmente, el reinado de la paciencia es hermosísimo, pues todas las cosas sirven á su imperio, los enemigos le fabrican la corona, la esterilidad de los cam-

(1) Id. X. 5. (2) Prov. III. 17. (3) Colos. III, 15. (4) Rom. XII, 18. (5) XXXII, 17, 18. D. Bonav. de Beatitud. (6) Prov. XVI. 32.

pos llena sus graneros, las enfermedades le dan la medicina, y la muerte misma, le abre la cárcel donde estaba llorando sus miserias; y así se verifica lo de San Pablo: Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios. (1) Y la paciencia oye, por último, estas palabras: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos. (2)

La Benignidad, santo y dulce fuego del Espíritu Divino, que nos inclina á ser indulgentes y afables. Precioso y delicado fruto, fuente de consuelo y suavidad para el alma en todas sus buenas acciones. ¿Quién no recuerda la bella parábola del Samaritano cuya conducta nos descubre la compasion y dulzura incomparables que inundaban su alma al socorrer al hombre que yacía tendido en el camino, despojado de todo y cubierto de heridas? El Samaritano llegó á donde estaba ese pobre, y viéndolo se movió á compasion, y acercándose, vendó sus heridas, las bañó con aceite y vino, y subiéndolo en su cabalgadura lo condujo al meson, y cuidó de él en un todo. Al siguiente dia sacó dos monedas de plata y las dió al mesonero diciendo: Cuidadme ese hombre, y yo á mi vuelta os pagaré todos los gastos. (3)

Hé allí lo que produce la benignidad: hermosos consuelos, y la satisfaccion más dulce y cumplida.

La Bondad quiere darse á sí misma, y quisiera también deshacerse por dar socorro á su prójimo; en todos los hombres ve otros tantos hermanos, y recuerda estas palabras del Señor: Todos sois hermanos. (4) Palabra

(1) Rom. VIII, 28. (2) Matth. V, 10. D. Bona. c. 7. (3) Luc. X, 30, 35. (4) Matth. XXIII, 8.

santa y llena de divina caridad que la impele á practicar esta divina enseñanza: Parte tu pan con el hambriento, y acoge á los pobres y á los que no tienen hogar, en tu propia casa; viste al desnudo, y no desprecies tu propia carne. Y brillará tu luz como la luz de la aurora, y Dios te dará la salud; y tu justicia irá siempre delante de ti, y la gloria del Señor te acogerá en su seno; invocarás al Señor y te oirá benigno: clamarás y Él te dirá: Aquí estoy..... Cuando abrieres tus entrañas para socorrer al hambriento, y consolar al afligido, nacerá para ti la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán en claridad de mediodía. Te dará el Señor un perpétuo reposo, y llenará tu alma de resplandores de gracia, y reforzará tus huesos; y serás como huerto bien regado, y como manantial perenne cuyas aguas jamas faltarán. (1)

El hombre bondadoso buelve sus ojos sobre sus propias miserias, y su vista lo hace compasivo con las ajenas: Por ti mismo entiende lo que conviene á tu prójimo. (2)

Sobre estos motivos, la bondad tiene otro más excelente y perfecto: el amor de Jesus y de sus miembros que son los pobres y todos aquellos que han menester de socorro. Este pensamiento nos llena de dulzura y de consuelo, y vamos hácia el pobre con las manos abiertas y destilando mirra, y llenos también de mirra escogida nuestros dedos.

La Longanimidad. Hacemos el bien á nuestros hermanos, y esperamos con paciencia el resultado. Este hermoso fruto del Espíritu Santo nos hace terminar las

(1) Isa. LVIII, 7, 11. (2) Ecci. XXXI, 18.

obras comenzadas por el servicio de Dios, pues estamos continuamente oyendo estas palabras: No seais descuidados, y perdais tiempo, [1] no ceséis de trabajar. Y si el tiempo del consuelo se dilata, sabemos que por fin ha de llegar. El que continúa llamando á la puerta conseguirá por fin que se le abra; y Yo os aseguro, decia el Divino Maestro, que cuando el amigo no se levante á dar á su amigo lo que le ha pedido por razon de su amistad, á lo ménos por librarse de su impertinencia, se levantará y le dará lo que hubiere menester. (2)

La longanimidad ejercita la paciencia, aviva la confianza, y hace fuerza al corazon de Dios. Quanto más se retardan sus deseos, sus méritos aumentan otro tanto; y ved cómo ella nos va coronando de nuevos resplandores y nos hace cada vez más agradables al Señor: Habeis oido, nos dice, la paciencia de Job, y habeis visto el fin del Señor. Estad de buen ánimo, porque el Señor es misericordioso y compasivo..... Esperad, tened paciencia..... Ved como el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias, temprana y tardía. Esperad, pues, con paciencia, y esforzad vuestro corazon. (3)

Tan bellas expresiones derraman el aliento y la fuerza en nuestras empresas, y la longanimidad sigue sosteniendo todos nuestros pasos, hasta conseguir por fin, lo que deseamos. (4)

La mansedumbre. Este amable y bello fruto del Espíritu Santo trae consigo, nos dice el Seráfico Doc-

(1) Judic. VIII, 9. (2) Luc. XI, 8. (3) Jac. V, 7, 8, 11. (4) D. Bonav. hic. c. 2.

tor, la dulzura de la paz, la sociedad con el prójimo, la gracia y familiaridad con Dios, el reino y la herencia del cielo. Yo era pacífico, decía David, con los que aborrecían la paz. (1)

La mansedumbre también conserva la amistad con el prójimo; ¿qué importa que se nos llene de injurias si somos mansos y humildes de corazón? Tenemos un arma con que vencemos á nuestros contrarios, tal es la mansedumbre: La respuesta suave quebranta la ira... La lengua pacífica es árbol de vida. (2)

Dios escucha de buena gana la voz de la amable mansedumbre; que siempre le fué acepta la oración de los humildes y los mansos; (3) y si queréis la prueba recordad que Moisés era el hombre más manso de cuantos moraban sobre la tierra, y á él le hablaba el Señor boca á boca, y veía claramente al Señor, y no por enigmas ó figuras. (4)

En cuanto á la herencia de los cielos, el Señor nos dijo: Dichosos los mansos porque ellos poseerán la tierra; (5) la tierra de los vivientes. Mientras viven en el mundo reina en sus almas el Señor; cuando vivan en el cielo, con Dios reinarán eternamente. Y aún aquí en el mundo imperan sobre sus pasiones y saben usar de sus bienes, de los que son dueños y no esclavos como lo son los avaros, á quienes los libros santos, llaman varones de riquezas; mas no riquezas de ellos mismos; (6) varones que duermen y que al despertar se encuentran sin nada, con las manos vacías; cuando al contrario los mansos hallan una corona inmortal, una herencia preciosa, una dicha cumplida y eterna. (7)

[1] Ps. CXIX, 7. (2) Prov. XV, 1.—4. (3) Judith. IX, 16.
 (4) Num. XII, 3, 7, 8. (5) Matth. V, 4. (6) Ps. LXXV, 6. (7)
 Bonav. De Beatitud, c. 2. Tit. 7.

La fe es también otro hermoso fruto del Espíritu Santo. Ella es, nos dice S. Buenaventura, como el arca del testamento, porque así como el propiciatorio no era más grande que el arca, así, con la fe y nunca sin ella, se obtiene el perdón de los pecados. Es como la estrella que brilla en el cielo y nos dirige al puerto de la gracia; que resplandece en la mañana y previene al sol de justicia; estrella del Oriente que nos conduce al Señor. Es también como la piedra fundamental del edificio de todas las virtudes; como un espejo sin mancha que nos representa, aunque imperfectamente, la majestad del Señor y sus divinas grandezas; como rayo del sol que alumbra nuestras almas con las verdades más elevadas que podemos contemplar. Semejante á la columna que guiaba al pueblo de Israel, derrama en los creyentes sus hermosos y suaves resplandores, al mismo tiempo que es oscura para los infieles. Es la fe, por último, semejante á la escala de Jacob por la cual tenemos que subir al cielo; pues ella eleva la inteligencia de los hombres al revelarles altísimas verdades que sin su luz jamás alcanzaríamos. [1]

La fe como fruto del Espíritu Santo nos hace cumplir nuestra palabra, evitando el fraude y la mentira: siendo francos y leales en nuestra conducta. Es la verdad nuestra luz, y el amor la regla que tenemos que seguir tratando con el prójimo; ¿cómo desviarnos de esta senda luminosa siendo infieles ó traidores á nuestra palabra? Por lo demás este hermoso fruto nos concilia el respeto, el aprecio, y la confianza de nuestros hermanos, que muy bien saben que no los hemos de

(1) Id. De Fruc. c. 5.

engañar, que un cristiano verdadero nunca engaña, ni es traidor, ni sabe faltar á su palabra; porque ántes que á los hombres la tiene obligada al mismo Dios.

La modestia. Ved aquí el hermoso continente de la virtud que nos viene revelando sus gracias interiores, fruto muy hermoso del Espíritu Santo; y que atrae sobre nosotros las miradas de los hombres; predicador elocuente de la gracia, y revelacion de sus portentos. La modestia, en efecto, predica la virtud por sí misma sin decir una palabra. Y ¿quién hay que no le rinda aprecio y atenciones? Cuando ella se presenta en medio de nosotros, ejerce, sin sabérselo explicar, una influencia misteriosa que nos contiene y modera, haciéndonos entrar en sus mismos sentimientos. Ella es la dulce y celestial fragancia de Jesus que derramamos en el mundo. Somos, decia San Pablo, el buen olor de Cristo delante de Dios. (1) Y tambien: Sea vuestra modestia patente á todos los hombres. [2] ¿Qué perfume trasciende como el perfume de un cristiano que se ha revestido á Jesucristo? Brille vuestra luz delante de los hombres, decia el mismo Salvador, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. (3) Y la modestia, severa en sus palabras, recatada en su mirar, grave en su conducta, y recogida, en fin, y circumspecta en todo su exterior, cumple santa y admirablemente, las palabras de Jesus, haciendo que los hombres glorifiquen al Divino Padre.

La modestia, en fin, trae la paz consigo misma: ella

(1) II. Cor. II. 15. (2) Philip. IV, 5. 3 Matth. V, 16.

modera todas las pasiones; refrena los ímpetus de la ira, y ahoga todo movimiento que pueda lastimar, que desordene su recatada y hermosa compostura. Si por desgracia escucha una palabra descompuesta, al instante su pudor sensible y delicado, cubre su frente de sonrojo y tiñe de carmin sus púdicas mejillas: siente estremecer su corazon, y acaso rueda de sus ojos una lágrima furtiva. Es el celo del Señor quien ha llorado; es la tímida y hermosa castidad que tiene horror de los peligros; es, en fin, la modestia cuidadosa y vigilante, que ha temido perder las grandes riquezas que atesora, y que tiene que cuidar con todo empeño, pues que son la garantía de su existencia.

Hé allí cómo la modestia descubre en su conducta todas las virtudes que la adornan, y se presenta radiante de hermosura y atractivos que subyugan y nos hacen glorificar el nombre del Señor.

La continencia. El reino de Dios, nos dice el Apóstol, no consiste en el comer, ni en el beber, sino en la justicia, en la paz, y en el gozo del Espíritu Santo. Pues el que así sirve á Cristo, agrada á Dios, y tiene la aprobacion de los hombres. [1] Las viandas son para el vientre, y el vientre para las viandas; mas Dios destruirá á uno y á otras; el cuerpo no es para la fornicacion, sino para gloria del Señor, como el Señor para el cuerpo... ¿No sabeis que nuestros cuerpos son miembros de Cristo... y templos del Espíritu Santo, que habita entre vosotros, el cual habeis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros?... Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo. (2) Esto es lo

[1] Roma. XIV. 17, 18. [2] I Cor. VI. 13, 15, 19, 20.

que continuamente nos está diciendo con sonora y enérgica voz la hermosa continencia; y no sólo nos habla, si que también reprime las tristes y abyectas pasiones del hombre terreno, conservando puros nuestros cuerpos, los miembros de Cristo y el templo del Espíritu Santo. ¿Por ventura quiere rebelarse la carne contra el espíritu? La continencia nos hace castigar el cuerpo y reducirlo á servidumbre: la oracion y el ayuno están á sus órdenes; y la penitencia vestida de asero y trayendo en sus manos terribles instrumentos de affligir.

Tan precioso fruto nos es indispensable; ¿quién no tiene que expiar alguna falta en este mundo? ¿quién no siente el terrible aguijón de las pasiones? Y ¿á dónde iríamos si la continencia no nos advirtiera del peligro, y armando nuestro brazo con el celo del Señor, no nos hiciese descargar terribles golpes sobre el enemigo de nuestra salud hasta vencerlo dejándolo rendido á nuestros piés? Para conseguirlo llama en su auxilio á la fortaleza, y despues hace que gustemos santamente los frutos de la paz: Los que son de Cristo, nos dice, han crucificado su carne y todos sus deseos con los vicios y las pasiones. (1)

La castidad; este es el último fruto de que nos habla el Apóstol. Ella es el hermoso lirio, la fragante azucena que ciñe la frente del vencedor; fruto de inefable y santísima dulzura; es el triunfo despues del combate. Nada hay comparable con su precio. No hay peso de oro, ni plata, ni cosa de tanto valor que pueda compararse con una alma casta. (2)

(1) Galat. V, 24. (2) Eccí. XXI, 20.

La castidad nos eleva sobre nosotros mismos y purifica en tanto grado nuestra propia carne, que nos convierte en ángeles terrenos. Mas ved cuán admirable es la pureza con que adorna nuestras almas: Los ángeles de Dios no tienen cuerpo, ni moran en la tierra, ni están expuestos á los terribles combates de las pasiones, ni necesitan de manjar ó bebida, ni puede halagarlos un tanto voluptuoso, ni seducirlos una hermosura terrena. Mas el hombre tan inferior á los ángeles, tiene que hacerse una gran violencia, estar en vigilancia continua por los tremendos peligros que lo cercan; (1) y sin embargo, la hermosa castidad lo hace triunfar y lo conserva puro; y el hombre tiene en la tierra la vida de los ángeles; éstos asisten delante de Dios, y el hombre casto anda también en la divina presencia. Cierto es que no se eleva á los cielos; mas Dios lo visita y entra en su mismo seno. ¿En qué, pues, se distinguen de los ángeles, Elías, Eliseo y Juan Bautista? Nada más en el cuerpo.

Elevación y hermosura, santidad y pureza, son por lo mismo, las fuentes de gloria que abre en nuestras almas este precioso fruto del Espíritu Divino, la pura y amable castidad.

Bajo la sombra del Señor, y en el huerto del Espíritu Santo, hemos contemplado sus divinos frutos: ¿que-
reis ahora que el huerto se mude en jardín, y los frutos se cambien en flores? Oigamos al Ángel de la Escuela: El fruto en cierta manera teniendo razon de último y de fin, puede dar á su vez otro fruto, así como el fin puede ordenarse á otro fin. Por lo cual nuestras obras segun que son efectos del Espíritu Santo, que obra en nosotros, tienen razon de frutos; pero segun que se or-

(1) D. Chrysost, De Virginit. p. 20. c. 22. v. 117. 1055 (1)

denan al fin de la vida eterna, más bien la tienen de flores: Mis flores son frutos de honor y de riqueza. [1]

Recojamos, pues, los frutos, las flores, el honor y las riquezas, y colocando en medio de ellas nuestro corazón, presentémoslo como una ofrenda á la gloria del Espíritu Santo, que tan generosamente y con tan amable bondad nos ha enriquecido. Lo bendecimos, lo amamos, rindiéndole toda la gloria que podemos. Él es grande y magnífico en sus dádivas; nosotros pequeños, miserables y nada en su presencia; y sin embargo la nada, la miseria y pequeñez, alza la voz hasta su trono para glorificarlo y consagrarse eternamente á su divino servicio. Al pensar en su amable bondad el corazón se siente conmovido; quisiéramos estar ardiendo en las vivas y abrasadas llamas de un amor seráfico; y quisiéramos también, para agradarle más y más, toda la pureza de los ángeles: pero, ¡ay! somos miserables y pequeños, y la misma nada; y con todo, otra vez nos consagramos á su eterna gloria; y ese Espíritu Divino tan lleno de bondad y de clemencia, tan lleno de ternura y suavidad, abrasará con su sagrado fuego, hasta consumirlo enteramente, el corazón que le ofrecemos.

CAPÍTULO XXIII.

Y ÚLTIMO.

§ I.

AMOR, ALABANZA Y OFRENDA.

Amamos al Padre, alabamos al Hijo, y nos consagramos al Espíritu Santo. No dividimos nuestros afectos, ni preferimos las personas; mas todos aquellos

(1) Ecci. XXIV, 23—42—32. q. 70. a. 1. ad primum.

corresponden á cada una, á quien rendimos la misma gloria y adoramos con el mismo corazón. En efecto, ¿dónde está el amor verdadero que no alaba y se entrega á su amado? ¿cuál es la alabanza que no ama y se rinde al que es objeto de sus elogios? ¿dónde se halla, por último, la consagración que no hace el amor, ó que esté muda al rendir su sacrificio?

Los afectos indicados nos ocuparán en el capítulo presente, ó bien saliendo de nuestra alma sucesivamente, ó según que el Señor se digne inspirarnos.

Te invocamos, te alabamos, te adoramos ¡oh amable Trinidad! ¿Sabeis con quién hablamos? Con el Dios tres veces Santo, cuya grandeza es infinita, su majestad soberana, su justicia terrible. ¿Quién será digno de dirigirle la palabra, ó dejará de temblar pensando en Él? ¿por qué, pues, no enmudece la lengua terrena manchada tantas veces con el crimen? No morará junto á Ti el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos. Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; y perderás á los que hablan mentira. (1) ¡Oh Dios mío! oh triste desaliento! Ni la pureza, ni la justicia, ni virtud alguna tengo conmigo; y sin embargo, siento en el alma una sed abrasadora, una hambre casi infinita de Dios; quiero invocarlo, alabarle y rendirle la más humilde adoración. ¿Quién podrá volver puro al que de inmunda simiente fué concebido? ¿Quién sino Tú solo? (2) Y el Dios que puede volvernos la pureza y adornar nuestras almas de virtud, es un Dios cuyas misericordias son incontables;

(1) Ps. V, 6, 7. (2) Job. XIV, 4.

denan al fin de la vida eterna, más bien la tienen de flores: Mis flores son frutos de honor y de riqueza. [1]

Recojamos, pues, los frutos, las flores, el honor y las riquezas, y colocando en medio de ellas nuestro corazón, presentémoslo como una ofrenda á la gloria del Espíritu Santo, que tan generosamente y con tan amable bondad nos ha enriquecido. Lo bendecimos, lo amamos, rindiéndole toda la gloria que podemos. Él es grande y magnífico en sus dádivas; nosotros pequeños, miserables y nada en su presencia; y sin embargo la nada, la miseria y pequeñez, alza la voz hasta su trono para glorificarlo y consagrarse eternamente á su divino servicio. Al pensar en su amable bondad el corazón se siente conmovido; quisiéramos estar ardiendo en las vivas y abrasadas llamas de un amor seráfico; y quisiéramos también, para agradarle más y más, toda la pureza de los ángeles: pero, ¡ay! somos miserables y pequeños, y la misma nada; y con todo, otra vez nos consagramos á su eterna gloria; y ese Espíritu Divino tan lleno de bondad y de clemencia, tan lleno de ternura y suavidad, abrasará con su sagrado fuego, hasta consumirlo enteramente, el corazón que le ofrecemos.

CAPÍTULO XXIII.

Y ÚLTIMO.

§ I.

AMOR, ALABANZA Y OFRENDA.

Amamos al Padre, alabamos al Hijo, y nos consagramos al Espíritu Santo. No dividimos nuestros afectos, ni preferimos las personas; mas todos aquellos

(1) Ecci. XXIV, 23—42—32. q. 70. a. 1. ad primum.

corresponden á cada una, á quien rendimos la misma gloria y adoramos con el mismo corazón. En efecto, ¿dónde está el amor verdadero que no alaba y se entrega á su amado? ¿cuál es la alabanza que no ama y se rinde al que es objeto de sus elogios? ¿dónde se halla, por último, la consagración que no hace el amor, ó que esté muda al rendir su sacrificio?

Los afectos indicados nos ocuparán en el capítulo presente, ó bien saliendo de nuestra alma sucesivamente, ó según que el Señor se digne inspirarnos.

Te invocamos, te alabamos, te adoramos ¡oh amable Trinidad! ¿Sabeis con quién hablamos? Con el Dios tres veces Santo, cuya grandeza es infinita, su majestad soberana, su justicia terrible. ¿Quién será digno de dirigirle la palabra, ó dejará de temblar pensando en Él? ¿por qué, pues, no enmudece la lengua terrena manchada tantas veces con el crimen? No morará junto á Ti el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos. Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; y perderás á los que hablan mentira. (1) ¡Oh Dios mío! oh triste desaliento! Ni la pureza, ni la justicia, ni virtud alguna tengo conmigo; y sin embargo, siento en el alma una sed abrasadora, una hambre casi infinita de Dios; quiero invocarlo, alabarle y rendirle la más humilde adoración. ¿Quién podrá volver puro al que de inmunda simiente fué concebido? ¿Quién sino Tú solo? (2) Y el Dios que puede volvernos la pureza y adornar nuestras almas de virtud, es un Dios cuyas misericordias son incontables;

(1) Ps. V, 6, 7. (2) Job. XIV, 4.

por esto confiado en ellas lo invocamos, lo alabamos, lo adoramos.

Ved el corazón henchido de confianza, y ved también brotando de su mismo fondo, como una fuente de ternura y gratitud: somos nada, y sin embargo, Dios nos purifica, vuelve sobre nosotros sus miradas, y bendice nuestra humilde invocación: Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo. (1) Mas ¿cómo le han de invocar, continúa S. Pablo, si no creen en Él? ¿cómo creerán en Él, si de Él nada han oído hablar? y ¿cómo oirán hablar de Él sino se les predica? y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía? Según lo que está escrito: ¡qué dichosa es la llegada de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!

¿No veis cuánta es la necesidad que tenemos de invocar á Dios, de alabarle y adorarlo con todo nuestro afecto? Por su infinita misericordia creemos en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y podemos invocarlo, alabarle y adorarlo. ¿Dónde están los méritos que nos han traído á la santa fe? Éramos por naturaleza hijos de ira, de venganza, del infierno. (2) Mas Dios quiso llamarnos á la sociedad de su Hijo. (3) Ahora bien, ¿cuál es el valor de nuestra alma, el precio de la vida eterna, los bienes que trae consigo el conocimiento de Dios? Pues ved aquí por qué debemos bendecir al Eterno y glorificarle con todo el corazón. Demos gracias á Dios Padre, decía el Apóstol, pues nos ha hecho dignos de participar de la suerte y herencia de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que

(1) Rom. X, 13. (2) Ephes. II. 3. D. August. (3) I. Cor. I, 9.

nos ha sacado del poder de las tinieblas, y trasladado, al reino de su Hijo muy querido; por cuya sangre hemos sido rescatados, y recibido la remisión de los pecados. [1]

Amemos á la santa é indivisible Trinidad. Ella es una fuente infinita de dulzura y bondad; y no hay amor comparable al amor que nos tiene, ni cariño más sincero, ni caridad más santa, ni más ardiente afecto. [2] Su amor no ha quedado en palabras. Yo te he amado, nos dice, con amor perpétuo y no interumpido: por eso misericordioso te atraje á Mí. [3] Ha llegado para nosotros el tiempo de la divina y dulce atracción de nuestro Padre. Somos sus hijos y estamos en su Iglesia. Y no sólo esto: ¿no sentís en el alma un ardiente y misterioso fuego, que os lleva tan santa y amorosamente al mismo Dios á quien llamais con tanto consuelo y amable confianza, vuestro Padre? Este nombre hácenos pensar un instante en sus tiernos desvelos. Ese Padre es también nuestro amable Criador; nos sacó de la nada. Nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo. [4] ¿Cómo, pues, no amar y bendecir esa divina y adorable voluntad de nuestro Padre? Al ver el cuidado que tiene de nosotros nos parece, si lícito es decirlo, en cierto modo que el Señor no se ocupa en otra cosa que en el bien

(1) Coloss. I. 12—14. (2) Hugo. ap. D. Bonav. Amatorium. (3) Hierem. XXXI. 3. (4) Ephes. I. 4—6.

de sus hijos muy amados; y cual si todo lo olvidase, está pensando en ellos sin descanso: en todas partes lo hallamos con nosotros, y nos ofrece su divina protección, á doquiera nos volvamos jamas nos abandona; va con nosotros cuando vamos de camino, y nos asiste en todas nuestras obras: cuenta nuestros pasos, y su bondad nos presta auxilio; y sin embargo de no verlo, y aunque no nos descubra su semblante, siempre se halla al lado de sus hijos. (1)

Yo alabo, pues, oh Señor Dios mio, tu misericordia tan dulce y amorosa que nunca me ha dejado. ¿Qué te daré por tus grandes y continuos beneficios? ¿quieres que yo te ame? ¿y cómo habré de amarte, y hasta dónde? ¿y quién soy, oh mi Dios querido, para emplearme en tan santa ocupacion?

¿Qué hacer con el Señor Dios nuestro de quien hemos recibido tantos y tan grandes beneficios? No se contentó con darnos los bienes comunes á todos sus hijos; y aún en nuestros mismos males descubrimos la inefable ternura de ese Padre á quien por todo debemos amar. Nos hizo conocerlo, y aumenta á cada instante en el alma la luz de la verdad; y en todos nuestros pasos camina su gracia delante de nosotros. Cuando yo andaba errante, le decia S. Agustin, lo mismo que nosotros decimosle tambien, me trajiste al camino de la verdad; y cuando estaba envuelto en la ignorancia me enseñaste, y despues de mis pecados me corregiste lleno de amor y de ternura; y en medio de mis grandes aflicciones me diste celestial consuelo. Tú eras mi fortaleza en mis desalientos, y cuando caia me levantabas.

(1) D. Bonav. Amatorium.

Estando en pié me sostenias; en todos mis caminos me llevaste de la mano, y cuando he venido á Ti me recibiste. De todos estos beneficios y de otros muchos has colmado mi alma, oh Señor Dios mio; yo pienso siempre en ellos con dulzura; por ellos te doy gracias, te amo y te adoro sin descanso. (1)

Amemos á Dios, y subamos con su gracia, las gradas del trono del amor, ¿cuáles son estas? Oid al Serafin de los Doctores: La primer grada del amor divino es la direccion de nuestro afecto al Señor; afecto lleno de dulzura y suavidad; lo cual conseguiremos, con el divino auxilio, ocupándonos en Dios, en la meditacion: El pensamiento del hombre, decia David, te alabará oh Señor Dios mio; y los residuos de ese mismo pensamiento te harán un dia festivo. (2) ¡Oh cuán dulce y suave es á nuestras almas el divino pensamiento del Señor! Sentid bien del Señor, nos dicen los libros santos, y buscadlo con sencillez de corazón... ¡Oh cuán benigno y suave es su Espíritu en todas las cosas! (3) ¿En qué instante olvida á sus hijos, ó sobre ellos no manda su gracia y bondad? Si acaso lo hemos ofendido, ¿y quién hay que no le ofenda? para impedir que el triste desaliento nos oprima el alma dícenos lleno de clemencia: No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva. Y con voz de tierno padre síguenos hablando en estos términos: Convertios de vuestros perversos caminos; y ¿por qué habeis de morir, oh vosotros los de la casa de Israel? [4]

Al oír tan dulces palabras, como fuera de nosotros mismos, caimos á sus piés llorando, y transidos de do-

(1) Ap. Bonav. Amatorium. (2) Ps. LXXV, 11. (3) Sap. I, 1.—XII, 1. (4) Ezechi. XXXIII, 11.

lor; al recordar nuestros pecados. La bondad de Dios ha derramado en nuestras almas una gota de su inefable dulzura, y el corazón quisiera destrozarse al pensar en que ha ofendido á tan amable Dios, que en vez de castigos y eternal suplicio nos sufre con tanta paciencia, y nos llama con tan tierno amor, y nos recibe entre sus mismos brazos... y las lágrimas que nos arranca el pesar, nos llenan de consuelo, y encienden en el alma el fuego del amor; y exclamamos casi sin poderlos contener: ¡Cuán bueno es el Señor, cuán bueno y amable á un para nosotros sus indignos hijos!

Amenos al Señor con santa y ardiente avidez. Hé aquí, nos dice nuestro Serafin, la segunda grada del amor divino. Va el alma acostumbrándose á la dulce suavidad que en ella ha derramado la meditación, y ved que siente una hambre que nadie puede saciar, sino es la posesion perfecta de su amado; y como esto no lo consigue durante la presente vida, llorando exclama con el Santo Job: Mi alma quisiera más un patíbulo, y cualquiera muerte mis huesos. (1) Y con David: Como brama el sediento ciervo por las fuentes de las aguas; así, oh Dios, clama por Ti el alma mia. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios! (2) Ardientes ansias, hambre insaciable, sed inestinguible, abrasados y vivísimos deseos, ved aquí los sentimientos en que ha de rebosar el corazón que intenta subir la segunda grada del amor divino.

La grada tercera consiste en la dulce y amorosa satisfacción que se origina con las mismas ansias con que

(1) VI, 15. (2) Pr. XLI, 2, 3.

á Dios amamos. Todo lo del mundo es fastidioso y pesado para quien desea con vivísimo anhelo al Señor, y piensa siempre en su bondad: ni halla descanso sino sólo en su querido y soberano Dios. Y así como el que después de la comida, quedando satisfecho, intenta comer otra vez, siente disgusto; así también sucede al que ama á Dios y vuelve á las criaturas sus miradas. El alma saciada pisará el panal. (1) Y ved aquí el amor de la dulce soledad, y las inefables y castísimas delicias que causa en el alma que conoce sus encantos. En ella nos habla Dios al corazón, y no nos hablan las criaturas; y si alguna vez oímos su triste y destemplada voz, piérdese luego en el desierto inmenso donde estamos; y vuelve Dios á hablarnos y nos deja satisfechos y contentos.

De la satisfacción se sigue la santa embriaguez del divino amor; no sólo nos fastidian los contentos de la tierra; mas también nos llenan de consuelo los desprecios, y son nuestras delicias las penas y trabajos que por Dios sufrimos. Yo siento decía San Pablo, satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo. (2) Ved aquí perdido aquel horror y disgusto natural que tenemos por todo sufrimiento, y en cambio el consuelo, la dulce satisfacción, y en fin, una verdadera gloria, según decía el Apóstol, en nuestras flaquezas y padecimientos. Y nada realmente nos parece que son éstos, cuando pensamos en sufrirlos por el amor de nuestro Dios querido; y se comprende fácilmente cómo podía exclamar

(1) Prov. XXVII, 7. (2) II, Cor. XXII 10.

mar una bendita Santa: Dios mio, padecer por tu amor, y no morir.

Mas pasemos adelante. El quinto grado es la seguridad que nace de la santa embriaguez de que tratamos. Siente el alma que ama á su Dios con ardiente cariño, que está dispuesta á sufrir todos los males por su amor, y á sufrírselos llena de contento; pues bien, esta caridad hecha fuera al temor. (1) y nos da tanta esperanza en el auxilio del Eterno, que juzgamos que ya nunca dejaremos al Señor. San Pablo habia subido á este grado, y decia: Ninguna criatura podrá jamas separarnos del amor de Dios, que se funda en Nuestro Señor Jesucristo. (2)

La verdadera y perfecta tranquilidad que causan en el alma la paz y el descanso del amor, semejantes al sociago del sueño en apacible noche, constituye el sexto grado del divino amor. ¿Quién podrá turbar nuestro descanso, si ningun deseo del mundo nos agita, ni sus temores nos pueden inquietar? (3)

Al pié del trono divino cuyas gradas nos ha señalado el seráfico Doctor, estamos llorando poseidos de triste desaliento. ¿Quién subirá, preguntamos suspirando, al monte del Señor? ¿Ó quién podrá estar en su santuario? (4) ¿Hemos subido siquiera el primer grado de esa escala divina? ¡ay dolor! que al pensar en el mundo y sus placeres, olvidándonos de Dios sentimos la alegría de los mundanos; y si la gracia del Señor derrama el desconsuelo en nuestros gustos, al dejarlos lanzamos un suspiro; y despues en el divino servicio, cuánta tristeza y desaliento; y cuántas veces tam-

(1) Joann. IV, 18. (2) Rom. VIII. 32. (3) D. Bonav. Amoris Incendium 3. p. 2. (4) Ps. XXIII.

bien recordamos las delicias que el mundo nos brindó! Tambien los hijos de Jacob decian en el Desierto: Allá en el Egipto estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne, y comiamos pan y cuanto queriamos. (1)

¿Y qué diremos si seguimos contemplando la inmensa elevacion de las gradas de ese trono? Vendrá de nuevo el desaliento y la tristeza, y semejantes á los israelitas desterrados, nos sentaremos á la márgen de los ríos, y nos pondremos á llorar; y mudos de dolor no cantaremos las alabanzas del amor divino. Mas ¿por qué ha de ser así? Ciertamente que nada podemos por nosotros mismos; pero Dios es nuestro querido Padre, nos da su gracia, nos toma de la mano, nos muestra el camino, y nos alienta diciendo: Confiad. Yo he vencido al mundo. (2) Y con tan divino y amoroso auxilio todo lo podemos.

Mas ¿qué haremos para amar á nuestro adorable Dios con toda el alma, llegando á la mayor altura que podamos? Ved aquí lo que tambien nos dice el Serafin de los doctores: Velad si quereis conseguir el amor divino; y velad de tal manera que podais decir: Dios mio, Dios mio, estoy en vela, esperando tu visita, y me dirijo á Ti desde el nacer de la aurora. (3) Y tambien: Yo duermo pero mi corazon está velando. (4) Recordad que el Esposo Divino llamó á la puerta de su amada, y cuando esta le abrió, ya Él habia pasado. (5)

Á la vigilancia, añadid la confianza, pues quien espera en el Señor no queda confundido; y si Él nos quita la existencia, aun así en Él

(1) Exod. XXVI, 3. (2) Joann. XVI. 33. (3) Ps. LXII, 2. (4) Cant. V, 2. (5) Id. v, 6.

tenemos que esperar. (1) No hay, pues, lugar al desaliento, que la mano del Señor es poderosa, y su corazón es siempre corazón de Padre.

Pensemos en la clemencia y la hermosura del Señor procurando llenar el corazón de los deseos más vivos y abrasados de su dulce caridad, para poder decir como la Esposa: Desfallezco de amor. (2)

Contemplad la elevación y grandeza del Señor, y su amable ternura para con nosotros, y casi sin poderos contener, que salga del fondo del alma esta plegaria divina: Atraeme Tú mismo en pos de Ti, y correremos al olor de tus aromas. (3) Y descansad contemplando la belleza del Señor. Y ¿por qué dejaríais de exclamar en estas circunstancias: Mi amado para mí y yo para mi amado? (4) Y el júbilo más puro inundará el alma viendo la real magnificencia que nos dispensa nuestro amable Dios. Si algo hemos sufrido por su amor ¿no ha llenado luego el alma de consuelo? A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, decía David, tus consuelos, oh Señor, llenaron mi alma de alegría. Y San Pablo: Estoy inundado de gozo y de consuelo en todas mis tribulaciones. (5)

Por último, Dios es fuerte; confiad en su divina fortaleza que os puede unir consigo mismo estrechandoos á su seno con indisoluble vínculo de amor sagrado; y entonces exclamad también: Mi dicha es estar unido con Dios, y poner mi esperanza en el Señor. (6)

Ved, pues, cómo la vigilancia nos solicita, la confianza nos alienta, nos inflama el deseo, la excelencia de

(1) Job. XIII, 15. (2) Id. II, 5. (3) Id. I, 3. (4) Id. V, 16.
(5) II Cor. VII, 4. (6) Ps. LXXII, 28.

Dios eleva el pensamiento, la complacencia en su belleza endulza el corazón; el júbilo en su divina y amable bondad nos embriaga de amor santo, y la unión, por último, que nos da su fortaleza, nos estrecha en sus divinos brazos. ¡Ah! ¿quién, entonces, no exclama: ¡Oh Dios mío! yo te busco y espero en Ti, Tú eres mi esperanza, mi deseo; á Ti dirigo mis pasos; yo te recibo por el único esposo de mi alma; Tú eres mi gozo, mi soberana y dulce alegría, mi ardiente júbilo; yo me uno á Ti y descanso finalmente, á tus divinos pies? ¿Quién podrá arrancarme del seno de mi amado? ¿Yo mismo, el mundo, las pasiones, ó la muerte? Cierto es que puedo abandonar, por mi desgracia, el servicio de ese Padre amorosísimo; mas yo pongo mi confianza en su bondad, y al sentir mi corazón inclinado hácia la tierra, me arrojo llorando á los pies de mi Señor para decirle: Yo no os dejaré si no me das la bendición, y después de recibirla tampoco os dejaré. (1) Y también: Salvadme oh Señor, que sin Vos perezco. [2]

Nunca es muda la lengua que ama, que el amor es la misma elocuencia; y sus voces son cantos divinos, bendición y alabanza á su amado. Alabemos por lo mismo, á nuestro amado y soberano Dios: entonemos á su gloria un cántico de amor, llamemos á todas las criaturas rogándoles que alaben al Señor: Cantad al Señor y bendecid su nombre: anunciad todas las maravillas que ha obrado por nosotros. Publicad su santa gloria á las naciones bárbaras: cantad sus prodigios á los remotos pueblos. Porque grande es el Señor y digno de toda bendición: poderoso, terrible, esforzado

[1] Gen. XXXII, 26. D. Bernard, ap. Bonav. de Donis. (2) Mat. VIII, 25.

sobre cuantas deidades se fingen en el mundo, que son únicamente, vanidad, ídolos, demonios. Mas el Dios que nosotros adoramos crió los cielos. La gloria y hermosura, y la majestad, nunca se apartan de su excelso trono: y en el lugar donde reside brillan siempre la santidad y la grandeza.

Vengamos, pues, á ofrecerle honor y gloria, bendición y hermosas alabanzas á su santo nombre. Llevemos ofrendas, y entremos en sus atrios, y adoremos al Señor en su morada..... Alégrese los cielos, y salte de gozo la tierra, conmuévase el mar y cuanto en sí contiene. Muestren su júbilo los campos, y todas las cosas que hay en ellos. Cantad á Dios festivos himnos todas las regiones de la tierra: cantad y saltad de alegría, y salmead. Salmead la gloria del Señor con la cítara, con la cítara y con sentidas y armoniosas voces, al eco de las trompetas de metal y al sonido de bocinas. Mostrad vuestro alborozo en presencia del gran Rey que es el Eterno y soberano Dios á quien amamos, bendecimos y adoramos con toda la efusión de nuestras almas. [1]

¿Queréis seguir oyendo nuevas melodías que transportan de gozo nuestras almas y nos estremecen con tiernísima y santa dulzura? pues escuchadlas.

¡Oh Señor, sois un solo Dios omnipotente, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: venid y haceos presente á nuestras almas.

Recordad aquella consoladora y dulcísima promesa del Divino Maestro: Cualquiera que me ama observará mi doctrina, y mi Padre lo amará, y vendrémos á

(1) Ps. XCVII, 4—6. Parafr.

él. Y estas otras: Vuestro Padre que está en los cielos, dará su Espíritu bueno á los que se lo piden. (1) Hé aquí por qué lanza el corazón hasta el trono del Eterno tan ardiente suspiro; lo amamos, lo adoramos, y sin Él no queremos vivir; le pedimos que venga á visitarnos y se nos haga presente.

Tenemos á Dios con nosotros; ¿qué haremos con su Majestad? Confesar desde luego que Él es el Señor, y alabar su infinita grandeza: Oh Señor y Dios nuestro! confesamos que eres uno en la sustancia, y trino en las personas; que siempre eres el mismo, que eternamente vives y entiendes con infinita y adorable perfección. No dividimos nuestro amor, pues Dios es uno; mas sí nos gozamos en las adorables y santísimas personas del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, que tienen una misma vida, indistinta gloria, la misma grandeza, igualmente perfecta.

¡Oh amable Trinidad! eres Tú nuestra esperanza, nuestra salud y nuestro verdadero y grande honor. Libranos; sálvanos y danos vida. ¿Quién pone límites, ó puede detener nuestros afectos que, cual torrentes desbordados, salen impetuosos del alma cuando hemos pronunciado tan tiernas expresiones? Ponemos en Dios nuestra confianza; Él es nuestra grandeza, la gloria, la dicha y la vida que esperamos. ¡Qué amorosa y tierna confesión la que hacemos al pronunciar estas palabras: Libranos, sálvanos, danos vida! Sólo Dios es grande por sí mismo, bueno y compasivo con sus hijos que se hallan rodeados de peligros y miserias; mas sin dejarse acobardar por estas, claman una y o-

(1) Joann. XIV, 23.—Luc, XI, 13.

tra vez por socorro á su amoroso Padre.

El Padre es caridad, el Hijo gracia, y el Espíritu Santo comunión. Veraz es el Padre, (1) verdad el Hijo, verdad el Espíritu Santo, oh amable Trinidad! El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo es una sustancia, oh amable Trinidad!

¿Quién no siente abrasadas con el fuego más activo sus entrañas, al oír estas palabras? Ellas son como ardientes saetas que nos han dejado heridos. ¿Qué nos resta despues de haberlas escuchado sino decir: Amore languero, Desfallezco de amor y de ternura? Pero el amor es fuerte como la muerte, y por esto con una actividad desconocida, y con ardiente y animado afecto, amamos al Señor, lo bendecimos, y lloramos de ternura en su presencia: El Padre es caridad; es un fuego que consume, y quedaremos consumidos en las vivas llamas de su amor. El Hijo es gracia y nos hará aceptos á su Padre. El Espíritu Santo es comunión; y llenará el alma de sus hijos con sus preciosos y celestes dones.

¿Quién dejará de bendecir á la amable y divina Trinidad? El alma se siente como fuera de sí misma, y electrizada por decirlo así, con el toque del divino amor, exclama llena de entusiasmo: Gloria á Ti, oh Trinidad igual, una deidad, que existes ántes de todos los siglos, que reinas ahora, y reinarás por siempre. Alabanza y gloria eterna á Dios Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo por todos los siglos. Canten las lenguas de todos los mortales con gloriosísima y dulce alabanza, con dulce y tierna bendición, la gloria del Pa-

(1) Así como un hombre veraz, en fuerza del conocimiento y amor de la verdad que en sí mismo tiene, no dice jamás sino la verdad, así, aunque de una manera infinitamente más elevada, el Padre Eterno esencial é infinitamente veraz, no engendra sino la verdad, que es el Hijo: sin que por esto pueda decirse que el Padre Eterno no es también la verdad; Él es veraz con la verdad eterna, con su propia verdad: y así la verdad engendra la verdad.—Ilmo. Sor. Loza.—Correspondencia particular con el Autor.

dre, del Hijo, y del Espíritu Santo, por todos los siglos. Alabanza al Padre, y á su Hijo, y á Ti oh Santo y amoroso Espíritu, por todos los siglos. Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él: á Él sea la gloria por siempre jamás.

¿No os parece que os hallais entre los coros de los ángeles, escuchando sus dulces melodías, y bendiciendo con ellos al Dios tres veces santo? Porque hemos gustado tanta dulzura y consuelo, y son tan ardientes las llamas del amor que nos abrasan, que descubren desde luego su celeste origen. Estamos en el mundo; pero Dios ha mandado á nuestras almas una ráfaga de su divina gloria, al mostrarnos, siquiera sea entre sombras, el altísimo y adorable misterio de la santa é indivisible Trinidad. Y á la luz ha añadido el amor, pues el Hijo del Eterno nos ha dicho: Yo he venido á poner fuego en la tierra; (1) y ese fuego nos abrasa el alma; y en él queremos estar siempre abrasados.

Lo dicho hasta aquí nos lleva de la mano al altar de Dios, para consagrarnos á su divino y soberano amor. ¿Quién apetece la vida sino es para emplearla en la gloria de Dios; ó quién ansioso suspira por la muerte, sino es para unirse con su eterna dicha? Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí. Que como somos de Dios, si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. (2) Ora, pues, vivamos, ora muramos, somos del Señor. (2)

¿No escuchais en el fondo del alma esta palabra divina que casi nos hace morir de contento: Ya no sois

(1) Luc. XII. 49. (2) Rom. YIV. 8.

vuestros? Y ¿no sentís el peso de las santas y amables cadenas que lleváis en el cuello? Ese peso es el cariño que teneis al Señor; y las cadenas os dicen que sois de Dios. ¿Quién de nosotros no regará con su llanto tan amadas y santas prisiones? ¿quién no se deja llevar de aquel impulso sagrado, bendito peso de amor que lo conduce hasta el seno del Eterno? Que nos lleve siempre tras sí el amor divino; y doquiera llevemos nosotros sus amables y hermosas cadenas, para vivir eternamente consagrados á su gloria, y trabajar sin descanso en su servicio dándole toda la honra que podamos.

CONCLUSION.

Al acercarnos al término de nuestros humildes estudios, recordamos las palabras que decia el gran San Agustin, al cerrar sus admirables y profundos libros de Trinidad: He hablado acerca de la Santísima Trinidad; mas no me atrevo á asegurar que haya dicho nada que sea digno de ese inefable misterio. (1) Y ¿este miserable, ignorante, no dirá con más razon, lo mismo que el Águila de los doctores? Y San Agustin, volviéndose al Señor, le hablaba en estos términos: Oh Señor Dios mio! recibe lo que ha salido de mi pluma, siguiendo tu divina inspiracion; mas perdóname lo que he dicho de mí mismo; y tus siervos tambien me perdonen. Atiende la intencion que he tenido al escribir: he deseado buscarte, escribiendo lo que pude, lo que Tú hiciste que pudiese. Te busqué, Dios mio, que-

[1] L. 15. c. 22. n. 50.

riendo ver lo que he creído, y aumentar á cada instante en mi seno las llamas de tu amor. Tú me has concedido el encontrarte, y la esperanza de alcanzar en Ti nuevas verdades. Concédeme tambien buscarte siempre. Mi fuerza y mi flaqueza están en tu presencia; conserva la primera, y sana, oh Dios mio, la segunda. Acuérdomé siempre de Ti, y llena mi alma de tu luz divina y de tu santo amor. (1) Consérvame en la fe de tu divina y adorable Trinidad; y hasta el último aliento de mi vida, que yo te adore y confiese, á Ti, oh Padre, juntamente con tu Hijo, y tu Espiritu Divino; y todas tres personas un sólo Dios verdadero, á quien se dé todo el honor y gloria, en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad. (2)

FIN.

Cap. X. El Espíritu Santo en su divino y eterno principio.	177
Cap. XI. Las nociones divinas.	181
Cap. XII. Las Misiones.	202
Cap. XIII. Nombres de la primera Persona.	207
Cap. XIV. El Hijo de Dios, el Verbo Divino, la Luz del Padre.	228
Cap. XV. Nombres de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.	235
Cap. XVI. División de la Trinidad.	240
Cap. XVII. Trinidad del Espiritu Santo.	240
Cap. XVIII. El Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo.	248
Cap. XIX. Donde se explica el Espiritu Santo.	250
Cap. XX. Cometas o el Espíritu Santo.	250
Cap. XXI. Nombres del Espiritu Santo.	250
Cap. XXII. Nombres de la Santísima Trinidad.	250
Cap. XXIII. Y último. Agradecimientos y oración.	258

[1] Id. c. 23. [2] Hilar. de Trinit. L. 12. In. fin.

INDICE.

	pág.
Prólogo.	5
Cap. I. Dios, Su Santo Nombre.	17
Cap. II. Los Divinos Atributos.	26
Cap. III. La divina providencia, la santidad y la u- nidad de Nuestro Dios.	51
Cap. IV. Las divinas personas.	68
Cap. V. La Santa y adorable Trinidad. Continuacion del anterior.	83
Cap. VI. Relacion de origen de las Divinas Perso- nas.	101
Cap. VII. Propiedades de las divinas personas.	120
Cap. VIII. Continuacion del anterior.	136
Cap. IX. El Unigénito de Dios en el seno de su Pa- dre.	149
Cap. X. El Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.	161
Cap. XI. El Espíritu Santo en su divino y eterno principio.	177
Cap. XII. Las nociones divinas.	193
Cap. XIII. Las Misiones.	208
Cap. XIV. Nombres de la primera Persona.	225
Cap. XV. El Hijo de Dios, el Verbo Divino, la Imá- gen del Padre.	238
Cap. XVI. Nombres de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.	255
Cap. XVII. Divinidad del Hijo de Dios.	272
Cap. XVIII. Divinidad del Espíritu Santo.	286
Cap. XIX. El Espíritu Santo procediendo del Padre y del Hijo.	303
Cap. XX. Dones del Espíritu Santo.	315
Cap. XXI. Concluye el anterior.	330
Cap. XXII. Frutos del Espíritu Santo.	349
Cap. XXIII. Y ÚLTIMO. Amor, alabanza y ofrenda.	266
Conclusion.	382



JANIL
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



TEC